



Johanna Spyri

Heidi



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

HEIDI

JOHANNA SPYRI

**PUBLICADO: 1880
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

PARTE I. AÑOS DE APRENDIZAJE Y DE VIAJE

CAPÍTULO 1. A LA MONTAÑA, A CASA DEL ABUELO

Desde el apacible pueblo de Maienfeld parte un sendero que atraviesa praderas verdes y arboladas hasta el pie de las alturas, que desde ese lado miran al valle con aspecto imponente y severo. Donde comienza el sendero, pronto empieza a llegar la fragancia del brezo, con su hierba corta y sus vigorosas plantas de montaña, pues el sendero sube empinado y directo hacia los Alpes.

Por aquel estrecho camino de montaña ascendía una mañana soleada de junio, clara y luminosa, una muchacha grande y de aspecto robusto de aquellas tierras serranas, llevando de la mano a una niña cuyas mejillas ardían de tal manera que iluminaban con un rojo encendido incluso la piel morena y tostada por el sol. No era de extrañar: la niña, a pesar del caluroso sol de junio, iba tan abrigada como si tuviera que defenderse de una helada amarga. La pequeña tendría apenas cinco años; lo que fuera su figura natural no se podía apreciar, pues visiblemente llevaba dos, si no tres vestidos superpuestos, y por encima una gran pañoleta roja de algodón vuelta y vuelta, de modo que la pequeña persona presentaba una figura completamente informe que, metida en dos pesados zapatos de montaña claveteados, se abría camino cuesta arriba con esfuerzo y sofocación. Llevarían una hora subiendo desde el valle cuando llegaron al caserío que se asienta a media altura de los pastos alpinos y que se llama «la aldea» (Dörfli). Allí, las caminantes fueron llamadas casi desde cada casa, unas veces desde una ventana, otras desde una puerta y otras desde el camino mismo, pues la muchacha había llegado a su pueblo natal. Pero no se detuvo en ningún sitio; respondía a todos los saludos y preguntas que le gritaban al pasar sin pararse, hasta que al

final del caserío llegó a la última de las casitas dispersas. Desde una puerta salió una voz:

—Espera un momento, Dete, que voy contigo si sigues subiendo.

La interpelada se detuvo; al instante la niña soltó su mano y se sentó en el suelo.

—¿Estás cansada, Heidi? —preguntó su acompañante.

—No, es que tengo calor —respondió la niña.

—Ya estamos casi arriba; solo tienes que esforzarte un poco más y dar pasos grandes, y en una hora estaremos arriba —la animó su compañera.

En ese momento salió por la puerta una mujer entrada en carnes y de aspecto bondadoso que se unió a las dos. La niña se había levantado y caminaba ahora detrás de las dos conocidas, que enseguida entablaron una animada conversación sobre los vecinos de la aldea y de las muchas casas de los alrededores.

—Pero, Dete, ¿adónde vas con la niña? —preguntó la recién llegada—. Debe de ser la hija de tu hermana, la que dejó al morir.

—Esa es —respondió Dete—; la llevo arriba, al Tío de los Alpes; allí tiene que quedarse.

—¿Qué? ¿La niña se quedará con el Tío de los Alpes? ¡Creo que no estás en tu sano juicio, Dete! ¿Cómo puedes hacer tal cosa? ¡El viejo te mandará de vuelta con tu propósito!

—No puede. Es el abuelo, tiene que hacer algo; yo he tenido a la niña hasta ahora, y te digo, Bárbel, que no voy a renunciar a un puesto como el que ahora puedo conseguir por culpa de la niña; ya es hora de que el abuelo haga lo que le toca.

—Sí, si fuera como otra gente, puede que sí —confirmó la pequeña Bárbel con vehemencia—; pero ya conoces al viejo. ¿Qué va a hacer con una niña, y tan pequeña encima? No lo aguantará con él. ¿Y tú adónde vas?

—A Fráncfort —explicó Dete—; allí consigo un servicio excelente. Los señores ya estuvieron el verano pasado en el balneario, abajo; tuve sus habitaciones en mi pasillo y las atendí, y ya entonces querían llevarme, pero

no podía marcharme, y ahora han vuelto y quieren llevarme, y yo quiero ir también, ya puedes estar segura.

— ¡Yo no querría ser esa niña! —exclamó Bárbel haciendo un ademán de rechazo—. Nadie sabe qué le pasa al viejo de allá arriba. No quiere tratar con nadie; año tras año no pone los pies en una iglesia, y cuando baja con su grueso bastón una vez al año, todo el mundo se aparta y le tiene miedo. Con sus espesas cejas grises y su barba espantosa tiene el aspecto de un viejo pagano y salvaje, de modo que uno se alegra de no encontrárselo solo.

— Y aunque así sea —dijo Dete con terquedad—, él es el abuelo y tiene que cuidar de la niña; no le hará ningún daño, pues si no tendrá que responder de ello, no yo.

— Me gustaría saber —dijo Bárbel con curiosidad— qué tiene el viejo en la conciencia para poner esa cara y quedarse completamente solo allá arriba en la montaña sin dejarse ver casi nunca. La gente dice de todo; tú seguro que sabes algo, por tu hermana, ¿verdad, Dete?

— Claro, pero no hablo; si él lo oyera, ¡menuda me caería!

Pero Bárbel habría querido saber desde hacía tiempo cómo era lo del Tío de los Alpes, por qué tenía ese aspecto tan huraño y vivía completamente solo allá arriba y la gente siempre hablaba de él con medias palabras, como si le tuvieran miedo pero tampoco quisieran ponerse en su contra. Además, Bárbel no sabía por qué el viejo era llamado por todos en la aldea «el Tío de los Alpes», pues no podía ser el tío de verdad de todos sus habitantes; pero como todos lo llamaban así, ella lo hacía también y nunca llamaba al viejo de otra manera. Bárbel se había casado hacía poco tiempo y se había venido a vivir a la aldea; antes había vivido abajo en el Prättigau, de modo que aún no estaba del todo al tanto de todos los sucesos y personalidades singulares de la aldea y sus alrededores. Dete, su buena conocida, en cambio, era natural de la aldea y había vivido allí con su madre hasta hacía un año; entonces la madre murió, y Dete se marchó al balneario de Ragaz, donde encontró un buen sueldo como camarera en el gran hotel. Aquella mañana había venido con la niña desde Ragaz; hasta Maienfeld había podido ir en un carro de heno con el que volvía un conocido suyo, que las llevó a ella y a la niña. Bárbel no quería dejar pasar esta vez la buena ocasión de enterarse de algo; tomó a Dete familiarmente del brazo y le dijo:

—De ti sí que puede uno saber lo que es verdad y lo que la gente añade de su cosecha; tú conoces, creo, toda la historia. Cuéntame un poco qué pasa con el viejo y si siempre fue tan temido y tan misántropo.

—Si siempre fue así, no puedo saberlo con exactitud; tengo veintiséis años y él tiene seguro setenta, de modo que no lo he visto cuando era joven, eso no puedes esperarlo. Pero si supiera que después no iba a correrse la voz por todo el Prättigau, podría contarte bastante sobre él; mi madre era del Domleschg y él también.

—Venga, Dete, ¿qué quieres decir? —replicó Bárbel un poco ofendida—; en el Prättigau no hay tanto cotilleo, y además yo sé guardar un secreto cuando hace falta. Cuéntamelo ya, no te arrepentirás.

—Bueno, está bien, ¡pero da tu palabra! —advirtió Dete. Antes se volvió para comprobar que la niña no estuviese demasiado cerca y oyera lo que iba a decir; pero la niña no se veía por ningún lado: debía de llevar un buen rato sin seguir a las dos acompañantes, aunque estas, en el ardor de la conversación, no se habían dado cuenta. Dete se detuvo y miró en todas direcciones. El sendero hacía algunas curvas, pero se podía ver casi todo él hasta la aldea; sin embargo, no había nadie en él.

—Ahora la veo —dijo Bárbel—, ¿la ves allí? —y señaló con el dedo índice lejos del camino de montaña—. Va trepando por las laderas con Pedro el cabrero y sus cabras. ¿Por qué sube hoy tan tarde con sus animales? Pero es muy oportuno; él puede atender a la niña, y así tú me puedes contar mejor.

—Con eso de atenderla que no se esfuerce mucho —observó Dete—; no es tonta para sus cinco años, tiene los ojos abiertos y ve lo que pasa; eso ya lo he notado en ella, y algún día le será útil, pues el viejo no tiene más que sus dos cabras y la cabaña de la montaña.

—¿Tuvo alguna vez más? —preguntó Bárbel.

—¿Él? Sí, creo que tuvo más —respondió Dete con viveza—; tuvo una de las mejores fincas del Domleschg. Era el hijo mayor y solo tenía un hermano, que era tranquilo y formal. Pero el mayor no quería hacer otra cosa que hacerse el señor, recorrer el país y juntarse con gente mala que nadie conocía. Perdió y derrochó toda la finca, y cuando salió a la luz, su padre y su madre murieron uno tras otro de pura pena, y el hermano, que también se

quedó en la miseria, se marchó al mundo por el disgusto, nadie sabe adónde, y el Tío, cuando ya no le quedaba nada más que mala fama, también desapareció. Al principio nadie sabía adónde; luego se supo que se había alistado en el ejército y marchado a Nápoles, y después no se oyó nada más de él durante doce o quince años. De repente apareció de nuevo en el Domleschg con un muchacho ya casi crecido e intentó colocarlo entre sus parientes. Pero todas las puertas se cerraron ante él y nadie quiso saber nada de él. Eso le amargó mucho; dijo que no volvería a poner los pies en el Domleschg y entonces vino aquí a la aldea y vivió aquí con el muchacho. La mujer debió de ser una grisonesa que conoció allá abajo y que perdió pronto. Debía de tener algo de dinero, pues hizo que el muchacho, Tobías, aprendiese un oficio, el de carpintero, y era un hombre formal y bien querido por todos en la aldea. Pero al viejo nadie le tenía confianza; también se decía que había desertado de Nápoles, pues de lo contrario le habría ido mal, ya que había matado a alguien, claro que no en la guerra, ¿me entiendes?, sino en una riña. Pero nosotros reconocimos el parentesco, pues la abuela de mi madre había sido prima segunda de la abuela de él. Así que le llamamos Tío, y como nosotros somos parientes de casi toda la gente de la aldea por parte de padre, todos le llamaron también Tío, y desde que se subió a la montaña le conocían simplemente como «el Tío de los Alpes».

—¿Y qué fue de Tobías? —preguntó Bárbel con curiosidad.

—Espera, que ya llegaré; no puedo contarlo todo a la vez —explicó Dete—. Pues bien, Tobías hizo el aprendizaje fuera, en Mels, y en cuanto terminó volvió a la aldea y tomó como esposa a mi hermana, Adelheid, pues siempre se habían querido, y también una vez casados se llevaban muy bien. Pero no duró mucho. Solo dos años después, mientras ayudaba en la construcción de una casa, le cayó una viga encima y lo mató. Y cuando trajeron al hombre tan desfigurado a casa, Adelheid cayó en una fiebre violenta por el susto y el dolor, y no pudo recuperarse; nunca fue muy fuerte y a veces tenía esos estados tan particulares que uno no sabía bien si dormía o estaba despierta. Tan solo unas semanas después de morir Tobías, enterraron también a Adelheid. Entonces toda la gente, de cerca y de lejos, habló del triste destino de los dos, y en voz baja y en voz alta decían que era el castigo que el Tío merecía por su vida sin Dios, y se lo dijeron a él mismo, y también el señor párroco le habló en conciencia para que hiciese penitencia; pero él se volvió cada vez más hosco y obstinado y ya no hablaba con

nadie, y todos le evitaban. De repente se dijo que el Tío se había ido a vivir a la montaña y no volvía a bajar, y desde entonces está allí y vive en desacuerdo con Dios y con los hombres. El pequeño de Adelheid lo recogimos nosotras, mi madre y yo; era un año. Cuando el verano pasado murió la madre y yo quise ganar algo en el balneario de abajo, lo llevé conmigo y lo puse a cargo de la vieja Úrsula, arriba en el pueblo de Pfäfers. En invierno también pude quedarme en el balneario, pues había trabajo de todo tipo porque sé coser y remendar, y a principios de primavera vinieron de nuevo los señores de Fráncfort a quienes había servido el año pasado y que quieren llevarme consigo; pasado mañana nos marchamos, y el servicio es bueno, te lo digo.

—¿Y al viejo de allá arriba quieres entregarle ahora a la niña? Solo me pregunto qué estás pensando, Dete —dijo Bárbel con tono de reproche.

—¿Qué quieres decir? —replicó Dete—. He hecho lo que me tocaba con la niña, ¿y qué voy a hacer con ella? No puedo llevármela a Fráncfort, que solo tiene cinco años. Pero, ¿adónde vas tú, Bárbel? Ya estamos a medio camino de la montaña.

—Yo ya casi estoy donde tengo que ir —respondió Bárbel—; tengo que hablar con la madre de Pedro, ella me hila en invierno. ¡Que te vaya bien, Dete, buena suerte!

Dete dio la mano a su acompañante y se quedó parada mientras esta se dirigía a la pequeña cabaña oscura de madera que se alzaba unos pasos a un lado del sendero, en una hondonada donde quedaba bastante resguardada del viento de montaña. La cabaña estaba a media altura de los pastos, contando desde la aldea, y el hecho de que se encontrase en una pequeña depresión del monte era una suerte, pues tenía tan mal aspecto y tan desvencijada, que aun así debía de ser peligroso vivir en ella cuando el viento cálido y huracanado barría las montañas con tal fuerza que todo traqueteaba en la cabaña, puertas y ventanas, y todas las vigas carcomidas crujían y chirriaban. Si la cabaña hubiera estado en la cima de los pastos en días así, el viento la habría arrastrado al valle sin demora.

Allí vivía Pedro el cabrero, el chico de once años que cada mañana bajaba a la aldea a recoger las cabras para llevarlas al alto de los pastos a comer los hierbajos cortos y vigorosos hasta el atardecer; luego corría Pedro con sus ágiles animalillos cuesta abajo, y al llegar a la aldea daba un silbido

agudo con los dedos, y cada propietario venía a buscar su cabra en la plaza. La mayoría de las veces venían chiquillos y chiquillas, pues las apacibles cabras no daban miedo, y esa era, durante todo el verano, la única hora del día en que Pedro alternaba con sus iguales; por lo demás solo vivía con las cabras. Es verdad que en casa tenía a su madre y a su abuela ciega; pero como tenía que salir muy temprano por la mañana y llegaba tarde de la aldea por la noche, pues allí se entretenía con los niños todo el tiempo que podía, en casa solo pasaba el tiempo justo para tragarse la leche y el pan por la mañana y lo mismo por la noche, y luego tumbarse y dormir. Su padre, que también había sido conocido como «el cabrero» por haber ejercido ese mismo oficio en años anteriores, había muerto unos años atrás en un accidente cortando leña. Su madre, que se llamaba Brígida, era conocida por todos, en aras de la coherencia, como «la madre del cabrero», y a la abuela ciega la conocían de lejos y de cerca, viejos y jóvenes, tan solo por el nombre de «la abuela».

Dete había esperado bien diez minutos mirando en todas direcciones a ver si los niños con las cabras se veían ya por algún lado; como no era el caso, subió un poco más hasta donde podía divisar mejor todo el pasto hacia abajo, y desde allí miraba a un lado y a otro con signos de gran impaciencia en el rostro y en los movimientos. Mientras tanto, los niños se acercaban dando un gran rodeo, pues Pedro conocía muchos lugares donde había buenas cosas para que sus cabras mordisquearan en matorrales y arbustos; por eso hacía con su rebaño múltiples desvíos en el camino. Al principio la niña había trepado trabajosamente tras él, jadeando de calor e incomodidad con su pesado atuendo y empleando todas sus fuerzas. No decía nada, pero miraba con fijeza, unas veces a Pedro, que con sus pies descalzos y sus ligeros pantalones cortos saltaba de aquí para allá sin el menor esfuerzo, y otras a las cabras, que con sus patas delgadas y esbeltas trepaban aún más fácilmente sobre matas, piedras y escarpadas pendientes. De repente la niña se sentó en el suelo, se quitó con gran rapidez los zapatos y los calcetines, se puso de pie, se quitó la pañoleta roja y gruesa, desabrochó su falda, la sacó enseguida y todavía tuvo que desengancharse otra, pues la tía Dete le había puesto el vestido de los domingos encima del de los días de entre semana para ahorrar tiempo, para que nadie tuviese que cargarlo. En un abrir y cerrar de ojos desapareció también la falda del diario, y ahora la niña estaba en ligera enagua, estirando los bracitos desnudos por las mangas cortas de la camisa con gran satisfacción. Luego lo apiló todo en un montoncito, y

ahora brincaba y trepaba junto a las cabras y al lado de Pedro tan ligera como cualquiera de la compañía. Pedro no había prestado atención a lo que hacía la niña cuando se había quedado atrás. Cuando la vio llegar de salto con la nueva indumentaria, su cara se ensanchó con una sonrisa pícaro, y al ver abajo el montoncito de ropa su boca se abrió todavía más de oreja a oreja; pero no dijo nada. Cuando la niña se sintió tan libre y ligera, entabló una conversación con Pedro, y él también empezó a hablar y tuvo que responder a multitud de preguntas, pues la niña quería saber cuántas cabras tenía y adónde iba con ellas y qué hacía donde llegase. Así llegaron por fin los niños junto con las cabras a lo alto de la cabaña y se presentaron ante la vista de la tía Dete. Apenas esta hubo visto acercarse a la compañía que trepaba, lanzó un grito:

— ¡Heidi, qué haces! ¿Cómo estás? ¿Dónde tienes tu falda y la otra y la pañoleta? ¡Y unos zapatos completamente nuevos te compré para la montaña, y te hice nuevos calcetines, y todo se ha ido! ¡Todo se ha ido! ¡Heidi, qué has hecho, dónde está todo?

La niña señaló tranquilamente montaña abajo y dijo:

— Allí.

La tía siguió la dirección de su dedo. Efectivamente, allí había algo, y encima un punto rojo que debía de ser la pañoleta.

— ¡Criatura desgraciada! — exclamó la tía con gran agitación —. ¿Qué se te ha pasado por la cabeza? ¿Por qué te has quitado todo? ¿Qué significa esto?

— No lo necesito — dijo la niña, y no parecía en absoluto arrepentida.

— ¡Ay, Heidi sin ventura ni cabeza, aún no tienes ningún sentido! — siguió quejándose y regañando la tía —. ¿Quién va a ir a recogerlo ahora? ¡Son media hora de camino! Ven, Pedro, corre a recoger eso; date prisa y no te quedes ahí pasmado mirándome como si estuvieras clavado en el suelo.

— Ya llego tarde — dijo Pedro despacio, sin moverse del sitio donde, con las manos en los bolsillos, había escuchado el estallido de la tía.

— ¡Ahí te quedas mirando con los ojos como platos, y así no llegarás muy lejos! — le gritó la tía Dete —. Ven aquí, algo bueno te espera, ¿ves? — y le mostró un céntimo nuevo que le brilló en los ojos. De golpe, Pedro dio

un salto y echó a correr montaña abajo por el camino más directo y llegó en pocos saltos enormes hasta el montoncito de ropa, lo recogió y reapareció tan rápido que la tía tuvo que elogiarlo y le entregó enseguida su monedita. Pedro la metió rápidamente en el fondo del bolsillo, y su cara brillaba y reía a todo lo ancho, pues tal tesoro no le caía en suerte a menudo.

—Tú puedes llevar las cosas hasta casa del Tío, que vas por ese camino —dijo ahora la tía Dete, disponiéndose a trepar por la escarpada ladera que se alzaba justo detrás de la cabaña de Pedro. Este aceptó de buen grado el encargo y siguió de cerca a la que iba delante, con el brazo izquierdo ceñido al hatillo y la vara de las cabras blandiendo en la derecha. Heidi y las cabras brincaban y saltaban alegremente a su lado. Así llegó la comitiva al cabo de tres cuartos de hora a la cumbre de los pastos, donde en un saliente del monte, libre y expuesto a todos los vientos pero también a cada rayo de sol, con la vista abierta sobre el amplio valle que quedaba abajo, se alzaba la cabaña del viejo Tío. Detrás de la cabaña había tres viejos abetos con ramas espesas, largas y sin podar. Más atrás, el terreno volvía a subir hasta lo alto entre viejas rocas grises, primero sobre bellas alturas llenas de hierba y plantas, luego en maleza pedregosa y finalmente hasta los riscos pelados y escarpados.

Adosado a la cabaña en el lado que da al valle, el Tío se había construido un banco. Aquí estaba sentado, con la pipa en la boca, las dos manos apoyadas en las rodillas, y miraba con calma cómo los niños, las cabras y la tía Dete se acercaban trepando, pues esta había ido quedándose poco a poco por detrás de los demás. Heidi llegó primero arriba; se dirigió derecho al viejo, le tendió la mano y dijo:

—Buenas tardes, abuelo.

—Vaya, vaya, ¿qué significa esto? —preguntó el viejo con brusquedad; dio la mano brevemente a la niña y la miró largo tiempo con una mirada penetrante desde bajo sus pobladas cejas. Heidi sostuvo la larga mirada sin parpadear siquiera, pues el abuelo con la barba larga y las espesas cejas grises que se juntaban en el centro y parecían una especie de matorral era tan sorprendente de ver que Heidi tuvo que contemplarlo bien. Entretanto también se había acercado la tía junto con Pedro, que se quedó parado un momento mirando lo que ocurría.

—Os deseo los buenos días, Tío —dijo Dete acercándose—, y aquí os traigo a la hija de Tobías y de Adelheid. Seguro que ya no la reconocéis, pues desde que tenía un año no la habéis vuelto a ver.

—¿Y qué tiene que hacer la niña aquí conmigo? —preguntó el viejo brevemente; y al Pedro le gritó—: Tú, vete con tus cabras; no llegas muy temprano, llévate las mías también.

Pedro obedeció enseguida y desapareció, pues el Tío lo había mirado de tal manera que ya tenía bastante.

—La niña tiene que quedarse con vos, Tío —respondió Dete a su pregunta—. Creo que he hecho lo que me tocaba por ella estos cuatro años; ahora os toca a vos hacer lo vuestro.

—Así —dijo el viejo, y lanzó una mirada fulminante a Dete—. ¿Y si la niña empieza a lloriquear y a gimotear, como hacen las criaturas sin juicio, qué tengo que hacer entonces con ella?

—Eso es cosa vuestra —replicó Dete—; creo que a mí tampoco nadie me dijo cómo tenía que arreglármelas con la pequeña cuando me la pusieron en brazos con apenas un año, y yo ya tenía bastante con lo mío y con mi madre. Ahora tengo que ir a ganarme la vida, y vos sois el más próximo a la niña; si no podéis tenerla, haced con ella lo que queráis, pero vos tendréis que responder si se malogra, y supongo que no necesitáis cargaros con nada más.

Dete no tenía del todo limpia la conciencia en este asunto; por eso se había acalorado y había dicho más de lo que pretendía. Con sus últimas palabras, el Tío se había puesto de pie; la miró de tal modo que ella retrocedió unos pasos; luego extendió el brazo y dijo con autoridad:

—¡Lárgate por donde has venido y no vuelvas a aparecer en mucho tiempo!

Dete no necesitó que se lo dijeran dos veces. —Que os quedéis bien, y tú también, Heidi —dijo a toda prisa y echó a correr montaña abajo a buen trote hasta la aldea, pues la agitación interior la empujaba hacia delante como una poderosa fuerza de vapor. En la aldea la llamaron esta vez mucho más, pues la gente quería saber dónde estaba la niña; todos conocían bien a Dete y sabían a quién pertenecía la niña y todo lo que le había pasado. Cuando desde todas las puertas y ventanas resonó: «¿Dónde está la niña?

Dete, ¿dónde has dejado a la niña?», ella respondía cada vez más malhumorada:

— ¡Arriba, con el Tío de los Alpes! ¡Con el Tío de los Alpes, ya os lo digo!

Pero le dolía en extremo que las mujeres le gritasen desde todos lados: «¡Cómo puedes hacer tal cosa!» y «¡Pobrecilla!» y «¡Dejar a una criatura tan pequeña e indefensa allá arriba!» y una y otra vez: «¡Pobrecilla!». Dete corría tan deprisa como podía y se alegraba cuando ya no oía nada, pues el asunto no le sentaba bien; su madre le había confiado a la niña al morir. Pero se decía para tranquilizarse que podría hacer más por la niña en cuanto ganase mucho dinero, y así se alegraba mucho de poder alejarse pronto de toda la gente que le metía prisa y de llegar a un buen servicio.

CAPÍTULO 2. CON EL ABUELO

Después de que Dete desapareciera, el Tío volvió a sentarse en el banco y se puso a echar grandes nubes de humo de su pipa, mirando al suelo sin decir palabra. Entre tanto, Heidi miraba con curiosidad a su alrededor, descubrió el establo de las cabras adosado a la cabaña y se asomó. No había nada dentro. La niña continuó su exploración y llegó detrás de la cabaña hasta los viejos abetos. El viento soplaba entre las ramas con tal fuerza que lo alto de las copas rugía y bramaba. Heidi se detuvo y estuvo escuchando. Cuando amainó un poco, la niña rodeó la esquina de la cabaña y volvió al frente, donde estaba el abuelo. Al verlo todavía en la misma postura que cuando lo había dejado, se plantó delante de él, cruzó las manos a la espalda y se quedó mirándolo. El abuelo levantó la vista.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó, al ver que la niña seguía inmóvil ante él.

—Quiero ver qué tienes dentro, en la cabaña —dijo Heidi.

—Vamos —y el abuelo se levantó y entró delante en la cabaña.

—Trae también ese hatillo de ropa —ordenó al entrar.

—No lo necesito más —declaró Heidi.

El viejo se volvió y miró penetrantemente a la niña, cuyos ojos negros brillaban de expectación ante lo que pudiera haber dentro. —No puede faltarle el juicio —dijo en voz baja para sí. —¿Por qué no lo necesitas más? —añadió en voz alta.

—Quiero andar como las cabras, que tienen las patas tan ligeras.

—Está bien, puedes hacerlo, pero trae el bulto —ordenó el abuelo—; lo guardaremos en el armario.

Heidi obedeció. Ahora el viejo abrió la puerta y Heidi entró tras él en una habitación bastante grande, que era toda la extensión de la cabaña. Había una mesa y una silla junto a ella; en un rincón estaba el lecho del abuelo; en otro colgaba el gran caldero sobre el hogar; al otro lado había una gran puerta en la pared que el abuelo abrió: era el armario. Dentro colgaban sus ropas, y en un estante había algunas camisas, calcetines y paños, y en otro unos platos, tazas y vasos, y en el de arriba un pan redondo, carne ahumada y queso, pues en ese armario estaba todo cuanto el Tío de los Alpes poseía y necesitaba para su sustento. Cuando abrió el armario, Heidi corrió hacia allí y empujó sus cosas bien al fondo, lo más lejos posible de las ropas del abuelo, para que no fuera fácil encontrarlas. Luego se puso a mirar atentamente todo el cuarto y dijo:

—¿Dónde tengo que dormir, abuelo?

—Donde quieras —respondió este.

Eso le pareció muy bien a Heidi. Se puso a explorar todos los rincones y examinó cada rinconcito para ver dónde sería más bonito dormir. En la esquina de enfrente al lecho del abuelo había una pequeña escalera de mano; Heidi trepó por ella y llegó a un henil. Allí había un montón de heno fresco y oloroso, y por una abertura redonda se veía el valle allá abajo, muy lejos.

—¡Aquí quiero dormir! —llamó Heidi desde arriba—. ¡Aquí es muy bonito! ¡Ven a ver lo bonito que es, abuelo!

—Ya sé —resonó desde abajo.

—¡Ahora voy a hacer la cama! —volvió a gritar la niña, mientras se afanaba de un lado para otro allá arriba—. ¡Pero tienes que subir y traerme una sábana, porque en una cama también hace falta una sábana, y uno se acuesta entre la sábana y la manta!

—Está bien —dijo el abuelo desde abajo, y al cabo de un momento subió por el armario, rebuscó un poco y sacó de debajo de sus camisas un lienzo largo y grueso que tenía algo de sábana. Subió con él por la escalera. En el henil había ya una camita bastante apañada: el heno estaba apilado alto donde debía ir la cabeza, y la cara quedaba justo enfrente de la abertura redonda.

—Esto está muy bien hecho —dijo el abuelo—, ahora vendrá la sábana, pero espera un momento —y con eso tomó un buen puñado de heno del montón y dejó el colchón del doble de grueso, para que el duro suelo no se notase—; así, ahora ven.

Heidi había agarrado ya el lienzo, pero apenas podía con él, de tan pesado que era; pero eso estaba muy bien, pues con la tela tan tupida los puntiagudos tallos de heno no podían pinchar. Ahora los dos extendieron juntos la sábana sobre el heno, y donde sobraba de ancho y de largo, Heidi metía los extremos con presteza bajo el colchón. Así quedó muy bien y limpio, y Heidi se colocó delante y lo contempló pensativa.

—Nos hemos olvidado de algo, abuelo —dijo entonces.

—¿De qué? —preguntó él.

—De una manta; porque cuando uno se mete en la cama se mete entre la sábana y la manta.

—¿Eso crees? ¿Y si no tengo ninguna? —dijo el viejo.

—Oh, entonces no importa, abuelo —tranquilizó Heidi—, cogemos más heno para hacer de manta —y ya quería ir de nuevo al montón de heno, pero el abuelo lo impidió.

—Espera un momento —dijo, bajó por la escalera y se acercó a su cama. Luego volvió y dejó en el suelo un saco grande, pesado, de lino.

—¿No es mejor que el heno? —preguntó. Heidi tiró con todas sus fuerzas del saco para extenderlo, pero sus pequeñas manos no podían con aquel material tan pesado. El abuelo ayudó, y cuando quedó extendido sobre la cama, todo tenía muy buen aspecto y consistencia, y Heidi se quedó ante su nueva cama llena de admiración y dijo:

—¡Qué manta tan magnífica, y la cama entera! ¡Ojalá fuera ya de noche para poder meterme dentro!

—Creo que primero podríamos comer algo —dijo el abuelo—, ¿no te parece?

Heidi había olvidado todo lo demás en el afán de hacer la cama; pero al venirle a la mente el pensamiento de la comida, sintió un gran hambre, pues no había tomado nada en todo el día más que su trozo de pan y unos sorbos

de café aguado por la mañana temprano, y después había hecho el largo camino. Así que Heidi respondió con plena convicción:

—Sí, creo que sí.

—Pues bajemos, ya que estamos de acuerdo —dijo el viejo y siguió a la niña escalera abajo. Luego se acercó al hogar, apartó el caldero grande y acercó el pequeño, que colgaba de la cadena, se sentó en el taburete de madera con el asiento redondo que había delante y avivó un buen fuego. El caldero empezó a hervir, y mientras tanto el abuelo sujetó con un largo tenedor de hierro un buen trozo de queso sobre el fuego y lo fue girando de un lado a otro hasta que por todas partes quedó de un dorado amarillo. Heidi había estado mirando con suma atención; de repente se le ocurrió algo y se apartó de un salto, fue al armario y de allí fue y vino. Cuando el abuelo llegó a la mesa con el puchero y el queso tostado en el tenedor, ya estaba puesto el pan redondo encima, dos platos y dos cuchillos, todo bien ordenado, pues Heidi había observado bien todo en el armario y sabía que se necesitaría para la comida.

—Bien, me alegra que se te ocurra pensar por ti misma —dijo el abuelo y puso el queso sobre el pan a modo de base—; pero falta algo en la mesa.

Heidi vio cuán tentador salía el vapor del puchero y saltó de nuevo al armario. Pero allí solo había un cuenco. Heidi no tardó en hallar solución: detrás había dos vasos; al instante volvió la niña y puso el cuenco y el vaso en la mesa.

—Muy bien; tú sabes arreglártelas. ¿Pero dónde vas a sentarte?

En la única silla estaba sentado el abuelo. Heidi salió disparada hacia el hogar, trajo el taburete de tres patas y se sentó en él.

—Asiento sí que tienes, eso es verdad, aunque un poco bajo —dijo el abuelo—; pero en mi silla también te quedarías corta para alcanzar la mesa; así que, de momento, ven a comer algo. —Se levantó, llenó el cuenco de leche, lo puso en la silla y la acercó bien al taburete para que Heidi tuviese una especie de mesa delante. El abuelo puso encima un trozo grande de pan y un trozo del queso dorado y dijo:

—¡Ahora, come!

Él mismo se sentó en el canto de la mesa y empezó su almuerzo. Heidi agarró el cuenco y bebió y bebió sin parar, pues toda la sed del largo camino le volvía a subir de golpe. Luego tomó un largo respiro — pues en el afán de beber no había podido respirar— y dejó el cuenco.

—¿Te gusta la leche? —preguntó el abuelo.

—Nunca había bebido una leche tan buena —respondió Heidi.

—Pues tienes que beber más —y el abuelo llenó el cuenco hasta arriba y lo puso de nuevo ante la niña, que mordió con gusto su pan después de untar en él el queso blando, pues asado así estaba blando como mantequilla, y todo junto sabía muy bien, y de vez en cuando bebía su leche y tenía muy buen aspecto. Cuando terminó la comida, el abuelo salió al establo de las cabras a ordenar algunas cosas, y Heidi le observó con atención: cómo barría primero con la escoba, cómo extendía paja fresca para que los animalillos pudiesen dormir en ella; cómo fue luego al cobertizo de al lado y cortó allí estacas redondas y las fue labrando en una tabla, hizo agujeros y metió las estacas dentro poniéndolas de pie; y de repente aquello era una silla, igual que la del abuelo pero mucho más alta, y Heidi contemplaba la obra sin poder hablar de puro asombro.

—¿Qué es esto, Heidi? —preguntó el abuelo.

—Es mi silla, porque es muy alta; de repente ya estaba hecha —dijo la niña, todavía en profundo asombro y admiración.

—Tiene los ojos en su sitio; sabe lo que ve —se dijo el abuelo para sí mientras rodeaba la cabaña, clavaba aquí un clavo y allá otro, luego reparaba algo en la puerta, y así andaba de un sitio a otro con el martillo, los clavos y trozos de madera, arreglando o quitando según hiciera falta. Heidi le seguía paso a paso y miraba con la mayor atención todo lo que hacía, y cuanto ocurría le parecía muy entretenido.

Así llegó la tarde. En los viejos abetos empezó a bramar el viento con más fuerza; una ráfaga poderosa vino y silbó y rugió entre las densas copas. Aquello sonaba tan hermoso en los oídos y en el corazón de Heidi que se puso muy contenta y brincó y saltó entre los abetos como si le hubiera sucedido algo extraordinario. El abuelo se quedó en el umbral del cobertizo mirando a la niña. Entonces se oyó un silbido agudo. Heidi se paró en seco, el abuelo salió. De arriba venían saltando, cabra a cabra, como una estampida,

y en medio de ellas Pedro. Con un grito de alegría, Heidi se lanzó en medio del rebaño y saludó a los viejos amigos de aquella mañana uno por uno. Al llegar a la cabaña todo quedó quieto, y del rebaño salieron dos cabras hermosas y esbeltas, una blanca y una parda, y fueron hacia el abuelo lamiéndole las manos, pues él guardaba en ellas un poco de sal, como hacía cada tarde para recibir a sus dos animalillos. Pedro desapareció con su rebaño. Heidi acariciaba tiernamente la una y luego la otra cabra y corría alrededor de ellas para acariciarlas también por el otro lado, y era toda alegría y felicidad con las animalillos.

—¿Son nuestras, abuelo? ¿Son las dos nuestras? ¿Van al establo? ¿Se quedan siempre con nosotros? —preguntaba Heidi una tras otra en su contento, y el abuelo apenas podía meter su invariable «¡Sí, sí!» entre una pregunta y la siguiente. Cuando las cabras se habían lamido la sal, el viejo dijo:

—Ve a buscar el cuenco y el pan.

Heidi obedeció y volvió enseguida. Entonces el abuelo ordeñó del tirón el cuenco lleno de la blanca, cortó un trozo de pan y dijo:

—Ahora come y luego sube a dormir. La tía Dete dejó también un hatillo para ti, con camisitas y algo más; está abajo en el armario, si lo necesitas. Yo tengo que meter ahora a las cabras, así que ¡buenas noches!

—¡Buenas noches, abuelo! ¡Buenas noches! —¿cómo se llaman, abuelo, cómo se llaman? —llamó la niña corriendo tras el viejo que desaparecía y tras las cabras.

—La blanca se llama Copo de Nieve y la parda Osita —respondió el abuelo desde el umbral.

—¡Buenas noches, Copo de Nieve! ¡Buenas noches, Osita! —gritó Heidi con todas sus fuerzas, pues justo en ese momento las dos entraban en el establo. Heidi se sentó en el banco, comió su pan y bebió su leche; pero el viento fuerte casi la volaba del asiento; así que terminó deprisa, entró en la cabaña y subió a su cama, en la que durmió enseguida tan firme y espléndidamente como solo puede dormir uno en el más bello lecho de príncipe. No mucho después, antes de que oscureciera del todo, el abuelo también se acostó, pues siempre se levantaba al amanecer, y el sol llegaba muy temprano por encima de los montes en aquella época del verano. En la noche el viento soplaba con tal fuerza que sus golpes hacían temblar toda la cabaña y

crujir todas las vigas; por la chimenea aullaba y gemía como voces de lamento, y en los viejos abetos de afuera bramaba con tal furia que aquí y allá caía una rama con estrépito. A mitad de la noche el abuelo se levantó y dijo en voz baja para sí: —Quizá le dé miedo.

Subió la escalera y se acercó al lecho de Heidi. La luna de afuera brillaba unas veces con claridad y otras las nubes que pasaban velozmente la cubrían y todo quedaba oscuro. Justo entonces el claro de luna entró por la abertura redonda y cayó precisamente sobre el lecho de Heidi. La niña se había quedado dormida con las mejillas encendidas bajo su pesada manta, y yacía tranquila y pacífica sobre su bracito redondo soñando con algo agradable, pues su carita tenía un aspecto muy sosegado. El abuelo miró largo rato a la niña que dormía en paz, hasta que la luna volvió a ocultarse tras las nubes y todo quedó oscuro; entonces volvió a su cama.

CAPÍTULO 3. EN EL PRADO

Heidi despertó a la mañana siguiente al oír un silbido agudo, y cuando abrió los ojos entró un resplandor dorado por la abertura redonda que bañó su lecho y el heno de alrededor, de modo que todo brillaba dorado en derredor. Heidi miró a su alrededor sin saber en absoluto dónde estaba. Pero entonces oyó fuera la voz profunda del abuelo, y todo le volvió a la memoria: de dónde venía y que ahora estaba en la montaña con el abuelo, no más con la vieja Úrsula, que era casi sorda y siempre tenía frío, de modo que se pasaba el tiempo junto a la ventana de la cocina o a la estufa del cuarto, donde también Heidi tenía que quedarse o muy cerca, para que la vieja pudiera ver dónde estaba aunque no pudiera oírla. A Heidi le había parecido a veces muy encogido estar allí dentro, y hubiera preferido salir corriendo. Así que se alegró mucho de despertar en su nueva morada y recordar cuántas cosas nuevas había visto el día antes y lo que podría volver a ver hoy, sobre todo Copo de Nieve y Osita. Heidi saltó de prisa de la cama y en pocos minutos se puso todo lo que había llevado el día antes, pues era muy poca cosa. Luego bajó la escalera y salió corriendo a la cabaña. Pedro ya estaba allí con su rebaño, y el abuelo sacaba precisamente a Copo de Nieve y a Osita del establo para que se uniesen a la compañía. Heidi corrió hacia él para darle los buenos días a él y a las cabras.

—¿Quieres ir a la pradera? —preguntó el abuelo.

A Heidi le pareció muy bien; saltó de alegría.

—Pero primero hay que lavarse y estar limpia; si no, el sol se ríe de ti cuando brilla tan hermoso ahí arriba y te ve sucia; mira, allí tienes lo que necesitas —y el abuelo señaló un gran barreño lleno de agua que estaba al sol delante de la puerta. Heidi corrió hacia él y chapoteó y frotó hasta

quedar bien reluciente. Mientras tanto el abuelo entró en la cabaña y llamó a Pedro:

— Ven aquí, general de las cabras, y trae tu morral.

Pedro acudió extrañado al llamado y extendió el bolsillo en que llevaba su escaso almuerzo. El abuelo metió dentro un gran trozo de pan y un trozo de queso igual de grande. Pedro abrió los ojos cuanto pudo de asombro, pues los dos trozos eran con toda seguridad el doble que los dos que llevaba él como propio almuerzo.

— Y ahora va también el cuenco — siguió el Tío —, porque la niña no sabe beber directamente de la cabra como tú; la ordeñas dos cuencos llenos a mediodía, pues la niña va contigo y se queda contigo hasta que vuelvas abajo; cuida de que no caiga por los riscos, ¿me oyes?

Heidi entró corriendo. — ¿Puede reírse de mí el sol ahora, abuelo? — preguntó con interés. Se había frotado con la toalla áspera que el abuelo había colgado junto al barreño de tal modo que, en su horror al sol, la cara, el cuello y los brazos le habían quedado de un rojo de cangrejo.

El abuelo sonrió un poco.

— No, ahora no tiene nada de qué reírse — confirmó —. Pero, ¿sabes qué? Esta noche, cuando vuelvas a casa, te metes entera en el barreño como un pez; porque cuando se anda como las cabras, los pies se ponen negros. ¡Ahora podéis marcharos!

Entonces emprendieron alegres el ascenso. El viento había barrido en la noche hasta el último jiron de nube; el cielo mostraba su azul oscuro por todos lados, y en medio brillaba el sol resplandeciente e iluminaba la pradera alpina, y todas las florecillas azules y amarillas abrían sus cálices y lo miraban alegremente. Heidi saltaba a un lado y a otro y lanzaba gritos de alegría, pues allí había grupos enteros de finas primaveras de un rojo encendido, y allá relucía todo de azul con los hermosos gencianos, y por todas partes sonreían y cabeceaban las delicadas y doradas jaras al sol. Tanta era la emoción de Heidi ante todas aquellas florecillas resplandecientes y parpadeantes que olvidó a las cabras y hasta a Pedro. Corría trecho tras trecho hacia delante y luego se desviaba, porque allí destellaba algo rojo y allá algo amarillo y Heidi tiraba para todos lados. Por todas partes cogía Heidi grandes manojos de flores y los metía en el delantal, pues quería llevárselas

todas a casa y meterlas en el heno de su cuarto para que estuviera como aquí afuera. Así que Pedro tenía que mirar a todos lados, y sus ojos redondos, que no se movían con especial rapidez de un lado para otro, tenían más trabajo del que Pedro podía con comodidad manejar, pues las cabras hacían como Heidi: también corrían de aquí para allá, y él tenía que silbar y llamar y agitar la vara por doquier para reunir de nuevo a todas las rezagadas.

—¿Dónde estás otra vez, Heidi? —gritó con voz bastante enojada.

—Aquí —respondió desde algún sitio. Ver a Heidi no era posible, pues estaba sentada en el suelo detrás de un montículo cubierto de prunelas olorosas; en torno suyo el aire estaba tan lleno de fragancia que Heidi jamás había respirado algo tan delicioso. Se había sentado entre las flores y aspiraba el perfume a plenos pulmones.

—¡Ven! —volvió a llamar Pedro—. No puedes caerte por los riscos; el Tío lo tiene prohibido.

—¿Dónde están los riscos? —preguntó Heidi, sin moverse del sitio, pues con cada sople de viento el dulce perfume llegaba a la niña con más delicia todavía.

—Allá arriba, muy arriba; aún nos queda mucho camino, así que ven. Y arriba en lo más alto vive el viejo buitre y grazna.

Eso sí surtió efecto. Heidi se levantó de un salto y corrió con el delantal lleno de flores hasta Pedro.

—Ahora ya tienes bastante —dijo este cuando volvieron a trepar juntos—; si las coges todas, mañana no habrá ninguna.

Esta última razón convenció a Heidi, y además el delantal ya estaba tan lleno que apenas quedaba sitio, y para mañana también tenía que haber. Así que siguió con Pedro, y las cabras marchaban ya más en orden porque olían las buenas hierbas del alto prado desde lejos y avanzaban sin detenerse. El prado donde Pedro solía hacer alto con sus cabras y establecer su cuartel para el día estaba al pie de los altos riscos que, primero cubiertos de arbus-tos y abetos, terminaban del todo pelados y escarpados hacia el cielo. A un lado de la pradera alpina se abrían profundas grietas en la roca que bajaban muy abajo, y el abuelo tenía razón en advertir del peligro. Cuando llegaron a ese punto de la altura, Pedro se quitó el morral y lo puso con cuidado en una pequeña hondonada del suelo, pues a veces venían ráfagas de viento

con gran fuerza, y Pedro lo sabía y no quería ver rodar su preciada posesión montaña abajo; luego se tendió cuan largo era en el soleado suelo del prado, pues tenía que recuperarse del esfuerzo de la subida.

Entre tanto Heidi se había quitado el delantal, lo había enrollado bien apretado con las flores dentro y lo había metido junto al morral en la hondonada, y ahora se sentó junto a Pedro tendido y miró a su alrededor. El valle quedaba muy abajo, bañado en el pleno resplandor de la mañana; ante sí, Heidi veía alzarse un inmenso campo de nieve hacia el cielo azul oscuro, y a la izquierda se erguía una enorme masa de roca, y a cada lado de ella sobresalía una alta torre de roca pelada y dentada en la azul lejanía y miraba desde allá arriba a Heidi con mucha seriedad. La niña estaba sentada muy quieta y miraba a su alrededor, y en torno reinaba un gran y profundo silencio; tan solo muy suave y levemente pasaba el viento sobre las delicadas campanillas azules y las doradas y radiantes jaras, que estaban por doquier sobre sus delgados tallos cabeceando suave y alegremente. Pedro se había quedado dormido después del esfuerzo, y las cabras trepaban arriba por los arbustos. A Heidi le sentaba tan bien aquello como nunca en su vida. Bebía el sol dorado, el aire fresco y el tenue perfume de las flores, y no quería más que quedarse allí siempre. Así pasó un buen rato, y Heidi había mirado tan a menudo y tan largo hacia los grandes picos de enfrente que ahora le parecía que todos tenían también rostro y la miraban como buenos amigos, con mucha familiaridad.

De repente Heidi oyó sobre su cabeza un graznido alto y penetrante, y al mirar hacia arriba vio volar en círculos por encima un pájaro tan grande como nunca había visto en su vida, con las alas muy extendidas, que describía grandes arcos dando siempre la vuelta y graznaba alto y penetrante sobre la cabeza de Heidi.

— ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Despierta! — gritó Heidi — . ¡Mira el buitre, mira!
¡Mira!

Pedro se incorporó al llamado y miró con Heidi al pájaro, que ahora se remontaba cada vez más alto hacia el azul del cielo y al final desapareció sobre los riscos grises.

— ¿Adónde ha ido ahora? — preguntó Heidi, que había seguido al pájaro con suma atención.

—A su nido —respondió Pedro.

—¿Vive allá arriba? ¡Oh, qué bonito tan alto! ¿Por qué grita así? —siguió preguntando Heidi.

—Porque tiene que hacerlo —explicó Pedro.

—¡Vamos a trepar hasta allá arriba a ver dónde vive! —propuso Heidi.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —soltó Pedro, enfatizando cada exclamación con mayor desaprobación—; ni una cabra puede llegar allá arriba, y el Tío ha dicho que no debes caerte por los riscos.

Entonces Pedro comenzó de repente a silbar y a llamar con tal fuerza que Heidi no sabía qué iba a pasar; pero las cabras debían de entender los sonidos, pues una tras otra bajaron saltando, y al poco tiempo todo el rebaño estaba reunido en la verde ladera, unas mordisqueando los tallos aromáticos, otras corriendo de un lado para otro y algunas empujándose un poco con los cuernos para pasar el rato. Heidi se había levantado de un salto y corría entre las cabras, pues para ella era un espectáculo nuevo e indescriptiblemente divertido ver cómo los animalillos saltaban y se divertían, y Heidi iba de una a otra haciendo conocimiento personal de cada una, pues cada una era una aparición completamente distinta y tenía sus propias maneras. Mientras tanto Pedro había sacado el morral y había colocado las cuatro piezas que contenía en el suelo formando un cuadrado, los trozos grandes del lado de Heidi y los pequeños del suyo, pues sabía perfectamente cómo los había recibido. Luego tomó el cuenco y ordeñó una hermosa leche fresca de Copo de Nieve y puso el cuenco en el centro del cuadrado. Después llamó a Heidi, pero tuvo que llamar más rato que a las cabras, pues la niña estaba tan entregada al entusiasmo y a la alegría de los variados saltos y diversiones de sus nuevos compañeros de juego que no veía ni oía nada más. Pero Pedro sabía hacerse entender; gritó de tal modo que resonó hasta en los riscos, y entonces apareció Heidi, y la mesa puesta tenía tan buen aspecto que saltó alrededor de ella de satisfacción.

—Para de brincar, es hora de comer —dijo Pedro—; siéntate y empieza.

Heidi se sentó. —¿La leche es mía? —preguntó, mirando de nuevo con agrado el hermoso cuadrado y el punto central en el medio.

—Sí —respondió Pedro—, y los dos trozos grandes para comer también son tuyos, y cuando hayas bebido te traigo otro cuenco de Copo de Nieve, y

luego me toca a mí.

—¿Y tú de qué cabra bebes? —quiso saber Heidi.

—De la mía, de la Caracol. Empieza a comer —le apresuró Pedro de nuevo. Heidi empezó con su leche, y en cuanto dejó el cuenco vacío, Pedro se levantó y trajo un segundo. Luego Heidi partió un trozo de su pan, y el resto, que seguía siendo más grande que el propio trozo de Pedro, que ya casi había acabado junto con todo lo demás, lo extendió hacia Pedro junto con el gran trozo de queso y dijo:

—Esto puedes quedártelo; yo ya tengo bastante.

Pedro miró a Heidi con mudo asombro, pues nunca en su vida habría podido decir tal cosa ni desprenderse de nada así. Se quedó un momento vacilante, pues no podía creer del todo que Heidi hablase en serio; pero como esta seguía ofreciéndole sus piezas con insistencia, y al no cogerlas las puso Pedro sobre sus rodillas, vio que iba en serio; cogió su regalo, asintió en señal de agradecimiento y aceptación, y se puso a comer un almuerzo tan abundante como nunca en su vida de cabrero. Entre tanto Heidi estaba pendiente de las cabras.

—¿Cómo se llaman todas, Pedro? —preguntó.

Eso sí que lo sabía él muy bien y podía retenerlo en la cabeza con tanta más facilidad cuanto que guardaba poca cosa más. Empezó pues a nombrarlas sin tropiezo una por una, señalando cada vez con el dedo a la correspondiente. Heidi escuchó con suma atención las explicaciones, y no tardó nada en poder distinguir unas de otras y llamar a cada una por su nombre, pues cada cual tenía sus particularidades que había que tener siempre presentes; bastaba con observar bien a todas, y eso hacía Heidi. Allí estaba el gran Turco con los cuernos fuertes, que siempre quería embestir con ellos a todas las demás, y la mayoría huía cuando él llegaba y no quería saber nada del brusco compañero. Solo la atrevida Cardo, la cabrita delgada y ágil, no le cedía el paso, sino que a veces arremetía ella misma contra él tres o cuatro veces seguidas con tal rapidez y empuje que el gran Turco muchas veces se quedaba del todo pasmado y ya no atacaba, pues Cardo le plantaba cara con mucho brío y tenía unos cuernos afilados. Luego estaba la pequeña y blanca Nevadita, que siempre balaba de un modo tan insistente y lastimero que Heidi había corrido varias veces hacia ella a consolarla cogiéndola de la

cabeza. También ahora la niña volvió a saltar hacia allá, pues la voz joven y plañidera había vuelto a llamar con súplica. Heidi rodeó el cuello de la cabrita con el brazo y preguntó con toda compasión:

—¿Qué te pasa, Nevadita? ¿Por qué pides socorro así?

La cabrita se arrimó cerca y confiada a Heidi y se quedó del todo quieta. Pedro, desde su sitio, entre un mordisco y una masticada, llamó:

—Se pone así porque la madre ya no viene; la vendieron antes de ayer en Maienfeld; ahora no sube más a la montaña.

—¿Quién es la madre? —preguntó Heidi.

—Pch, su madre —fue la respuesta.

—¿Y la abuela? —volvió a llamar Heidi.

—No tiene.

—¿Y el abuelo?

—Tampoco.

—Pobrecita Nevadita —dijo Heidi y la apretó tiernamente contra sí—. Pero no llores más; mira, yo vengo contigo todos los días; así ya no estarás tan sola, y si te falta algo, solo tienes que venir a mí.

Nevadita frotó su cabeza muy contenta en el hombro de Heidi y ya no baló lastimosamente. Entretanto Pedro había terminado su almuerzo y volvió también con su rebaño y con Heidi, que ya había reanudado todo tipo de observaciones.

Las dos más hermosas y limpias de todo el rebaño eran con mucho Copo de Nieve y Osita, que también se comportaban con cierta distinción, seguían en su mayoría sus propios caminos y en particular hacían frente al importuno Turco con desdén y rechazo.

Los animalillos habían vuelto a trepar hacia los arbustos, y cada uno lo hacía a su manera: unas saltando por encima de todo a la ligera, otras buscando despacio las buenas hierbitas por el camino, el Turco probando aquí y allá sus embestidas. Copo de Nieve y Osita trepaban bonita y fácilmente y encontraban arriba enseguida los mejores arbustos, se colocaban hábilmente

ante ellos y los mondaban con delicadeza. Heidi estaba con las manos a la espalda mirando todo con la mayor atención.

—Pedro —observó dirigiéndose al que estaba de nuevo tumbado en el suelo—, las más bonitas de todas son Copo de Nieve y Osita.

—Ya lo sé —fue la respuesta—. El Tío las cuida y las lava y les da sal y tiene el mejor establo.

Pero de repente Pedro dio un salto y fue en grandes brincos tras las cabras, y Heidi corrió detrás; algo tenía que haber pasado, no podía quedarse allí. Pedro cruzó el rebaño corriendo hacia el lado de la pradera donde los riscos bajaban pelados y escarpados muy abajo y una cabrilla imprudente que fuera allí podía caerse fácilmente y romperse todas las patas. Había visto cómo la atrevida Cardo había saltado hacia ese lado y llegó justo a tiempo, pues la cabrilla ya corría hacia el borde del abismo. Pedro quiso agarrarla, pero cayó al suelo y solo pudo en la caída sujetarla de una pata y aferrarla. Cardo balaba llena de rabia y sorpresa por verse agarrada de la pata y verse impedida de proseguir su alegre excursión, y se empeñaba en avanzar. Pedro gritó a Heidi que le ayudara, pues no podía levantarse y casi le arrancaba la pata a Cardo. Heidi ya estaba allí y comprendió enseguida la grave situación de los dos. Arrancó aprisa unas hierbas olorosas del suelo, las puso bajo la nariz de Cardo y dijo con dulzura:

—Ven, ven, Cardo, tienes que ser también razonable. Mira, si te caes ahí abajo te puedes romper una pata, y eso te dolerá muchísimo.

La cabrilla se volvió rápidamente y comió de buen grado las hierbas de la mano de Heidi. Entre tanto Pedro se había puesto en pie y había sujetado a Cardo por la cuerda a la que estaba atado su cencerro, y Heidi la cogió por el otro lado, y así los dos llevaron a la fugitiva de vuelta al rebaño que pacía tranquilamente. Pero cuando Pedro la tuvo en lugar seguro, levantó la vara y quiso zurrarla bien para castigarla, y Cardo retrocedió asustada, pues adivinó lo que se avecinaba. Entonces Heidi dio un grito:

—¡No, Pedro, no! ¡No la pegues, mira cómo tiene miedo!

—Se lo merece —gruñó Pedro y quiso golpear. Pero Heidi se le echó al brazo y exclamó indignada:

—¡No puedes hacerle nada; le duele! ¡Suéltala!

Pedro miró asombrado a la imperiosa Heidi, cuyos ojos negros le relumbraban de tal modo que, sin quererlo, bajó la vara. —Entonces puede irse, si mañana me vuelves a dar de tu queso —dijo Pedro cediendo, pues quería una compensación por el susto.

—Todo puedes tenerlo, el trozo entero mañana y todos los días; yo no lo necesito para nada —dijo Heidi asintiendo—, y pan te daré también en cantidad, como hoy; pero entonces no debes pegar nunca, nunca jamás al Jilguero, ni a Saltanieve tampoco, ni a ninguna cabra.

—Me es igual —respondió Pedro, lo que en él equivalía a una promesa. Soltó entonces al culpable, y el alegre Jilguero salió de un salto y brincó alegremente para reunirse con el rebaño.

Así había pasado el día sin que se notase, y ya el sol se disponía a ocultarse allá lejos tras las montañas. Heidi estaba sentada en el suelo contemplando en silencio las campanillas azules y las jaras que brillaban a la luz dorada de la tarde; toda la hierba parecía bañada en oro y las rocas de lo alto empezaron a centellear y relucir, y de pronto Heidi se puso en pie de un salto y gritó: —¡Pedro! ¡Pedro! ¡Arde! ¡Arde todo! ¡Están ardiendo las montañas y la nieve grande de allí arde también, y el cielo! ¡Oh, mira! ¡Mira! ¡La roca alta está completamente encendida! ¡Oh, qué nieve tan hermosa, tan ígnea! ¡Pedro, mira arriba, mira, que el fuego llega también al quebrantahuesos! ¡Mira las rocas! ¡Mira los abetos! ¡Todo, todo está en llamas!

—Siempre es así —dijo Pedro tranquilamente, siguiendo a pelar su vara—; pero no es fuego.

—Entonces, ¿qué es? —exclamó Heidi, saltando de un lado a otro para verlo por todas partes, pues no podía saciarse de tanta belleza—. ¿Qué es, Pedro, qué es? —volvió a gritar.

—Viene así solo —explicó Pedro.

—¡Oh, mira, mira! —exclamó Heidi con gran agitación—. De pronto se vuelven de color de rosa. ¡Mira ese con la nieve y ese con las rocas altas y puntiagudas! ¿Cómo se llaman, Pedro?

—Las montañas no tienen nombre —respondió este.

— ¡Oh, qué hermoso! ¡Mira la nieve color de rosa! ¡Oh, y en las rocas de arriba hay muchísimas, muchísimas rosas! ¡Oh, ahora se vuelven grises! ¡Oh! ¡Oh! ¡Ahora está todo apagado! ¡Ahora todo ha acabado, Pedro! — Y Heidi se sentó en el suelo con un aire tan consternado como si todo terminase de verdad.

— Mañana vuelve a ser así — explicó Pedro —. Levanta, ahora tenemos que ir a casa.

Reunieron las cabras a silbidos y llamadas, y emprendieron el camino de regreso.

— ¿Es así todos los días, todos los días cuando estamos en el pasto? — preguntó Heidi, escuchando ansiosa la respuesta afirmativa, mientras descendía al lado de Pedro por la ladera.

— La mayoría — fue su respuesta.

— ¿Pero seguro que también mañana? — quiso saber aún.

— ¡Sí, sí, mañana seguro! — aseguró Pedro.

Heidi se alegró de nuevo, y había absorbido tantas impresiones y tantas cosas le rondaban por la cabeza, que guardó completo silencio hasta llegar a la cabaña del abuelo y verle sentado bajo los abetos, donde había colocado también un banco y esperaba por las tardes a sus cabras, que bajaban por ese lado. Heidi corrió a su encuentro y Copo de Nieve y Osita detrás, pues las cabras conocían a su amo y su establo. Pedro le gritó a Heidi: — ¡Ven mañana! ¡Buenas noches! — pues le importaba mucho que Heidi volviera.

Entonces Heidi corrió rápidamente de vuelta, dio la mano a Pedro y le prometió que volvería, y luego se metió de un salto en medio del rebaño que se alejaba y rodeó una vez más el cuello de Saltanieve, diciéndole en voz íntima: — Buenas noches, Saltanieve, y no olvides que mañana vuelvo y que ya nunca más tendrás que balar tan lastimosamente.

Saltanieve miró a Heidi con expresión amigable y agradecida, y luego saltó alegremente tras el rebaño.

Heidi regresó bajo los abetos.

— ¡Oh, abuelo, ha sido tan hermoso! — exclamó antes aún de llegar a su lado—. El fuego y las rosas en las rocas y las flores azules y amarillas, ¡y

mira lo que traigo aquí! — Y con esto Heidi vació todo su caudal de flores del delantal recogido ante el abuelo. Pero ¡qué aspecto tenían las pobres flores! Heidi ya no las reconocía. Todo parecía heno, y ni un solo cáliz quedaba abierto.

— ¡Oh, abuelo, qué les pasa! — exclamó Heidi horrorizada —. Así no estaban; ¿por qué tienen ese aspecto?

— Quieren estar fuera al sol y no dentro del delantal — dijo el abuelo.

— Entonces ya no llevaré ninguna más. Pero, abuelo, ¿por qué chillaba así el quebrantahuesos? — preguntó Heidi con curiosidad.

— Ahora ve al agua y yo al establo a buscar leche, y luego entramos juntos a la cabaña y cenamos, y entonces te lo digo.

Así lo hicieron, y cuando más tarde Heidi estaba sentada en su silla alta ante su cuenco de leche y el abuelo a su lado, la niña volvió enseguida con su pregunta: — ¿Por qué chilla el quebrantahuesos así y siempre grita desde arriba, abuelo?

— Se burla de las gentes de abajo, que están todas hacinadas en las aldeas y se hacen daño unas a otras. Y desde lo alto se mofa: «¡Si os dispersaseis y cada uno tomara su camino y subiese a una altura como yo, estaríais mejor!» — El abuelo pronunció estas palabras casi con fiereza, de modo que el chillido del quebrantahuesos se grabó aún más vivamente en el recuerdo de Heidi.

— ¿Por qué no tienen nombre las montañas, abuelo? — preguntó Heidi de nuevo.

— Las tienen — respondió este —, y si me describes una de modo que yo la reconozca, te digo cómo se llama.

Heidi describió entonces la montaña rocosa con las dos torres altas exactamente como la había visto, y el abuelo dijo complacido: — Muy bien, esa la conozco; se llama Falknis. ¿Has visto alguna más?

Heidi describió la montaña con el gran campo de nieve, donde toda la nieve había ardido y luego se había vuelto rosada y después de pronto había quedado pálida y apagada.

—Esa también la reconozco —dijo el abuelo—; es la Schesaplana. ¿Te ha gustado el pasto?

Entonces Heidi le contó todo el día de principio a fin, lo hermoso que había sido, y sobre todo el fuego del atardecer; y ahora el abuelo también debía decirle de dónde venía, pues Pedro no había sabido nada de eso.

—Verás —explicó el abuelo—, lo hace el sol cuando da las buenas noches a las montañas: les lanza sus rayos más hermosos para que no se olviden de él hasta que vuelva por la mañana.

Eso le gustó mucho a Heidi, y casi no podía esperar a que llegara un nuevo día para subir al pasto y ver de nuevo cómo el sol daba las buenas noches a las montañas. Pero primero tenía que ir a dormir, y durmió toda la noche espléndidamente en su lecho de heno, soñando con montañas relucientes y rosas rojas sobre ellas, y en medio de todo, Saltanieve saltando alegremente.

CAPÍTULO 4. EN CASA DE LA ABUELA

A la mañana siguiente volvió el sol brillante, y luego llegó Pedro con las cabras, y de nuevo subieron todos juntos al pasto, y así fue día tras día; Heidi con esa vida en el pasto se fue bronceando y haciéndose tan fuerte y sana que nunca le faltaba nada de nada, y tan alegre y feliz vivía de un día para otro como solo viven los alegres pajarillos en todos los árboles del bosque verde. Cuando llegó el otoño y el viento empezó a soplar con más fuerza sobre las montañas, decía el abuelo a veces: —Hoy te quedas aquí, Heidi; a una chiquita como tú el viento puede llevársela de un soplido por encima de todas las rocas hasta el valle.

Cuando Pedro escuchaba esto por la mañana, ponía cara muy apesadumbrada, pues veía por delante toda clase de desgracias: por un lado, no sabía qué hacer de aburrimiento cuando Heidi no estaba con él; además, se quedaba sin su generoso almuerzo; y encima, las cabras se ponían tan rebeldes esos días que le daban el doble de trabajo, pues también ellas se habían acostumbrado tanto a la compañía de Heidi que no querían avanzar si no estaba, y se escapaban por todas partes. Heidi, en cambio, nunca se entristecía, porque siempre tenía ante sí algo placentero. Lo que más le gustaba era subir con el pastor y las cabras al pasto, a las flores y al quebrantahuesos, donde ocurrían tantas cosas con las cabras de tan distintos caracteres; pero también el martillar y serrar y carpintear del abuelo era muy entretenido para Heidi; y si resultaba que precisamente estaba preparando los hermosos quesos redondos cuando tenía que quedarse en casa, era un placer muy especial el de observar aquella curiosa labor, mientras el abuelo se arremangaba los brazos y revolvía en el gran caldero. Pero sobre todo, lo que más atraía a Heidi en esos días de viento era el oleaje y el rumor de los tres viejos abetos detrás de la cabaña. Tenía que ir a escucharlos de vez en cuan-

do, dejando todo lo demás, fuera lo que fuese, pues nada había tan hermoso y maravilloso como aquel rumor profundo y misterioso en las copas de allá arriba; Heidi se quedaba abajo escuchando y nunca se cansaba de ver y oír cómo el viento agitaba y mecía y murmuraba en los árboles con gran fuerza. Ahora el sol ya no calentaba como en verano, y Heidi sacó sus calcetines y zapatos y también el abrigo, pues ya refrescaba cada vez más, y cuando estaba bajo los abetos el viento la atravesaba como a una hoja delgada, pero siempre volvía allí y no podía quedarse en la cabaña cuando oía soplar el viento.

Luego llegó el frío, y Pedro soplaba sobre sus manos cuando subía por las mañanas temprano, pero no duró mucho; pues de pronto cayó una gran nevada de noche, y por la mañana toda la ladera estaba blanca como la nieve y ya no se veía ni una hoja verde por ningún lado. Entonces el cabrero Pedro ya no venía con su rebaño, y Heidi miraba por la ventanita con gran asombro, porque había vuelto a nevar y los gruesos copos caían sin parar, hasta que la nieve llegó tan alta que alcanzó la ventana, y después aún más alta, de modo que ya no se podía abrir la ventana y estaban completamente sepultados en la casita. Aquello le parecía a Heidi tan divertido que no paraba de correr de una ventana a otra para ver qué iba a pasar y si la nieve iba a cubrir la cabaña entera, de manera que habría que encender una vela en pleno día. Pero no llegó a tanto, y al día siguiente el abuelo salió —pues ya no nevaba— y paleo alrededor de toda la casa echando grandes, grandes montones de nieve, de modo que había aquí un monte y allá un monte y allá otro monte alrededor de la cabaña; pero ahora las ventanas volvían a estar despejadas y también la puerta, y eso era bueno, pues aquella tarde en que Heidi y el abuelo estaban sentados junto al fuego, cada uno en su banquito de tres patas —pues el abuelo había hecho tiempo atrás uno también para la niña—, de pronto llegaron unos golpes y porrazos contra la cerca de madera, hasta que al fin se abrió la puerta. Era el cabrero Pedro; pero no había aporreado la puerta con mala intención, sino para sacudir la nieve de los zapatos, que los tenía cubiertos hasta arriba; en realidad, el Pedro entero estaba cubierto de nieve, pues había tenido que abrirse paso entre las altas capas con tanto esfuerzo que grandes masas se habían quedado prendidas en él y heladas, pues hacía mucho frío. Pero no había cejado, pues quería subir a ver a Heidi; llevaba ocho días sin verla.

— Buenas tardes — dijo al entrar, se puso tan cerca del fuego como pudo y no dijo nada más; pero toda su cara reía de placer de estar allí. Heidi le miraba muy asombrada, pues ahora que estaba tan cerca del fuego empezaba a deshelarse por todas partes, de modo que el Pedro entero parecía una apacible cascada.

— Vaya, general, ¿cómo estamos? — dijo entonces el abuelo—. Ahora estás sin ejército y tienes que mordisquear el pizarrín.

— ¿Por qué tiene que mordisquear el pizarrín, abuelo? — preguntó Heidi al momento con curiosidad.

— En invierno tiene que ir a la escuela — explicó el abuelo—; allí se aprende a leer y escribir, y a veces cuesta, y entonces ayuda un poco mordisquear el pizarrín. ¿Verdad que sí, general?

— Sí, es verdad — confirmó Pedro.

Ahora Heidi había despertado su interés en el asunto y tenía muchísimas preguntas sobre la escuela y todo lo que allí pasaba y se oía y se veía; y como siempre pasaba mucho tiempo en una conversación en la que Pedro tenía que participar, pudo irse secando de arriba abajo agradablemente. Siempre le costaba un gran esfuerzo convertir sus pensamientos en palabras que expresasen lo que quería decir; pero esta vez le fue especialmente difícil, pues apenas había articulado una respuesta, Heidi ya le había lanzado otras dos o tres preguntas inesperadas, y la mayoría requerían toda una frase como respuesta.

El abuelo había permanecido muy callado durante la conversación, pero en más de una ocasión le había temblado la comisura de los labios de una manera muy alegre, señal de que estaba escuchando.

— Vaya, general, ya estuviste en el fuego y necesitas reponer fuerzas; ven, acompáñanos. — Dicho esto, el abuelo se levantó y sacó la cena del armario, y Heidi acercó las sillas a la mesa. Mientras tanto, el abuelo había construido también un banco adosado a la pared; ahora que ya no estaba solo, había dispuesto aquí y allá diversas plazas para dos, pues Heidi tenía la costumbre de quedarse siempre cerca del abuelo, fuera donde fuese. Así tenían los tres sitio suficiente para sentarse, y Pedro puso los ojos muy redondos y bien abiertos cuando vio el enorme trozo de cecina que el Tío de los Alpes le ponía encima de su gruesa rebanada de pan. Pedro no había

tenido tan buena vida desde hacía mucho tiempo. Cuando acabó la alegre cena empezó a oscurecer, y Pedro se dispuso a regresar. Una vez dicho «Buenas noches» y «Dios os lo pague», y ya en la puerta, se volvió una vez más y dijo: —El domingo vuelvo, de aquí en ocho días, y tú también deberías ir a ver a la abuela, ha dicho ella.

Eso fue un pensamiento completamente nuevo para Heidi, que alguien la esperara; pero arraigó al instante en ella, y a la mañana siguiente lo primero que dijo fue: —Abuelo, ahora tengo que bajar a ver a la abuela, ella me espera.

—Hay demasiada nieve —respondió el abuelo con tono disuasorio.

Pero el propósito estaba firmemente asentado en la mente de Heidi, pues la abuela lo había mandado a decir; así tenía que ser. De modo que no pasó un día más sin que la niña dijera cinco o seis veces: —Abuelo, ahora tengo que ir de verdad, la abuela siempre me está esperando.

Al cuarto día, cuando afuera crujía y chirriaba con el frío a cada paso y toda la gran extensión de nieve estaba helada y dura alrededor, pero el sol brillaba por la ventana justamente sobre la silla alta de Heidi, donde estaba sentada a la hora del almuerzo, volvió a empezar con su cantinela: —Hoy tengo que ir de verdad a ver a la abuela, si no le parecerá demasiado largo. —Entonces el abuelo se levantó de la mesa, subió al henil, bajó el grueso saco que servía de manta a Heidi y dijo: —¡Vamos! —Dando saltos de alegría, la niña le siguió fuera, al mundo reluciente de nieve. En los viejos abetos reinaba ahora un silencio completo y sobre todas las ramas reposaba la nieve blanca, y a la luz del sol todo centelleaba y relucía en los árboles con tal magnificencia que Heidi pegó un brinco de entusiasmo y exclamó una y otra vez: —¡Sal, abuelo, sal! ¡Los abetos son todo plata y oro! —Pues el abuelo había entrado en el cobertizo y salió ahora con un trineo ancho de empuje: llevaba una barra delante, y desde el asiento plano se podían estirar los pies hacia adelante, apoyarlos contra la nieve y guiar la marcha. El abuelo se sentó, después de haber tenido que admirar los abetos con Heidi, cogió a la niña en su regazo, la envolvió de arriba abajo en el saco para que estuviese bien calentita, y la apretó con firmeza con el brazo izquierdo, pues eso era necesario para el viaje que venía. Luego aferró la barra con la mano derecha y dio un impulso con ambos pies. El trineo salió disparado ladera abajo con tal velocidad que Heidi creía volar por el aire como un pájaro, y

lanzó un grito de júbilo. De pronto el trineo se detuvo, justo ante la cabaña del cabrero Pedro. El abuelo dejó a la niña en el suelo, la desenvolvió de su manta y dijo:

—Vamos, entra; y cuando empiece a oscurecer, sal y ponte en camino. — Luego dio la vuelta con el trineo y tiró de él montaña arriba.

Heidi abrió la puerta y entró en un cuartito oscuro; había una cocina y unos cuantos cuencos en un estante, eso era la pequeña cocina; luego había enseguida otra puerta, que Heidi también abrió y entró en una estancia angosta, pues todo aquello no era una cabaña de montaña como la del abuelo, donde había una sola habitación grande y arriba el henil, sino una casita pequeña y muy antigua, donde todo era estrecho y angosto y pobre. Al entrar Heidi en la estancia, se encontró de pronto ante la mesa, a la que estaba sentada una mujer remendando la chaqueta de Pedro, pues la reconoció enseguida. En el rincón estaba sentada una viejecita encorvada, hilando. Heidi supo en seguida de qué se trataba; fue derecha a la rueca y dijo: — Buenas tardes, abuela, ya he venido a verte; ¿has creído que tardaría mucho en venir?

La abuela levantó la cabeza y buscó la mano que se le tendía, y cuando la hubo tomado, la sostuvo un momento pensativa entre las suyas, y luego dijo: — ¿Eres tú la niña de arriba, del Tío de los Alpes? ¿Eres tú Heidi?

— Sí, sí — confirmó la niña —, ahora mismo he bajado en trineo con el abuelo.

— ¡Cómo es posible! Tienes la mano tan caliente. Dime, Brígida, ¿ha bajado el propio Tío de los Alpes con la niña?

La madre de Pedro, Brígida, que había estado remendando en la mesa, se había levantado y examinaba ahora con curiosidad a la niña de arriba abajo; luego dijo: — No sé, madre, si el Tío de los Alpes ha bajado él mismo con ella; no parece probable, la niña no lo sabrá bien.

Pero Heidi miró a la mujer con toda firmeza y sin el menor signo de incertidumbre, y dijo: — Yo sé muy bien quién me envolvió en la manta y bajó conmigo en trineo; eso fue el abuelo.

— Es posible que haya algo de verdad en lo que Pedro ha dicho durante todo el verano del Tío de los Alpes, cuando pensábamos que no lo sabía bien — dijo la abuela —; quién hubiera podido creer, al fin y al cabo, que tal

cosa fuese posible; yo pensaba que la niña no duraría tres semanas allá arriba. ¿Y qué aspecto tiene, Brígida? —Esta había estado entretanto mirando a la niña por todas partes, de modo que bien podía informar de su aspecto.

—Tiene los mismos miembros finos que tenía la Adelheid —respondió—; pero tiene los ojos negros y el pelo rizado como los que tenía Tobías y también el viejo de arriba; creo que se parece a los dos.

Entretanto Heidi había permanecido mirando a su alrededor y examinando detenidamente todo lo que había que ver. Entonces dijo: —Mira, abuela, allí hay una contraventana que no para de golpear, y el abuelo enseguida le pondría un clavo para que aguante firme, si no ya romperá un cristal; ¡mira, mira cómo hace!

—¡Ay, qué buena niña! —dijo la abuela—. Ver no puedo, pero oírlo sí puedo, y mucho más, no solo la contraventana; aquí todo cruje y golpetea cuando viene el viento, y puede entrar por todas partes; ya nada aguanta, y de noche, cuando los dos duermen, a veces me entra tal miedo y angustia de que todo se derrumbe sobre nosotros y nos mate a los tres; ¡ay, y no hay nadie que pueda arreglar nada en la cabaña, Pedro no sabe!

—Pero ¿por qué no puedes ver cómo está la contraventana, abuela? Mira ahora, allí, justamente allí. —Y Heidi señaló el sitio claramente con el dedo.

—¡Ay, niña, si no puedo ver nada, nada de nada, no solo la contraventana! —se lamentó la abuela.

—Pero si salgo y abro del todo la contraventana para que haya mucha luz, ¿podrás ver entonces, abuela?

—No, no, tampoco entonces; nadie puede ya darme luz.

—Pero si sales afuera a la nieve que está tan blanca, entonces seguro que ves; ven conmigo, abuela, que yo te lo enseño. —Heidi tomó a la abuela de la mano y quiso llevársela, pues empezaba a angustiarse que en ningún sitio le volviese la luz.

—Déjame estar, buena niña; para mí todo seguirá siendo oscuro, también en la nieve y en la claridad, que ya no llega a mis ojos.

—¿Pero en verano sí, abuela? —dijo Heidi, buscando cada vez más angustiada una buena salida—; ¿sabes?, cuando el sol vuelve a calentar mucho y luego dice «buenas noches» y las montañas brillan todas de color rojo

y todas las florecillas amarillas centellan, ¿entonces sí te vuelve la luz hermosa?

— ¡Ay, niña, las montañas ardientes y las florecillas doradas de arriba nunca más podré verlas; nunca más volverá a haber luz para mí en la tierra, nunca más!

Entonces Heidi rompió a llorar en voz alta. Sollozaba sin parar, llena de congoja: — ¿Quién puede darte de nuevo la luz? ¿No puede nadie? ¿Absolutamente nadie?

La abuela trató de consolar a la niña, pero no lo consiguió pronto. Heidi lloraba casi nunca; pero cuando lo hacía, le era casi imposible salir de su aflicción. La abuela había probado ya de todo para calmar a la niña, pues le partía el corazón que llorara tan lastimosamente. Por fin dijo: — Ven, buena Heidi, ven aquí, que quiero decirte algo. ¿Ves?, cuando uno no puede ver, escucha con tanto gusto una palabra amable, y a mí me gusta oírte cuando hablas; ven, siéntate aquí cerca de mí y cuéntame algo, lo que haces allá arriba y lo que hace el abuelo; le he conocido bien de antes, pero ahora hace muchos años que no he sabido nada de él, solo a través de Pedro, que no dice mucho.

Entonces a Heidi se le ocurrió un nuevo pensamiento; se secó rápidamente las lágrimas y dijo consolador: — Espera, abuela, voy a contarle todo al abuelo, él ya te dará de nuevo la luz y hará que la cabaña no se derrumbe; él puede arreglarlo todo.

La abuela calló, y entonces Heidi empezó a contarle con gran viveza su vida con el abuelo y los días en el pasto y la vida de invierno de ahora con el abuelo, todo lo que podía hacer de madera: bancos y sillas y hermosos pesebres donde se podía poner el heno para Copo de Nieve y Osita, y una nueva artesa grande para bañarse en verano, y un cuenco de leche nuevo y cucharas; y Heidi se fue animando cada vez más en la descripción de todas las hermosas cosas que de pronto salían de un trozo de madera, y de cómo se quedaba al lado del abuelo mirándole y de que ella también quería aprender a hacer todo eso algún día. La abuela escuchaba con gran atención, y de vez en cuando decía en medio del relato: — ¿Lo oyes también, Brígida? ¿Oyes lo que dice del Tío de los Alpes?

De pronto el relato fue interrumpido por un gran estruendo en la puerta, y entró pisando fuerte el Pedro, que se quedó parado al instante y abrió los ojos redondos con asombro al ver a Heidi, y puso la más amigable de las muecas cuando ella le saludó enseguida: — ¡Buenas tardes, Pedro!

— ¡Pero si ese ya sale de la escuela! — exclamó la abuela, muy sorprendida—. ¡Qué deprisa se me ha pasado la tarde, que en muchos años no se me había pasado así ninguna! Buenas tardes, Pedrico, ¿cómo va la lectura?

— Igual — respondió Pedro.

— Bueno, bueno — dijo la abuela con un ligero suspiro—; yo pensé que quizás podría haber un cambio cuando cumplieras doce años, por las Candelas.

— ¿Por qué tiene que haber un cambio, abuela? — preguntó Heidi enseguida con interés.

— Quiero decir que a lo mejor podría haberlo aprendido — dijo la abuela —, el leer, me refiero. Tengo allí arriba en el estante un viejo libro de oraciones con hermosos cánticos que hace mucho que no escucho, y ya no los recuerdo tampoco; pensé que si el Pedrico aprendiese a leer, podría leerme algún buen cántico; pero no puede aprenderlo, le resulta demasiado difícil.

— Creo que debo poner luz, que ya está bastante oscuro — dijo entonces la madre de Pedro, que no había dejado de remendar la chaqueta—; la tarde también a mí se me ha pasado sin notarlo.

Entonces Heidi se bajó de su sillita de un salto, tendió rápidamente la mano y dijo: — Buenas noches, abuela, tengo que irme a casa en cuanto oscurezca. — Y fue dando la mano a Pedro y a su madre una tras otra, y se dirigió a la puerta. Pero la abuela llamó preocupada: — Espera, espera, Heidi; no debes irte sola así, Pedro tiene que acompañarte, ¿oyes? Y vigila a la niña, Pedrico, que no se caiga, y no te pares con ella para que no se enfríe, ¿oyes? ¿Lleva un buen pañuelo al cuello?

— No llevo ningún pañuelo — respondió Heidi—, pero ya no me enfriaré. — Y dicho esto salió por la puerta y siguió a paso ligero, de modo que Pedro apenas podía seguirle el ritmo. Pero la abuela clamaba: — ¡Corre tras ella, Brígida, corre, que la niña tiene que helarse así de noche; lleva mi pañuelo, corre deprisa! — Brígida obedeció. Pero los niños apenas habían dado unos

pasos montaña arriba cuando vieron bajar al abuelo desde arriba, y con unos pocos pasos ágiles estuvo ante ellos.

—Muy bien, Heidi, palabra cumplida —dijo, envolvió a la niña de nuevo bien en su manta, la tomó en brazos y subió montaña arriba. Brígida había visto justo cómo el viejo había envuelto bien a la niña y la había tomado en brazos para el regreso. Entró con Pedro en la cabaña y contó a la abuela, maravillada, lo que había visto. También esta tuvo que asombrarse mucho y decir una y otra vez: —¡Gracias a Dios que es así con la niña, gracias a Dios! ¡Ojalá la deje volver a mí; qué bien me ha hecho la niña! ¡Qué buen corazón tiene y qué entretenida es su charla! —Y la abuela no dejaba de alegrarse, y hasta que se acostó siguió diciendo: —¡Ojalá vuelva otra vez! Ahora sí que hay algo en el mundo por lo que alegrarse. —Y Brígida estaba de acuerdo siempre que la abuela repetía lo mismo, y Pedro también asentía cada vez con la cabeza y estiraba la boca de satisfacción y decía: —Ya lo sabía yo.

Entretanto Heidi no paraba de hablarle al abuelo desde dentro del saco; pero como la voz no podía atravesar los ocho pliegues y él no entendía ni una palabra, dijo: —Espera un poco, hasta que estemos en casa, y entonces me lo cuentas.

En cuanto llegaron arriba y el abuelo hubo entrado en la cabaña y desenvolvió a Heidi de su envoltura, la niña dijo: —Abuelo, mañana tenemos que llevar el martillo y los clavos grandes para asegurar la contraventana en casa de la abuela y meter muchos más clavos en todas partes, porque allí todo cruje y golpetea.

—¿Tenemos que? Vaya, ¿eso tenemos que hacer? ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó el abuelo.

—Nadie me lo ha dicho; yo lo sé de otra manera —contestó Heidi—, porque ya nada aguanta y la abuela pasa miedo y angustia cuando no puede dormir y todo hace así, y piensa: «Ahora se va a derrumbar todo justo encima de nuestras cabezas»; y a la abuela ya no se le puede dar luz, ella no sabe cómo podría hacerse, pero tú sí sabes, abuelo; piensa solo qué triste es que esté siempre en la oscuridad y que encima pase miedo y angustia y nadie pueda ayudarla sino tú. ¡Mañana queremos ir a ayudarla; verdad, abuelo, que sí queremos?

Heidi se había aferrado al abuelo y le miraba con absoluta confianza. El viejo estuvo un momento mirando a la niña, y luego dijo: —Sí, Heidi, haremos que deje de golpetear en casa de la abuela; eso podemos hacerlo; mañana lo haremos.

Entonces la niña se puso a saltar de alegría por toda la cabaña exclamando una y otra vez: —¡Mañana lo hacemos! ¡Mañana lo hacemos!

El abuelo cumplió su palabra. A la tarde siguiente se repitió el mismo viaje en trineo. Como el día anterior, el viejo dejó a la niña ante la puerta de la cabaña del cabrero Pedro y dijo: —Vamos, entra; y cuando anochezca, sal y ponte en camino. —Luego puso el saco en el trineo y rodeó la casita.

Apenas había Heidi abierto la puerta y entrado de un salto en la estancia, cuando la abuela exclamó desde el rincón: —¡Ahí viene la niña! ¡Es la niña! —Y de alegría soltó el hilo y dejó quieta la rueda, y extendió ambas manos hacia ella. Heidi corrió a su lado, acercó enseguida la sillita baja junto a ella, se sentó, y ya tenía muchísimas cosas que contarle a la abuela y que preguntarle. Pero de pronto resonaron contra la casa unos golpes tan formidables que la abuela se sobresaltó tanto de miedo que casi volcó el torno, y exclamó temblando: —¡Dios mío, ahora sí que llega, se va a derribar todo! —Pero Heidi la sujetó del brazo y dijo consolándola: —No, no, abuela, no te asustes; es el abuelo con el martillo, ahora está dejándolo todo bien sujeto para que no pases más miedo ni angustia.

—¡Ay, será posible! ¿Puede ser eso posible? ¡Entonces el buen Dios no nos ha olvidado del todo! —exclamó la abuela—. ¿Lo has oído, Brígida, lo que es? ¡De verdad que es un martillo! Sal fuera, Brígida, y si es el Tío de los Alpes, dile que entre un momento, que yo también quiero darle las gracias.

Brígida salió. El Tío de los Alpes estaba clavando con gran fuerza nuevas grampas en la pared; Brígida se acercó a él y dijo: —Buenas tardes, Tío, y la madre también os da las buenas tardes, y os lo tenemos que agradecer por hacernos este servicio, y la madre querría daros las gracias en persona aquí dentro; de verdad que no cualquiera haría esto por nosotras, y ya lo tendremos presente, pues ciertamente —

—Breve —la interrumpió el viejo—; lo que pensáis del Tío de los Alpes ya lo sé. Entrad. Lo que hace falta, lo encuentro yo solo.

Brígida obedeció en el acto, pues el Tío de los Alpes tenía un modo de ser al que no era fácil resistirse. Golpeó y martilló alrededor de toda la casita, luego subió por la estrecha escalera hasta el tejado, siguió martillando sin parar hasta clavar el último clavo que había traído. Entretanto había caído ya la oscuridad, y apenas había bajado y sacado su trineo de detrás del establo de las cabras, cuando Heidi ya salió por la puerta; el abuelo la envolvió como la vispera, la tomó en brazos y tiró del trineo, pues sentada sola en él se le habría caído toda la envoltura y habría quedado casi o del todo helada. El abuelo lo sabía bien y mantuvo a la niña bien caliente en su brazo.

Así transcurrió el invierno. En la vida sin alegrías de la abuela ciega había entrado una alegría después de largos años, y sus días ya no eran tan largos y oscuros, unos iguales a los otros, pues ahora tenía siempre algo que esperar con ilusión. Desde primera hora de la mañana escuchaba ya el troteito de unos pasos, y cuando se abría la puerta y la niña llegaba corriendo de verdad, exclamaba cada vez llena de júbilo: — ¡Gracias a Dios, ya está aquí otra vez! — Y Heidi se sentaba a su lado y charlaba y contaba con tanta gracia todo lo que sabía, que a la abuela le hacía un bien enorme y las horas se le pasaban sin que se diera cuenta; y ni una sola vez volvió a preguntar como antes: — Brígida, ¿no se ha acabado ya el día? — sino que cada vez que Heidi cerraba la puerta al salir, decía: — ¡Qué corta se me ha hecho la tarde! ¿A que sí, Brígida? — Y esta decía: — Cierto, me parece que acabamos de quitar los platos de comer. — Y la abuela decía de nuevo: — ¡Ojalá el Señor me conserve a la niña y al Tío de los Alpes el buen ánimo! ¿Tiene buen aspecto, Brígida? — Y cada vez esta respondía: — Está como una manzana colorada.

Heidi también tenía un gran cariño por la vieja abuela, y cuando le volvía a la mente que ya nadie, ni siquiera el abuelo, podía devolverle la luz, le embargaba de nuevo una gran tristeza; pero la abuela le decía siempre que sufría mucho menos cuando ella estaba a su lado, y Heidi bajaba también cada día claro de invierno en su trineo. El abuelo, sin más palabras, había seguido yendo; cada vez cargaba el martillo y toda clase de otros aperos, y había pasado más de una tarde reparando la casita del cabrero Pedro. Y eso había dado su buen resultado: ya no crujía ni golpeteaba durante las noches enteras, y la abuela decía que desde hacía muchos inviernos no podía dormir así, y que eso no se lo olvidaría nunca al Tío de los Alpes.

CAPÍTULO 5. LLEGA UNA VISITA, Y LUEGO OTRA CON MÁS CONSECUENCIAS

El invierno pasó deprisa, y aún más deprisa el alegre verano que vino después, y otro invierno se iba ya acercando a su fin. Heidi era feliz y alegre como los pajarillos del cielo, y cada día se alegraba más de la llegada de los días de primavera, cuando el cálido föhn rugiera por los abetos y barriera la nieve y el sol brillante hiciera brotar las florecillas azules y amarillas y llegaran los días del pasto, que para Heidi traían consigo lo más hermoso que podía existir en la tierra. Heidi tenía ahora ocho años; había aprendido del abuelo toda clase de habilidades: manejaba las cabras con la misma destreza que cualquiera, y Copo de Nieve y Osita la seguían como fieles perrillos y balaban de alegría en cuanto oían su voz. Aquel invierno, Pedro había traído ya dos veces el recado del maestro de la aldea de que el Tío de los Alpes debía enviar a la escuela a la niña que estaba con él, pues ya tenía más que edad suficiente y tendría que haber venido ya el invierno anterior. El Tío de los Alpes había mandado decir ambas veces al maestro que si quería algo con él, ya sabía dónde encontrarle; a la niña no la mandaba a la escuela. Pedro había transmitido fielmente el recado.

Cuando el sol de marzo había derretido la nieve en las laderas y por todas partes asomaban los blancos campanillos en el valle y en la montaña los abetos habían sacudido su carga de nieve y las ramas volvían a moverse alegremente, Heidi corría de un lado a otro llena de gozo, de la puerta al establo de cabras y de ahí bajo los abetos y luego de vuelta al abuelo, para contarle cuánto había crecido el trozo de suelo verde bajo los árboles, y enseguida volvía a comprobarlo, pues no podía esperar a que todo

reverdeciera y el hermoso verano entero, con su verde y sus flores, llegara de nuevo a la montaña.

Cuando Heidi corría así de un lado a otro en una soleada mañana de marzo y cruzó por décima vez el umbral de la puerta, estuvo a punto de retroceder del susto, pues de repente se encontró ante un señor mayor vestido de negro que la miraba muy seriamente. Pero al ver su sobresalto, dijo con amabilidad: —No debes asustarte de mí; los niños me caen bien. Dame la mano. Tú debes de ser Heidi; ¿dónde está el abuelo?

—Está sentado a la mesa tallando cucharas redondas de madera —explicó Heidi, y abrió de nuevo la puerta.

Era el viejo señor párroco de la aldea, que había conocido bien al Tío de los Alpes años atrás, cuando este vivía abajo y eran vecinos. Entró en la cabaña, se acercó al viejo, que estaba inclinado sobre su talla, y dijo: —Buenos días, vecino.

Este levantó la vista sorprendido, se puso en pie y respondió: —Buenos días, señor párroco. —Luego puso su silla delante del visitante y añadió: —Si el señor párroco no desdeña un asiento de madera, aquí tiene uno.

El señor párroco se sentó. —Hace mucho que no os he visto, vecino —dijo.

—Ni yo al señor párroco —fue la respuesta.

—Hoy vengo a hablar con vos de algo —comenzó de nuevo el señor párroco—; creo que ya podéis imaginar de qué se trata, y que deseo ponerme de acuerdo con vos y escuchar qué tenéis pensado.

El señor párroco calló y miró a Heidi, que estaba en la puerta observando atentamente al recién llegado.

—Heidi, ve a las cabras —dijo el abuelo—. Puedes llevarles un poco de sal y quedarte con ellas hasta que yo vaya.

Heidi desapareció al instante.

—La niña tendría que haber ido a la escuela ya el año pasado, y con mayor razón este invierno —dijo entonces el señor párroco—; el maestro os ha mandado avisar y vos no le habéis dado respuesta. ¿Qué pensáis hacer con la niña, vecino?

—No pienso mandarla a la escuela — fue la respuesta.

El señor párroco miró sorprendido al viejo, que estaba sentado en su banco con los brazos cruzados y sin pinta alguna de ceder.

—¿Y qué vais a hacer de la niña? — preguntó entonces el señor párroco.

—Nada; crece y prospera con las cabras y los pájaros; con ellos está bien y de ellos no aprende nada malo.

—Pero la niña no es una cabra ni un pájaro, es una criatura humana. Si de esos compañeros no aprende nada malo, tampoco aprende nada de provecho; pero debe aprender, y el tiempo para ello ha llegado. He venido a decíroslo con tiempo, vecino, para que podáis reflexionar y prepararos durante el verano. Este ha sido el último invierno que la niña pasa sin ninguna instrucción; el próximo irá a la escuela, y todos los días.

—No lo haré, señor párroco — dijo el viejo sin alterarse.

—¿De verdad creéis que no hay manera de haceros entrar en razón, si os empeñáis tan obstinadamente en vuestra actitud irrazonable? — dijo el señor párroco con cierto calor—. Habéis corrido mucho mundo y visto mucho y mucho habéis podido aprender; os había supuesto más sensatez, vecino.

—¿Ah, sí? — dijo entonces el viejo, y su voz revelaba que por dentro tampoco estaba ya del todo tranquilo—; ¿y cree el señor párroco que en un crudo amanecer de invierno voy a mandar a una niña de miembros delicados a bajar la montaña entre tormenta y nieve, dos horas de camino, y a que vuelva a subir de noche, cuando a veces arrecia tanto que hasta a uno grande le puede sofocar el viento y la nieve? ¿Y encima una niña como esta? Y quizás el señor párroco recuerda también a la madre, a Adelheid; era sonámbula y le daban ataques, ¿quiere que la niña herede eso con tanto esfuerzo? Que venga alguien a querer obligarme. ¡Iré hasta los últimos tribunales, y entonces veremos quién me obliga!

—Tenéis toda la razón, vecino — dijo el señor párroco con afabilidad—; no sería posible mandar a la niña a la escuela desde aquí. Pero veo que la niña os importa; haced algo por ella que deberíais haber hecho hace tiempo: bajad de nuevo a la aldea y vivid de nuevo entre las gentes. ¿Qué clase de vida es esta aquí arriba, solo y amargado contra Dios y los hombres? Si algún día os ocurriera algo aquí, ¿quién os ayudaría? Tampoco puedo enten-

der que no os heléis a medias en invierno en vuestra cabaña, y cómo puede aguantarlo una niña tan delicada.

—La niña tiene sangre joven y una buena manta, eso quiero decirle al señor párroco, y luego una cosa más: yo sé dónde hay madera y también cuándo es el buen momento de buscarla; puede entrar el señor párroco en mi cobertizo, que algo hay dentro, y en mi cabaña el fuego no se apaga en todo el invierno. En cuanto a lo de bajar al pueblo, eso no es para mí; la gente de abajo me desprecia y yo a ellos, mejor nos estamos cada uno por su lado, así todos quedamos bien.

—No, no, no estáis bien; sé lo que os falta —dijo el señor párroco con tono cordial—. Con el desprecio de la gente de abajo no es tan grave como parece. Creedme, vecino: buscad hacer las paces con vuestro Dios, pedid su perdón donde lo necesitéis, y luego venid y veréis qué de distinta manera os miran las gentes y qué bien os puede ir todavía.

El señor párroco se había levantado; tendió la mano al viejo y dijo de nuevo con cordialidad: —Cuento con ello, vecino; el próximo invierno estáis de nuevo abajo con nosotros y somos de nuevo los buenos vecinos de siempre. Me causaría gran pena que hubiera que emplear medidas coercitivas contra vos; dadme ahora la mano en señal de que bajaréis y querréis vivir de nuevo entre nosotros, reconciliados con Dios y con los hombres.

El Tío de los Alpes dio la mano al señor párroco y dijo con firmeza y determinación: —El señor párroco me quiere bien; pero lo que espera, eso no lo haré, y lo digo con certeza y sin que cambie: a la niña no la mando a la escuela, y yo no bajo.

—¡Que Dios os ayude entonces! —dijo el señor párroco, y salió triste por la puerta y bajó por la montaña.

El Tío de los Alpes se quedó de mal humor. Aquella tarde, cuando Heidi dijo: —Ahora vamos a ver a la abuela —, respondió secamente: —Hoy no. —En todo el día no habló más, y a la mañana siguiente, cuando Heidi preguntó: —¿Vamos hoy a ver a la abuela? —, estaba igual de parco en palabras y en tono y solo dijo: —Ya veremos. —Pero antes de que se hubieran quitado los cuencos del almuerzo, entró de nuevo un visitante por la puerta: era la tía Dete. Llevaba en la cabeza un sombrero bonito con pluma y un vestido que barría todo lo que hubiera en el suelo, y en la cabaña había de

todo, que no era precisamente para andar arrastrando. El Tío la miró de arriba abajo sin decir palabra. Pero la tía Dete tenía intención de sostener una conversación muy amigable, pues empezó a elogiar y dijo que Heidi tenía muy buen aspecto, que casi no la había reconocido, y que bien se notaba que no le había ido mal con el abuelo. Pero ella siempre había pensado en volver a llevársela, pues bien podía haber comprendido que la chiquita debía estorbarle; solo que en aquel momento no había podido dejarla en ningún otro sitio; desde entonces, sin embargo, había cavilado noche y día para ver dónde podría colocar a la niña, y por eso había venido ese día, pues de repente se había enterado de algo con lo que Heidi podría tener una suerte tan grande que ella misma casi no se lo había creído. Pero luego enseguida había ido a informarse del asunto, y ahora podía decir que todo estaba prácticamente arreglado: Heidi iba a tener una suerte como no tiene una de entre cien mil. Unos parientes riquísimos de sus señores, que vivían en casi la casa más hermosa de todo Fráncfort, tenían una única hija que tenía que ir siempre en silla de ruedas, pues estaba tullida de un lado y no estaba sana por lo demás, y así estaba casi siempre sola y recibía también toda la instrucción a solas con un maestro, y eso le resultaba muy aburrido, y también le gustaría tener una compañera de juego en casa; y de eso habían hablado en casa de sus señores, y si se pudiera encontrar tan solo una niña así como la que describía la señora que llevaba la economía de la casa, pues sus señores tenían mucha compasión y querrían procurar a la hija enferma una buena compañera. Aquella señora había dicho que quería una niña bien natural, una niña especial, que no fuera como todas las que se ven a diario. Entonces ella misma había pensado enseguida en Heidi y había salido corriendo y le había descrito todo tan bien a la señora, el carácter de Heidi y todo, y la señora había aceptado al instante. Ahora nadie podía saber qué de suerte y bienestar le esperaba a Heidi, pues si llegaba a estar allí y la gente le cogía cariño y pudiera pasar algo con la propia hija —nunca se sabe, es tan delicada—, y si la gente al fin no quería quedarse sin una niña, podría darse la suerte más inaudita —

—¿Ya has acabado? —interrumpió el Tío de los Alpes, que hasta entonces no había dicho ni una palabra.

—¡Bah! —respondió la tía Dete lanzando la cabeza hacia atrás—. Hacéis como si os hubiera dicho la cosa más ordinaria del mundo, y sin embargo

en todo el Prättigau de arriba abajo no hay uno que no diera gracias a Dios en el cielo si le trajera yo la noticia que os he traído.

—Llévala a quien quieras; yo no quiero saber nada de eso —dijo el Tío secamente.

Pero entonces la tía Dete se disparó como un cohete y exclamó: —Pues si así lo véis, entonces ya os diré yo también lo que pienso: la niña tiene ya ocho años y no sabe nada y no conoce nada, y vos no queréis dejarla aprender nada; no queréis mandarla ni a la escuela ni a la iglesia, eso me lo han dicho abajo en la aldea, y es hija de mi única hermana; yo tengo que responder de cómo le va; y si una niña puede alcanzar una suerte como la de Heidi ahora, solo puede estorbárselo quien le importan todas las personas igual y a nadie le desea ningún bien. Pero yo no cedo, os lo digo, y tengo a todo el mundo de mi parte: no hay uno solo abajo en la aldea que no me ayude y no esté contra vos, y si queréis que llegue a los tribunales, pensadlo bien, Tío; hay todavía asuntos que entonces podrían sacarse a relucir que no os gustaría oír, pues cuando uno tiene negocios con la justicia se descubren muchas cosas en las que ya nadie piensa.

—¡Silencio! —tronó el Tío, y sus ojos llameaban como fuego—. ¡Llévala y corrómpela! Y no vuelvas a ponerte ante mis ojos ni ella tampoco; no quiero verte más con ese sombrero con pluma en la cabeza y esas palabras en la boca como las de hoy.

El Tío salió a grandes zancadas por la puerta.

—Has puesto al abuelo furioso —dijo Heidi, lanzándole a la tía una mirada de sus ojos negros, nada amistosa.

—Ya se le pasará; ven ahora —urgió la tía—. ¿Dónde tienes tu ropa?

—No voy —dijo Heidi.

—¿Qué dices? —saltó la tía; luego cambió el tono y siguió mitad amigable, mitad enfadada—: Vamos, vamos, no lo entiendes bien; lo vas a tener tan bien que ni te lo imaginas. —Luego fue al armario, sacó la ropa de Heidi y la hizo un hatillo: —Vamos, coge ahí tu sombrero, no está muy bien, pero por ahora da igual; pónitelo y andando, que nos vayamos.

—No voy —repitió Heidi.

—No seas tan tonta y testaruda como una cabra; eso se te ha pegado de ellas. Entiéndelo: ahora el abuelo está furioso, ya lo has oído, ha dicho que no volváis a ponerlos ante sus ojos; él quiere que te vayas conmigo, y no debes ponerle más furioso todavía. No sabes lo bonito que es Fráncfort ni todo lo que verás allí, y si luego no te gusta, puedes volver a casa; para entonces el abuelo ya se habrá calmado.

—¿Puedo dar la vuelta y volver a casa esta misma tarde? —preguntó Heidi.

—Venga, vamos. Te digo que sí, puedes volver cuando quieras. Hoy bajamos hasta Maienfeld, y mañana por la mañana cogemos el tren, y con él estarás de vuelta en un momento; va volando.

La tía Dete había tomado el hatillo de ropa bajo el brazo y a Heidi de la mano; así bajaron por la montaña.

Como todavía no era tiempo de pasto, Pedro seguía yendo a la escuela de la aldea, o al menos debería ir; pero de vez en cuando se tomaba algún día libre, pues pensaba que no servía de nada ir, que la lectura tampoco hacía falta, y que buscar varas largas y gruesas sí que servía, pues esas podían usarse. Así que llegó desde el lado de su cabaña con visible éxito en las gestiones del día, pues cargaba sobre el hombro un enorme haz de largas y gruesas varas de avellano. Se paró y se quedó mirando fijamente a las dos que venían, hasta que llegaron a su altura; entonces dijo: —¿Adónde vas tú?

—Tengo que ir un momento a Fráncfort con la tía —respondió Heidi—, pero primero quiero entrar a ver a la abuela, me está esperando.

—No, no, ni hablar, ya es demasiado tarde —dijo la tía con prisa, sujetando a Heidi de la mano para que no se escapase—; ya irás cuando vuelvas a casa, ven ahora. —Y con esto la tía tiró fuerte de Heidi y no la soltó, pues temía que dentro a la niña le diera de nuevo por no querer irse, y que la abuela pudiera ayudarla en ello. Pedro entró en la cabaña de un salto y descargó su haz entero de varas sobre la mesa con tal golpe que todo temblaba, y la abuela se levantó del torno del susto dando un grito. Pedro había tenido que desahogarse.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —exclamó la abuela angustiada, y la madre, que estaba sentada a la mesa y también había pegado un bote con el golpe,

dijo con su natural paciencia: —¿Qué te pasa, Pedrico? ¿Por qué armas ese escándalo?

—Porque se han llevado a Heidi —explicó Pedro.

—¿Quién? ¿Quién? ¿Adónde, Pedrico, adónde? —preguntó la abuela con nueva angustia; pero debió de haber adivinado enseguida lo que pasaba, pues su hija le había comunicado hacía poco que había visto a la tía Dete subir hacia el Tío de los Alpes. Temblando de nervios, la abuela abrió la ventana y llamó hacia afuera con voz suplicante: —¡Dete, Dete, no nos quites a la niña! ¡No nos quites a Heidi!

Las dos que corrían oyeron la voz, y la tía Dete debió de imaginarse bien lo que decía, pues aferró a la niña aún con más fuerza y corrió cuanto pudo. Heidi opuso resistencia y dijo: —La abuela ha llamado, quiero ir con ella.

Pero eso era precisamente lo que la tía no quería, y tranquilizó a la niña diciéndole que viniese deprisa, que no llegaran tarde, para poder seguir viaje al día siguiente, que ya vería qué bien le iba a gustar Fráncfort, tanto que nunca más querría marcharse; y si de todas formas quería volver a casa, ya podría ir, y entonces podría llevarle a la abuela alguna cosa que la alegrara. Era una perspectiva que le gustó a Heidi. Empezó a correr sin resistencia.

—¿Qué puedo llevarle a la abuela? —preguntó al cabo de un rato.

—Algo rico —dijo la tía—; unos panecillos de pan blanco muy suaves; le van a dar mucha alegría, pues el pan negro duro ya casi no puede comerlo.

—Sí, siempre se lo da a Pedro y dice: «Es demasiado duro para mí»; yo misma lo he visto —confirmó Heidi—. Entonces vamos deprisa, tía Dete, y así quizás llegamos hoy todavía a Fráncfort para que pueda volver pronto con los panecillos.

Heidi se puso a correr de tal modo que la tía con su hatillo bajo el brazo casi no podía seguirle. Pero estaba muy contenta de que fuera tan rápido, pues así llegaron enseguida a las primeras casas de la aldea, donde podía haber de nuevo comentarios y preguntas que pusieran a Heidi en otras ideas. Así que pasó derecha por en medio, y la niña tiraba de su mano con tal fuerza que toda la gente podía ver cómo tenía que apresurarse por culpa de la niña. De modo que a todas las preguntas y llamadas que le llegaban

desde todas las ventanas y puertas, no hacía más que responder: — Ya veis, no puedo pararme ahora, la niña tiene prisa y aún tenemos un buen trecho.

—¿Te la llevas? —¿Le huye al Tío de los Alpes? —¿Es un milagro que todavía esté viva! —¿Y encima con esas mejillas tan coloradas! Se oía por todas partes, y la tía Dete se alegró de pasar sin detenerse y sin tener que dar explicaciones, y Heidi tampoco decía nada, solo tiraba siempre hacia adelante con gran ímpetu.

Desde aquel día, el Tío de los Alpes, cuando bajaba y cruzaba la aldea, ponía una cara más hosca que nunca. No saludaba a nadie, y con su cesta de queso a la espalda, el enorme bastón en la mano y el ceño fruncido tenía un aspecto tan amenazante que las mujeres decían a los niños pequeños: — ¡Cuidado! ¡Apártate del Tío de los Alpes, que todavía te podría hacer algo!

El viejo no trataba con nadie en la aldea; pasaba de largo y bajaba hasta el fondo del valle, donde vendía su queso y compraba sus provisiones de pan y carne. Cuando así había pasado por la aldea, la gente se arremolinaba detrás en corrillos, y cada uno sabía alguna cosa especial que había notado en el Tío de los Alpes, cómo tenía cada vez peor aspecto y que ahora no le daba a nadie ni siquiera un saludo, y todos coincidían en que había sido una gran suerte que la niña hubiera podido escapar, y también habían visto bien cómo la empujaban a marcharse, como si la niña temiera que el viejo ya la perseguía para llevársela de vuelta. Solo la abuela ciega seguía incondicionalmente del lado del Tío de los Alpes, y quien subía a verla para hilar en su casa o recoger lo hilado, siempre le contaba de nuevo lo bueno y cuidadoso que había sido el Tío de los Alpes con la niña y lo que había hecho por ella y por su hija, cuántas tardes había reparado su casita, que sin su ayuda seguramente ya se habría derrumbado. Y esos testimonios también bajaban a la aldea; pero la mayoría de los que los oían decían entonces que la abuela quizás era demasiado mayor para entender, que seguramente no lo habría entendido bien, que posiblemente ya no oía bien tampoco, pues ya no veía nada.

El Tío de los Alpes ya no se dejaba ver en casa del cabrero Pedro; menos mal que había clavado la cabaña tan bien, pues se quedó mucho tiempo completamente intacta. Ahora la abuela ciega volvía a pasar sus días entre suspiros, y no transcurría ni uno sin que dijera con lamento: — Ay, con la

niña se nos fue todo el bien y toda la alegría, y los días están tan vacíos. ¡Si pudiera oír a Heidi una sola vez más antes de morir!

CAPÍTULO 6. UN CAPÍTULO NUEVO Y TODO COSAS NUEVAS

En la casa del señor Sesemann en Fráncfort yacía la hija enferma, Clara, en la cómoda silla de ruedas en la que pasaba el día entero y que la llevaban de una habitación a otra. Ahora estaba en la llamada sala de estudio, que daba al gran comedor y donde había toda clase de objetos dispuestos aquí y allá que hacían la habitación acogedora y mostraban que allí se pasaba el tiempo habitualmente. En la gran y hermosa librería de puertas de cristal se podía ver de dónde venía el nombre de la sala y que era el espacio donde se impartía a la hija tullida la instrucción diaria.

Clara tenía un rostro pálido y delgado, del que asomaban dos apacibles ojos azules, que en ese momento estaban fijos en el gran reloj de pared, que hoy parecía ir especialmente despacio, pues Clara, que casi nunca se impacientaba, dijo ahora con bastante impaciencia en la voz: —¿No es ya la hora, señorita Rottenmeier?

Esta estaba sentada muy erguida ante una mesita de labor, bordando. Llevaba un misterioso envoltorio, un gran cuello o esclavina que daba a su persona un aire solemne, realzado aún más por una especie de cofia de gran altura que llevaba en la cabeza. La señorita Rottenmeier llevaba ya varios años en casa de los Sesemann, desde que murió la señora de la casa; llevaba la economía del hogar y tenía la supervisión general de todo el servicio.

El señor Sesemann estaba casi siempre de viaje y dejaba por tanto a la señorita Rottenmeier toda la casa, solo con la condición de que su hija tuviera voz en todo y de que nada se hiciera en contra de sus deseos.

Mientras arriba Clara preguntaba por segunda vez a la señorita Rottenmeier con muestras de impaciencia si aún no había llegado la hora en que podían aparecer las esperadas, abajo ante la puerta de la casa estaba la tía Dete con Heidi de la mano, preguntando al cochero Juan, que acababa de bajar del coche, si podría molestar a la señorita Rottenmeier a esas horas.

—Eso no es cosa mía —refunfuñó el cochero—; llame usted a Sebastián, en el corredor de dentro.

La tía Dete hizo lo que le decían, y el criado de la casa bajó las escaleras con grandes botones redondos en su librea y unos ojos casi igual de redondos en la cara.

—¿Podría preguntar si a estas horas se puede molestar todavía a la señorita Rottenmeier? —planteó de nuevo la tía Dete.

—No es asunto mío —respondió el criado—; llame usted a la señorita Tinette por la otra campanilla —y sin más explicaciones, el Sebastián desapareció.

La tía Dete volvió a llamar. Ahora apareció en la escalera la señorita Tinette con una capita blanca resplandeciente en lo alto de la cabeza y un gesto de mofa en el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó desde la escalera, sin bajar. La tía Dete repitió su solicitud. La señorita Tinette desapareció, pero volvió pronto y gritó desde la escalera—: ¡Están esperadas!

La tía Dete subió entonces con Heidi la escalera y, siguiendo a la señorita Tinette, entró en el gabinete de estudio. Dete se quedó cortésmente junto a la puerta, siempre con la mano de Heidi bien agarrada, pues no sabía muy bien qué podía pasarle a la niña en aquel terreno tan desconocido.

La señorita Rottenmeier se levantó despacio de su asiento y se acercó para examinar a la compañera de juegos que había llegado para la hija de la casa. El aspecto no pareció satisfacerla. Heidi llevaba su sencillo vestidito de algodón y el viejo y arrugado sombrero de paja. La niña asomaba por debajo con cara inocente y contemplaba con manifiesta perplejidad la torre que la dama llevaba en la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la señorita Rottenmeier, después de haber observado también durante varios minutos a la niña, que no le quitaba

el ojo de encima.

—Heidi —respondió ella con voz clara y sonora.

—¿Cómo? ¿Cómo? Ese no puede ser un nombre cristiano. Con ese nombre no te habrán bautizado. ¿Qué nombre recibiste en el bautismo? —insistió la señorita Rottenmeier.

—Ya no me acuerdo —contestó Heidi.

—¡Vaya respuesta! —observó la dama, meneando la cabeza—. Jungfer Dete, ¿es esta niña simple o impertinente?

—Con permiso de la señora, y si la señora lo permite, quisiera hablar yo en nombre de la niña, porque es muy inexperta —dijo la tía Dete, después de darle a Heidi a hurtadillas un pequeño codazo por la respuesta inconveniente—. No es simple ni impertinente; no sabe nada de eso; ella dice lo que piensa. Pero hoy es la primera vez que entra en una casa de señores y desconoce las buenas maneras; con todo, es obediente y no torpe de entendimiento, si la señora quisiera tener la bondad de ser indulgente. Se llama Adelheid en el bautismo, como su madre, mi difunta hermana.

—Bien, ese sí es un nombre que se puede usar —observó la señorita Rottenmeier—. Pero, Jungfer Dete, debo decirle que la niña me parece extraña para su edad. Le comuniqué que la compañera de juegos de la señorita Clara debía tener la misma edad que ella, para seguir las mismas clases y compartir en general sus ocupaciones. La señorita Clara ha cumplido los doce años; ¿cuántos años tiene esta niña?

—Con permiso de la señora —empezó de nuevo la tía Dete con elocuencia—, yo misma no tenía muy presente su edad exacta; en realidad es un poco más pequeña, no hay mucha diferencia, no lo puedo decir con exactitud, creo que tiene unos diez años, o puede que algo más, me parece.

—Tengo ocho; me lo ha dicho el abuelo —declaró Heidi. La tía le dio otro codazo, pero Heidi no tenía la menor idea de por qué y en modo alguno se turbó.

—¡Cómo! ¿Sólo ocho años? —exclamó la señorita Rottenmeier con cierta indignación—. ¡Cuatro años de menos! ¿De qué sirve eso? ¿Y qué has aprendido? ¿Qué libros has tenido en tus clases?

—Ninguno —dijo Heidi.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cómo has aprendido entonces a leer? —preguntó la dama.

—No he aprendido, y Pedro tampoco —informó Heidi.

—¡Dios mío! ¿No sabes leer? ¿De verdad que no sabes leer? —exclamó la señorita Rottenmeier con el mayor espanto—. ¡Es posible! ¡No saber leer! ¿Y qué has aprendido entonces?

—Nada —dijo Heidi con toda sinceridad.

—Jungfer Dete —dijo la señorita Rottenmeier tras varios minutos en los que luchaba por recobrar la compostura—, esto no es en absoluto lo que habíamos acordado; ¿cómo ha podido traerme a esta criatura? —Pero la tía Dete no se dejó intimidar tan fácilmente; respondió con energía—: Con permiso de la señora, la niña es exactamente lo que yo creía que querría; la señora me describió cómo debía ser, algo muy especial y diferente a las demás, y así tuve que elegir a la pequeña, porque las mayores de por aquí ya no son tan especiales, y pensé que esta encajaba a la perfección con la descripción. Pero ahora debo irme, porque mis señores me esperan; con permiso, vendré pronto a ver cómo le va. —Con una reverencia, la tía Dete salió por la puerta y bajó la escalera a toda prisa. La señorita Rottenmeier se quedó un momento parada y luego corrió tras ella; sin duda había caído en la cuenta de que aún tenía multitud de cosas que hablar con la tía si es que la niña iba a quedarse de verdad, y allí estaba ya, y como observó, la tía tenía decidido firmemente dejarla.

Heidi seguía en el mismo sitio, junto a la puerta, donde había estado desde el principio. Hasta entonces Clara había observado todo en silencio desde su sillón. Ahora hizo una seña a Heidi—: ¡Ven aquí!

Heidi se acercó a la silla de ruedas.

—¿Prefieres que te llamen Heidi o Adelheid? —preguntó Clara.

—Me llamo sólo Heidi y nada más —fue la respuesta de Heidi.

—Entonces siempre te llamaré así —dijo Clara—; ese nombre me gusta para ti, nunca lo había oído, aunque tampoco había visto jamás una niña que tuviera tu aspecto. ¿Siempre has tenido el pelo tan corto y rizado?

—Sí, creo que sí —contestó Heidi.

—¿Has venido contenta a Fráncfort? —preguntó Clara.

—No, pero mañana me vuelvo a casa y le llevo a la abuela panecillos blancos —declaró Heidi.

—¡Eres una niña muy curiosa! —exclamó Clara entonces—. Te han traído expresamente a Fráncfort para que te quedes conmigo y tomes las clases a mi lado; y fíjate, va a ser muy divertido, porque como no sabes leer, en las clases habrá algo completamente nuevo. A veces es tan terriblemente aburrido y la mañana no quiere acabar nunca. Porque mira, todas las mañanas a las diez viene el señor candidato, y entonces empiezan las clases y duran hasta las dos; es muchísimo tiempo. El señor candidato a veces acerca el libro mucho a la cara, así, como si de repente se hubiera vuelto muy miope, pero en realidad bosteza de manera espantosa detrás del libro; y la señorita Rottenmeier también saca de vez en cuando su gran pañuelo y se lo pone delante de toda la cara, como si algo de lo que leemos la hubiera emocionado mucho; pero yo sé muy bien que detrás bosteza de lo lindo, y entonces yo también tengo unas ganas enormes de bostezar y tengo que tragármelo siempre, porque si bostezo una sola vez, la señorita Rottenmeier saca en seguida el aceite de bacalao y dice que estoy débil otra vez, y tomar aceite de bacalao es lo más horrible del mundo, así que prefiero tragarme el bostezo. Pero ahora será mucho más entretenido, porque podré escuchar cómo aprendes a leer.

Heidi movió la cabeza con mucho escepticismo cuando oyó lo de aprender a leer.

—Que sí, Heidi, claro que tienes que aprender a leer; todo el mundo tiene que hacerlo, y el señor candidato es muy bueno, nunca se enfada, y ya te lo explicará todo. Pero mira, cuando él explica algo, no lo entiendes; entonces debes esperar y no decir nada, porque si no, te lo explica todavía más y lo entiendes aún menos. Pero luego, cuando hayas aprendido algo y ya lo sepas, entenderás lo que quiso decir.

En ese momento volvió la señorita Rottenmeier al cuarto; no había podido alcanzar a la tía Dete y estaba visiblemente alterada por ello, pues en realidad no había podido decirle con detenimiento todo lo que no era conforme a lo acordado en la niña, y como no sabía qué hacer para echar atrás su decisión, estaba tanto más nerviosa cuanto que ella misma había organizado todo el asunto. Fue del gabinete de estudio al comedor, y de allí

volvió, y luego se dio la vuelta de nuevo y arremetió contra Sebastián, que en ese momento paseaba sus ojos redondos y pensativos sobre la mesa puesta para ver si su trabajo tenía algún defecto.

—Acabe usted mañana con sus grandes pensamientos y preocúpese de que hoy podamos sentarnos a la mesa.

Con estas palabras, la señorita Rottenmeier pasó junto a Sebastián y llamó a Tinette con un tono tan poco amable que la señorita Tinette se acercó a pasitos todavía más menudos que de costumbre, con una expresión tan burlona que ni siquiera la señorita Rottenmeier se atrevió a regañarla; tanto más se le volvía la agitación hacia dentro.

—Hay que arreglar el cuarto de la recién llegada, Tinette —dijo la dama con una calma trabajosamente lograda—; todo está preparado, quite usted el polvo de los muebles.

—Si vale la pena —se mofó Tinette y se fue.

Mientras tanto, Sebastián había abierto las puertas dobles del gabinete de estudio con bastante estrépito, pues estaba muy irritado, aunque no se atrevía a desahogarse en palabras delante de la señorita Rottenmeier; luego entró con toda tranquilidad en el gabinete para empujar la silla de ruedas. Mientras ajustaba el agarrador trasero del sillón, que se había corrido, Heidi se puso delante de él y lo miró fijamente, y él se dio cuenta. De pronto se sobresaltó.

—¿Y qué tiene eso de particular? —le espetó a Heidi con un tono que no habría empleado de haber visto a la señorita Rottenmeier, que en ese preciso instante aparecía en el umbral y entraba cuando Heidi respondió—: Te pareces al cabrero Pedro.

Horrorizada, la dama se llevó las manos a la cabeza.

—¡Es posible! —gimió a media voz—. ¡Ahora le tutea a los criados! ¡A esta criatura le faltan todos los principios más elementales!

La silla fue rodando al comedor y Sebastián sacó a Clara para sentarla en su lugar a la mesa.

La señorita Rottenmeier tomó asiento junto a ella e hizo señas a Heidi de que ocupara el sitio de enfrente. Nadie más venía a comer, y había mucho espacio; las tres estaban muy separadas, de modo que Sebastián tenía sitio

de sobra para ofrecer los platos. Junto al plato de Heidi había un bonito panecillo blanco; la niña lo miró con ojos alegres. La semejanza que Heidi había descubierto debía de haberle inspirado toda su confianza hacia Sebastián, pues se quedó quieta como un ratón sin moverse, hasta que él se acercó con la fuente grande y le ofreció los pescaditos fritos; entonces señaló el panecillo y preguntó—: ¿Puedo quedarme con eso? —Sebastián asintió con la cabeza, lanzando una mirada de soslayo a la señorita Rottenmeier para ver qué impresión causaba la pregunta. Al instante, Heidi cogió su panecillo y se lo metió en el bolsillo. Sebastián hizo una mueca, pues le entraron ganas de reír; pero bien sabía que no podía permitírselo. Se quedó de pie ante Heidi, inmóvil y callado, porque no podía hablar ni tampoco irse sin que se hubieran servido. Heidi lo estuvo mirando un rato con asombro y luego preguntó—: ¿También debo comer de eso? —Sebastián volvió a asentir. —Pues dámelo —dijo ella y miró tranquilamente su plato. La mueca de Sebastián se volvió muy comprometida, y la fuente que sostenía empezó a temblar peligrosamente.

—Puede dejar la fuente en la mesa y volver después —dijo entonces la señorita Rottenmeier con semblante severo. Sebastián desapareció al instante. —A ti, Adelheid, tengo que enseñarte los principios de todo, ya lo veo —continuó la señorita Rottenmeier con un profundo suspiro—. Ante todo, voy a mostrarte cómo se sirve uno en la mesa —y la dama le explicó detallada y claramente todo lo que Heidi debía hacer—. Después —prosiguió—, debo advertirte principalmente que en la mesa no has de hablar con Sebastián, y en los demás casos sólo cuando tengas que darle un encargo o hacerle una pregunta necesaria; pero entonces nunca lo llamarás de otro modo que de *usted* o de *él*, ¿me oyes? No quiero volver a oírte llamarlo de otra manera. También a Tinette la tratas de *usted*, de señorita Tinette. A mí me llamas como me oyes llamar a todos; cómo has de llamar a Clara, lo decidirá ella misma.

—Naturalmente, Clara —dijo ésta. Pero aún siguió una larga serie de normas de comportamiento: sobre levantarse y acostarse, sobre entrar y salir, sobre el orden, el cerrar puertas, y con todo ello a Heidi se le fueron cerrando los ojos, pues se había levantado antes de las cinco de la mañana y había hecho un largo viaje. Se recostó contra el respaldo de la silla y se quedó dormida. Cuando por fin, después de mucho tiempo, la señorita

Rottenmeier terminó su lección, dijo—: Ahora piensa en esto, Adelheid. ¿Lo has entendido todo bien?

—Heidi lleva mucho rato dormida —dijo Clara con cara muy divertida, pues la cena había transcurrido para ella sin aburrimiento por primera vez en mucho tiempo.

—¡Es completamente inaudito lo que pasa con esta niña! —exclamó la señorita Rottenmeier con gran enojo y llamó con tanta fuerza que Tinette y Sebastián acudieron juntos corriendo; pero pese a todo el alboroto, Heidi no se despertó, y costó el mayor esfuerzo despertarla lo suficiente para llevarla a su dormitorio: primero por el gabinete de estudio, luego por el dormitorio de Clara, luego por el cuarto de la señorita Rottenmeier, hasta el cuarto de esquina que había sido acondicionado para Heidi.

CAPÍTULO 7. LA SEÑORITA ROTTENMEIER TIENE UN DÍA AGITADO

Cuando Heidi abrió los ojos aquella primera mañana en Fráncfort, no podía entender en absoluto lo que veía. Se frotó los ojos con fuerza, volvió a mirar y vio lo mismo. Estaba sentada en una cama alta y blanca, y ante ella se extendía una habitación grande y espaciosa; la luz entraba por donde colgaban unas largas, larguísimas cortinas blancas, y había dos sillones con grandes flores estampadas, y luego un sofá junto a la pared con las mismas flores y una mesa redonda delante, y en el rincón un lavabo con objetos que Heidi no había visto en su vida. Pero de pronto le vino a la mente que estaba en Fráncfort, y todo el día anterior le llegó al recuerdo, y al final también, ya con toda claridad, las instrucciones de la dama, en la medida en que las había escuchado. Heidi saltó de la cama y se arregló. Luego fue a una ventana y luego a la otra; necesitaba ver el cielo y la tierra de afuera; se sentía como enjaulada detrás de aquellas grandes cortinas. No podía correrlas; así que se coló por detrás para llegar a la ventana. Pero ésta estaba tan alta que Heidi apenas alcanzaba con la cabeza a asomarse. Y Heidi no encontró lo que buscaba. Corrió de una ventana a la otra y luego volvió a la primera; pero siempre era lo mismo lo que veía: muros y ventanas, y más muros, y más ventanas. Heidi se fue angustiando. Todavía era temprano, pues estaba acostumbrada a levantarse pronto en la montaña y salir enseguida a la puerta a ver cómo estaba el tiempo, si el cielo era azul y el sol ya había salido, si los abetos susurraban y las florecillas ya tenían los ojos abiertos. Como el pajarillo que por primera vez se encuentra en su reluciente jaula y se lanza de un lado a otro probando todos los barrotes para ver si puede colarse entre ellos y volar hacia la libertad, así corría Heidi de una ventana a la otra intentando ver si se podían abrir, porque entonces tendría que verse algo

diferente a muros y ventanas; tendría que aparecer abajo la tierra, el prado verde y la última nieve derritiéndose en las laderas, y Heidi ansiaba verlo. Pero las ventanas seguían cerradas, por mucho que la niña girara y tirase y tratara de meter los deditos por debajo de los marcos para hacer fuerza y abrirlas; todo seguía sólidamente cerrado. Al cabo de mucho tiempo, cuando Heidi comprendió que todo esfuerzo era inútil, abandonó su propósito y pensó en salir por la puerta y rodear la casa hasta dar con tierra firme, pues recordaba que la tarde anterior sólo había pisado piedras por la parte delantera. Entonces llamaron a su puerta y al instante Tinette asomó la cabeza y dijo secamente —: ¡El desayuno está servido!

Heidi no entendió en absoluto que aquello fuera una invitación; en el rostro burlón de Tinette había más bien escrita una advertencia de no acercarse demasiado que una amable bienvenida, y Heidi lo leyó claramente en su cara y obró en consecuencia. Cogió el taburete pequeño de debajo de la mesa, lo puso en un rincón, se sentó en él y esperó muy quieta lo que vendría. Al cabo de un rato llegó algo con bastante ruido: era la señorita Rottenmeier, que ya volvía a estar agitada y llamaba desde dentro del cuarto de Heidi —: ¿Qué te pasa, Adelheid? ¿No sabes lo que es el desayuno? ¡Ven aquí!

Eso sí lo entendió Heidi y lo siguió enseguida. En el comedor, Clara llevaba ya un buen rato en su sitio y saludó a Heidi amablemente, con una cara mucho más alegre que de costumbre, pues preveía que hoy volvería a pasar algo nuevo. El desayuno transcurrió sin incidentes; Heidi comió su pan con mantequilla bastante correctamente, y cuando todo terminó, Clara fue llevada en silla de ruedas al gabinete de estudio y la señorita Rottenmeier indicó a Heidi que la siguiera y se quedara con Clara hasta que llegara el señor candidato para comenzar las clases. Cuando los dos niños estuvieron solos, Heidi preguntó enseguida —: ¿Cómo puede uno asomarse aquí y ver todo el suelo de abajo?

—Se abre una ventana y se mira —respondió Clara, divertida.

—No se pueden abrir estas ventanas —repuso Heidi con tristeza.

—Claro que sí —le aseguró Clara—; sólo que tú aún no puedes, y yo tampoco puedo ayudarte; pero cuando veas a Sebastián, él te abrirá una.

Aquello fue un gran alivio para Heidi saber que las ventanas podían abrirse y se podía mirar afuera, pues todavía estaba completamente bajo la opresión de sentirse encerrada en su cuarto. Clara empezó entonces a preguntarle a Heidi por su vida en casa, y Heidi contó con alegría cosas de la montaña y las cabras y los pastos y todo lo que quería.

Mientras tanto había llegado el señor candidato; pero la señorita Rottenmeier no lo condujo, como de costumbre, al gabinete de estudio, pues necesitaba hablar, y con ese fin lo acompañó al comedor, donde se sentó frente a él y le describió con gran agitación su difícil situación y cómo había llegado a ella.

Hacía algún tiempo había escrito al señor Sesemann a París, donde éste se encontraba a la sazón, diciéndole que su hija llevaba tiempo deseando que se admitiera en casa a una compañera de juegos, y que ella misma también creía que semejante compañera sería un estímulo durante las clases y una compañía animada para Clara el resto del tiempo. En realidad, el asunto convenía mucho a la propia señorita Rottenmeier, pues quería que hubiera alguien que le descargara la tarea de entretener a la enferma Clara cuando a ella le resultaba demasiado, lo que ocurría con frecuencia. El señor Sesemann había contestado que con gusto accedía al deseo de su hija, pero con la condición de que dicha compañera fuera tratada en todo exactamente igual que ella; no quería crueldades con los niños en su casa — «lo cual era por cierto una observación muy innecesaria del señor» — añadió la señorita Rottenmeier —, «¡pues quién va a maltratar a los niños!». Pero prosiguió contando lo escandalosamente decepcionada que se había sentido con la niña, y fue enumerando todos los ejemplos de su total ignorancia que hasta entonces había proporcionado, de modo que no sólo las clases del señor candidato debían empezar literalmente por el abecé, sino que también ella tendría que comenzar por el principio absoluto en cada punto de la educación humana. De esta funesta situación sólo veía un remedio: si el señor candidato declaraba que dos personas tan distintas no podían recibir enseñanza juntas sin gran perjuicio para la más adelantada, eso sería para el señor Sesemann un motivo de peso para dar marcha atrás en el asunto, y entonces él accedería a que la niña fuese devuelta adonde había venido; pero sin su consentimiento no podía emprender eso, ahora que el señor de la casa sabía que la niña había llegado. Pero el señor candidato era prudente y nunca precipitado en sus juicios. Consoló a la señorita Rottenmeier con muchas

palabras y con la opinión de que si la joven señorita estaba tan atrasada en un aspecto, quizás estaba tanto más adelantada en otro, lo que con una enseñanza ordenada pronto encontraría su equilibrio. Al ver la señorita Rottenmeier que el señor candidato no quería apoyarla sino hacerse cargo de su enseñanza del abecé, le abrió la puerta del gabinete de estudio, y una vez que él hubo entrado, la cerró rápidamente detrás de él y se quedó al otro lado, pues el abecé le producía escalofríos. Se puso a pasear a grandes pasos por el cuarto, pues tenía que reflexionar sobre cómo debían llamar los criados a Adelheid. El señor Sesemann había escrito que debía ser tratada como su hija, y esa palabra debía referirse principalmente a la relación con los criados, pensó la señorita Rottenmeier. Pero no pudo cavilar mucho tiempo sin que la interrumpieran, pues de pronto dentro del gabinete de estudio se oyó un horroroso estrépito de objetos que caían, y luego un grito pidiendo socorro a Sebastián. Ella entró precipitadamente. Allí en el suelo yacía todo amontonado: los útiles de estudio, libros, cuadernos, tintero, y encima la alfombra del escritorio, bajo la cual corría un riachuelo negro a lo largo de todo el cuarto. Heidi había desaparecido.

— ¡Ya lo tenemos! — exclamó la señorita Rottenmeier, retorciéndose las manos — . ¡La alfombra, los libros, el costurero, todo en la tinta! ¡Esto no había ocurrido nunca! ¡Es esta criatura desgraciada, no cabe duda!

El señor candidato estaba muy asustado y contemplaba el desastre, que ciertamente tenía sólo *un* lado, pero bien desolador. Clara, en cambio, seguía con cara alegre los acontecimientos inusitados y sus efectos, y dijo a modo de explicación — : Sí, ha sido Heidi, pero sin querer; seguramente no hay que castigarla; fue tal prisa la que tenía por salir que arrastró la alfombra, y todo fue cayendo uno tras otro al suelo. Pasaban muchos coches seguidos por la calle, y por eso salió disparada; quizás nunca haya visto un carruaje.

— ¿No es como decía yo, señor candidato? ¡Esta criatura no tiene *ni uno* de los principios elementales! No tiene la menor idea de lo que es una clase, de que hay que prestar atención y quedarse sentado. Pero ¿adónde ha ido a parar el elemento funesto? Si se hubiera escapado, ¡lo que me diría el señor Sesemann...!

La señorita Rottenmeier salió corriendo y bajó la escalera. Allí, bajo la puerta de la calle abierta, estaba Heidi, mirando la calle arriba y abajo, com-

pletamente desconcertada.

—¿Qué es esto? ¿Qué te has creído? ¿Cómo puedes salir corriendo así?
—inexpresó la señorita Rottenmeier a la niña.

—He oído susurrar los abetos, pero no sé dónde están y ya no los oigo —
respondió Heidi y miró decepcionada hacia el lado por donde se había
desvanecido el rodar de los coches, que a los oídos de Heidi había sonado
igual que el rugido del viento entre los abetos, y había salido corriendo
llena de alegría tras aquel sonido.

—¡Abetos! ¿Estamos en el bosque? ¡Qué cosas tan raras! ¡Sube y mira lo
que has hecho! —y la señorita Rottenmeier subió de nuevo la escalera;
Heidi la siguió y se quedó muy sorprendida ante los grandes destrozos, pues
no se había dado cuenta de todo lo que había arrastrado con ella con la ale-
gría y las prisas de oír los abetos.

—Esto lo has hecho una vez y no lo repetirás —dijo la señorita
Rottenmeier, señalando el suelo—; para estudiar uno se queda sentado en su
silla y presta atención. Si no puedes hacerlo sola, tendré que atarte a tu silla.
¿Puedes entender eso?

—Sí —respondió Heidi—, pero me quedaré quieta de verdad. —Pues
ahora había comprendido que es una norma estar quieta durante las clases.

Tuvieron que venir Sebastián y Tinette a restablecer el orden. El señor
candidato se marchó, pues hubo que renunciar a continuar las clases. Hoy
no había habido tiempo para bostezar.

Por la tarde, Clara debía descansar un rato y Heidi tenía entonces que ele-
gir ella sola su ocupación; así le había explicado la señorita Rottenmeier por
la mañana. Cuando después de comer Clara se hubo recostado en su sillón
para descansar, la señorita Rottenmeier se retiró a su cuarto, y Heidi vio que
había llegado el momento en que podía elegir su ocupación. Aquello le
venía muy bien, pues ya había pensado en hacer algo; pero necesitaba ayu-
da para ello, y por eso se puso en medio del corredor delante del comedor,
para que no se le escapara la persona a quien quería consultar.
Efectivamente, al poco rato subió Sebastián la escalera con la gran bandeja
del té en los brazos, pues traía la vajilla de plata de la cocina para guardarla
en el armario del comedor. Cuando llegó al último peldaño, Heidi se puso
ante él y dijo con toda claridad—: ¡Usted o él!

Sebastián abrió los ojos cuanto pudo y dijo bastante bruscamente —: ¿Qué significa eso, señorita?

— Sólo quiero preguntar una cosa, pero seguro que no es nada malo como esta mañana — añadió Heidi en tono conciliador, pues notó que Sebastián estaba algo irritado y pensó que aún venía de lo de la tinta del suelo.

— ¿Y por qué ha de decir usted o él? Eso quisiera saber primero — repuso Sebastián con el mismo tono brusco.

— Sí, así debo decirlo de ahora en adelante — aseguró Heidi —; lo ha mandado la señorita Rottenmeier.

Sebastián soltó una carcajada tan sonora que Heidi tuvo que mirarlo con asombro, pues no había visto nada gracioso; pero Sebastián había entendido de pronto lo que la señorita Rottenmeier había ordenado, y dijo muy risueño —: Bien está, que la señorita prosiga.

— Yo no me llamo señorita — dijo Heidi a su vez con un poco de enfado —; me llamo Heidi.

— Bien está; pero esa misma señora ha mandado que yo le diga señorita — explicó Sebastián.

— ¿Sí? Pues entonces ya me llamo así — dijo Heidi con resignación, pues se había dado cuenta de que todo tenía que ocurrir como mandaba la señorita Rottenmeier —. Ahora tengo ya tres nombres — añadió con un suspiro.

— ¿Qué quería preguntarme la pequeña señorita? — preguntó entonces Sebastián mientras, ya dentro del comedor, colocaba su vajilla de plata en el armario.

— ¿Cómo puede abrirse una ventana, Sebastián?

— Pues así, exactamente así — y abrió el gran ventanal.

Heidi se acercó, pero era demasiado pequeña para ver nada; sólo le llegaba hasta el alféizar.

— Venga, así la señorita puede asomarse y ver lo que hay abajo — dijo Sebastián, que había traído un alto taburete de madera y lo había puesto allí. Heidi subió llena de alegría y pudo por fin asomarse por la ventana que tanto había deseado. Pero con expresión de la mayor decepción volvió a retirar la cabeza enseguida.

—Sólo se ve la calle de piedra, y nada más —dijo la niña con pesar—; pero si uno da la vuelta entera alrededor de la casa, ¿qué se ve al otro lado, Sebastián?

—Exactamente lo mismo —respondió él.

—¿Y adónde puede uno ir para ver muy, muy abajo, por todo el valle?

—Habría que subir a una torre alta, a un campanario como aquel de allí, con una bola dorada en lo alto. Desde arriba se mira hacia abajo y se ve muy lejos, por encima de todo.

Entonces Heidi bajó rápidamente del taburete, salió corriendo por la puerta, bajó la escalera y salió a la calle. Pero la cosa no salió como Heidi se había imaginado. Cuando había visto la torre desde la ventana, le parecía que sólo tenía que cruzar la calle y ya la tendría delante. Heidi recorrió toda la calle, pero no llegó a la torre, ni siquiera podía descubrirla por ningún lado, y fue a dar a otra calle y más allá y más allá, pero la torre seguía sin aparecer. Muchas personas pasaban por su lado, pero todas iban con tanta prisa que Heidi pensó que no tenían tiempo de darle razón. Entonces vio en la siguiente esquina a un muchacho parado, que llevaba a la espalda un organillo pequeño y en el brazo un animal muy curioso. Heidi corrió hacia él y preguntó—: ¿Dónde está la torre con la bola dorada en lo alto?

—No sé —fue la respuesta.

—¿A quién puedo preguntar dónde está? —preguntó Heidi.

—No sé.

—¿No conoces ninguna otra iglesia con una torre alta?

—Claro que sí.

—Pues ven y enséñamela.

—Enséñame primero qué me das a cambio. —El muchacho tendió la mano. Heidi rebuscó en su bolsillo. Sacó una estampita con una bonita guirnalda de rosas rojas pintada; se quedó un momento mirándola, pues a Heidi le costaba desprenderse de ella. Esa misma mañana Clara se la había regalado; pero ¡bajar la vista al valle, por encima de las laderas verdes! —Toma —dijo Heidi y tendió la estampita—, ¿la quieres?

El muchacho retiró la mano y negó con la cabeza.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó Heidi y se guardó contenta la estampita.

—Dinero.

—No tengo; pero Clara sí tiene, ella me dará; ¿cuánto quieres?

—Veinte pfennig.

—Pues ven.

Echaron a andar los dos por una larga calle, y por el camino Heidi preguntó al acompañante qué llevaba a la espalda, y él le explicó que era un bonito organillo bajo el paño, que hacía una música espléndida cuando lo hacía girar.

De pronto se encontraron ante una iglesia vieja con una torre alta; el muchacho se detuvo y dijo—: Ahí está.

—¿Pero cómo entro? —preguntó Heidi al ver las puertas firmemente cerradas.

—No sé —fue de nuevo la respuesta.

—¿Crees que se puede llamar aquí, como se hace con Sebastián?

—No sé.

Heidi había descubierto una campanilla en la pared y tiró de ella con todas sus fuerzas.

—Si yo subo, tienes que esperar aquí abajo; ya no conozco el camino de vuelta, tendrás que enseñármelo.

—¿Qué me das a cambio?

—¿Qué tendré que darte otra vez?

—Otros veinte pfennig.

En ese momento se giró la vieja cerradura por dentro y la crujiente puerta se abrió; un hombre viejo salió y miró a los niños primero con extrañeza, luego con bastante irritación, y los increpó—: ¿Cómo se atreven a hacerme bajar hasta aquí? ¿No pueden leer lo que pone sobre la campanilla: «Para quienes deseen subir a la torre»?

El muchacho señaló a Heidi con el dedo índice y no dijo ni una palabra. Heidi respondió—: Precisamente a la torre quería subir.

—¿Qué se te ha perdido ahí arriba? —preguntó el torrero—; ¿te ha enviado alguien?

—No —contestó Heidi—; sólo quiero subir para poder mirar hacia abajo.

—¡Marchaos a casa y no volváis a hacer esa gracia, o la próxima vez os irá peor! —Dicho esto, el torrero se dio la vuelta y quiso cerrar la puerta.

Pero Heidi lo retuvo un momento del faldón de la chaqueta y dijo en tono suplicante—: ¡Sólo una vez!

Él se volvió, y los ojos de Heidi lo miraban con tal expresión de ruego que le ablandaron del todo el corazón; tomó a la niña de la mano y dijo con amabilidad—: Si te importa tanto, ven conmigo.

El muchacho se sentó en los escalones de piedra de la entrada y mostró que no quería subir.

Heidi subió de la mano del torrero muchos, muchos peldaños; luego fueron haciéndose cada vez más estrechos, y al final subieron todavía una escalerilla muy angosta, y ya estaban arriba. El torrero levantó a Heidi del suelo y la sostuvo ante la ventana abierta.

—Venga, ahora mira abajo —le dijo.

Heidi vio un mar de tejados, torres y chimeneas; retiró pronto la cabeza y dijo abatida—: No es en absoluto como yo imaginaba.

—¿Lo ves? ¡Qué puede entender una criatura tan pequeña de panoramas! Vamos, bajemos, y no vuelvas a llamar en ninguna torre.

El torrero depositó a Heidi en el suelo y bajó delante de ella por los estrechos peldaños. Donde éstos se ensanchaban, había a la izquierda la puerta que conducía a la pequeña habitación del torrero, y a su lado el suelo se extendía hasta el tejado inclinado. Allí al fondo había una gran cesta, y delante de ella estaba sentada una gorda gata gris que gruñía, pues en la cesta vivía su familia y quería advertir a todo el que pasara que no se metiera en sus asuntos de familia. Heidi se detuvo y la miró con asombro; nunca había visto un gato tan imponente; pero en aquella vieja torre vivían manadas enteras de ratones, de modo que la gata se procuraba sin esfuerzo media docena de

ratones asados al día. El torrero vio la admiración de Heidi y dijo—: Ven, no te hará nada si estoy yo; puedes ver los pequeños.

Heidi se acercó a la cesta y estalló en una gran algazara.

—¡Oh, los animales tan monos! ¡Los gatitos tan bonitos! —exclamaba una y otra vez, y saltaba de un lado a otro alrededor de la cesta para ver bien todas las graciosas posturas y saltos que hacían los siete u ocho gatitos que se revolcaban, saltaban y caían sin parar unos encima de otros dentro de la cesta.

—¿Quieres uno? —preguntó el torrero, que contemplaba con agrado los saltos de alegría de Heidi.

—¿Para mí sola? ¿Para siempre? —preguntó Heidi emocionada, sin poder casi creer tanta suerte.

—Sí, claro; puedes llevarte también más, puedes llevártelos todos juntos si tienes sitio —dijo el hombre, al que le venía muy bien librarse de los gatitos sin tener que hacerles ningún daño.

Heidi era la más feliz del mundo. En aquella casa tan grande tendrían los gatitos sitio de sobra, ¡y qué asombrada y contenta se pondría Clara cuando llegaran los encantadores animalitos!

—¿Pero cómo puedo llevármelos? —preguntó entonces Heidi y quiso coger algunos rápidamente con las manos, pero la gata gorda le saltó al brazo y le siseó tan ferozmente que retrocedió asustada.

—Yo te los llevaré; dime adónde —dijo el torrero, que acariciaba a la vieja gata para reconciliarse con ella, pues era su amiga y llevaba muchos años viviendo con él en la torre.

—A casa del señor Sesemann, en la casa grande donde hay en la puerta una cabeza de perro dorada con un grueso anillo en el hocico —explicó Heidi.

Eso habría bastado de sobra para el torrero, que llevaba largos años en la torre y conocía cada casa a mucha distancia, y además Sebastián era para él un viejo conocido.

—Ya sé —dijo—; pero ¿a quién le llevo los bichos, a quién tengo que preguntar por ti?, porque tú no perteneces al señor Sesemann, ¿verdad?

—No, pero Clara: ¡se va a alegrar tantísimo cuando lleguen los gatitos!

El torrero quiso marcharse ya, pero Heidi casi no podía separarse del entretenido espectáculo.

—Si pudiera llevarme ya uno o dos... uno para mí y otro para Clara, ¿puedo?

—Espera un momento —dijo el torrero, llevó con cuidado a la vieja gata a su cuartito y la dejó junto al plato de comida, cerró la puerta y volvió—: Venga, coge dos.

Los ojos de Heidi brillaron de felicidad. Eligió uno blanco y otro de rayas amarillas y blancas, y se metió uno en el bolsillo derecho y otro en el izquierdo. Luego bajaron la escalera.

El muchacho seguía sentado en los escalones de fuera, y cuando el torrero cerró la puerta detrás de Heidi, la niña dijo—: ¿Qué camino hay que tomar ahora para ir a casa del señor Sesemann?

—No sé —fue la respuesta.

Heidi empezó entonces a describir lo que sabía: la puerta de la calle y las ventanas y las escaleras, pero el muchacho negaba con la cabeza ante todo, no le sonaba nada de nada.

—Mira —prosiguió Heidi en su descripción—, desde una ventana se ve una casa muy, muy grande y gris, y el tejado es así —Heidi trazó en el aire con el dedo índice unos grandes picos.

El muchacho saltó de pronto, como si tuviera en mente señales similares para encontrar sus caminos. Echó a correr sin detenerse y Heidi detrás de él, y en poco tiempo estaban ante la puerta de la calle con la gran cabeza de animal de latón. Heidi tiró de la campanilla. Pronto apareció Sebastián, y al ver a Heidi exclamó apremiante—: ¡Rápido! ¡Rápido!

Heidi entró de un salto y Sebastián cerró la puerta; el muchacho, que se había quedado fuera desconcertado, ni siquiera lo había notado.

—¡Rápido, señorita! —siguió apremiando Sebastián—, entre usted enseguida en el comedor, ya están sentados a la mesa. La señorita Rottenmeier parece un cañón cargado; ¡menudo desatino el de la pequeña señorita, salir corriendo así!

Heidi entró en el cuarto. La señorita Rottenmeier no levantó los ojos; Clara tampoco dijo nada; había un silencio algo inquietante. Sebastián corrió la silla de Heidi. Entonces, cuando Heidi ya estaba sentada, la señorita Rottenmeier comenzó con semblante severo y en tono completamente solemne—: Hablaré contigo luego, Adelheid; por ahora sólo esto: tu comportamiento ha sido muy descortés, verdaderamente censurable, el de abandonar la casa sin preguntar, sin que nadie supiera una palabra, y andar vagando hasta tarde; es una conducta completamente sin precedentes.

—Miau —sonó algo a modo de respuesta.

El enfado de la dama se disparó. —¿Cómo, Adelheid? —gritó en tonos cada vez más altos—. ¿Te atreves todavía, después de tan mala conducta, a hacerme un gasto de mal gusto? ¡Cuidado mucho, te lo digo yo!

—Yo no hago —empezó Heidi—. ¡Miau! ¡Miau!

Sebastián estuvo a punto de tirar la fuente sobre la mesa y salió disparado.

—¡Basta ya! —quiso gritar la señorita Rottenmeier; pero de la agitación su voz ya no salía—. ¡Levántate y abandona el cuarto!

Heidi se levantó asustada del sillón y quiso explicarse otra vez—: Yo no hago... ¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

—Pero Heidi —dijo entonces Clara—, si ves que pones así de enfadada a la señorita Rottenmeier, ¿por qué sigues haciendo «miau»?

—No soy yo, son los gatitos —pudo decir Heidi por fin sin que la interrumpieran.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Gatos? ¿Gatitos? —gritó la señorita Rottenmeier—. ¡Sebastián! ¡Tinette! ¡Buscad esas bestias espantosas! ¡Sacadlas de aquí! —Y al tiempo se precipitó en el gabinete de estudio y echó el cerrojo, para estar más segura, pues los gatitos eran para la señorita Rottenmeier lo más horroroso de la creación. Sebastián estaba fuera ante la puerta y tuvo que terminar de reírse antes de poder volver a entrar. Mientras servía a Heidi había visto asomar una cabecita de gato del bolsillo y esperaba el espectáculo, y cuando estalló no pudo contenerse, apenas pudo dejar la fuente en la mesa. Al fin volvió a entrar sereno, cuando los gritos de socorro de la atemorizada señora llevaban ya rato apagados. Ahora todo estaba dentro com-

pletamente tranquilo y en paz; Clara tenía los gatitos en el regazo, Heidi estaba arrodillada junto a ella y las dos jugaban con enorme deleite con los dos diminutos y graciosos animalitos.

— Sebastián —dijo Clara al que entraba—, tiene usted que ayudarnos; tiene que encontrar un sitio para los gatitos donde la señorita Rottenmeier no los vea, porque les tiene miedo y quiere que se los lleven; pero nosotras queremos quedarnos con los animalitos tan monos y sacarlos siempre que estemos solas. ¿Dónde se los puede poner?

— Yo me encargo de eso, señorita Clara —respondió Sebastián con buena disposición—; les haré una camita en una cesta y la pondré en un sitio donde la señora miedosa no dé con ella, confíe en mí. — Sebastián se puso a trabajar en seguida y no dejaba de reírse entre dientes, pues pensaba: «¡Esto aún va a dar más guerra!», y a Sebastián no le disgustaba nada cuando la señorita Rottenmeier se alteraba un poco.

Bastante tiempo después, ya cuando se acercaba la hora de acostarse, la señorita Rottenmeier entreabrió un poquito la puerta y gritó por la rendija —: ¿Han sacado ya esas bestias detestables?

— ¡Sí, sí! —respondió Sebastián, que había estado trajinando por el cuarto a la espera de esa pregunta. Rápida y silenciosamente cogió los dos gatitos del regazo de Clara y desapareció con ellos.

El solemne sermón de castigo que la señorita Rottenmeier pensaba echar a Heidi lo aplazó para el día siguiente, pues ese día se sentía demasiado agotada después de todas las emociones previas de enfado, ira y espanto que Heidi le había provocado una tras otra sin saberlo. Se retiró en silencio, y Clara y Heidi la siguieron contentas, pues sabían que sus gatitos estaban en una buena cama.

CAPÍTULO 8. EN CASA DE LOS SESEMANN TODO ANDA REVUELTO

A la mañana siguiente, cuando Sebastián había abierto la puerta al señor candidato y lo había acompañado al gabinete de estudio, alguien volvía a tirar ya de la campanilla de la casa, pero con tal violencia que Sebastián bajó la escalera de un vuelo, convencido de que era el propio señor Sesemann, que debía de haber llegado inesperadamente a casa. Abrió la puerta de golpe: ante él había un muchacho andrajoso con un organillo a la espalda.

—¿Qué significa esto? —le espetó Sebastián—. Voy a enseñarte yo a arrancar la campanilla. ¿Qué tienes que hacer aquí?

—Tengo que ver a Clara —fue la respuesta.

—Tú, bicho sucio de la calle; ¿no puedes decir «la señorita Clara», como cualquier persona decente? ¿Qué tienes que hacer con la señorita Clara? —preguntó Sebastián con brusquedad.

—Me debe cuarenta pfennig —explicó el muchacho.

—Creo que no estás en tu sano juicio. ¿Cómo sabes siquiera que hay una señorita Clara aquí?

—Ayer le enseñé el camino, eso son veinte, y luego le enseñé el camino de vuelta, eso son cuarenta.

—Mira qué embustes te inventas; la señorita Clara nunca sale, no puede caminar; anda, vete a donde debes antes de que yo te ayude a ir.

Pero el muchacho no se dejó intimidar; se quedó quieto sin moverse y dijo secamente—: La he visto en la calle, puedo describirla: tiene el pelo corto y rizado, es negro, y los ojos son negros, y el vestido es marrón, y no habla como nosotros.

—Ajá —pensó Sebastián y se rió para sus adentros—, la pequeña señorita ha vuelto a hacer de las suyas. —Luego dijo, tirando del muchacho hacia dentro—: Está bien, sígueme y espera ante la puerta hasta que yo vuelva a salir. Cuando te haga pasar, puedes tocar algo; a la señorita le gusta escuchar.

Arriba llamó al gabinete de estudio y lo hicieron pasar.

—Hay un muchacho que quiere hablar en persona con la señorita Clara —informó Sebastián.

Clara se alegró mucho ante aquel acontecimiento tan fuera de lo corriente.

—Que entre enseguida —dijo—; ¿verdad, señor candidato, si es que tiene que hablar conmigo en persona?

El muchacho ya había entrado y, según le indicaron, empezó enseguida a dar vueltas a su organillo. La señorita Rottenmeier se había buscado quehaceres en el comedor para evitar el abecé. De pronto se puso a escuchar. ¿Venían esos sonidos de la calle? ¿Pero tan cerca? ¿Cómo podía sonar un organillo desde el gabinete de estudio? Y sin embargo... en efecto... irrumpió por el largo comedor y abrió la puerta de golpe. Allí... increíble... allí estaba en medio del gabinete de estudio un organillero andrajoso dándole vueltas a su instrumento con el mayor ahínco. El señor candidato parecía querer decir algo a cada momento, pero no se oía nada. Clara y Heidi escuchaban la música con cara de alegría.

—¡Parad! ¡Parad ahora mismo! —gritó la señorita Rottenmeier desde la puerta. Su voz fue ahogada por la música. Entonces fue corriendo hacia el muchacho... pero de pronto sintió algo entre los pies, miró al suelo: un animal horrible y negro reptaba entre sus pies... una tortuga. La señorita Rottenmeier dio un salto en el aire como no había dado en muchos años, y luego gritó a pleno pulmón—: ¡Sebastián! ¡Sebastián!

De golpe el organillero dejó de tocar, pues esta vez la voz había ahogado a la música. Sebastián estaba fuera ante la puerta entreabierta, doblado de

risa, pues había estado viendo el salto desde allí. Por fin entró. La señorita Rottenmeier se había desplomado en una silla.

— ¡Fuera con todo, persona y animal! ¡Sáquelos, Sebastián, ahora mismo! —le gritó él. Sebastián obedeció con buena voluntad, sacó al muchacho, que había cogido rápidamente su tortuga, le puso algo en la mano fuera y le dijo—: Cuarenta para la señorita Clara y cuarenta por el toque, lo has hecho muy bien —y cerró detrás de él la puerta de la calle. En el gabinete de estudio todo volvió a estar tranquilo; las clases se reanudaron, y la señorita Rottenmeier también se había instalado en el cuarto para impedir con su presencia escándalos similares. El incidente quería investigarlo después de las horas de clase y castigar al culpable de modo que se acordara.

Llamaron de nuevo a la puerta, y entró otra vez Sebastián con la noticia de que habían traído una gran cesta que debía entregarse en mano a la señorita Clara.

— ¿A mí? —preguntó Clara, asombrada y enormemente curiosa de saber de qué podría tratarse—; muéstrenos usted cómo es.

Sebastián trajo una cesta tapada y se retiró enseguida.

—Creo que primero se termina la clase y luego se desempaqueta la cesta —observó la señorita Rottenmeier.

Clara no podía imaginar qué le habían traído; miraba con gran anhelo hacia la cesta.

— Señor candidato —dijo, interrumpiéndose en su propia declinación—, ¿no podría mirar sólo un momento para saber qué hay dentro, y luego seguir enseguida?

—En un sentido cabría estar a favor, y en otro en contra —respondió el señor candidato—; *a favor* hablaría el motivo de que, si ahora toda su atención está dirigida a este objeto... —El discurso no pudo terminarse. La tapa de la cesta sólo estaba apoyada encima, y de pronto saltaron al mismo tiempo uno, dos, tres y luego dos más y aún más gatitos y se lanzaron por el cuarto con una velocidad tan incomprensible que parecía como si el cuarto entero estuviera lleno de aquellas criaturas. Saltaban sobre las botas del señor candidato, le mordisqueaban los pantalones, trepaban por el vestido de la señorita Rottenmeier, andaban a gatas entre sus pies, saltaban al sillón de Clara, arañaban, correteaban, maullaban; era un revoltijo espantoso.

Clara gritaba sin parar con entusiasmo—: ¡Oh, los animalitos tan monos! ¡Los saltos tan graciosos! ¡Mira! ¡Mira! ¡Heidi, aquí, allá, mira ese! — Heidi corría llena de alegría detrás de ellos por todos los rincones. El señor candidato estaba muy apurado junto a la mesa y levantaba ya un pie, ya el otro, para librarse del inquietante gafeo. La señorita Rottenmeier se quedó primero sin habla de horror en su sillón, y luego empezó a gritar con todas sus fuerzas—: ¡Tnette! ¡Tnette! ¡Sebastián! ¡Sebastián! —pues levantarse del sillón le era absolutamente imposible, porque de un momento a otro podían saltarle todos aquellos pequeños monstruos encima.

Por fin acudieron Sebastián y Tnette a los repetidos gritos de socorro, y él fue metiendo uno a uno los pequeños seres en la cesta y se los llevó al desván, al lecho de gatos que había preparado para los dos del día anterior.

También ese día no había habido tiempo para bostezar durante las clases. Bien entrada la tarde, cuando la señorita Rottenmeier se había repuesto bastante de las emociones de la mañana, convocó a Sebastián y Tnette al gabinete de estudio para hacer allí una investigación a fondo de los reprobables sucesos. Entonces salió a la luz que Heidi había preparado y provocado con su excursión del día anterior todos los acontecimientos. La señorita Rottenmeier estaba sentada, blanca de indignación, y al principio no encontraba palabras para sus sentimientos. Hizo una seña a Sebastián y Tnette para que se retiraran. Luego se volvió hacia Heidi, que estaba de pie junto al sillón de Clara y no entendía bien qué delito había cometido.

—Adelheid —empezó con tono severo—, sólo conozco *un* castigo que pueda dolerte, porque eres una salvaje; pero ya veremos si en el oscuro sótano, con las salamandras y las ratas, no te vuelves más dócil y no se te ocurren más cosas así.

Heidi escuchó en silencio y con asombro su sentencia, pues nunca había estado en un sótano espantoso; el cuarto adyacente en la cabaña del abuelo, al que éste llamaba sótano, donde siempre estaban los quesos preparados y la leche fresca, era más bien un lugar agradable y acogedor, y ratas y salamandras no había visto ninguna.

Pero Clara levantó un gran lamento—: ¡No, no, señorita Rottenmeier, hay que esperar a que venga el papá; él ya ha escrito que viene pronto, y entonces le contaré todo, y él ya dirá lo que hay que hacer con Heidi!

Ante este juez supremo la señorita Rottenmeier no podía objetar nada, tanto menos cuanto que en efecto había que esperarlo pronto. Se levantó y dijo con cierta acritud —: Bien, Clara, pero yo también hablaré con el señor Sesemann. — Y salió del cuarto.

Transcurrieron luego unos días tranquilos, pero la señorita Rottenmeier no salía de su agitación; a cada hora le saltaba ante los ojos el chasco que había sufrido con la persona de Heidi, y le parecía que desde su aparición en la casa de los Sesemann todo se había desquiciado y no volvía a su cauce. Clara estaba muy contenta; ya no se aburría nunca, pues en las clases Heidi hacía las cosas más divertidas: con las letras siempre hacía un lío y nunca podía aprenderlas, y cuando el señor candidato estaba explicando y describiendo sus formas para hacérselas más comprensibles y ponía como comparación, por ejemplo, un cuernecillo o un pico, ella de pronto exclamaba llena de alegría —: ¡Es una cabra!, o: ¡Es un pájaro rapaz! — Porque las descripciones despertaban en su mente toda clase de imágenes, pero nunca letras. En las últimas horas de la tarde Heidi se sentaba con Clara y le contaba una y otra vez cosas de la montaña y de la vida allí, tanto y tan largo que el anhelo por aquello se volvía en ella tan ardiente que al final siempre acababa asegurando —: ¡Ahora tengo que irme a casa! ¡Mañana tengo que irme sin falta! — Pero Clara la calmaba siempre y le hacía ver a Heidi que tenía que quedarse hasta que llegara el papá; luego ya se veía cómo continuaban las cosas. Y cuando Heidi cedía y se resignaba enseguida satisfecha, le ayudaba una alegre esperanza que albergaba en su interior: con cada día que seguía allí, su montoncito de panecillos para la abuela crecía en dos, pues al mediodía y por la noche siempre había un bonito panecillo blanco junto a su plato; ese lo guardaba enseguida, porque no habría podido comerse el panecillo pensando que la abuela nunca tenía ninguno y casi no podía ya comer el pan duro y negro. Después de comer, Heidi se quedaba sentada sola en su cuarto un par de horas y no se movía, pues ya había comprendido que en Fráncfort estaba prohibido salir corriendo sin más, como hacía en la montaña, y no lo hacía nunca. Con Sebastián en el comedor de enfrente tampoco podía mantener conversación; eso también lo había prohibido la señorita Rottenmeier; e intentar una charla con Tinette no se le pasaba por la cabeza; le daba miedo y la esquivaba siempre, pues Tinette sólo le hablaba con voz socarrona y no paraba de burlarse de ella, y Heidi lo entendía muy bien, y que sólo se estaba mofando de ella. Así estaba Heidi todos los días, con todo el tiempo para pensar en cómo estaba ya verde de

nuevo la montaña y en cómo relucían al sol las florecillas amarillas y en cómo todo brillaba a la luz del sol, la nieve y los montes y el ancho valle, y a veces Heidi casi no podía más de las ganas de estar allí otra vez. La tía le había dicho también que podía volver a casa cuando quisiera. Así que llegó un día en que Heidi no aguantó más; metió de prisa los panecillos en el gran pañuelo rojo, se puso el sombrerito de paja y salió. Pero ya bajo la puerta de la calle se encontró con un gran obstáculo para el viaje: la señorita Rottenmeier en persona, que justo volvía de salir. Se detuvo y miró a Heidi de arriba abajo con estupefacción rígida, y su mirada se fijó sobre todo en el pañuelo rojo lleno.

—¿Qué es esta facha? ¿Qué significa esto? ¿No te he prohibido terminantemente que vuelvas a vagar por ahí? ¿Y ahora lo intentas otra vez, y encima con ese aspecto de vagabunda?

—No iba a vagar; sólo quería irme a casa —respondió Heidi asustada.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿A casa? ¿Querías irte a casa? —La señorita Rottenmeier juntó las manos de la agitación—. ¡Escaparse! Si el señor Sesemann supiera esto... ¡Escaparse de su casa! ¡Que no se entere nunca! ¿Y qué es lo que no te va bien en su casa? ¿No te tratan mucho mejor de lo que mereces? ¿Te falta algo? ¿Has tenido en tu vida una vivienda, una mesa y un servicio como los que tienes aquí? ¡Habla!

—No —respondió Heidi.

—¡Ya lo sé yo! —prosiguió la dama con vehemencia—. ¡No te falta nada, absolutamente nada; eres una niña completamente ingrata, y de tanto bienestar no sabes qué más trapisondas urdir!

Pero entonces a Heidi se le vino todo encima, todo lo que llevaba dentro, y salió—: ¡Si yo sólo quiero irme a casa! ¡Y si no llevo, el Copo de Nieve se pondrá a lloriquear, y la abuela me espera, y el Jilguero recibirá la vara si el cabrero Pedro no recibe queso, y aquí nunca se puede ver cómo el sol dice buenas noches a los montes! ¡Y si el pájaro rapaz volara sobre Fráncfort, graznaría aún más fuerte porque tanta gente está junta y se hacen daño unos a otros y no van a las rocas, donde uno se encuentra a gusto!

—¡Dios mío, la niña ha perdido el juicio! —exclamó la señorita Rottenmeier, y asustada subió precipitadamente la escalera, chocando violentamente contra Sebastián, que justo bajaba—. ¡Traiga usted en seguida a

esa criatura desdichada! —le gritó, mientras se frotaba la cabeza, pues se había dado un buen golpe.

—Sí, sí, gracias, con mucho gusto —respondió Sebastián y se frotaba la suya, pues el golpe había sido más fuerte para él.

Heidi seguía firme en el mismo sitio con los ojos encendidos, temblando de la cabeza a los pies de la agitación interior.

—Bueno, ¿otra vez has hecho algo? —preguntó Sebastián en tono jovial; pero cuando miró de verdad a Heidi, que no se movía, le dio una palmadita amistosa en el hombro y dijo en tono de consuelo—: ¡Venga, venga! La señorita no debe tomárselo tan a pecho; ¡ánimo, que es lo principal! Me ha dado a mí también un trompazo en la cabeza; pero ¡que no nos intimide! ¿Eh? ¿Todavía en el mismo sitio? Hay que subir, lo ha mandado ella.

Heidi subió entonces la escalera, pero despacio y en silencio, nada como era su costumbre. Aquello le dolió a Sebastián verlo; fue detrás de Heidi y le fue diciendo palabras de ánimo—: ¡Que no se rinda! ¡Que no se ponga triste! ¡Siempre con valor! Tenemos una señorita muy razonable; todavía no ha llorado ni una sola vez desde que está aquí; a su edad las demás lloran doce veces al día, eso es lo normal. Los gatitos también están animados allá arriba, saltan por todo el desván y hacen como locos. Luego vamos juntos a verlos, cuando la señora no esté dentro, ¿eh?

Heidi inclinó un poco la cabeza, pero tan sin alegría que le llegó al corazón a Sebastián, y la siguió con toda simpatía con la mirada mientras se escurría hacia su cuarto.

A la hora de cenar la señorita Rottenmeier no dijo ni una palabra, pero no dejaba de lanzar a Heidi miradas extrañamente vigilantes, como si esperara que de un momento a otro fuera a hacer algo inaudito; pero Heidi estaba sentada a la mesa quieta como un ratón y no se movía; no comió ni bebió; sólo el panecillo lo había metido rápidamente en el bolsillo.

A la mañana siguiente, cuando el señor candidato subía la escalera, la señorita Rottenmeier lo llamó con un gesto misterioso al comedor, y allí le comunicó con gran agitación su preocupación de que el cambio de aires, el nuevo modo de vida y las impresiones desacostumbradas habían perturbado el juicio de la niña, y le contó el intento de fuga de Heidi y le repitió de sus extrañas palabras lo que recordaba. Pero el señor candidato tranquilizó y

sosegó a la señorita Rottenmeier, asegurándole que había hecho la observación de que Adelheid era, si bien por un lado efectivamente algo excéntrica, por otro de pleno buen juicio, de modo que con un trato bien ponderado por todas partes podía establecerse poco a poco el necesario equilibrio, que él tenía en cuenta; encontraba más importante el hecho de que no podía pasar en absoluto del abecé con ella, pues era incapaz de aprenderse las letras.

La señorita Rottenmeier se sintió más tranquila y dejó marchar al señor candidato a su trabajo. Avanzada la tarde le vino el recuerdo del atavío de Heidi en su prevista partida, y decidió poner el vestuario de la niña en el estado necesario con diversas prendas de Clara, antes de que apareciera el señor Sesemann. Comunicó sus pensamientos al respecto a Clara, y como ésta estaba de acuerdo con todo y quería regalarle a Heidi un montón de vestidos y pañolones y sombreros, la dama se fue al cuarto de Heidi a examinar e inspeccionar el armario, a ver qué de lo que había podía quedarse y qué debía quitarse. Pero al cabo de pocos minutos volvió con gestos de asco. —¿Qué tengo que descubrir, Adelheid! —exclamó—. ¡Esto no se ha visto jamás! En tu armario, un armario para ropa, Adelheid, en el fondo de ese armario, ¿qué encuentro? ¡Un montón de panecillos! ¡Pan, digo, Clara, en el armario! ¡Y guardar ese montón! —¡Tinette! —gritó ahora hacia el comedor—, llévese usted ese pan viejo del armario de Adelheid, y el sombrero arrugado que hay en la mesa.

—¡No! ¡No! —gritó Heidi—; necesito el sombrero, y los panecillos son para la abuela —y Heidi quiso salir corriendo tras Tinette, pero la señorita Rottenmeier la retuvo.

—Te quedas aquí y esas cosas se llevan adonde tienen que ir —dijo con firmeza, reteniendo a la niña. Pero entonces Heidi se echó junto al sillón de Clara y se puso a llorar con desesperación, cada vez más fuerte y más desconsolada, y sollozaba una y otra vez en su angustia—: ¡Ahora la abuela no tiene más panecillos! ¡Eran para la abuela! ¡Ahora se han ido todos y la abuela no recibirá ninguno! —y Heidi lloraba como si el corazón fuera a partirse. La señorita Rottenmeier salió del cuarto. A Clara le entró angustia ante tanto dolor.

—Heidi, Heidi, no llores así —le decía en tono suplicante—; escúchame; te prometo que cuando vayas a casa te daré exactamente tantos panecillos

como los que tenías, o incluso más, y entonces estarán recientes y blandos, y los tuyos ya se habrían puesto muy duros y lo estaban ya. ¡Ven, Heidi, no llores más!

Heidi tardó mucho en salir de sus sollozos; pero entendió el consuelo de Clara y se aferró a él, porque de otro modo no habría podido dejar de llorar. Aún tuvo que asegurarse varias veces y preguntarle a Clara, interrumpida por los últimos ataques de hipo—: ¿Me darás tantos, tantos como los que tenía para la abuela?

Y Clara le aseguraba siempre—: Claro que sí, claro que sí, y todavía más; ¡sé feliz otra vez!

Aún llegó Heidi a la mesa de la cena con los ojos enrojecidos de tanto llorar, y al ver su panecillo tuvo que volver a sollozar. Pero se contuvo con toda su fuerza, pues sabía que en la mesa debía permanecer tranquila. Sebastián hacía hoy los gestos más extraños cada vez que se acercaba a Heidi: señalaba ora a su propia cabeza, ora a la de Heidi, luego volvía a asentir y guiñaba los ojos, como queriendo decir: «¡Ánimo! Ya me he dado cuenta y lo he solucionado.»

Cuando Heidi llegó más tarde a su cuarto y quiso meterse en la cama, encontró su sombrerito de paja, todo arrugado, escondido bajo las sábanas. Lo sacó con gran alegría, lo aplastó un poco más de puro gozo y lo escondió luego, envuelto en un pañuelito, en el rincón más recóndito de su armario. El sombrerito lo había puesto Sebastián bajo las sábanas; había estado en el comedor al mismo tiempo que Tinette cuando la llamaron, y había oído el lamento de Heidi. Luego siguió a Tinette, y cuando ella salió del cuarto de Heidi cargada de pan y con el sombrero encima, lo cogió rápidamente y le dijo: «De eso ya me encargo yo.» Así lo había rescatado, muy contento, para Heidi, lo que quería darle a entender en la cena para animarla.

CAPÍTULO 9. EL SEÑOR DE LA CASA SE ENTERA DE MUCHAS COSAS QUE NO SABÍA

Pocos días después de estos sucesos reinaba en la casa Sesemann una gran animación y un ajetreado subir y bajar por las escaleras, pues el señor de la casa acababa de regresar de su viaje, y del coche, cargado de bultos, Sebastián y Tinette iban sacando carga tras carga hacia arriba, porque el señor Sesemann siempre traía a casa una gran cantidad de cosas bonitas.

Él mismo había ido ante todo al cuarto de su hija para saludarla. Heidi estaba con ella, pues era la hora de la tarde avanzada en que las dos siempre estaban juntas. Clara saludó a su padre con gran ternura, pues lo quería mucho, y el buen papá saludó a su Clarita con no menos cariño. Luego tendió la mano a Heidi, que se había retirado discretamente a un rincón, y dijo con amabilidad:

—Y esta es nuestra pequeña suiza; ven aquí, dame la mano. ¡Así está bien! Ahora dime, ¿sois buenas amigas, Clara y tú? ¿Sin riñas ni enfados, ni lloros y reconciliaciones para volver a empezar de nuevo?

—No, Clara siempre es buena conmigo —respondió Heidi.

—Y Heidi tampoco ha intentado nunca pelearse, papá —añadió Clara enseguida.

—Muy bien, me alegra saberlo —dijo el papá levantándose—. Pero ahora tienes que permitirme, Clarita, que tome algo; hoy no he comido nada todavía. Luego vuelvo y verás lo que te he traído.

El señor Sesemann entró en el comedor, donde la señorita Rottenmeier supervisaba la mesa preparada para su almuerzo. Cuando el señor

Sesemann se hubo sentado y la dama tomó asiento frente a él con cara de auténtica desgracia viviente, el señor de la casa se dirigió a ella:

—Pero, señorita Rottenmeier, ¿qué debo pensar? Ha puesto usted para recibirme una cara verdaderamente aterradora. ¿Qué ocurre? Clarita está muy animada.

—Señor Sesemann —comenzó la dama con solemne gravedad—, Clara también se ha visto afectada; nos han engañado de manera horrible.

—¿Cómo es eso? —preguntó el señor Sesemann bebiendo tranquilamente un sorbo de vino.

—Habíamos decidido, como usted sabe, señor Sesemann, traer a casa una compañera de juegos para Clara, y dado que sé cuánto le importa a usted que solo lo bueno y lo noble rodee a su hija, había puesto mis miras en una jovencita suiza, esperando ver entrar en nuestra casa a uno de esos seres de los que tanto he leído, que, brotados del aire puro de las montañas, por así decirlo, transitan por la vida sin tocar la tierra.

—Yo creo —observó aquí el señor Sesemann— que los niños suizos también tocan el suelo cuando quieren avanzar; de lo contrario les habrían salido alas en lugar de pies.

—¡Ay, señor Sesemann, ya me entiende usted! —prosiguió la señorita—. Me refería a una de esas figuras tan conocidas que viven en las altas y puras regiones de la montaña y que pasan ante nosotros como un soplo ideal.

—¿Y qué iba a hacer mi Clara con un soplo ideal, señorita Rottenmeier?

—No, señor Sesemann, no bromeo; el asunto es para mí más serio de lo que usted cree; me han engañado de manera horrible, verdaderamente horrible.

—¿Pero en qué está lo horrible? La niña no me parece tan espantosa —observó el señor Sesemann con calma.

—Debería usted saber *una* sola cosa, señor Sesemann, solo *una*: con qué clase de personas y animales ese ser ha poblado su casa durante su ausencia; de eso podría hablar el señor candidato.

—¿Con animales? ¿Cómo debo entender eso, señorita Rottenmeier?

—Es que no tiene explicación; toda la conducta de ese ser no tendría explicación si no fuera por *un* único punto: que padece accesos de completo trastorno mental.

Hasta ese momento el señor Sesemann no había tomado el asunto en serio; pero ¿trastorno mental? Eso podía tener las consecuencias más graves para su hija. El señor Sesemann miró a la señorita Rottenmeier muy atentamente, como para asegurarse primero de si en ella era perceptible algún trastorno de esa índole. En ese momento se abrió la puerta y se anunció al señor candidato.

— ¡Ah, ya llega nuestro señor candidato, él nos lo aclarará! —le dijo el señor Sesemann saliendo a su encuentro—. ¡Venga, venga, siéntese aquí conmigo! —Le tendió la mano al recién llegado—. El señor candidato tomará una taza de café negro conmigo, señorita Rottenmeier. Siéntese, siéntese, sin cumplidos. Y ahora dígame, señor candidato: ¿qué hay con la niña que ha venido a hacer compañía a mi hija y a quien usted instruye? ¿Qué tiene que ver con los animales que trajo a la casa, y cómo está su cabeza?

El señor candidato tuvo primero que expresar su alegría por el feliz regreso del señor Sesemann y darle la bienvenida, que era el motivo por el que había venido; pero el señor Sesemann le instó a que le aclarase los puntos en cuestión. Así comenzó el señor candidato:

—Si he de manifestar mi opinión sobre el carácter de esta joven, señor Sesemann, quisiera ante todo hacer notar que, si bien por un lado se aprecia una carencia de desarrollo ocasionada por una educación más o menos descuidada, o mejor dicho, una instrucción algo tardía, y agravada por el aislamiento más o menos prolongado de una estancia alpina que, sin ser en todos sus aspectos reprochable y presentando indudablemente sus aspectos positivos, siempre que no supere una cierta duración, tiene sin duda su lado favorable —

—Mi estimado señor candidato —le interrumpió aquí el señor Sesemann—, se está usted tomando demasiadas molestias; dígame: ¿también a usted le ha dado algún susto la niña con los animales que trajo, y qué opina usted en general de esa compañía para mi hija?

—No quisiera perjudicar en modo alguno a la joven —volvió a comenzar el señor candidato—, pues si bien por un lado se aprecia en ella una especie de inexperiencia social relacionada con la vida más o menos inculta en la que la joven se desenvolvía hasta el momento de su traslado a Fráncfort, traslado que, por cierto, en el desarrollo de esta, podría yo decir, todavía completamente, o al menos parcialmente, sin desarrollar, pero por otro lado dotada de aptitudes nada despreciables, y si se la conduce con prudencia desde todos los ángulos —

—Disculpe usted, señor candidato, por favor, no se moleste, voy a... tengo que pasar un momento a ver a mi hija. —Y con eso el señor Sesemann salió corriendo por la puerta y no volvió. Al otro lado, en el salón de estudio, se sentó junto a su hija; Heidi se había levantado. El señor Sesemann se volvió hacia la niña:

—Oye, pequeña, tráeme en seguida... espera un momento... tráeme... —(el señor Sesemann no sabía bien qué necesitaba; lo que quería era tener a Heidi un rato fuera)— tráeme un vaso de agua.

—¿Fresca? —preguntó Heidi.

—¡Sí, claro! ¡Bien fresca! —respondió el señor Sesemann. Heidi desapareció.

—Bueno, querida Clarita —dijo el papá acercándose mucho a su hija y tomando su mano en la suya—, dime con claridad y sencillez: ¿qué animales ha traído esta compañera tuya a la casa, y por qué cree la señorita Rottenmeier que a veces no está del todo en sus cabales? ¿Puedes decirme algo?

Clara sí podía, pues la asustadiza dama le había hablado también a ella de los confusos desvarios de Heidi, que sin embargo para Clara tenían todo el sentido. Le contó primero al padre las historias de la tortuga y los gatitos, y le explicó luego los dichos de Heidi que tanto habían alarmado a la dama. El señor Sesemann se rió de buena gana.

—¿Así que no quieres que mande a la niña a casa, Clarita? ¿No te has cansado de ella? —preguntó el padre.

—No, no, papá, no hagas eso —exclamó Clara haciéndole señas de que no—. Desde que está Heidi siempre pasa algo, todos los días, y resulta muy

entretenido, completamente distinto a antes, que nunca pasaba nada; y además Heidi me cuenta tantísimas cosas.

—Muy bien, muy bien, Clarita. Y ya llega tu amiga. Bueno, ¿has traído agua fresca y rica? —preguntó el señor Sesemann cuando Heidi le tendió un vaso de agua.

—Sí, fresca de la fuente —contestó Heidi.

—¿Es que has ido tú misma a la fuente, Heidi? —dijo Clara.

—Claro que sí; está muy fresca, pero tuve que andar mucho, porque en la primera fuente había demasiada gente. Seguí calle abajo, pero en la segunda también había mucha gente; entonces me fui a otra calle y allí saqué el agua, y el señor del pelo blanco manda saludar muy cordialmente al señor Sesemann.

—Vaya expedición —rio el señor Sesemann—. ¿Y quién es ese señor?

—Pasó junto a la fuente, se detuvo y dijo: «Como tienes un vaso, dame también a beber; ¿a quién le llevas tu vaso de agua?» Y yo dije: «Al señor Sesemann.» Entonces se rio mucho, y luego mandó el saludo, y también que el señor Sesemann disfrute del agua.

—¿Y quién querrá mandarme ese buen deseo? ¿Qué aspecto tenía ese señor? —preguntó el señor Sesemann.

—Se ríe con amabilidad, tiene una cadena de oro muy gruesa y algo dorado colgando de ella con una piedra roja grande, y en su bastón hay una cabeza de caballo.

—¡Es el señor doctor! —¡Es mi viejo doctor! —dijeron Clara y su padre a la vez, y el señor Sesemann se rió un poco para sus adentros pensando en su amigo y en las reflexiones que le habría suscitado esa nueva manera de satisfacer su sed.

Aún esa misma tarde, cuando el señor Sesemann se quedó a solas con la señorita Rottenmeier en el comedor para tratar con ella distintos asuntos domésticos, declaró que la compañera de su hija se quedaría en la casa; la niña le parecía estar en un estado completamente normal, y su compañía era muy grata y agradable para su hija, más que cualquier otra.

—Deseo, por tanto —añadió el señor Sesemann con mucha firmeza—, que se trate a esta niña en todo momento con toda amabilidad y que sus particularidades no se consideren faltas. Si por lo demás no puede usted sola con la niña, señorita Rottenmeier, tendrá usted pronto una buena ayuda, pues en breve vendrá mi madre a instalarse en mi casa por una larga temporada, y mi madre sabe arreglárselas con cualquier persona, como esta se comporte; eso bien lo sabe usted, ¿verdad, señorita Rottenmeier?

—Sí, eso lo sé, señor Sesemann —respondió la dama, aunque sin expresión de alivio ante la ayuda anunciada.

El señor Sesemann solo disfrutó esta vez de una breve paz en casa; a las dos semanas volvieron a reclamarle sus negocios en París, y consoló a su hija, que no estaba de acuerdo con la inminente partida, con la perspectiva de la pronta llegada de la abuelita, que podía esperarse al cabo de pocos días.

Apenas había partido el señor Sesemann cuando llegó ya la carta que anunciaba la salida de la señora Sesemann desde Holstein, donde vivía en una antigua finca, e indicaba la hora exacta de su llegada al día siguiente para que el coche fuese a recogerla a la estación.

Clara estaba rebosante de alegría por la noticia y le contó a Heidi esa misma tarde tanto y durante tanto tiempo cosas de la abuelita, que Heidi también empezó a hablar de la «abuelita», lo que hizo que la señorita Rottenmeier mirase a Heidi con desaprobación; pero la niña no lo relacionó con nada en particular, pues vivía bajo la desaprobación constante de la dama. Cuando luego se fue a su dormitorio, la señorita Rottenmeier la llamó primero a su habitación y le explicó que nunca debía emplear el nombre de «abuelita», sino que, cuando estuviese allí la señora Sesemann, debería dirigirse a ella siempre como «señora». —¿Lo entiendes? —preguntó la dama cuando Heidi la miró con cierta perplejidad; pero le dirigió una mirada tan concluyente que Heidi ya no pidió más explicaciones, aunque no había entendido el título.

CAPÍTULO 10. UNA ABUELITA

A la tarde siguiente se advertía en la casa Sesemann una gran expectación y vivos preparativos; podía notarse claramente que la señora esperada tenía mucho que decir en la casa y que todos le tenían gran respeto. Tinette se había puesto un cofiñete blanco nuevo en la cabeza, y Sebastián iba acumulando una gran cantidad de escabeles y los colocaba en todos los sitios convenientes, para que la señora encontrase enseguida un escabel bajo los pies allá donde se sentase. La señorita Rottenmeier recorría las habitaciones muy erguida para la inspección, como queriendo indicar que, aunque se aproximaba una segunda potencia gobernante, la suya no estaba en modo alguno en declive.

Entonces el coche llegó ante la casa, y Sebastián y Tinette bajaron corriendo las escaleras; detrás, lenta y solemne, siguió la señorita Rottenmeier, pues sabía que ella también debía presentarse a recibir a la señora Sesemann. Heidi había recibido la orden de retirarse a su cuarto y esperar allí hasta que la llamasen, pues la abuelita entraría primero donde Clara y querría verla a solas. Heidi se sentó en un rincón a repasar su saludo. No tardó mucho en que Tinette asomara un poco la cabeza por la puerta del cuarto de Heidi y dijera con su laconismo de siempre: —A pasar al salón de estudio.

Heidi no había podido preguntarle a la señorita Rottenmeier cómo era eso del saludo, pero pensó que la dama se había equivocado, pues hasta entonces siempre había oído mencionar primero el título y luego el nombre; así que se lo había arreglado a su manera. Cuando abrió la puerta del salón de estudio, la abuelita le salió al encuentro con voz amable:

—¡Ah, ya llega la niña! Ven aquí y déjame mirarte bien.

Heidi se acercó, y con su voz clara dijo muy marcadamente:

—Buenos días, señora.

—¡Habrás visto! —rió la abuelita—. ¿Se dice así en vuestra tierra? ¿Lo has oído en los Alpes?

—No, en nuestra tierra nadie se llama así —explicó Heidi con seriedad.

—Aquí tampoco —volvió a reír la abuelita y le dio a Heidi una palmadita amistosa en la mejilla—. ¡No importa! En el cuarto de los niños soy la abuelita; así debes llamarme; eso puedes recordarlo, ¿verdad?

—Sí, eso lo recuerdo bien —aseguró Heidi—; antes ya lo decía siempre así.

—¡Vaya, ya entiendo! —dijo la abuelita y asintió con la cabeza muy alegre. Luego miró a Heidi atentamente y de vez en cuando volvía a asentir, y Heidi también la miraba a ella muy seriamente, pues de sus ojos emanaba algo tan cordial que a Heidi le hacía un gran bien, y la abuelita entera le gustaba tanto a Heidi que no podía dejar de mirarla. Tenía un cabello blanco tan hermoso, y alrededor de la cabeza una preciosa tira de encaje, y dos cintas anchas colgaban del gorro y se movían siempre de algún modo, como si alrededor de la abuelita soplará siempre una brisa suave, lo que a Heidi le resultaba especialmente encantador.

—¿Y cómo te llamas tú, niña? —preguntó entonces la abuelita.

—Solo me llamo Heidi; pero como me han dicho que me llamo Adelheid, tendré que estar atenta... —Heidi se interrumpió, pues se sentía un poco culpable, ya que todavía no respondía cuando la señorita Rottenmeier llamaba de improviso «¡Adelheid!», porque aún no le quedaba bien presente que ese fuera su nombre; y la señorita Rottenmeier acababa de entrar en la habitación.

—La señora Sesemann encontrará sin duda justificado —intervino la recién entrada— que yo haya tenido que elegir un nombre que pueda uno pronunciar sin tener que avergonzarse, aunque solo sea por los criados.

—Estimada Rottenmeier —respondió la señora Sesemann—, cuando alguien se llama «Heidi» y está acostumbrado a ese nombre, yo lo llamo así, y punto.

A la señorita Rottenmeier le resultaba muy molesto que la señora mayor la llamase continuamente solo por su apellido, sin ningún título; pero no había nada que hacer: la abuelita tenía sus propias maneras, y por ellas iba, sin que nada pudiera desviarla. La abuelita tenía también sus cinco sentidos completamente agudos y en plena forma, y se daba cuenta de lo que ocurría en la casa en cuanto ponía los pies en ella.

Al día siguiente de su llegada, cuando Clara se tendía a la hora habitual después de comer, la abuelita se sentó a su lado en un sillón y cerró los ojos unos minutos; luego ya se levantaba de nuevo —pues enseguida se animaba— y salió al comedor; allí no había nadie. —Está durmiendo— se dijo para sí, fue entonces al cuarto de la señorita Rottenmeier y llamó con fuerza a la puerta. Al cabo de un momento apareció esta, que retrocedió un poco asustada ante la visita inesperada.

—¿Dónde está la niña a estas horas y qué hace? Eso es lo que quiero saber— dijo la señora Sesemann.

—Está en su cuarto, donde podría ocuparse en algo útil si tuviese el menor impulso de actividad; pero la señora Sesemann debería saber qué clase de disparates se inventa a veces ese ser y los lleva realmente a cabo: cosas que apenas podría yo contar en buena sociedad.

—Pues yo haría exactamente lo mismo si estuviese metida ahí dentro como esa niña, se lo digo yo, y ya vería usted cómo iba a contar mis cosas en buena sociedad. Ahora sáqueme a esa niña y tráigamela a mi habitación; quiero darle algunos libros bonitos que he traído.

—¡Eso es precisamente el problema, eso es!— exclamó la señorita Rottenmeier echándose las manos a la cabeza—. ¿Qué iba a hacer esa niña con libros? En todo este tiempo no ha aprendido todavía ni el abecé; es completamente imposible enseñarle a ese ser ni *un* solo concepto; de eso puede hablar el señor candidato. Si ese excelente hombre no tuviese la paciencia de un ángel del cielo, habría abandonado hace tiempo esa enseñanza.

—Vaya, eso es curioso; la niña no tiene aspecto de no poder aprender el abecé— dijo la señora Sesemann—. Ahora tráigamela aquí; de momento puede mirar las láminas de los libros.

La señorita Rottenmeier quiso hacer alguna observación más, pero la señora Sesemann ya se había vuelto y se dirigía rápidamente a su habitación. Le sorprendió mucho la noticia de la torpeza de Heidi y pensó investigar la cuestión, pero no con el señor candidato, a quien, si bien lo estimaba mucho por su buen carácter —y siempre que se lo encontraba lo saludaba con extrema amabilidad—, luego se apresuraba a alejarse por el otro lado para no verse enredada en una conversación con él, pues su modo de expresarse le resultaba algo pesado.

Heidi se presentó en el cuarto de la abuelita y abrió mucho los ojos al ver las magníficas y coloridas láminas de los grandes libros que la abuelita había traído. De pronto Heidi lanzó un grito cuando la abuelita pasó otra hoja; con los ojos encendidos miraba las figuras, y de repente le corrieron las lágrimas por las mejillas y se puso a sollozar con fuerza. La abuelita miró la lámina. Era un hermoso prado verde donde pacían toda clase de animalillos y mordisqueaban los verdes arbustos. En el centro estaba el pastor apoyado en un largo cayado, mirando a los alegres animales. Todo estaba pintado como bañado en un resplandor dorado, pues al fondo, en el horizonte, el sol se estaba poniendo.

La abuelita tomó a Heidi de la mano.

—Vamos, vamos, niña —le dijo con la mayor dulzura—; no llores, no llores. Esto te habrá recordado algo; pero mira, también hay una historia preciosa que lo acompaña y te la cuento esta noche. Y hay tantas historias bonitas más en el libro, que se pueden leer y volver a contar. Ven, ahora tenemos que hablar de algo juntas; sécate bien las lágrimas, así, y ahora ponte aquí delante de mí para que pueda mirarte bien; así está bien, y ahora volvemos a estar contentas.

Pero aún tardó un rato en que Heidi pudiese dejar de sollozar. La abuelita le dio un buen tiempo para que se repusiera, diciéndole tan solo de vez en cuando con ánimo: —Así, ya está bien; ya estamos de nuevo contentas juntas.

Cuando por fin vio a la niña tranquila, dijo:

—Ahora tienes que contarme algo, niña. ¿Cómo van las clases con el señor candidato? ¿Aprendes bien y sabes algo?

— ¡Oh, no! — respondió Heidi suspirando — ; pero yo ya sabía que no se puede aprender.

— ¿Qué es lo que no se puede aprender, Heidi? ¿Qué quieres decir?

— Leer no se puede aprender; es demasiado difícil.

— ¡Habrás visto! ¿Y de dónde sabes esa novedad?

— Me lo ha dicho Pedro, y él ya lo sabe; siempre lo intenta de nuevo, pero nunca puede aprenderlo; es demasiado difícil.

— Vaya un Pedro ese. Pero mira, Heidi, no hay que aceptar sin más todo lo que te dice un Pedro; uno tiene que intentarlo por sí mismo. Seguro que no has prestado bien atención al señor candidato ni has mirado sus letras.

— No sirve de nada — aseguró Heidi con el tono de la plena resignación ante lo inevitable.

— Heidi — dijo entonces la abuelita — , ahora voy a decirte una cosa: nunca has aprendido a leer porque le has creído a tu Pedro; pero ahora debes creerme a mí, y yo te digo con toda firmeza y seguridad que en poco tiempo aprenderás a leer, como tantísimos niños que son como tú y no como Pedro. Y ahora tienes que saber lo que vendrá después, cuando sepas leer: has visto al pastor en el hermoso prado verde; en cuanto sepas leer, ese libro será tuyo y podrás conocer toda su historia, como si alguien te la estuviese contando, todo lo que hace con sus ovejas y sus cabras y las cosas sorprendentes que le ocurren. Eso te gustaría saber, Heidi, ¿verdad?

Heidi había escuchado con suma atención, y ahora, con los ojos brillantes y respirando hondo, dijo:

— ¡Oh, si ya supiese leer!

— Ya llegará, y no tardará mucho, ya lo veo, Heidi; y ahora tenemos que ir a ver a Clara; llevamos los libros bonitos con nosotras. — Con eso la abuelita tomó a Heidi de la mano y fue con ella al salón de estudio.

Desde el día en que Heidi había querido marcharse a casa y la señorita Rottenmeier la había regañado en la escalera diciéndole lo mala e ingrata que resultaba al querer escaparse, y lo bueno que era que el señor Sesemann no supiese nada, había experimentado la niña un cambio. Había comprendido que no podía marcharse a casa cuando quisiera, como le había dicho su

tía, sino que tenía que quedarse en Fráncfort, mucho tiempo, quizás para siempre. También había entendido que el señor Sesemann lo encontraría muy ingrato de su parte que quisiese marcharse, y suponía que la abuelita y Clara pensarían lo mismo. Así pues, no podía decirle a nadie que quería volver a casa, porque Heidi no quería provocar que la abuelita, que era tan amable con ella, se enfadase también, como se había enfadado la señorita Rottenmeier. Pero en su corazón el peso que allí habitaba se hacía cada vez más pesado; ya no podía comer, y cada día se ponía un poco más pálida. Por las noches a menudo tardaba mucho, mucho en dormirse, porque en cuanto estaba sola y todo callado a su alrededor, se le presentaban ante los ojos con toda viveza los pastos de montaña y el sol brillando sobre ellos y las flores; y cuando al fin se dormía, soñaba con las rojas crestas rocosas del Falknis y el nevero ardiente de la Schesaplana, y cuando Heidi despertaba por la mañana y quería saltar de alegría fuera de la cabaña, se encontraba de repente en su gran cama de Fráncfort, tan lejos, muy lejos, sin poder volver a casa. Entonces Heidi a menudo hundía la cabeza en la almohada y lloraba largo rato, muy en silencio, para que nadie la oyera.

El triste estado de Heidi no pasó desapercibido a la abuelita. Dejó que transcurriesen algunos días y observó si la cosa cambiaba y si la niña perdía su abatimiento. Pero como seguía igual, y la abuelita podía a veces ver ya de madrugada que Heidi había llorado, un día tomó de nuevo a la niña a su habitación, la puso frente a ella y le dijo con gran amabilidad:

— Ahora dime qué te pasa, Heidi; ¿tienes alguna pena?

Pero precisamente a esta amable abuelita no quería Heidi mostrarse tan ingrata que quizás luego ya no fuese tan amable; así que dijo Heidi tristemente:

— No se puede decir.

— ¿No? ¿Acaso se lo puede decir a Clara? — preguntó la abuelita.

— ¡Oh, no, a nadie! — aseguró Heidi, y tenía un aspecto tan desgraciado que la abuelita sintió compasión.

— Ven, niña — le dijo —, quiero decirte una cosa: cuando se tiene una pena que no se le puede decir a nadie, se la cuenta al buen Dios del cielo y se le pide que ayude, porque Él puede remediar toda la aflicción que nos pesa. ¿Lo entiendes, verdad? Pues rezas todos los días al buen Dios del

cielo y le das gracias por todo lo bueno y le pides que te proteja de todo lo malo, ¿verdad?

— ¡Oh, no, eso no lo hago nunca! —respondió la niña.

— ¿Es que nunca has rezado, Heidi? ¿No sabes lo que es eso?

— Solo con la primera abuela recé, pero hace mucho tiempo, y ahora lo he olvidado.

— Ya ves, Heidi, por eso tienes que estar tan triste: porque ahora no conoces a nadie que pueda ayudarte. Piensa qué bien hace cuando a uno le aprieta y le atormenta algo en el corazón y puede acudir en cualquier momento al buen Dios y contárselo todo y pedirle que ayude, allí donde ninguna otra persona puede ayudarnos. Y Él puede ayudar en todas partes y darnos lo que nos vuelve a alegrar.

Por los ojos de Heidi cruzó un destello de alegría:

— ¿Se le puede decir todo, todo?

— Todo, Heidi, todo.

La niña retiró la mano de las manos de la abuelita y dijo aprisa:

— ¿Puedo irme?

— ¡Claro que sí, claro! —respondió esta, y Heidi echó a correr, salió hacia su cuarto, y allí se sentó en su escabel, juntó las manos y le dijo al buen Dios todo lo que había en su corazón y que tanta tristeza le daba, y le pidió con fervor y de todo corazón que la ayudase y le dejase volver a casa con el abuelo.

Había transcurrido algo más de una semana desde ese día cuando el señor candidato solicitó presentar sus respetos a la señora Sesemann, pues pensaba tratar con ella un asunto de carácter notable. Fue llamado a sus aposentos y allí, al entrar, la señora Sesemann le tendió enseguida la mano con amabilidad:

— Mi estimado señor candidato, sea usted bienvenido; siéntese aquí junto a mí, aquí. —Le colocó la silla—. Así, y ahora dígame qué le trae; nada malo, espero, ninguna queja.

— Todo lo contrario, señora — comenzó el señor candidato —; ha ocurrido algo que yo ya no podía esperar, ni nadie que hubiese podido contemplar todo lo anterior, pues según todas las previsiones había que suponer que debía ser una imposibilidad completa, lo que sin embargo ha ocurrido en realidad ahora y ha tenido lugar de la manera más admirable, como en contraposición a todo lo lógicamente esperado —

— ¿Habría aprendido a leer la niña Heidi, señor candidato? — intervino aquí la señora Sesemann.

El señor candidato la miró con asombro sin palabras.

— Es realmente del todo admirable — dijo al fin —, no solo que la joven, después de todas mis profundas explicaciones y de mis inusuales esfuerzos, no hubiese aprendido el abecé, sino también, y especialmente, que ahora en el menor tiempo posible, después de que yo hubiese decidido apartar de mi vista lo inalcanzable y sin ulteriores explicaciones de mayor alcance presentar únicamente las letras escuetas, por así decirlo, ante los ojos de la joven, ha captado la lectura, como quien dice de la noche a la mañana, y lee las palabras con una corrección que pocas veces me ha ocurrido ver en principiantes. Casi igualmente admirable me resulta el hecho de que la señora haya sospechado precisamente esta conclusión tan lejana como posible.

— Ocurren muchas cosas admirables en la vida humana — confirmó la señora Sesemann con una sonrisa complacida —; puede ocurrir también que dos cosas coincidan felizmente, como un nuevo afán de aprender y un nuevo método de enseñanza, y ninguna de las dos puede hacer daño, señor candidato. Ahora alegrémonos de que la niña haya llegado tan lejos y espere-mos que siga adelante.

Con eso acompañó al señor candidato hasta la puerta y fue rápidamente al salón de estudio para cerciorarse ella misma de la grata noticia. En efecto, allí estaba Heidi sentada junto a Clara, leyéndole una historia, penetrando a todas luces con el mayor asombro y con un entusiasmo creciente en el nuevo mundo que se le había abierto, pues ahora de las letras negras le salían al encuentro personas y cosas que cobraban vida y se convertían en historias que llegaban al corazón. Esa misma tarde, cuando se sentaron a la mesa, Heidi encontró en su plato el gran libro con las hermosas láminas, y al mirar interrogativamente a la abuelita, esta dijo asintiendo con amabilidad:

—Sí, sí, ahora es tuyo.

—¿Para siempre? ¿También cuando me vaya a casa? —preguntó Heidi, encendida de alegría.

—¡Claro que sí, para siempre! —aseguró la abuelita—; mañana empezamos a leer.

—Pero tú no te vas a casa, todavía no, durante muchísimos años, Heidi —intervino Clara—; cuando la abuelita se marche de nuevo, tendrás que quedarte conmigo más que nunca.

Antes de irse a dormir, Heidi tenía que mirar su hermoso libro en su cuarto, y desde ese día su mayor placer era sentarse con él y leer una y otra vez las historias a las que correspondían las bellas y coloridas láminas. Cuando por la tarde la abuelita decía: «Ahora nos leerá Heidi», la niña se llenaba de felicidad, pues ahora leía con toda facilidad, y cuando leía las historias en voz alta le parecían todavía mucho más hermosas y comprensibles, y la abuelita le explicaba entonces tantas cosas más y siempre añadía más detalles. Lo que más le gustaba mirar a Heidi, una y otra vez, era su prado verde y el pastor en medio del rebaño, cómo estaba tan contento, apoyado en su largo cayado, porque allí seguía aún con el hermoso rebaño del padre y apacentaba a los alegres corderillos y cabrillas porque le daba gusto. Pero luego venía la lámina donde él, habiendo huido de la casa del padre, estaba ya en tierra extraña y tenía que guardar los cerdos, y había quedado muy flaco comiendo las bellotas que era lo único que le daban. Y en esa lámina tampoco parecía el sol tan dorado; el paisaje era gris y neblinoso. Pero luego venía otra lámina de la historia: el padre anciano salía de la casa con los brazos abiertos y corría al encuentro del hijo arrepentido que regresaba, para recibirle, el cual se acercaba con todo el miedo y la delgadez, vestido con un jubón hecho jirones. Esa era la historia preferida de Heidi, que leía una y otra vez, en voz alta y en silencio, y nunca se hartaba de las explicaciones que la abuelita hacía a las niñas sobre ella. Pero había tantas otras historias hermosas en el libro, y leyéndolas y mirando las láminas los días pasaban muy deprisa, y ya se acercaba la fecha que la abuelita había fijado para su marcha.

CAPÍTULO 11. HEIDI GANA POR UN LADO Y PIERDE POR EL OTRO

Durante toda su estancia, la abuelita había pasado todas las tardes, cuando Clara se tendía y la señorita Rottenmeier desaparecía de modo misterioso —necesitada probablemente de reposo—, un momento sentada junto a Clara; pero al cabo de cinco minutos ya estaba de nuevo en pie y llamaba siempre a Heidi a su habitación, hablaba con ella y la entretenía y ocupaba de las más diversas maneras. La abuelita tenía unas muñequitas muy bonitas y le enseñó a Heidi cómo se les hacen vestiditos y delantalillos, y sin apenas darse cuenta Heidi aprendió a coser y les confeccionaba a las pequeñas damas las faldas y mantitas más bonitas, pues la abuelita tenía siempre retales de los colores más espléndidos. Ahora que Heidi sabía leer, podía también leerle sus historias a la abuelita una y otra vez; eso le daba la mayor alegría, porque cuanto más leía sus historias, más las quería, pues Heidi vivía por entero todo lo que les ocurría a aquellas personas, y así tenía con todas ellas una relación muy íntima y siempre disfrutaba de estar con ellas. Pero Heidi nunca tenía un aspecto realmente alegre, y sus ojos traviosos no volvían a verse.

Era la última semana que la abuelita quería pasar en Fráncfort. Acababa de llamar a Heidi para que fuese a su habitación; era la hora en que Clara dormía. Cuando Heidi entró con su gran libro bajo el brazo, la abuelita le hizo señas de que se acercase mucho, dejó el libro a un lado y dijo:

— Ven aquí, niña, y dime por qué no estás contenta. ¿Sigues teniendo la misma pena en el corazón?

— Sí — asintió Heidi.

—¿Se la has contado al buen Dios?

—Sí.

—¿Y rezas todos los días para que todo salga bien y te alegre el corazón?

—¡Oh, no, ahora ya no rezo nunca más!

—¿Qué me dices, Heidi? ¿Qué tengo que oír? ¿Por qué no rezas?

—No sirve de nada; el buen Dios no ha escuchado, y creo que ya lo entiendo —prosiguió Heidi con cierta agitación—: cuando por las noches en Fráncfort hay tanta, tanta gente rezando todos a la vez, el buen Dios no puede prestar atención a todos, y a mí seguro que no me ha oído.

—¿Y cómo sabes eso tan seguro, Heidi?

—He rezado lo mismo todos los días, durante semanas enteras, y el buen Dios nunca lo ha hecho.

—Pues así no es como funciona, Heidi. Eso no debes pensarlo. Mira, el buen Dios es para todos nosotros un padre bondadoso que siempre sabe lo que es bueno para nosotros, aunque nosotros no lo sepamos. Pero cuando queremos que nos dé algo que no es bueno para nosotros, no nos lo da, sino algo mucho mejor, si seguimos rezándole de todo corazón, sin salir corriendo ni perder toda la confianza en Él. Mira, lo que tú querías pedirle en ese momento no era bueno para ti; el buen Dios te ha escuchado, Él puede oír y contemplar a todas las personas a la vez, mira, para eso es el buen Dios y no un hombre como tú y yo. Y como Él sabía bien lo que es bueno para ti, se dijo a sí mismo: «Sí, Heidi recibirá algún día lo que pide, pero solo cuando le sea bueno y pueda alegrarse de verdad por ello. Porque si ahora hago lo que quiere, y después ella se da cuenta de que hubiera sido mejor que no le hubiera dado lo que pedía, entonces llorará y dirá: ¡Ojalá el buen Dios no me hubiera dado lo que le pedí; no es tan bueno como yo creía!» Y mientras el buen Dios te miraba desde arriba, a ver si confiabas en Él de verdad y si acudías a Él cada día rezando y siempre le miraban cuando te faltaba algo, tú echaste a correr sin ninguna confianza, ya nunca rezaste más y olvidaste del todo al buen Dios. Pero mira, cuando alguien hace eso y el buen Dios ya no oye nunca más su voz entre los que rezan, Él también lo olvida y lo deja ir donde quiera. Y si entonces le va mal y se lamenta: «¡Pero si no me ayuda nadie!», nadie siente compasión de él, sino que todos le dicen: «¡Pero si tú mismo te has alejado del buen Dios, que podía ayudarte!» ¿Quieres que sea

así, Heidi, o prefieres ir enseguida otra vez al buen Dios y pedirle perdón por haberte alejado así de Él, y rezarle todos los días y confiar en que Él lo hará todo bien para ti, de manera que puedas volver a tener el corazón alegre?

Heidi había escuchado con mucha atención; cada palabra de la abuelita caía en su corazón, porque la niña tenía en ella una confianza absoluta.

— Ahora mismo voy a ir a pedirle perdón al buen Dios, y nunca más lo olvidaré — dijo Heidi arrepentida.

— Así está bien, niña; Él también te ayudará a su debido tiempo, sé solo paciente — la animó la abuelita, y Heidi corrió en seguida a su cuarto y rezó con fervor y arrepentimiento al buen Dios, pidiéndole que no la olvidase y volviera a mirarla desde arriba.

Llegó el día de la partida; para Clara y Heidi fue un día triste, pero la abuelita supo arreglarlo de tal manera que no llegaron a ser conscientes de que era en realidad un día triste, sino que fue más bien como una fiesta, hasta que la buena abuelita se marchó en el coche. Entonces se instaló en la casa un vacío y un silencio como si todo hubiera terminado, y mientras duró el día Clara y Heidi estuvieron sentadas como perdidas, sin saber en absoluto cómo iban a seguir las cosas.

Al día siguiente, cuando terminaron las horas de clase y llegó el momento en que los niños solían estar juntos, entró Heidi con su libro bajo el brazo y dijo:

— Ahora te leeré siempre, siempre; ¿quieres, Clara?

A Clara le pareció bien por el momento, y Heidi se puso con entusiasmo a su tarea. Pero no tardó mucho en que todo se interrumpiera de nuevo, pues apenas había Heidi comenzado a leer una historia que trataba de una abuela moribunda, cuando lanzó un grito repentino: «¡Oh, ahora la abuela ha muerto!», y rompió en un llanto inconsolable, porque todo lo que leía era para Heidi plena realidad, y no podía creer otra cosa sino que la abuela de los Alpes había muerto, y lloraba cada vez más alto lamentando: «¡Ahora la abuela ha muerto, y ya no puedo ir nunca más a verla, y no ha recibido ni un solo panecillo!»

Clara intentó sin cesar explicarle a Heidi que no era la abuela de los Alpes, sino una completamente distinta, sobre quien trataba esa historia;

pero incluso cuando al fin había logrado aclarar a la excitada Heidi esa confusión, la niña no podía calmarse y seguía llorando desconsolada, porque el pensamiento le había despertado en el corazón de que la abuela bien podía morirle mientras ella estaba tan lejos, y el abuelo también, y cuando al cabo de un tiempo volviese a casa, todo estaría quieto y muerto en los Alpes y ella estaría completamente sola, sin poder ver nunca más a quienes quería.

Entretanto la señorita Rottenmeier había entrado en el cuarto y todavía había oído los esfuerzos de Clara por aclarar a Heidi su error. Pero cuando la niña seguía sin poder dejar de sollozar, se acercó a las niñas con evidentes muestras de impaciencia y dijo con tono resuelto:

— ¡Adelheid, ya basta de ese llanto sin motivo! Te digo una cosa: como dejes rienda suelta una sola vez más a tales arrebatos mientras lees tus historias, te quitaré el libro de las manos para siempre.

Eso surtió efecto. Heidi se puso completamente blanca de espanto; el libro era su tesoro más preciado. Se secó las lágrimas a toda prisa y tragó y sofocó sus sollozos con toda su fuerza, de manera que no se escapase ni el más leve sonido. El remedio había surtido efecto; Heidi ya no volvió a llorar, leyese lo que leyese; pero a veces tenía que hacer tales esfuerzos para dominarse y no gritar, que Clara decía a menudo con asombro: «Heidi, pones unas caras tan espantosas como nunca he visto.» Pero las muecas no hacían ruido y no llamaban la atención de la señorita Rottenmeier, y cuando Heidi había vencido su acceso de tristeza desesperada, todo volvía a su cauce durante un tiempo y había pasado en silencio. Pero el apetito lo fue perdiendo Heidi de tal manera, y tenía un aspecto tan flaco y pálido, que Sebastián apenas podía soportar verlo y ser testigo de cómo Heidi dejaba pasar por delante los platos más exquisitos y no quería comer nada. También le susurraba a menudo palabras de ánimo cuando le acercaba una fuente: — Sírvese de esto, señorita; está exquisito. ¡No así! Un buen cucharón lleno, uno más — y consejos paternales por el estilo; pero no servía de nada: Heidi casi no comía ya, y cuando por la noche posaba la cabeza en la almohada, tenía al instante ante los ojos todo lo que era de allá, y muy bajito lloraba de nostalgia en la almohada, tan silenciosamente que nadie podía oírla.

Así fue pasando mucho tiempo. Heidi nunca sabía si era verano o invierno, porque los muros y ventanas que divisaba desde todas las ventanas de la

casa Sesemann tenían siempre el mismo aspecto, y salir solo salía cuando a Clara le iba especialmente bien y podían hacer una excursión en coche con ella, que siempre era muy corta, pues Clara no podía aguantar mucho tiempo dentro del coche. Así que apenas se salía de los muros y las calles de piedra, sino que solían dar media vuelta antes y circular continuamente por grandes y hermosas calles donde había casas y personas en abundancia, pero ni hierba ni flores, ni abetos ni montañas, y el anhelo de Heidi por ver las cosas bellas que le eran familiares crecía cada día más, de tal modo que ahora le bastaba con leer el nombre de una de esas palabras que le despertaban el recuerdo para que el arrebató de dolor estuviese a punto de estallar, y Heidi tenía que luchar con toda su fuerza contra él. Así habían pasado el otoño y el invierno, y ya el sol deslumbraba de nuevo con tal fuerza sobre los blancos muros de la casa de enfrente que Heidi presentía que ya se acercaba la época en que Pedro volvería a llevar las cabras a los pastos de montaña, en que los dorados jaros brillarían allá arriba al sol y al caer la tarde todas las montañas en derredor arderían en llamas. Heidi se sentaba en su solitario cuarto en un rincón y se tapaba los ojos con ambas manos para no ver el sol en el muro de enfrente; y así permanecía inmóvil, ahogando en silencio su ardiente nostalgia, hasta que Clara volvía a llamarla.

CAPÍTULO 12. ¡UN FANTASMA EN LA CASA SESEMANN!

Desde hacía algunos días la señorita Rottenmeier deambulaba por la casa la mayor parte del tiempo en silencio y ensimismada. Cuando al caer la tarde pasaba de una habitación a otra o recorría el largo corredor, miraba a menudo a su alrededor, hacia los rincones, y también de pronto hacia atrás, como si pensase que alguien podía estar siguiéndola en silencio y tirarle de repente de la falda. Pero de ese modo sola solo iba por las habitaciones ocupadas. Si tenía que atender algo en el piso de arriba, donde estaban los aposentos de invitados con su solemnidad aparejada, o en las plantas bajas, donde estaba el gran salón misterioso en el que cada paso producía un eco de amplio alcance y los viejos concejales con sus grandes cuellos blancos miraban tan serios e ininterrumpidamente desde sus cuadros, ahora llamaba regularmente a Tinette y le decía que la acompañase, por si había algo que subir o bajar. Tinette, por su parte, hacía exactamente lo mismo: si tenía algún encargo que hacer arriba o abajo, llamaba a Sebastián y le decía que la acompañase, pues quizás habría algo que no podría acarrear sola. Y de manera asombrosa, Sebastián hacía exactamente lo mismo: si lo mandaban a las habitaciones más apartadas, hacía subir a Juan y le encomendaba que lo acompañase, por si no podía acarrear lo que fuera necesario. Y todos seguían siempre muy dispuestos el llamamiento, aunque en realidad nunca había nada que acarrear, de modo que cada uno hubiera podido ir perfectamente solo; pero era como si el llamado pensase siempre para sí que pronto podría necesitar al otro para el mismo servicio. Mientras esto ocurría arriba, abajo la cocinera de toda la vida estaba pensativa junto a sus cazuelas y sacudía la cabeza y suspiraba: «¡Que haya tenido que vivir para ver esto!»

Desde hacía algún tiempo ocurría en la casa Sesemann algo muy extraño e inquietante. Todas las mañanas, cuando la servidumbre bajaba, la puerta de la calle estaba de par en par; pero no había nadie en todo el contorno que pudiese tener algo que ver con ese fenómeno. En los primeros días en que había ocurrido, se registraron enseguida con susto todas las habitaciones y dependencias de la casa para ver qué se habían llevado, pues se creyó que un ladrón podría haberse escondido en la casa y escapado durante la noche con lo robado; pero no faltaba nada de nada, en toda la casa no echaban de menos ni una sola cosa. Por la noche no solo se echaba el doble cerrojo a la puerta, sino que además se corría el travesaño de madera; no servía de nada: a la mañana siguiente la puerta estaba de par en par, y por temprano que toda la servidumbre, con su agitación, bajase por la mañana, la puerta estaba abierta aunque en derredor todo siguiera en el más profundo sueño y las ventanas y puertas de todas las demás casas estuviesen aún bien cerradas. Al final Juan y Sebastián se armaron de valor y, ante los vivos ruegos de la señorita Rottenmeier, se dispusieron a pasar la noche en la habitación que daba al gran salón y esperar a ver qué ocurría. La señorita Rottenmeier buscó varias armas del señor Sesemann y entregó a Sebastián una gran botella de licor, para que primero viniese el fortalecimiento y luego la buena defensa allí donde fuese necesaria.

Los dos se sentaron en la noche acordada y empezaron en seguida a beberse el fortalecimiento, lo que los puso primero muy locuaces y luego bastante somnolientos, tras lo cual los dos se recostaron en los respaldos de sus sillones y enmudecieron. Cuando el reloj viejo de la torre dio las doce, Sebastián se rehízo y llamó a su compañero; pero este no era fácil de despertar: cada vez que Sebastián lo llamaba, él echaba la cabeza de un lado al otro del respaldo y seguía durmiendo. Sebastián escuchó atentamente ahora: ya había vuelto a espabilarse del todo. Todo estaba en silencio de ratón; de la calle tampoco llegaba ya ningún ruido. Sebastián no volvió a dormirse, pues ahora se sentía muy inquieto en el gran silencio, y llamaba a Juan solo en voz baja y lo zarandeaba de vez en cuando un poco. Al fin, cuando ya había dado la una allá arriba, Juan se había despertado y vuelto al pleno conocimiento de por qué estaba en la silla y no en su cama. Entonces se incorporó de repente con gran valentía y exclamó:

— Venga, Sebastián, tenemos que salir de una vez y ver cómo están las cosas; no tendrás miedo. Sígueme.

Juan abrió del todo la puerta, apenas entornada, y salió. En ese mismo instante sopló de la puerta de la calle, abierta de par en par, una fuerte corriente de aire que apagó el candil que Juan llevaba en la mano. Este retrocedió de un salto, tiró casi hacia atrás al Sebastián que estaba detrás de él y lo arrastró consigo, cerró la puerta de golpe y dio vuelta a la llave con febril rapidez todo lo que daba. Luego sacó sus cerillas y encendió de nuevo su luz. Sebastián no sabía bien qué había pasado, pues, estando detrás del corpulento Juan, no había sentido la corriente de aire con tanta claridad. Pero cuando lo miró a la luz, lanzó un grito de espanto, pues Juan estaba blanco como el papel y temblaba como un azogado.

—¿Qué es? ¿Qué había ahí fuera? —preguntó Sebastián con interés.

—De par en par la puerta —jadeó Juan—, y en la escalera una figura blanca, míralo, Sebastián, solo así escalera arriba... ¡fush!, y desaparecida.

A Sebastián le recorrió un escalofrío por toda la espalda. Ahora los dos se sentaron muy juntos y ya no se movieron hasta que llegó el nuevo día y la calle empezó a animarse. Entonces salieron juntos, cerraron la puerta de la calle, que estaba de par en par, y subieron a dar parte a la señorita Rottenmeier de lo vivido. La dama ya estaba dispuesta para hablar, pues la expectación de las cosas que iba a escuchar no la había dejado dormir. En cuanto supo lo ocurrido, se sentó y escribió una carta al señor Sesemann como no había recibido ninguna: que se pusiera en camino sin más dilación y regresase a casa, pues allí estaban ocurriendo cosas inauditas. Le comunicó a continuación lo sucedido, así como la noticia de que la puerta seguía abierta cada mañana; que por lo tanto nadie en la casa estaba seguro con la puerta principal abierta de ese modo todas las noches, y que en absoluto podía preverse qué oscuras consecuencias podría aún acarrear ese siniestro suceso. El señor Sesemann contestó a vuelta de correo que le era imposible dejarlo todo de repente y volver a casa. La historia de fantasmas le resultaba muy extraña; esperaba también que fuese pasajera; pero si no hubiera remedio, podía escribirle la señorita Rottenmeier a la señora Sesemann y preguntarle si no querría ir a Fráncfort a ayudar; su madre seguramente acabaría con los fantasmas en el menor tiempo posible, y estos después seguro que no se atreverían en mucho tiempo a molestar de nuevo su casa. La señorita Rottenmeier no estaba contenta con el tono de esa carta; el asunto le parecía tomado con demasiada ligereza. Le escribió sin tardanza a la señora Sesemann, pero de ese lado las cosas tampoco sonaron de modo más satis-

factorio, y la respuesta contenía algunas observaciones bastante mordaces. La señora Sesemann escribía que no pensaba desplazarse expresamente desde Holstein hasta Fráncfort porque la Rottenmeier veía fantasmas. Por lo demás, jamás se había visto un fantasma en la casa Sesemann, y si ahora uno andaba por ella, solo podía ser uno de carne y hueso, con el que la Rottenmeier debería entenderse; de lo contrario, que llamase en su ayuda a los serenos nocturnos.

Pero la señorita Rottenmeier estaba decidida a no pasar sus días en el espanto, y sabía cómo remediarlo. Hasta entonces no les había dicho nada a las dos niñas de la aparición del fantasma, pues temía que las niñas, de miedo, no quisiesen quedarse solas ni un momento de día ni de noche, y eso podía acarrearle consecuencias muy incómodas. Ahora fue directamente al salón de estudio, donde las dos estaban juntas, y les contó en voz baja las apariciones nocturnas de un desconocido. Al instante gritó Clara que no pensaba quedarse sola ni un momento, que el papá tenía que volver a casa y que la señorita Rottenmeier tenía que instalarse a dormir en su cuarto, y que Heidi tampoco podía estar sola, porque de lo contrario el fantasma podía presentarse ante ella y hacerle algo; quería que durmieran todas en *una* sola habitación y que dejasen la luz encendida toda la noche, y Tinette tendría que dormir en la pieza de al lado y Sebastián y Juan también tendrían que bajar y dormir en el corredor, para poder gritar en seguida y asustar al fantasma si intentaba subir por la escalera. Clara estaba muy agitada y la señorita Rottenmeier tuvo las mayores dificultades para calmarla un poco. Le prometió que escribiría enseguida al papá y que también haría poner su cama en el cuarto de Clara y que nunca la dejaría sola. Todas no podían dormir en el mismo cuarto, pero si Adelheid también tenía miedo, Tinette tendría que instalar su cama junto a ella. Heidi, sin embargo, le tenía más miedo a Tinette que a los fantasmas, de los que la niña nunca había oído hablar, y declaró enseguida que el fantasma no le daba miedo y que quería quedarse sola en su cuarto. Entonces la señorita Rottenmeier se apresuró a su escritorio y le escribió al señor Sesemann que los inquietantes sucesos de la casa, que se repetían todas las noches, habían sacudido de tal manera la delicada constitución de su hija que eran de temer las peores consecuencias; había ejemplos de ataques repentinos de epilepsia o de baile de San Vito en tales circunstancias, y su hija estaba expuesta a todo ello si no se ponía fin a ese estado de terror en la casa.

Eso surtió efecto. Dos días después el señor Sesemann estaba ante su puerta y llamaba con tal insistencia a su campanilla que todo el mundo acudió corriendo y todos se miraron unos a otros, pues no podían creer otra cosa sino que el fantasma, con desfachatez, dejaba ver ya sus perversas haz-añas antes de que anocheciese. Sebastián echó un vistazo muy cauteloso por un postigo entreabierto desde arriba; en ese momento sonó de nuevo con tal energía que cualquiera habría adivinado involuntariamente una mano humana detrás de ese tirón tan vigoroso. Sebastián reconoció la mano, salió disparado por el cuarto, bajó la escalera de cabeza, pero llegó abajo de pie y abrió de par en par la puerta de la calle. El señor Sesemann saludó brevemente y subió sin más hasta el cuarto de su hija. Clara recibió al papá con un grito de alegría, y cuando la vio tan animada y completamente igual que siempre, se le fue alisando la frente, que antes había traído muy fruncida, cada vez más, al oír de sus propios labios que se encontraba tan bien como siempre y que estaba tan contenta de que él hubiese venido, que ahora le parecía muy bien que un fantasma anduviese por la casa, porque él era el culpable de que el papá tuviese que volver a casa.

—¿Y cómo se comporta en lo sucesivo el fantasma, señorita Rottenmeier? —preguntó entonces el señor Sesemann con una expresión divertida en las comisuras de los labios.

—No, señor Sesemann —respondió la dama con seriedad—, no es ninguna broma. No tengo la menor duda de que mañana el señor Sesemann ya no se reirá; porque lo que ocurre en esa casa apunta a algo terrible que aquí en tiempos pasados debe de haberse cometido y ocultado.

—Ya, de eso no sé nada —observó el señor Sesemann—, pero debo pedir que no se ponga en entredicho a mis antepasados, que eran personas del todo honorables. Y ahora haga usted llamar a Sebastián al comedor; quiero hablar a solas con él.

El señor Sesemann pasó al comedor y Sebastián se presentó. Al señor Sesemann no le había pasado por alto que Sebastián y la señorita Rottenmeier no se miraban precisamente con simpatía; así que tenía sus sospechas.

—Ven acá, muchacho —le indicó al que entraba—, y dime con toda honradez: ¿no has estado tú mismo haciendo un poco de fantasma, para darle algo de entretenimiento a la señorita Rottenmeier, eh?

—No, palabra de honor, el señor no debe creer eso; a mí mismo no me es del todo agradable el asunto —respondió Sebastián con innegable honradez.

—Bien, si es así, mañana le enseñaré a él y al valiente Juan qué aspecto tienen los fantasmas a la luz. Debería usted avergonzarse, Sebastián; un joven fuerte como usted, ¡saliendo corriendo de los fantasmas! Ahora vaya usted sin demora a casa de mi viejo amigo, el doctor Classen: mis saludos, y que aparezca sin falta esta tarde a las nueve en punto en mi casa; le digo que he venido expresamente desde París para consultarle; que tiene que pasar la noche en vela conmigo, tan grave está la cosa; que se prepare. ¿Entendido, Sebastián?

—Sí, sí. El señor puede estar seguro de que lo hago bien. —Con eso se retiró Sebastián, y el señor Sesemann volvió junto a su hija para quitarle todo el miedo a una aparición que esa misma noche pensaba poner en la debida luz.

En punto a las nueve, cuando las niñas se habían retirado a descansar y la señorita Rottenmeier también se había recogido, se presentó el doctor, que bajo sus cabellos grises mostraba aún una cara bastante lozana y unos ojos vivos y de mirada afable. Tenía un aspecto algo preocupado, pero en cuanto terminó el saludo estalló en una carcajada y dijo, dándole una palmada en el hombro a su amigo:

—Bueno, bueno; para ser alguien por quien hay que velar, todavía tienes un aspecto bastante aceptable, viejo.

—Ten paciencia, viejo —le respondió el señor Sesemann—; el que tienes que vigilar tendrá un aspecto peor cuando lo hayamos atrapado.

—¿Que también hay un enfermo en casa, y encima uno al que hay que atrapar?

—Mucho peor, doctor, mucho peor. ¡Un fantasma en la casa; aquí hay un duende!

El doctor se rió a carcajadas.

—¡Bonita compasión es esa, doctor! —continuó el señor Sesemann—; lástima que mi amiga la Rottenmeier no pueda disfrutarla. Está firmemente convencida de que algún viejo Sesemann anda por aquí alborotando y expiando alguna fechoría.

—¿Y cómo ha llegado a conocerlo? —preguntó el doctor todavía muy divertido.

El señor Sesemann le contó entonces a su amigo todo el asunto, cómo la puerta de la calle seguía abriéndose de noche, según declaraban todos los habitantes de la casa, y añadió que, para estar preparado para todos los casos, había hecho poner en el cuarto de guardia dos revólveres bien cargados; pues o bien el asunto era una broma muy inoportuna, que quizás hacía algún conocido de la servidumbre para asustar a la gente de la casa en ausencia del señor; en ese caso un pequeño susto, como un buen disparo al aire, no podría hacerle daño; o bien se trataba de ladrones que de ese modo querían primero despertar la idea de fantasmas para estar luego más seguros de que nadie se atreviese a salir; en ese caso también podría venir bien un arma.

Mientras duraron estas explicaciones, los señores habían bajado la escalera y entraban en la misma habitación donde Juan y Sebastián también habían hecho guardia. Sobre la mesa había varias botellas de buen vino, pues un pequeño reconfortante de vez en cuando no podía resultar inoportuno si había que pasar la noche allí. Junto a ellas estaban los dos revólveres, y dos candelabros que difundían una luz clara estaban en el centro de la mesa, pues el señor Sesemann no quería aguardar al fantasma a media oscuridad.

Entonces se dejó la puerta solo entornada, pues no debía salir demasiada luz al corredor, porque podía ahuyentar al fantasma. Ahora los señores se acomodaron tranquilamente en sus sillones y empezaron a contarse toda clase de cosas, bebiendo también de cuando en cuando un buen trago, y así dieron las doce sin darse cuenta.

—El fantasma nos ha olido y hoy quizás no venga —dijo el doctor.

—Paciencia; se supone que viene a la una —respondió el amigo.

Se reanudó la conversación. Dio la una. Todo en torno estaba en completo silencio; también en las calles se había extinguido todo ruido. De pronto el doctor levantó el dedo.

—¡Chist, Sesemann, ¿no oyes nada?

Escucharon los dos. Suave pero claramente oyeron cómo se corría el travesaño, luego la llave giraba dos veces en la cerradura, y ahora la puerta

se abría. El señor Sesemann alargó la mano hacia su revólver.

—¿No tendrás miedo? —dijo el doctor y se puso de pie.

—Mejor con precaución —susurró el señor Sesemann, cogió con la mano izquierda el candelabro de tres velas y con la derecha el revólver, y siguió al doctor, que iba delante igualmente armado de candelabro y pistola. Salieron al pasillo.

Por la puerta de par en par entraba un pálido rayo de luna que iluminaba una figura blanca, inmóvil en el umbral.

—¿Quién va? —tronó entonces el doctor, de modo que el eco retumbó por todo el pasillo, y ambos caballeros se acercaron a la figura con luces y armas. Ésta se dio la vuelta y lanzó un grito sofocado. Con los pies descalzos y en el camisón blanco estaba Heidi, mirando con ojos extraviados las llamas brillantes y las armas, temblando y estremeciendo de pies a cabeza como una hojita en el viento. Los caballeros se miraron el uno al otro con gran asombro.

—Creo, sinceramente, Sesemann, que es tu pequeña aguadora —dijo el doctor.

—Niña, ¿qué significa esto? —preguntó el señor Sesemann—. ¿Qué ibas a hacer? ¿Por qué has bajado?

Heidi, blanca como la nieve del susto, estaba ante él y dijo casi sin voz:

—No lo sé.

Entonces se adelantó el doctor:

—Sesemann, este caso es de mi incumbencia; ve a sentarte en tu butaca mientras tanto, yo llevaré antes a la niña donde debe estar.

Dicho esto, dejó el revólver en el suelo, tomó a la niña temblorosa de la mano con toda la ternura de un padre y se encaminó con ella hacia la escalera.

—Sin miedo, sin miedo —dijo amablemente mientras subían—, quedaos muy tranquila, no hay nada malo en esto, tranquilidad.

Ya en el cuarto de Heidi, el doctor dejó el candelabro sobre la mesa, tomó a Heidi en brazos, la acostó en su cama y la arropó con cuidado. Luego se

sentó en la silla junto a la cama y esperó a que Heidi se sosegara un poco y dejara de temblar en todos sus miembros. Entonces tomó a la niña de la mano y dijo con voz apaciguadora:

— Así está bien, ahora cuéntame: ¿adónde querías ir?

— No quería ir a ningún sitio, de verdad — aseguró Heidi —; no he bajado por mi propio pie, de repente estaba allí.

— Ya, ya. ¿Y tienes sueños por la noche, ya sabes, de esos en que ves y oyes algo con toda claridad?

— Sí, todas las noches sueño lo mismo. Me parece que estoy con el abuelo, y fuera oigo el susurro de los abetos y pienso: ahora brillan tan hermosas las estrellas en el cielo, y echo a correr y abro la puerta de la cabaña y es tan bonito. Pero cuando me despierto, sigo en Fráncfort. — Y ya empezaba Heidi a luchar y a tragar el nudo que le subía por la garganta.

— Hm. ¿Y te duele algo, en algún sitio? ¿En la cabeza o en la espalda?

— Oh, no; solo aquí me aprieta siempre, como una piedra grande.

— Hm. ¿Algo así como cuando uno ha comido y querría devolver lo comido?

— No, así no; sino tan pesado, como si uno tuviera que ponerse a llorar.

— Ya, ya. ¿Y lloras entonces a gusto?

— Oh, no; eso no está permitido, la señorita Rottenmeier lo ha prohibido.

— Entonces te lo tragas junto con lo demás, ¿verdad? Bien. Pero a ti te gusta estar en Fráncfort, ¿no es así?

— Oh, sí — fue la respuesta en voz baja; pero sonó más bien como si significara todo lo contrario.

— Hm. ¿Y con tu abuelo, dónde vivías?

— Siempre en la montaña.

— ¿Y allí no resulta muy entretenido, más bien un poco aburrido, no?

— Oh, no, allí es tan hermoso, tan hermoso. — Heidi no pudo continuar; el recuerdo, la agitación pasada, el llanto largamente contenido abrumaron

las fuerzas de la niña; las lágrimas brotaron violentamente de sus ojos y rompió a sollozar en voz alta y con fuerza.

El doctor se levantó; posó con suavidad la cabeza de Heidi sobre la almohada y dijo:

— Así, llora un poquito más, que eso no hace daño, y luego a dormir, a dormirse muy alegre; mañana todo irá bien.

Después abandonó el cuarto.

De vuelta abajo, en la sala de guardia, se dejó caer en la butaca frente a su amigo que le esperaba y explicó al que le escuchaba con tensa expectación:

— Sesemann, tu pequeña protegida, primero, tiene sonambulismo; completamente inconsciente, te ha estado abriendo la puerta principal por las noches como un fantasma y ha metido el miedo en los huesos a toda la servidumbre. Segundo, la niña se consume de nostalgia, tanto que ya está prácticamente en los huesos y aún podría llegar a estarlo del todo; así que hay que actuar con rapidez. Para el primer mal y la muy considerable excitación nerviosa no hay más que un remedio: que la envíes cuanto antes de vuelta al aire puro de su montaña natal; para el segundo hay igualmente una sola medicina, exactamente la misma. Por tanto, la niña parte mañana; ese es mi diagnóstico.

El señor Sesemann se había levantado. Paseaba el cuarto muy agitado de un lado a otro; y de pronto estalló:

— ¡Sonámbula! ¡Enferma! ¡Nostálgica! ¡Consumida en mi casa! ¡Todo eso en mi casa! ¡Y nadie se da cuenta ni sabe nada! ¡Y tú, doctor, pretendes que devuelva al abuelo a la niña que llegó sana y fresca a mi casa, consumida y hecha un esqueleto! No, doctor, no puedes exigirme eso; no lo haré, nunca lo haré. Toma ahora a la niña en tus manos, aplica tratamientos, haz lo que quieras, pero cúramela; cuando esté sana y fuerte la mandaré a casa si ella quiere; pero ¡primero cúrala tú!

— Sesemann —repuso el doctor con gravedad—, considera lo que haces. Esta dolencia no se cura con polvos ni pastillas. La niña no tiene una naturaleza robusta; sin embargo, si la mandas ahora mismo de vuelta al aire vigorizante de la montaña al que está acostumbrada, puede recuperarse por

completo; si no... ¿Quieres que la niña vuelva al abuelo sin cura posible, o que no vuelva en absoluto?

El señor Sesemann se había detenido consternado:

—Sí, si así hablas, doctor, entonces no hay más que un camino; hay que actuar de inmediato.

Con esas palabras tomó del brazo a su amigo y paseó con él de un lado a otro para tratar el asunto con mayor detenimiento. Luego el doctor se marchó a su casa, pues entretanto había transcurrido mucho tiempo, y a través de la puerta principal, que esta vez abrió el dueño de la casa, ya penetraba el claro resplandor de la mañana.

CAPÍTULO 13. AL ATARDECER DE VERANO, MONTAÑA ARRIBA

El señor Sesemann subió la escalera muy excitado y se dirigió con paso firme hacia el dormitorio de la señorita Rottenmeier. Llamó a la puerta con tal inusitada energía que la inquilina se despertó sobresaltada con un grito de terror. Oyó la voz del señor de la casa en el pasillo:

—Le ruego que se dé prisa y se presente en el comedor; hay que preparar una partida de inmediato.

La señorita Rottenmeier miró el reloj: eran las cuatro y media de la madrugada; en toda su vida se había levantado a semejante hora. ¿Qué podía haber ocurrido? De pura curiosidad y ansiosa expectación todo le salía al revés y no avanzaba nada, pues lo que una vez se había puesto lo andaba buscando después por todo el cuarto.

Mientras tanto, el señor Sesemann recorría el pasillo tirando con todas sus fuerzas de cada cordón de llamada que había instalado para los distintos miembros del servicio, de modo que en cada cuarto correspondiente una figura aterrorizada saltaba de la cama y se metía las ropas al revés, pues todos y cada uno pensaron de inmediato que el fantasma había agarrado al señor de la casa de algún modo y que aquélla era su llamada de auxilio. Así fueron bajando uno tras otro, con un aspecto más horroroso que el anterior, y se plantaron asombrados ante el señor de la casa, pues éste paseaba fresco y animado por el comedor y no tenía en absoluto el aspecto de haberse asustado. Juan recibió la orden de preparar de inmediato caballos y carruaje y presentarlos. Tinette recibió el encargo de despertar a Heidi enseguida y ponerla en condiciones de emprender un viaje. Sebastián recibió el encargo de ir corriendo a la casa donde prestaba servicio la prima de Heidi y traerla.

La señorita Rottenmeier, entretanto, se había compuesto el vestido y todo estaba en su sitio, excepto la cofia, que llevaba puesta del revés, de modo que de lejos parecía que la cara le asomaba por la espalda. El señor Sesemann atribuyó tan desconcertante aspecto al despertar intempestivo y pasó sin más dilación a los asuntos del día. Explicó a la dama que debía traer sin demora una maleta y empacar todos los enseres de la niña suiza — así solía llamar el señor Sesemann a Heidi, cuyo nombre le resultaba algo inusual—, además de una buena parte de la ropa de Clara, para que la niña se llevara cosas buenas; pero todo debía hacerse con rapidez y sin pensar demasiado.

La señorita Rottenmeier se quedó clavada en el suelo de pura sorpresa y miraba fijamente al señor Sesemann. Había esperado que le fuera a contar en confianza alguna espantosa historia de fantasmas que había vivido esa noche y que, a la luz del día, no le habría disgustado oír; en cambio, estos encargos de lo más prosaicos y, además, muy incómodos. Tan de improviso no podía asimilar lo inesperado. Seguía allí sin habla, esperando algo más.

Pero el señor Sesemann no tenía explicaciones que dar; dejó a la dama donde estaba y fue al cuarto de su hija. Como había supuesto, ésta había despertado por el inusual movimiento de la casa y escuchaba atenta por todos lados. El padre se sentó entonces junto a su cama y le contó el curso entero de la aparición fantasmal y que, según el dictamen del doctor, Heidi estaba muy agotada y probablemente iría ampliando sus paseos nocturnos y quizá llegaría a subir al tejado, lo que entrañaría los mayores peligros. Por tanto, había resuelto mandar a la niña a casa de inmediato, pues no podía asumir semejante responsabilidad, y Clara debía aceptarlo, pues estaba claro que no había otro remedio.

Clara se llevó un doloroso disgusto con la noticia y quiso buscar todo tipo de salidas, pero no sirvió de nada; el padre se mantuvo firme en su decisión, aunque prometió ir al año siguiente con Clara a Suiza si ella era sensata y no montaba un drama. Así se resignó Clara a lo inevitable, pero pidió a cambio que la maleta de Heidi se trajera a su cuarto y se hiciera allí el equipaje, para poder meter ella lo que le apeteciera, lo que el papá concedió de muy buena gana; es más, animó a Clara a preparar a la niña un buen ajuar. Entretanto había llegado la tía Dete y esperaba en la antesala con gran expectación, pues que la hubieran convocado a tan inusitada hora tenía que significar algo extraordinario. El señor Sesemann salió a su encuentro y le

explicó cómo estaba la situación de Heidi y que deseaba que ella llevara a la niña a casa de inmediato, ese mismo día. La tía Dete puso cara muy decepcionada; esa noticia no la había esperado. Recordaba perfectamente las palabras que el Tío de los Alpes le había dicho al despedirse, que nunca más le volviera a poner los ojos encima, y llevar una vez a la niña al viejo, tomársela luego y volvérsela a llevar, no le parecía del todo aconsejable. Así que no lo pensó demasiado y dijo con gran elocuencia que ese día le era del todo imposible emprender el viaje; que al día siguiente tampoco podía pensar en ello, y que los días siguientes sería más imposible aún, por asuntos que surgirían después, y que más adelante ya no podría en absoluto. El señor Sesemann entendió el lenguaje y despidió a la tía sin más. Entonces hizo adelantarse a Sebastián y le explicó que debía prepararse para viajar sin tardanza; ese día tenía que llegar con la niña hasta Basilea, y al día siguiente la llevaría a casa. Podía regresar de inmediato, no tenía que dar explicaciones de nada, una carta al abuelo le lo explicaría todo.

—Pero hay una cosa principal, Sebastián —concluyó el señor Sesemann—, y que me lo haga con puntualidad. El hotel de Basilea que le he anotado en mi tarjeta lo conozco. Presente la tarjeta, y le asignarán un buen cuarto para la niña; de usted mismo ya se cuidará. Luego entre en el cuarto de la niña y asegure bien todas las ventanas para que solo una gran fuerza pueda abrirlas. Cuando la niña esté acostada, salga usted y cierre la puerta por fuera con llave, pues la niña camina de noche y podría correr peligro en la casa desconocida si saliera e intentara abrir la puerta principal. ¿Ha entendido?

—¡Ah, ah, ah! ¿Era eso? ¿Así fue? —exclamó entonces Sebastián con el mayor asombro, pues acababa de iluminársele todo lo relativo a la aparición fantasmal.

—¡Sí, así fue! ¡Así fue! Y usted es un cobarde, y a Juan le puede decir que él también lo es, y todos juntos una cuadrilla ridícula.

Con eso el señor Sesemann fue a su despacho, se sentó y escribió una carta al Tío de los Alpes.

Sebastián se había quedado plantado en medio del cuarto y se repetía para sus adentros varias veces: «¡Ojalá no me hubiera dejado arrastrar por ese cobardón de Juan hacia la sala de guardia y hubiera seguido a la figurita

blanca, lo que ahora sin duda haría!»), pues ahora el brillante sol iluminaba con plena claridad cada rincón del cuarto de color gris claro.

Entretanto, Heidi estaba de pie, completamente ajena a todo, en su vestido de domingo, esperando lo que iba a ocurrir, pues Tinette simplemente la había sacudido del sueño, sacado la ropa del armario y apresurado el vestirse sin decir una palabra. Nunca hablaba con la inculta Heidi, pues la consideraba de poca monta.

El señor Sesemann entró en el comedor con su carta, donde estaba servido el desayuno, y llamó:

—¿Dónde está la niña?

Llamaron a Heidi. Cuando se acercó al señor Sesemann para darle los buenos días, él la miró preguntándole con la vista:

—Bueno, ¿y qué me dices, pequeña?

Heidi le miró asombrada.

—A lo mejor no sabes nada todavía —rió el señor Sesemann—. Pues bien, hoy te vas a casa, ahora mismo.

—¿A casa? —repitió Heidi sin voz y se puso blanca como la nieve; y por un momento no pudo ni respirar, tan fuertemente la había agarrado del corazón ese golpe.

—¿No quieres saber nada de eso? —preguntó el señor Sesemann sonriendo.

—¡Oh, sí, sí quiero! —salió entonces, y ya Heidi se había puesto roja como la grana.

—Bien, bien —dijo el señor Sesemann animándola, mientras se sentaba e invitaba a Heidi a hacer lo mismo—. Y ahora a desayunar bien y luego al carruaje y en marcha.

Pero Heidi no podía tragar un bocado, por más que se esforzara por obediencia; estaba en un estado de agitación tal que no sabía si estaba dormida o despierta ni si quizá de repente volvería a despertar en el camión junto a la puerta principal.

—Que Sebastián lleve abundante provisión —le gritó el señor Sesemann a la señorita Rottenmeier, que entraba en ese momento—; la niña no puede comer, es comprensible. Ve con Clara hasta que llegue el carruaje —añadió con amabilidad, dirigiéndose a Heidi.

Eso era lo que Heidi deseaba: corrió hacia allá. En medio del cuarto de Clara había una enorme maleta con la tapa todavía abierta de par en par.

—Ven, Heidi, ven —la llamó Clara—. ¡Mira lo que te he mandado empacar! Ven, ¿te alegra?

Y le fue nombrando un montón de cosas, ropa y delantales, pañuelos y costura; «y mira aquí, Heidi», y Clara levantó triunfalmente una cesta. Heidi miró dentro y saltó de alegría, pues había dentro doce hermosos panecillos blancos y redondos, todos para la abuela. Las niñas olvidaron en su júbilo que se acercaba el momento de separarse, y cuando de pronto resonó el grito: «¡El carruaje está listo!», ya no había tiempo para ponerse triste. Heidi corrió a su cuarto; allí tenía que estar aún el hermoso libro de la abuelita, nadie podía haberlo empacado, pues lo guardaba bajo la almohada, sin poder separarse de él ni de día ni de noche. Lo puso en la cesta, encima de los panecillos. Luego abrió el armario; todavía buscaba algo bueno que quizá tampoco habían empacado. En efecto: el viejo pañuelo rojo seguía allí; la señorita Rottenmeier lo había considerado demasiado ordinario para incluirlo. Heidi lo envolvió alrededor de algo más y lo puso encima de todo en la cesta, de modo que el paquetito rojo quedaba muy a la vista. Luego se puso su bonito sombrerito y abandonó su cuarto.

Las dos niñas tuvieron que despedirse de prisa, pues el señor Sesemann ya estaba allí para acompañar a Heidi al carruaje. La señorita Rottenmeier estaba arriba en la escalera para despedirse de Heidi. Cuando vio el extraño fardito rojo, lo sacó rápidamente de la cesta y lo tiró al suelo.

—No, Adelheid —dijo con tono reprobador—, no puedes irte de esta casa así; esas cosas no hace falta que las acarrees. Adiós.

A raíz de esa prohibición, Heidi no podía recoger su fardito, pero miró al señor de la casa con ojos suplicantes, como si le fueran a arrebatarse su mayor tesoro.

—No, no —dijo el señor Sesemann en tono muy firme—, la niña se lleva lo que le da alegría, y aunque se llevara gatitos o tortugas, no nos alter-

aremos por ello, señorita Rottenmeier.

Heidi recogió el fardito del suelo a toda prisa, y la gratitud y la alegría le brillaban en los ojos. Abajo, junto al carruaje, el señor Sesemann le dio la mano a la niña y le dijo con amables palabras que seguirían pensando en ella, él y su hija Clara; le deseó todo lo bueno en el camino, y Heidi agradeció muy bien todas las bondades que había recibido, y al final dijo:

—Y al señor doctor le mando mil saludos y muchas gracias.

Pues bien recordaba cómo él había dicho la tarde anterior: «Mañana todo irá bien.» Así había sucedido, y Heidi pensó que él había contribuido a ello.

Entonces subieron a la niña al carruaje, y tras ella la cesta, la talega de provisiones y Sebastián. El señor Sesemann gritó de nuevo con amabilidad:

—¡Buen viaje!

Y el carruaje partió.

Poco después Heidi estaba en el tren, sujetando la cesta en su regazo sin moverse, pues no quería soltarla ni un momento; sus preciosos panecillos para la abuela estaban allí dentro, tenía que guardarlos con cuidado y de vez en cuando mirarlos y alegrarse. Heidi estuvo callada como un ratón durante varias horas, pues solo entonces fue tomando plena conciencia de que iba de camino a casa con el abuelo, a la montaña, a la abuela, a Pedro, y se le iban apareciendo ante los ojos todas las cosas que volvería a ver y cómo sería todo en casa, y de pronto surgían nuevos pensamientos, y de repente preguntó angustiada:

—Sebastián, ¿está usted seguro de que la abuela no se habrá muerto mientras tanto?

—No, no —la tranquilizó él—; no lo esperemos, seguro que sigue viva.

Entonces Heidi volvió a sus ensoñaciones; solo de vez en cuando miraba en su cesta, pues poner todos los panecillos de la abuela en la mesa era su pensamiento principal. Al cabo de un rato dijo de nuevo:

—Sebastián, si al menos pudiera uno saber con toda seguridad que la abuela sigue viva.

—¡Ya, ya! —respondió el acompañante medio dormido—. Seguro que sigue viva; no sabría yo por qué no.

Poco después el sueño cerró también los ojos de Heidi, y tras la agitada noche y el madrugón tenía tal necesidad de dormir que no volvió a despertar hasta que Sebastián la sacudía del brazo con fuerza gritándole:

— ¡Despertad, despertad! ¡Hay que bajar enseguida, hemos llegado a Basilea!

A la mañana siguiente continuaron el viaje, muchas horas más. Heidi volvía a ir sentada con la cesta en el regazo, que no quería ceder a Sebastián por nada del mundo; pero hoy ya no decía nada, pues con cada hora que pasaba la expectación se tensaba más. De pronto, cuando Heidi menos lo esperaba, sonó en voz alta el grito: «¡Maienfeld!» Saltó de su asiento, y lo mismo hizo Sebastián, que también se había sorprendido. Ya estaban fuera, con la maleta, y el tren silbó siguiendo su camino valle abajo. Sebastián lo miró partir con tristeza, pues habría preferido con mucho seguir viajando tan cómodamente y sin esfuerzo, antes que emprender ahora una excursión a pie que además debía culminar en una ascensión a la montaña que podía resultar muy penosa y encima peligrosa en este país, donde todo seguía siendo a medio civilizar, según suponía Sebastián. Miró por tanto con mucha cautela a su alrededor, buscando con quién orientarse sobre el camino más seguro hacia el pueblo. No lejos del pequeño edificio de la estación había un pequeño carro con un jamelgo delgado; un hombre de espaldas anchas cargaba en él unos costales grandes que habían llegado en el tren. Sebastián se acercó y le planteó su pregunta sobre el camino más seguro hacia la aldea.

— Aquí todos los caminos son seguros — fue la escueta respuesta.

Entonces Sebastián preguntó por el mejor camino para ir sin caer en los precipicios, y también cómo podría transportar una maleta a dicha aldea. El hombre miró la maleta y la midió un poco con los ojos; luego declaró que si el artefacto no era demasiado pesado, lo cargaría en su carro, pues él mismo iba a la aldea, y así salió una cosa de la otra, y al final los dos convinieron en que el hombre llevaría a la niña y la maleta en su carro, y luego desde la aldea podrían mandar a la niña al anochecer con alguien montaña arriba.

— Yo puedo ir sola, ya sé el camino desde la aldea hasta la montaña — dijo entonces Heidi, que había escuchado la negociación con atención.

A Sebastián se le quitó un gran peso de encima al verse librado tan de repente de la perspectiva de escalar la montaña. Llamó a Heidi aparte con aire misterioso y le entregó un rollo pesado y una carta para el abuelo, y le explicó que el rollo era un regalo del señor Sesemann, que había que guardarlo en el fondo de la cesta, por debajo incluso de los panecillos, y había que tenerlo muy bien vigilado para que no se perdiera, pues eso pondría al señor Sesemann en un enfado terrible del que no se le pasaría en la vida; que la señorita lo tuviera muy presente.

—No lo pierdo, tranquilo —dijo Heidi con seguridad, y metió el rollo junto con la carta en el fondo de la cesta. A continuación cargaron la maleta, y luego Sebastián izó a Heidi con su cesta hasta el alto asiento, le tendió la mano de despedida y le recomendó una vez más con toda clase de señas que vigilara el contenido de la cesta; pues el conductor aún estaba cerca, y Sebastián era precavido, sobre todo ahora que sabía que en rigor habría debido llevar él mismo a la niña hasta su destino. El conductor trepó entonces al asiento junto a Heidi, y el carro rodó montaña arriba, mientras Sebastián, aliviado de verse libre del temido ascenso, se sentó junto al apeadero a esperar el próximo tren de vuelta.

El hombre del carro era el panadero de la aldea, que llevaba sus sacos de harina a casa. Nunca había visto a Heidi, pero como todo el mundo en la aldea sabía de la niña que habían llevado al Tío de los Alpes; conocía también a los padres de Heidi y se había imaginado enseguida que estaría tratando con la tan comentada niña. Le extrañó un poco que la niña regresara ya, y durante el trayecto entabló conversación con ella:

—Tú eres la niña que estaba arriba con el Tío de los Alpes, con el abuelo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Entonces te ha ido mal, para volver tan de lejos?

—No, no es eso; nadie puede estar tan bien como en Fráncfort.

—¿Entonces por qué corres a casa?

—Solo porque el señor Sesemann me lo ha permitido; si no, no habría vuelto corriendo.

— ¡Bah! ¿Pero por qué no te has quedado allí, si te daban permiso para volver?

— Porque prefiero mil veces volver a casa con el abuelo a la montaña que cualquier otra cosa del mundo.

— Quizás pienses de otro modo cuando subas — gruñó el panadero; y luego se dijo para sus adentros: «Con todo, sabe lo que hay.»

Entonces se puso a silbar y no dijo nada más, y Heidi miraba a su alrededor y empezó a temblar por dentro de emoción, pues reconocía los árboles del camino, y enfrente se alzaban los altos picos del monte Falknis mirándola, como saludándola como a viejos amigos; y Heidi les devolvía el saludo, y con cada paso la expectación se iba tensando más, y le parecía que debía saltar del carro y correr con todas sus fuerzas hasta llegar arriba del todo. Pero se quedó quieta y no se movió, aunque todo le temblaba. Entraron en la aldea; acababa de dar las cinco el reloj. Al instante se congregó alrededor del carro un grupo de niños y mujeres, y algunos vecinos se acercaron también, pues la maleta y la niña en el carro del panadero habían atraído la atención de todos los vecinos, y cada uno quería saber de dónde y adónde y a quién pertenecían. Cuando el panadero ayudó a Heidi a bajar, ella dijo apresuradamente:

— El abuelo ya vendrá por la maleta.

Y quiso echar a correr. Pero por todos lados la retenían, y un montón de voces preguntaban a la vez, cada una algo distinto. Heidi se abrió paso entre la gente con tal angustia en el rostro que involuntariamente le fueron haciendo sitio y la dejaron correr, y uno le decía al otro:

— ¡Ves cómo tiene miedo! Y tiene todos los motivos.

Y entonces empezaron a contarse entre ellos que el Tío de los Alpes en el último año había empeorado mucho, que ya no hablaba con nadie y ponía una cara como si le apeteciera matar a cualquiera que se le cruzara, y que si la niña supiera adónde ir en el mundo entero, no subiría al viejo nido del dragón. Pero aquí el panadero tomó la palabra y dijo que él sabía más que todos ellos, y contó de modo muy misterioso cómo un señor había llevado a la niña hasta Maienfeld y la había despedido muy amablemente, pagándole inmediatamente y sin regatear el precio pedido y encima una propina, y que en definitiva podía afirmar con certeza que a la niña le había ido de maravil-

la donde estaba y que ella misma había pedido volver al abuelo. Esa noticia causó gran asombro y se extendió enseguida por toda la aldea, de modo que esa misma tarde no había casa donde no se hablara de que Heidi había pedido regresar con el abuelo desde toda comodidad.

Heidi subía desde la aldea a toda la velocidad que podía; de vez en cuando tenía que detenerse de golpe, pues se le había ido el aliento del todo; la cesta del brazo era bastante pesada, y además la subida se hacía más empinada a medida que se ascendía. Heidi no tenía más que un pensamiento: «¿Seguirá la abuela en su rincón junto a la rueca, no habrá muerto entre tanto?» En ese momento Heidi divisó la cabaña arriba, en el hueco de la montaña; el corazón empezó a latirle, corrió más y más, y el corazón le golpeaba cada vez más fuerte. Ya había llegado: del temblor casi no podía abrir la puerta... pero ya estaba: entró de un salto hasta el medio de la pequeña habitación y se quedó allí, sin aliento, sin poder emitir sonido alguno.

— ¡Ay, Dios mío! — sonó desde el rincón —. Así entraba nuestra Heidi de un salto; ¡ay, si pudiera tenerla una vez más conmigo en la vida! ¿Quién ha entrado?

— ¡Aquí estoy, abuela, aquí estoy! — gritó Heidi entonces, y se precipitó hacia el rincón y se arrodilló junto a la abuela, le cogió el brazo y las manos, se apoyó en ella y ya no pudo decir nada más de alegría. Al principio la abuela estaba tan sorprendida que tampoco podía articular palabra; luego pasó la mano acariciando los rizos ensortijados de Heidi, y dijo una vez tras otra:

— Sí, sí, son sus cabellos, y es su voz; ¡ay, Dios bueno, que me dejes vivir esto todavía!

Y de los ojos ciegos cayeron unas grandes lágrimas de alegría sobre la mano de Heidi.

— ¿Eres tú, Heidi? ¿Estás de verdad aquí otra vez?

— Sí, sí, de verdad, abuela — respondió Heidi con toda la firmeza —; no llores, que yo he vuelto de verdad y vendré todos los días a verte y nunca más me iré, y ya no tendrás que comer pan duro muchos días, ya verás, abuela, ¿a que sí?

Y Heidi sacó de la cesta un panecillo tras otro hasta haberlos apilado todos doce en el regazo de la abuela.

— ¡Ay, criatura! ¡Ay, criatura! ¡Qué bendición traes! — exclamó la abuela, pues no terminaban de llegar los panecillos y seguía habiendo uno más — . ¡Pero la mayor bendición sigues siendo tú misma, criatura!

Entonces volvió a hundir los dedos entre los rizos de Heidi, le acarició las mejillas encendidas y dijo de nuevo:

— Di algo más, criatura, di algo más, para que pueda oírte.

Heidi le fue contando a la abuela el gran temor que había pasado de que quizá hubiera muerto mientras tanto y no llegara a recibir nunca los panecillos blancos, y de que nunca, nunca más podría ir a verla.

En ese momento entró la madre de Pedro y se quedó un instante inmóvil de asombro. Luego exclamó:

— ¡Pues sí, es Heidi! ¡Cómo puede ser esto!

Heidi se puso de pie y le dio la mano, y Brígida no podía acabar de admirarse del aspecto de Heidi, y dio la vuelta alrededor de la niña y dijo:

— Abuela, si pudieras ver qué vestidito tan bonito lleva Heidi y cómo está; casi no la reconoce una. ¿Y el sombrerito con la pluma que hay en la mesa también es tuyo? ¡Póntelo para que pueda ver cómo te queda!

— No quiero — declaró Heidi — , puedes quedártelo tú; yo ya no lo necesito, tengo el mío propio.

Con eso Heidi abrió su fardito rojo y sacó de él su viejo sombrerito, que en el viaje había adquirido aún más abolladuras de las que ya tenía antes. Pero eso le importaba poco a Heidi; no había olvidado cómo el abuelo le había gritado al despedirse que nunca quería verla con un sombrero de plumas, y por eso había guardado su sombrero con tanto cuidado, pues pensaba siempre en volver a casa con el abuelo. Pero Brígida dijo que no debía ser tan tonta, que era un sombrero magnífico y que ella no lo aceptaba; bien podría vendérselo a la hija del maestro de la aldea y sacar buen dinero si no quería llevarlo. Pero Heidi se mantuvo en su propósito y dejó el sombrero disimuladamente detrás de la abuela, en el rincón, donde quedaba del todo oculto. Luego Heidi se quitó de repente su bonito vestidito, y sobre la enagua, en la que se quedó con los brazos al aire, se ató el pañuelo rojo al cuello, y entonces cogió la mano de la abuela y dijo:

— Ahora tengo que irme a casa con el abuelo; pero mañana volveré a verte; buenas noches, abuela.

— Sí, vuelve, Heidi, vuelve también mañana —rogó la abuela apretando su mano entre las suyas y sin poder casi dejar ir a la niña.

— ¿Por qué te has quitado el bonito vestido? —preguntó Brígida.

— Porque prefiero llegar así al abuelo; si no, quizá ya no me reconoce; con el vestido puesto tú misma casi no me has reconocido.

Brígida salió con Heidi hasta la puerta, y allí le dijo en tono un poco misterioso:

— El vestido bien podías habértelo dejado puesto, que él te habría reconocido de todos modos; pero por lo demás, ten cuidado: el Peterli dice que el Tío de los Alpes ahora siempre está de mal humor y ya no dice ni una palabra.

Heidi dio las buenas noches y subió montaña arriba con la cesta al brazo. El sol de la tarde brillaba por doquiera sobre los verdes pastos, y ahora también se había hecho visible enfrente el gran campo de nieve de la Schesaplana, que destellaba hacia ella. Heidi tenía que detenerse a cada pocos pasos y darse la vuelta, pues tenía las altas montañas a la espalda al ir subiendo. Y de pronto cayó ante sus pies un reflejo rojizo sobre la hierba; se dio la vuelta, y entonces... lo que vio superaba lo que guardaba en el recuerdo y lo que había soñado jamás: las crestas de roca del Falknis llamaban al cielo, el vasto campo de nieve ardía y nubes de color de rosa pasaban por encima; la hierba en torno de los pastos era dorada, de todos los peñascos centelleaban y fulguraban destellos, y abajo nadaba en la lejanía todo el valle envuelto en niebla y en oro. Heidi se quedó en medio de aquella gloria, y de alegría y dicha le corrían las lágrimas por las mejillas, y tuvo que juntar las manos y alzar los ojos al cielo y dar gracias en voz alta al buen Dios por haberla traído de vuelta a casa y por que todo, todo siguiera siendo tan hermoso e incluso mucho más hermoso de lo que había sabido, y por que todo le perteneciera de nuevo; y Heidi era tan feliz y tan rica en toda aquella gran gloria que no encontraba palabras para dar gracias suficientes al buen Dios. Solo cuando la luz se fue apagando en torno pudo Heidi volver a moverse; entonces echó a correr montaña arriba tan rápido que no tardó mucho en divisar las puntas de los abetos por encima del tejado, y

luego el tejado y la cabaña entera, y en el banco junto a la cabaña estaba sentado el abuelo fumando su pipa, y sobre la cabaña se mecían las viejas copas de los abetos susurrando en el viento de la tarde. Entonces corrió Heidi aún más, y antes de que el Tío de los Alpes pudiera ver bien lo que se acercaba, la niña ya se precipitaba hacia él, dejó caer la cesta al suelo y se aferró al viejo, y de la emoción del reencuentro no podía decir otra cosa que exclamar una vez tras otra:

— ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Abuelo!

El abuelo tampoco decía nada. Por primera vez en muchos años se le habían humedecido los ojos, y tuvo que pasarse la mano por encima. Luego soltó los brazos de Heidi de su cuello, sentó a la niña en sus rodillas y la contempló un momento.

— Conque has vuelto a casa, Heidi — dijo entonces —; ¿cómo es eso? No tienes pinta de ser muy orgullosa; ¿te han echado?

— Oh, no, abuelo — empezó Heidi con vehemencia —, eso no debes creerlo; eran todos tan buenos, Clara y la abuelita y el señor Sesemann; pero ¿ves, abuelo?, yo casi no podía aguantar más sin estar de vuelta contigo en casa, y a veces pensaba que me iba a ahogar, que así me apretaba; pero no dije nada, porque habría sido ingratitud. Pero luego de repente una mañana el señor Sesemann me llamó muy temprano... pero creo que el señor doctor tuvo algo que ver... aunque quizá esté todo en la carta.

Con eso Heidi saltó al suelo y sacó de la cesta la carta y el rollo y los puso ambos en la mano del abuelo.

— Esto es para ti — dijo él, y dejó el rollo a su lado en el banco. Luego tomó la carta y la leyó; sin decir una palabra, la dobló y se la guardó en el bolsillo.

— ¿Crees que podrías también beber un poco de leche conmigo, Heidi? — preguntó entonces, cogiendo a la niña de la mano para entrar en la cabaña —. Pero llévate el dinero, que con eso puedes comprarte una cama entera y ropa para unos cuantos años.

— No lo necesito, de verdad, abuelo — aseguró Heidi —; cama ya tengo, y Clara me ha empacado tanta ropa que seguro que no necesito otra en mucho tiempo.

—Llévalo, llévalo, y ponlo en el armario; ya habrá ocasión de usarlo.

Heidi obedeció y saltó tras el abuelo hacia dentro de la cabaña, donde de alegría por el reencuentro corría a todos los rincones y subió por la escalerilla, pero allí se detuvo de pronto y gritó consternada desde arriba:

—¡Oh, abuelo, ya no tengo cama!

—Ya volverá a haberla —llegó desde abajo— ; no sabía que ibas a volver; ahora baja a la leche.

Heidi bajó y se sentó en su taburete alto en el sitio de siempre, y cogió su tazón y bebió con tal ansia como si nunca hubiera llegado a sus manos algo tan exquisito, y cuando dejó el tazón con un hondo suspiro dijo:

—No hay nada en el mundo como nuestra leche, abuelo.

Entonces se oyó fuera un silbido agudo; como un rayo salió Heidi disparada por la puerta. Allí venía todo el rebaño de cabras saltando, brincando y dando botes desde la altura, con Pedro en medio. Al ver a Heidi se quedó en el sitio completamente clavado y la miraba sin poder articular palabra. Heidi gritó:

—¡Buenas noches, Pedro!

Y se lanzó en medio de las cabras:

—¡Copo de Nieve! ¡Osita! ¿Me conocéis todavía?

Y las cabrillas debieron de reconocer su voz en seguida, pues frotaban la cabeza contra Heidi y empezaron a balar apasionadamente de alegría, y Heidi las iba llamando a todas por su nombre, y todas corrían unas sobre otras y se apretujaban hacia ella; el impaciente Distelfink saltaba bien alto y por encima de dos cabras para acercarse enseguida, e incluso la tímida Schneehöpflí empujaba con bastante cabezonería al grandote Türk a un lado, que se quedó muy asombrado de tamaña osadía y levantó la barba al aire para dejar claro quién era.

Heidi estaba fuera de sí de alegría por tener de nuevo a todas sus viejas compañeras; abrazaba una y otra vez a la pequeña y tierna Schneehöpflí y acariciaba al impetuoso Distelfink, y del gran cariño y confianza de las cabras era empujada y zarandeada de acá para allá, hasta que se encontró del todo cerca de Pedro, que seguía en el mismo sitio.

—¡Baja, Pedro, y dame buenas noches! —le gritó entonces Heidi.

—¿Que has vuelto? —logró sacar al fin en su asombro, y entonces se acercó y tomó la mano de Heidi, que hacía rato se la tendía, y preguntó, como siempre hacía al volver por las tardes:

—¿Vienes mañana también?

—No, mañana no; pero pasado mañana quizás, pues mañana tengo que ir a la abuela.

—Es bueno que hayas vuelto —dijo Pedro, y retorció la cara de todos los modos posibles de enorme satisfacción; luego se dispuso a emprender el camino de vuelta; pero hoy le costó más que nunca con sus cabras, pues cuando por fin, con reclamos y amenazas, las había conseguido reunir en torno a él, y Heidi se alejaba paseando con un brazo al cuello de Copo de Nieve y el otro al de Osita, de pronto todas se volvían y corrían tras los tres. Heidi tuvo que entrar con sus dos cabras en el establo y cerrar la puerta, si no Pedro no habría podido salir nunca con el rebaño. Cuando la niña volvió a la cabaña, vio que su cama ya estaba hecha de nuevo, espléndidamente alta y olorosa, pues el heno había sido metido hace poco, y por encima el abuelo había extendido con todo cuidado las sábanas limpias. Heidi se acostó con gran gusto y durmió tan maravillosamente como no lo había hecho en todo un año. Durante la noche el abuelo se levantó de su lecho bien diez veces y subió la escalerilla para escuchar con cuidado si Heidi dormía y no estaba inquieta, y buscó en el agujero por donde antes el rayo de luna caía sobre el lecho de Heidi, para comprobar que el heno que había metido a presión seguía bien puesto, pues de ahora en adelante el claro de la luna no debía volver a entrar. Pero Heidi durmió de un tirón y no dio ni un paso, pues su gran y ardiente anhelo había sido saciado: había vuelto a ver las montañas y los peñascos en el fulgor de la tarde, había oído susurrar los abetos, estaba de vuelta en casa en la montaña.

CAPÍTULO 14. EL DOMINGO, CUANDO DOBLAN LAS CAMPANAS

Heidi estaba bajo los abetos que se mecían y esperaba al abuelo, que quería ir con ella y subir el baúl de la aldea mientras ella visitaba a la abuela. La niña casi no podía esperar para volver a ver a la abuela y oír cómo le habían sabido los panecillos; y con todo, el tiempo no se le hacía largo, pues no podía saciar bastante sus oídos con los sonidos familiares del susurro de los abetos sobre ella ni sus ojos con el olor y el brillo de los verdes pastos y las flores doradas que los adornaban.

Entonces el abuelo salió de la cabaña, miró a su alrededor con satisfacción y dijo con tono contento:

—Bueno, ahora podemos ir.

Pues era sábado, y ese día el Tío de los Alpes lo dejaba todo limpio y en orden en la cabaña, en el establo y a su alrededor; ésa era su costumbre, y hoy había empleado la mañana para ello, de modo que pudiera salir con Heidi por la tarde, y así todo presentaba buen aspecto y era de su satisfacción. Al llegar a la cabaña de Pedro se separaron, y Heidi entró de un salto. La abuela ya había oído sus pasos y la llamó cariñosamente:

—¿Vienes, niña? ¿Vuelves ya?

Entonces cogió la mano de Heidi y la apretó muy fuerte, pues todavía temía que pudieran arrebatarse de nuevo a la niña. Y ahora tuvo que contar la abuela cómo le habían sabido los panecillos, y dijo que con ellos se había repuesto tanto que creía estar hoy mucho más fuerte que hacía mucho tiempo; y la madre de Pedro añadió que la abuela, de puro miedo a acabarlos demasiado pronto, había querido comer solo un panecillo entre ayer y hoy, y

que bien podría recuperar bastantes fuerzas si quería comer uno al día durante ocho días seguidos. Heidi escuchó a Brígida con atención y se quedó pensativa un rato. Entonces había encontrado su camino.

— Abuela, ya sé lo que voy a hacer — dijo con alegre entusiasmo —; le escribo una carta a Clara y seguro que me manda otros tantos panecillos como había, o el doble; pues yo tenía ya un montón igual en el cajón, y cuando me los quitaron, Clara dijo que me daría exactamente los mismos de vuelta, y eso lo hace seguro.

— ¡Ay, qué buena idea! — dijo Brígida —; pero piensa que se pondrán duros. Si uno tuviera aquí de vez en cuando un cuarto de sobra; el panadero de abajo en la aldea también los hace, pero yo apenas puedo pagar el pan negro.

Entonces un rayo de alegría iluminó el rostro de Heidi:

— ¡Oh, yo tengo muchísimo dinero, abuela! — exclamó jubilosa dando saltitos de alegría —. ¡Ahora sé lo que hago con él! Todos los días, todos los días tienes que tener un panecillo nuevo, y los domingos dos, y Pedro puede traerlos de la aldea.

— ¡No, no, niña! — protestó la abuela —; eso no puede ser; ese dinero no te lo han dado para eso; tienes que dárselo al abuelo, y él te dirá lo que debes hacer con él.

Pero Heidi no se dejó turbar en su alegría; daba saltos y brincos por la habitación y repetía una vez tras otra:

— ¡Ahora la abuela puede comer un panecillo cada día y se pondrá del todo fuerte, y... oh, abuela! — exclamó con nuevo júbilo —, ¡si te pones tan sana, seguro que también te vendrá de nuevo la luz; quizás es solo porque eres tan débil!

La abuela guardó silencio; no quería turbar la alegría de la niña. Al dar sus vueltas, Heidi cayó de pronto con los ojos en el viejo cancionero de la abuela, y le vino un nuevo y gozoso pensamiento:

— Abuela, ahora sé leer bastante bien; ¿quieres que te lea un himno de tu viejo libro?

— ¡Oh, sí! — pidió la abuela, agradablemente sorprendida —; ¿de verdad que puedes, niña, de verdad?

Heidi había trepado a una silla y había bajado el libro con una gruesa nube de polvo, pues llevaba mucho tiempo sin que nadie lo tocara allí arriba; entonces Heidi lo limpió bien, se sentó con él en su taburete junto a la abuela y preguntó qué debía leer.

—Lo que quieras, niña, lo que quieras —y la abuela estaba allí sentada con ansiosa expectación y había apartado un poco la rueca de sí.

Heidi fue pasando páginas y leyendo en voz baja aquí y allá una línea: «Aquí hay algo del sol; eso te lo voy a leer, abuela.» Y Heidi comenzó, y fue haciéndose cada vez más entusiasta y más cálido al leer:

El áureo sol lleno de gozo y don derrama en nuestra tierra con su luyente guerra una luz que al corazón alegra y da.

Mi cabeza y mis miembros yacían sin alientos; mas ya me erguí, vivo y feliz aquí, con mi rostro vuelto al cielo miro ya.

Mis ojos contemplan lo que Dios ha hecho en bien de su honor y para enseñarnos y darnos a entender cuán grande y poderoso es su poder.

Y adónde los justos habrán de llegar cuando en paz se vayan y de aquí partan ya del seno percedero de este suelo.

Todo pasa y se acaba, mas Dios permanece sin vacilar jamás, sus designios son más que eternos en palabra, en voluntad.

Su gracia y su salud no sufren menoscabo, sanan en el corazón los dolores sin razón, nos guardan en el tiempo y en la eternidad.

Cruz y tribulación tienen su fin llegado; tras el bramar del mar y el viento al zumbar brilla el rostro anhelado del buen sol.

Gozo en abundancia y paz bienaventurada puedo aguardar yo ya en el jardín de allá, hacia donde mis pensamientos vuelan.

La abuela estaba sentada con las manos juntas, y en su rostro había una expresión de alegría indescriptible, como nunca la había visto Heidi, aunque le corrían las lágrimas por las mejillas. Cuando Heidi calló, pidió con anhelo:

—¡Oh, una vez más, Heidi, déjame oírlo una vez más:

Cruz y tribulación tienen su fin llegado...

Y la niña volvió a empezar, leyendo con gozo y anhelo propios:

Cruz y tribulación tienen su fin llegado; tras el bramar del mar y el viento al zumbar brilla el rostro anhelado del buen sol.

Gozo en abundancia y paz, bienaventurada puedo aguardar yo ya en el jardín de allá, hacia donde mis pensamientos vuelan.

— ¡Oh, Heidi, eso trae luz! ¡Eso trae tanta luz al corazón! ¡Qué bien me has hecho, Heidi!

Una vez tras otra repetía la abuela las palabras de alegría, y Heidi resplandecía de felicidad y no podía apartar los ojos de ella, pues nunca la había visto así. Ya no tenía aquella cara apagada y triste de antes, sino que miraba hacia arriba con tal expresión de gozo y gratitud como si con ojos nuevos y claros estuviera ya contemplando el hermoso jardín celestial.

Entonces llamaron a la ventana, y Heidi vio al abuelo fuera, que le hacía señas de volver a casa. Fue de prisa, pero no sin asegurar a la abuela que volvería al día siguiente, y también cuando fuera con Pedro a los pastos regresaría a mediodía; pues que podía hacer que la abuela tuviera de nuevo claridad y se alegrara era ahora para Heidi la mayor dicha que conocía, mucho mayor aún que estar en los soleados pastos entre flores y cabras. Brígida salió corriendo detrás de Heidi hasta la puerta con el vestido y el sombrero, para que se llevara sus cosas. El vestido lo cogió en el brazo, pues el abuelo ya la conocería así, pensó; pero el sombrero lo rechazó con obstinación; que Brígida se lo quedara, que ella nunca más se lo pondría en la cabeza. Heidi estaba tan llena de sus vivencias que tuvo que contarle al abuelo en seguida todo lo que le alegraba el corazón: que los panecillos blancos también se podían conseguir abajo en la aldea si uno tenía dinero, y que a la abuela de pronto le había venido tanta claridad y alegría; y cuando Heidi había terminado de contarle todo, volvió al principio y dijo con toda confianza:

— ¡Verdad que, aunque la abuela no quiera, tú me darás todo el dinero del rollo para que pueda darle a Pedro cada día un trozo para un panecillo, y los domingos dos?

— ¡Y la cama, Heidi? — dijo el abuelo —; una cama de verdad para ti estaría bien, y aun después quedaría para muchos panecillos.

Pero Heidi no le dejó al abuelo la menor tranquilidad y le demostró que en su cama de heno dormía mucho mejor de lo que nunca había dormido en su cama de almohadas en Fráncfort, y le rogó con tal insistencia y sin cesar que el abuelo dijo al fin:

—El dinero es tuyo; haz lo que te dé alegría; con él puedes traerle pan a la abuela durante muchos años.

Heidi lanzó un grito de júbilo:

—¡Oh, yupi! ¡Ahora la abuela no tendrá que comer nunca más pan duro y negro, y... oh, abuelo! ¡Ahora todo es tan hermoso como no lo había sido nunca desde que vivimos!

Y Heidi daba saltos agarrada a la mano del abuelo y gritaba al aire como los pájaros alegres del cielo. Pero de pronto se puso muy seria y dijo:

—Oh, si el buen Dios hubiera hecho enseguida lo que yo le pedía con tanto ahínco, entonces todo no habría salido así; me habría vuelto a casa en seguida y habría traído a la abuela solo pocos panecillos y no habría podido leerle lo que le sienta tan bien; pero el buen Dios lo había pensado ya todo, mucho más hermoso de lo que yo sabía; la abuelita me lo dijo, y ahora todo ha salido así. ¡Oh, cuánto me alegro de que el buen Dios no cediera cuando yo tanto le pedía y me lamentaba! Pero ahora quiero rezar siempre como dijo la abuelita, y darle siempre gracias al buen Dios, y si no hace algo que yo le pido, en seguida voy a pensar: seguro que es otra vez como en Fráncfort; el buen Dios seguro que piensa algo mucho mejor. Pero también vamos a rezar todos los días, ¿verdad, abuelo? Y no debemos olvidarlo nunca, para que el buen Dios tampoco nos olvide a nosotros.

—¿Y si alguien lo hiciera de todos modos? —murmuró el abuelo.

—Oh, a ése le irá mal, porque entonces el buen Dios también le olvida a él y le deja correr del todo, y cuando le vaya mal y se lamente, nadie tendrá lástima de él, sino que todos dirán solo: él fue el primero en alejarse del buen Dios, ahora el buen Dios también le deja ir, él que podría ayudarle.

—Eso es verdad, Heidi; ¿de dónde lo sabes?

—De la abuelita; ella me lo explicó todo.

El abuelo siguió caminando un rato en silencio. Luego dijo para sí, siguiendo sus pensamientos:

— Y si una vez es así, entonces es así; atrás no puede volver nadie, y a quien el Señor ha olvidado, lo ha olvidado.

— Oh, no, abuelo; atrás sí puede volver uno, eso también lo sé de la abuelita, y entonces es como en la hermosa historia de mi libro; pero esa tú no la conoces; ahora mismo estamos llegando a casa y entonces verás qué hermosa es la historia.

Heidi apretaba el paso con su entusiasmo más y más rápido por la última cuesta, y apenas habían llegado arriba cuando soltó la mano del abuelo y entró corriendo en la cabaña. El abuelo se quitó de la espalda la cesta en la que había metido la mitad de las cosas del baúl, pues traer el baúl entero le habría resultado demasiado pesado. Luego se sentó pensativo en el banco. Heidi salió corriendo de nuevo con su gran libro bajo el brazo:

— ¡Oh, qué bien, abuelo, que ya estés sentado! — y de un salto estaba a su lado y ya tenía la historia abierta, pues la había leído tantas veces que el libro se abría solo por esa página. Entonces Heidi leyó con gran emoción acerca del hijo que tenía la buena vida en casa, donde en los campos del padre pastaban hermosas vacas y ovejitas, y él, de hermosa capa y apoyado en su cayado de pastor, podía estar junto a ellas en el prado y contemplar la puesta de sol, como se veía todo en el grabado. «Pero de repente quiso tener sus bienes para sí y ser su propio señor, y se los pidió al padre y se marchó con ellos y lo derrochó todo. Y cuando ya no le quedaba nada, tuvo que ir a servir de criado con un labrador, que no tenía animales tan hermosos como los de la finca del padre, sino solo cerdos; éstos tenía que cuidarlos, y ya solo le quedaban harapos encima y únicamente recibía un poco de la bazofia que comían los cerditos. Entonces pensó en cómo había vivido en casa del padre y en cuán bueno había sido el padre con él y en cuán desagradecido había sido hacia su padre, y tuvo que llorar de arrepentimiento y nostalgia. Y pensó: "Me levantaré e iré a mi padre y le pediré perdón y le diré: ya no soy digno de ser llamado tu hijo, pero déjame ser siquiera tu jornalero." Y cuando de lejos se acercaba a la casa de su padre, el padre le vio y salió corriendo. ¿Qué crees ahora, abuelo?» — se interrumpió Heidi en su lectura —; «¿crees ahora que el padre todavía está enfadado y le dice: "¡Ya te lo dije!"? Escucha ahora lo que viene: "Y su padre le vio y se compadeció de él y corrió y cayó sobre su cuello y le besó, y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus criados: Traed el mejor vestido y ponédselo, y

poned un anillo en su mano y calzado en sus pies, y traed el becerro cebado y matadlo y comamos y alegrémonos; porque este mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, y estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron a alegrarse.»

—¿A que no es una historia hermosa, abuelo? —preguntó Heidi, cuando éste seguía sentado en silencio y ella había esperado que se alegrara y asombrara.

—Sí, Heidi, la historia es hermosa —dijo el abuelo; pero su rostro estaba tan serio que Heidi se quedó del todo callada y se puso a mirar sus grabados. Entonces le acercó el libro una vez más al abuelo y dijo en voz baja:

—Mira qué bien está él —y le señaló con el dedo el grabado del que había regresado, de pie junto al padre con vestido nuevo y formando de nuevo parte de él como su hijo.

Unas horas después, cuando Heidi llevaba ya mucho tiempo en el profundo sueño, el abuelo subió la pequeña escalerilla; colocó su lamparilla junto al lecho de Heidi, de modo que la luz caía sobre la niña dormida. Ella yacía allí con las manos juntas, pues rezar no se le había olvidado a Heidi. En su rostro rosado había una expresión de paz y de confianza bienaventurada que debía de hablar al abuelo, pues largo, largo tiempo estuvo allí de pie sin moverse y sin apartar los ojos de la niña dormida. Entonces también él juntó las manos, e inclinando la cabeza dijo a media voz:

—Padre, he pecado contra el cielo y ante ti y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.

Y unas lágrimas grandes rodaron por las mejillas del anciano.

Pocas horas después, en la primera claridad del día, el Tío de los Alpes estaba ante su cabaña y miraba a su alrededor con ojos luminosos. El domingo por la mañana centellaba y fulguraba sobre montañas y valles. Algunas campanas madrugadoras tañían subiendo desde los valles, y arriba en los abetos cantaban los pájaros sus canciones matinales.

Entonces el abuelo volvió a entrar en la cabaña.

—¡Ven, Heidi! —llamó escalerilla arriba—. ¡El sol está aquí! Ponte un buen vestidito, que vamos a la iglesia los dos.

Heidi no tardó mucho; era una llamada del abuelo completamente nueva a la que había que obedecer de prisa. En breve bajó de un salto con su pulcro vestidito de Fráncfort. Pero Heidi se quedó parada delante del abuelo con los ojos muy abiertos y lo miraba.

— ¡Oh, abuelo, así nunca te había visto! — exclamó al fin —. ¡Y el levitón con los botones de plata no lo habías llevado nunca! ¡Oh, qué guapo estás con tu bonito traje de domingo!

El anciano miró a la niña con una sonrisa complacida y dijo:

— Y tú con el tuyo; ahora ven.

Tomó la mano de Heidi en la suya, y así caminaron juntos montaña abajo. De todas partes les llegaban ahora las campanas claras, cada vez más plenas y más ricas a medida que avanzaban, y Heidi escuchaba encantada y decía:

— ¡Lo oyes, abuelo? Es como una gran, gran fiesta.

Abajo en la aldea todo el mundo estaba ya en la iglesia y acababan de empezar a cantar, cuando el abuelo entró con Heidi y se sentó al fondo en el último banco. Pero en medio del canto el que estaba sentado más cerca le dio un codazo a su vecino y dijo:

— ¡Has visto eso? ¡El Tío de los Alpes está en la iglesia!

Y el que había recibido el codazo se lo dio al siguiente, y así sucesivamente, y en un instante empezó a susurrarse por todos los rincones: «¡El Tío de los Alpes! ¡El Tío de los Alpes!», y casi todas las mujeres tuvieron que volver la cabeza un momento, y la mayoría se desafinaron de tal modo que el chantre tuvo las mayores dificultades para mantener el canto en orden. Pero cuando el señor párroco comenzó a predicar, la distracción desapareció por completo, pues había en sus palabras una alabanza y un agradecimiento tan cálidos que todos los oyentes se sintieron conmovidos, y fue como si a todos les hubiese llegado una gran alegría. Al terminar el oficio, el Tío de los Alpes salió con la niña de la mano y se encaminó hacia la casa parroquial, y todos los que salían con él y los que ya estaban fuera le miraron con atención, y la mayoría le siguió para ver si de verdad entraba en la casa parroquial, lo que así hizo. Entonces se reunieron en grupos y comentaron con gran agitación el acontecimiento sin precedentes de que el Tío de los Alpes hubiese aparecido en la iglesia, y todos aguardaban con expectación ante la

puerta de la casa parroquial para ver cómo saldría el Tío: si con ira y disputa, o en paz con el señor párroco, pues nadie sabía qué había traído al viejo al pueblo ni cuál era su verdadera intención. Pero ya en muchos había surgido un nuevo ánimo, y uno le decía al otro: «Seguro que el Tío de los Alpes no es tan malo como dicen; basta ver con qué cuidado lleva a la pequeña de la mano.» Y el otro decía: «Eso lo he dicho yo siempre, y tampoco entraría donde el párroco si fuera tan ruin, porque si no, tendría que tenerle miedo; se exagera mucho.» Y el panadero decía: «¿No lo dije yo el primero? ¿Desde cuándo huye una niña pequeña que tiene comida y bebida a su gusto y todo lo bueno, de todo eso, y vuelve a casa de un abuelo que es malo y arisco y al que hay que tenerle miedo?» Y fue creciendo un sentimiento muy cariñoso hacia el Tío de los Alpes que fue imponiéndose, pues ahora también se acercaron las mujeres, y estas habían escuchado a Brígida y a la abuela tantas cosas sobre el Tío de los Alpes que lo presentaban de forma muy distinta a la opinión general, y que de pronto les parecían verosímiles, de modo que fue siendo cada vez más como si todos esperasen allí para dar la bienvenida a un viejo amigo al que habían echado mucho de menos.

El Tío de los Alpes, entre tanto, había llegado a la puerta del estudio y había llamado. El señor párroco abrió y salió al encuentro del que entraba, no con sorpresa, como podría haberle ocurrido, sino como si le hubiera esperado; la presencia insólita en la iglesia no podía habersele pasado por alto. Tomó la mano del viejo y se la estrechó repetidas veces con la mayor cordialidad, y el Tío de los Alpes permaneció en silencio y al principio no podía pronunciar palabra, pues no estaba preparado para semejante recibimiento tan afectuoso. Entonces se rehízo y dijo: «Vengo a pedir al señor párroco que olvide las palabras que le dije en la montaña, y que no me guarde rencor por haber sido tan obstinado ante su consejo bienintencionado. El señor párroco tenía razón en todo y yo estaba equivocado, pero ahora quiero seguir su consejo y volver a tomar alojamiento en la aldea para el invierno, pues la época de frío no es buena para la niña allá arriba, es demasiado delicada, y aunque la gente de aquí abajo me mire de reojo como a alguien en quien no se puede confiar, no me lo tengo inmerecido; pero el señor párroco, eso sí, no lo hará.»

Los ojos bondadosos del párroco brillaban de alegría. Tomó de nuevo la mano del viejo y la apretó entre las suyas, y dijo con emoción: «Vecino, habéis estado en la iglesia verdadera antes de bajar a la mía; de eso me ale-

gro, y que queráis volver a vivir con nosotros no os ha de pesar: en mi casa seréis siempre bienvenido como un buen amigo y vecino, y tengo pensado pasar con vos muchas alegres tardes de invierno, pues vuestra compañía me es grata y valiosa, y para la pequeña también encontraremos buenos amigos.» Y el señor párroco posó su mano con mucha amabilidad sobre la cabeza rizada de Heidi, la tomó de la mano y la llevó afuera, acompañando al abuelo hasta la puerta, y solo allí se despidió, y entonces toda la gente que estaba alrededor pudo ver cómo el señor párroco seguía estrechándole la mano al Tío de los Alpes una y otra vez, como si fuese su mejor amigo del que casi no podía separarse. Nada más cerrarse la puerta tras el señor párroco, toda la concurrencia se abalanzó hacia el Tío de los Alpes, y cada uno quería ser el primero, y se extendieron tantas manos a la vez hacia el que se acercaba que no sabía cuál coger antes, y uno le gritó: «¡Me alegro! ¡Me alegro mucho, Tío, de que hayáis vuelto a venir a vernos!», y otro: «¡Hace mucho que quería decirle unas palabras, Tío!» Y así resonaba y se agitaba todo por todas partes, y cuando el Tío respondió a todos los amistosos saludos que tenía pensado volver a su antigua habitación en la aldea y pasar el invierno con los viejos conocidos, se armó un verdadero alboroto, y era como si el Tío de los Alpes fuera la persona más querida de todo el pueblo, cuya ausencia todos habían lamentado. Abuelo y niña fueron acompañados por la mayoría bien arriba por la ladera, y al despedirse cada uno quería tener la promesa de que el Tío de los Alpes pasara a visitarle cuando volviera a bajar; y cuando la gente regresó por el monte hacia abajo, el viejo se quedó de pie y los miró largo rato, y en su rostro había una luz tan cálida como si el sol brillase dentro de él. Heidi le miraba sin apartar los ojos y dijo muy contenta: «Abuelo, hoy estás cada vez más guapo; nunca habías estado así.»

—¿Tú crees? —sonrió el abuelo—. Sí, ¿ves, Heidi? Hoy también a mí me va mejor de lo que entiendo y merezco, y estar en paz con Dios y con los hombres le hace a uno tan bien. El buen Dios ha sido bueno conmigo al enviarte a la montaña.

Al llegar a la cabaña de la familia de Pedro, el abuelo abrió la puerta de inmediato y entró. «Que Dios os guarde, abuela», llamó; «creo que tenemos que ponernos otra vez a reparar algo antes de que llegue el viento de otoño.»

— ¡Dios mío, es el Tío! —exclamó la abuela llena de alegre sorpresa—. ¡Que yo viva para verlo! ¡Para poder daros las gracias otra vez por todo lo que habéis hecho por nosotros, Tío! ¡Que Dios os lo pague! ¡Que Dios os lo pague!

Y con manos trémulas de alegría extendió la vieja abuela sus brazos, y cuando el interpelado se los estrechó cordialmente, ella siguió hablando, sin soltarle la mano: «Y tengo también una petición en el corazón, Tío: si alguna vez os he causado algún daño, no me castigáis volviendo a dejar que se vaya Heidi antes de que yo esté enterrada junto a la iglesia de abajo. ¡Oh, no sabéis lo que esta niña significa para mí!», y la apretó fuerte contra sí, pues Heidi ya se había arrimado a ella.

—No se preocupe, abuela —la tranquilizó el Tío—; con eso no quiero castigarla a usted ni castigarme a mí mismo. Ahora nos quedamos todos juntos y, si Dios quiere, así durante mucho tiempo.

Entonces Brígida llevó al Tío con cierto misterio a un rincón y le mostró el bonito sombrero de plumas y le contó lo que había pasado con él, y que ella, por supuesto, no podía quitárselo a una niña.

Pero el abuelo miró a su Heidi con toda la complacencia y dijo: «El sombrero es suyo, y si ya no quiere ponérselo en la cabeza tiene razón, y si te lo ha dado a ti, quédatelo.»

Brígida se alegró sobremanera de aquel fallo inesperado. «¡Vale seguro más de diez francos, miradlo!», y en su alegría alzó bien alto el sombrerito—. ¡Qué bendición ha traído este Heidi de Fráncfort! A veces he pensado si no debería mandar también a Peterli un poco a Fráncfort; ¿qué decís, Tío?

Al Tío le brillaron los ojos con buen humor. Opinó que no le haría ningún daño al Peterli; pero que de todos modos esperaba una buena ocasión para ello.

En ese momento irrumpió por la puerta el mencionado, después de haber chocado contra ella con tanta fuerza con la cabeza que todo retumbó; debía de tener prisa. Sin aliento y jadeando, se detuvo en medio de la habitación y tendió una carta. También aquello era un acontecimiento que nunca había ocurrido: una carta con el nombre de Heidi en el sobre, que le habían entregado en el correo de la aldea. Entonces todos se sentaron llenos de expectación alrededor de la mesa, y Heidi abrió su carta y la leyó en voz alta

sin tropiezo alguno. La carta era de Clara Sesemann. Contaba que desde su marcha la casa se había vuelto tan aburrida que no podía aguantarlo mucho tiempo seguido, y que había rogado tanto a su padre que este ya había fijado el viaje al balneario de Ragaz para el próximo otoño, y la abuelita también quería venir, porque quería visitar a Heidi y al abuelo en la montaña. Y la abuelita mandaba también decirle a Heidi que había hecho bien en querer llevarle panecillos a la vieja abuela, y para que no tuviese que comérselos secos, junto a ellos venía también el café, que ya estaba de camino, y cuando ella misma subiese a la montaña, Heidi tendría que llevarla también donde la abuela.

Entonces hubo tal alegría y asombro por aquellas noticias, y tanto que decir y preguntar, pues la gran expectativa era común a todos, que ni siquiera el abuelo se dio cuenta de lo tarde que era, y tan contentos y felices estaban todos ante la perspectiva de los días que vendrían y aún más en la alegría de estar juntos en aquel día, que la abuela dijo al final: «Lo más bonito es cuando viene así un viejo amigo y nos da de nuevo la mano, como hace mucho tiempo; eso da al corazón una sensación tan reconfortante de que algún día volveremos a encontrar todo lo que amamos. Vendréis pronto otra vez, Tío, ¿y la niña mañana mismo?»

Eso se le prometió poniéndolo en la palma de la mano; pero ya era hora de marcharse, y el abuelo caminó con Heidi ladera arriba hacia la montaña, y como por la mañana las alegres campanas de cerca y de lejos los habían llamado a bajar, ahora, desde el valle, el pacífico tañido de las campanas del atardecer los acompañaba hasta la cabaña soleada de los pastos, que brillaba con todo su esplendor dominguero al resplandor del crepúsculo esperándoles.

Pero cuando llegue la abuelita en otoño, habrá seguramente nuevas alegrías y sorpresas para Heidi y para la abuela, y sin duda subirá también enseguida una cama de verdad al pajar, pues donde pisa la abuelita, todas las cosas pronto llegan al orden y la regularidad deseados, tanto por fuera como por dentro.

**PARTE II. HEIDI SABE EMPLEAR LO QUE HA
APRENDIDO**

CAPÍTULO 1. PREPARATIVOS DE VIAJE

El bondadoso doctor que había dictaminado que la niña Heidi debía ser devuelta a su tierra natal caminaba precisamente por la amplia calle hacia la casa de los Sesemann. Era una soleada mañana de septiembre, tan luminosa y apacible que cualquiera habría pensado que debería alegrar a todos los hombres. Pero el doctor miraba las blancas piedras a sus pies, de modo que ni siquiera podía percibir el cielo azul sobre su cabeza. Había una tristeza en su semblante que antes nunca se le había visto, y sus cabellos se habían vuelto mucho más grises desde la primavera. El doctor había tenido una hija única, con quien había vivido muy unido desde la muerte de su esposa y que había sido toda su alegría. Unos meses atrás, la muerte le había arrebatado a la muchacha que estaba en plena flor de su vida. Desde entonces, no se veía al doctor tan alegre como había sido casi siempre antes.

Al tirar de la campanilla de la puerta, Sebastián abrió la entrada con gran solicitud e hizo de inmediato todos los movimientos de un criado leal; pues el doctor no era solo el mejor amigo del señor de la casa y de su hijita, sino que con su amabilidad se había ganado, como en todas partes, la simpatía de todos los habitantes de la casa.

—¿Todo igual que siempre, Sebastián? —preguntó el doctor con su cordial voz habitual, y subió la escalera seguido de Sebastián, que no dejaba de hacer toda clase de señales de deferencia, aunque el doctor en realidad no podía verlas, pues le daba la espalda al que le seguía.

—Menos mal que vienes, doctor —le gritó el señor Sesemann al que entraba—. Tenemos que volver a hablar de la excursión a Suiza; necesito saber si mantienes tu dictamen en todo caso, también ahora que en Clarita se ha producido sin duda una mejoría.

—Mi querido Sesemann, ¿cómo me vienes con eso? —respondió el recién llegado, sentándose junto a su amigo—. De verdad desearía que tu madre estuviera aquí; con ella todo se aclara y se encauza enseguida. Pero contigo no hay manera de acabar. Hoy me haces venir por tercera vez para que te diga otra vez lo mismo.

—Sí, tienes razón, el asunto debe impacientarte, pero has de comprender, querido amigo —y el señor Sesemann posó su mano en el hombro de su amigo como en súplica—, me resulta muy difícil negarle a la niña lo que le había prometido tan definitivamente y con lo que se ha ilusionado día y noche durante meses. También esta última época tan difícil la ha soportado la niña con tanta paciencia, siempre con la esperanza de que el viaje a Suiza estuviese próximo y de que pudiera visitar a su amiga Heidi en la montaña; y ahora tendría que quitarle de un golpe al buen niño, que ya tiene que privarse de tantas cosas, una esperanza alimentada durante tanto tiempo. Eso casi no me es posible.

—Sesemann, tiene que ser —dijo el doctor con toda firmeza, y como su amigo permaneció sentado en silencio y abatido, continuó al cabo de un rato—: Piensa en cómo está la situación. Clara ha tenido este último verano el peor de los que ha pasado en años. No puede hablarse de un viaje tan largo sin tener que temer las peores consecuencias. Además, ya hemos entrado en septiembre; puede que arriba en la montaña haga todavía buen tiempo, pero también puede que ya haga bastante frío. Los días ya no son largos, y que Clara se quede arriba y pase allí las noches resulta ahora del todo imposible. Así tendría apenas unas pocas horas para estar allá. El camino desde el balneario de Ragaz hasta allí arriba debe de durar ya varias horas, pues hasta la montaña tendrán que llevarla en silla de manos sin duda alguna. En suma, Sesemann, ¡no puede ser! Pero quiero entrar contigo y hablar con Clara; es una chica sensata, quiero exponerle mi plan. En el próximo mes de mayo deberá ir primero a Ragaz; allí se llevará a cabo una cura de aguas más prolongada, hasta que haga buen calor arriba en la montaña. Entonces podrá ir subiendo allá de vez en cuando, y disfrutará de esas excursiones a la montaña de manera muy distinta a como sería ahora, pues estará descansada y fortalecida. Comprende también, Sesemann, que si queremos mantener aunque sea una leve esperanza de mejoría en el estado de tu hija, debemos observar el máximo reposo y el tratamiento más cuidadoso.

El señor Sesemann, que hasta entonces había escuchado en silencio con expresión de triste resignación, se incorporó de pronto:

—Doctor —exclamó—, dímelo honradamente: ¿tienes de verdad alguna esperanza de que cambie este estado?

El doctor se encogió de hombros. —Poca —dijo en voz baja—. Pero ven, piensa un momento en mí, querido amigo. ¿No tienes un querido niño que te necesita y se alegra de tu regreso cuando estás fuera? Nunca tienes que volver a una casa vacía ni sentarte solo a tu mesa. Y tu niño también está bien en casa. Si tiene que privarse de muchas cosas que otros pueden disfrutar, también está privilegiada respecto a muchos en otras cosas. No, Sesemann, no tenéis tanto de qué lamentaros; estáis bastante bien así, juntos. ¡Piensa en mi casa solitaria!

El señor Sesemann se había levantado y caminaba ahora a grandes pasos por la habitación, como solía hacer siempre que algo le preocupaba mucho. De repente se detuvo ante su amigo y le dio una palmada en el hombro.

—Doctor, tengo una idea: no puedo verte así, ya no pareces el de siempre. Necesitas salir un poco de ti mismo, ¿y sabes cómo? Debes emprender tú el viaje y visitar a la niña Heidi en su montaña en nombre de todos nosotros.

El doctor se quedó muy sorprendido ante la propuesta y quiso resistirse, pero el señor Sesemann no le dio tiempo. Estaba tan contento y lleno de su nueva idea que tomó a su amigo del brazo y lo llevó al cuarto de su hijita. El buen doctor era siempre una presencia agradable para la enferma Clara, pues desde siempre la había tratado con gran amabilidad y cada vez que venía había sabido contarle algo divertido y animado. Por qué ya no podía hacerlo ahora, ella lo sabía de sobra, y habría querido tanto volver a verle alegre. Le tendió la mano de inmediato, y él se sentó a su lado. El señor Sesemann acercó también su silla, y tomando a Clara de la mano, comenzó a hablar del viaje a Suiza y de cuánto él mismo le tenía ganas. Sobre el punto principal —el de que ya era del todo imposible que se realizase— pasó de prisa por encima, pues le daba un poco de miedo el llanto que vendría. Luego pasó rápidamente a la nueva idea y llamó la atención de Clara sobre lo beneficioso que sería para su buen amigo emprender ese viaje de descanso.

Las lágrimas habían acudido de verdad y nadaban en los ojos azules, aunque Clara se esforzaba mucho por reprimirlas, pues sabía cuánto le disgustaba al papá verla llorar. Pero era muy duro que todo tuviese que terminar así, y durante todo el verano la perspectiva del viaje a donde Heidi había sido su única alegría y su consuelo en todas las largas y solitarias horas que había vivido. Pero Clara no estaba acostumbrada a protestar; sabía muy bien que el papá solo le negaba lo que llevaría a algo malo y que por tanto no podía ser. Tragó sus lágrimas y se volvió hacia la única esperanza que le quedaba. Tomó la mano de su buen amigo, se la acarició y rogó con fervor:

—Oh, por favor, doctor, ¿verdad que irá usted donde Heidi? Y entonces vendrá a contarme todo: cómo es allí arriba y qué hace Heidi y el abuelo y Pedro y las cabras; ¡a todos los conozco tan bien! Y entonces llevará lo que quiero mandar a Heidi; ya lo he pensado todo, y también algo para la abuela. Por favor, doctor, hágalo; yo tomaré también aceite de bacalao mientras, todo el que usted quiera.

Si fue esta promesa la que inclinó la balanza, no puede saberse, pero es de suponer, pues el doctor sonrió y dijo: —Entonces tendré que ir, Clarita, para que te pongas rolliza y fuerte, como queremos tenerte tu papá y yo. ¿Y cuándo debo partir? ¿Ya lo tienes decidido?

—Preferiblemente mañana mismo por la mañana, doctor —respondió Clara.

—Sí, tiene razón —intervino el padre—; el sol brilla, el cielo está azul, no hay tiempo que perder; es una lástima cada día así que todavía no puedas disfrutar en la montaña.

El doctor tuvo que reírse un poco: —Pronto me reprocharéis que todavía esté aquí, Sesemann; así que más vale que me marche.

Pero Clara retuvo al que iba a levantarse; primero tenía que entregarle todos los encargos para Heidi y recomendarle tantas cosas que debía mirar bien y luego contarle. El envío para Heidi no podía mandárselo hasta más tarde, pues la señorita Rottenmeier tenía que ayudar a empaquetarlo todo; pero ella andaba precisamente en una de sus expediciones por la ciudad, de las que no volvía tan pronto.

El doctor prometió cumplir todo con exactitud, emprender el viaje —si no a la mañana siguiente, al menos si era posible en el transcurso del día siguiente— y dar luego a su regreso fiel informe de todo lo que hubiera visto y vivido.

Los criados de una casa tienen a menudo una extraña facultad de enterarse de lo que ocurre en la casa de sus señores mucho antes de que estos se lo comuniquen. Sebastián y Tinette debían de poseer esta facultad en alto grado, pues justo cuando el doctor, acompañado de Sebastián, bajaba la escalera, Tinette entró en el cuarto de Clara, que había llamado a la doncella.

—Tráeme esta caja llena de bollos frescos y blandos, de los que tomamos con el café, Tinette —dijo Clara y señaló la caja que llevaba mucho tiempo preparada. Tinette agarró el objeto señalado por una esquina y lo dejó colgar desdeñosamente de su mano. Ya en la puerta dijo con impertinencia:

—Vaya si vale la pena.

Cuando Sebastián abajo había abierto la puerta con su cortesía habitual, dijo con una reverencia:

—Si el señor doctor fuese tan amable de darle también un saludo de parte de Sebastián a la señorita.

—¡Vaya, Sebastián! —dijo el doctor con amabilidad—; ¿conque ya sabe usted que me voy de viaje?

Sebastián tuvo que toser un poco.

—Es que yo... he... yo ya no sé bien... ah, sí, ahora me acuerdo: acabo de pasar por casualidad por el comedor y he oído pronunciar el nombre de la señorita, y como ocurre, uno ata un pensamiento con otro y así... y de esa manera...

—Ya, ya —sonrió el doctor—; y cuantos más pensamientos tiene uno, más se entera. Hasta la vista, Sebastián; el saludo será entregado.

En ese momento el doctor quería precisamente marcharse por la puerta abierta, pero se encontró con un obstáculo: el fuerte viento había impedido a la señorita Rottenmeier continuar su paseo; acababa de volver y quería entrar a su vez por la puerta abierta. El viento había inflado de tal manera su amplio chal, en el que se había envuelto, que parecía que hubiese desplegado las velas. El doctor se retiró al instante. Pero hacia este hombre la señori-

ta Rottenmeier siempre había mostrado un reconocimiento y una deferencia especiales. También ella se retiró con exquisita cortesía, y un momento los dos se quedaron allí con gesto considerado, cediéndose mutuamente el paso. Pero entonces vino una ráfaga de viento tan fuerte que de pronto la señorita Rottenmeier salió disparada a toda vela hacia el doctor. Él apenas pudo apartarse; pero la dama fue arrastrada todavía un buen trecho más allá de él, de modo que tuvo que volver atrás para saludar con distinción al amigo de la casa. El violento incidente la había contrariado un poco, pero el doctor tenía una manera de suavizar su ánimo agitado y extender sobre él una suave calma. Le comunicó su plan de viaje y le pidió de la manera más atractiva que empaquetase el envío para Heidi tal como solo ella sabía hacerlo. Luego el doctor se despidió.

Clara esperaba tener que librar primero algunos combates con la señorita Rottenmeier antes de que esta diese su consentimiento para enviar todos los objetos que Clara había destinado a Heidi. Pero esta vez se había equivocado: la señorita Rottenmeier estaba de un humor excepcionalmente bueno. Al instante despejó todo lo que había sobre la gran mesa para extender en ella todas las cosas que Clara había reunido y hacer el paquete ante sus ojos. No era un trabajo fácil, pues los objetos que había que enrollar tenían formas muy diversas. Primero estaba el pequeño abrigo grueso con capucha que Clara había ideado para Heidi, para que pudiera visitar a la abuela en el invierno siguiente siempre que quisiera, sin tener que esperar a que el abuelo pudiera venir y envolverla en el saco para que no se helase. Luego venía un pañolón grueso y cálido para la vieja abuela, para que se envolviera en él y no pasara frío cuando el viento volviera a golpear con su silbido pavoroso contra la cabaña. Luego venía la gran caja de bollos; también era para la abuela, para que tuviese con su café algo más que un panecillo de vez en cuando. Después llegaba un enorme embutido; Clara lo había destinado originalmente para Pedro, porque él nunca recibía otra cosa que queso y pan. Pero ahora había cambiado de opinión, pues temía que Pedro, de puro contento, se comiese el embutido entero de una vez. Por eso debía recibirlo la madre Brígida, que tomaría primero una buena parte para ella y para la abuela, y le daría a Pedro la suya en distintas entregas. Luego venía una bolsita de tabaco; era para el abuelo, que tan a gusto fumaba su pipa por las tardes sentado ante la cabaña. Por último venía una serie de misteriosas bolsitas, paquetitos y cajitas que Clara había reunido con especial alegría, pues en ellas debía Heidi encontrar toda clase de sorpresas que le causarían gran

contento. Por fin la obra estuvo terminada, y un abultado fardo yacía listo para el viaje en el suelo. La señorita Rottenmeier lo contempló, sumida en profundas reflexiones sobre el arte de empaquetar. Clara por su parte le dirigía miradas de alegre expectativa, pues imaginaba a Heidi saltando de sorpresa y lanzando gritos de alegría cuando aquel inmenso paquete llegase donde ella.

Entonces entró Sebastián y de un vigoroso impulso se cargó el fardo al hombro para llevarlo sin demora a la casa del doctor.

CAPÍTULO 2. UN HUÉSPED EN LA MONTAÑA

El alba enrojecía sobre las montañas, y un fresco viento mañanero susurraba entre los abetos y mecía poderosamente los viejos ramos de un lado a otro. Heidi abrió los ojos; el sonido la había despertado. Ese susurro siempre le llegaba a Heidi en lo más hondo de su ser y la atraía con fuerza hacia afuera, bajo los abetos. Saltó de su lecho y apenas tuvo tiempo de arreglarse; pero eso sí era necesario, pues Heidi sabía ya muy bien que hay que presentarse siempre limpia y ordenada. Bajó por la escalerilla; el lecho del abuelo ya estaba vacío; salió de un salto. Fuera, ante la puerta, estaba el abuelo mirando el cielo en todas direcciones, como hacía cada mañana para ver qué tiempo haría el día.

Nubes rosadas cruzaban por lo alto, y el cielo se iba azuleando más y más, y al otro lado corría como oro puro por las alturas y los pastizales, pues el sol acababa de asomarse desde las altas rocas.

— ¡Oh, qué bonito! ¡Oh, qué bonito! Buenos días, abuelo — gritó Heidi acercándose a saltos.

— ¿Conque ya tienes los ojos abiertos? — respondió el abuelo, tendiéndole la mano en señal de saludo matutino.

Entonces Heidi corrió bajo los abetos y saltó de alegría por el fragor y el silbido de allá arriba entre las ramas que se mecían, y con cada nueva ráfaga de viento y el estruendo de las copas lanzaba gritos de gozo y saltaba un poco más alto.

Mientras tanto, el abuelo había ido al establo y había ordeñado a Copo de Nieve y a Osita; luego las había cepillado y lavado muy bien para la excursión al monte y ahora las sacaba a la explanada. Cuando Heidi vio a sus

amigas, vino corriendo y les rodeó el cuello a las dos, las saludó con cariño, y ellas balaban alegres y confiadas, y cada una de las cabras quería mostrarle a Heidi más afecto y apretaba su cabeza cada vez más contra sus hombros, de modo que casi la aplastaban entre las dos. Pero Heidi no tenía miedo, y cuando la vivaz Osita hurgaba y empujaba demasiado con su cabeza, Heidi le decía: «No, Osita, empujas como el gran Turco», e inmediatamente Osita retiraba la cabeza y se ponía muy formal, y Copo de Nieve también había levantado ya la cabeza y hacía un gesto distinguido, de modo que se podía ver claramente que pensaba para sí: Que no digan de mí que me comporto como el Turco. Pues la blanquísima Copo de Nieve era todavía un poco más fina que la morena Osita.

Entonces se oyeron desde abajo los silbidos de Pedro, y pronto fueron saltando ladera arriba, alegres, todas las cabras, a la cabeza el ágil Distelfink en grandes brincos. Heidi se encontró de nuevo en medio del rebaño, y entre tantos saludos impetuosos la empujaban de un lado a otro, y luego ella empujaba un poco a su vez, porque quería llegar hasta la tímida Schneehöppli, a quien los más grandes siempre apartaban cuando intentaba acercarse a Heidi.

Ahora llegó Pedro y dio un último silbido feroz, que debía espantar a las cabras y lanzarlas hacia el pasto, pues quería espacio para decirle algo a Heidi. Las cabras se dispersaron un poco con el silbido; así pudo Pedro avanzar y plantarse delante de Heidi.

—Hoy puedes venir otra vez conmigo —fue su saludo, algo brusco.

—No puedo, Pedro —respondió Heidi—. En cualquier momento pueden llegar ya de Fráncfort, y entonces tengo que estar en casa.

—Eso lo has dicho ya muchas veces —gruñó Pedro.

—Pero sigue valiendo, y valdrá hasta que lleguen —replicó Heidi—. ¿O acaso crees que no tengo que estar en casa cuando vengan de Fráncfort a verme? ¿Crees algo así, Pedro?

—Pueden ir donde el Tío —refunfuñó Pedro.

Entonces sonó desde la cabaña la enérgica voz del abuelo: «¿Por qué no avanza el ejército? ¿Le falta el mariscal de campo o son las tropas?»

Al instante Pedro dio media vuelta, blandió su vara en el aire de modo que silbó, y todas las cabras, que conocían bien ese sonido, se pusieron a correr; Pedro tras ellas, todos juntos a todo trote ladera arriba.

Desde que Heidi estaba de nuevo en casa con el abuelo, se le ocurría de vez en cuando algo en lo que antes no había pensado. Así, por ejemplo, hacía la cama todas las mañanas con gran esmero y la alisaba tanto tiempo hasta que quedaba completamente lisa. Luego iba de un lado a otro por la cabaña, ponía cada silla en su sitio, y lo que había por ahí tirado o colgado lo metía todo en el armario. Luego cogía un trapo, trepaba a una silla y frotaba con él la mesa tanto tiempo hasta que quedaba completamente reluciente. Cuando el abuelo volvía a entrar, miraba complacido a su alrededor y decía a veces: «Con nosotros es como si fuera domingo siempre; Heidi no ha estado en tierra extraña en vano.»

También aquel día, después de que Pedro se hubo marchado y Heidi desayunó con el abuelo, se puso enseguida a sus tareas, pero casi no acababa con ellas. Fuera hacía aquella mañana un tiempo tan hermoso que a cada momento ocurría algo que interrumpía a la niña en su trabajo. Entonces entró por la ventana abierta un rayo de sol tan alegremente que era como si llamase: «¡Sal, Heidi, sal!» Ya no podía quedarse dentro; salió corriendo. Fuera, el sol centelleante bañaba toda la cabaña, y brillaba en todas las montañas y lejos, lejos por el valle abajo, y el suelo en aquella pendiente tenía un aspecto tan dorado y seco que hubo de sentarse un momento en él y mirar alrededor. Luego se le ocurrió de pronto que el taburete de tres patas seguía en medio de la cabaña y que la mesa todavía no estaba limpia del desayuno. Entonces se levantó de un salto y volvió corriendo a la cabaña. Pero no duró mucho, que afuera silbaba el viento con tanta fuerza entre los abetos que le recorría a Heidi todo el cuerpo; tenía que salir otra vez y saltar un poco mientras todas las ramas se mecían y ondulaban allá arriba. El abuelo tenía entre tanto toda clase de trabajo que hacer atrás en el cobertizo; de vez en cuando salía por la puerta y miraba sonriente los saltos de Heidi. Justo había vuelto a entrar, cuando de repente Heidi dio un grito:

—¡Abuelo, abuelo! ¡Ven, ven!

Salió rápidamente, casi asustado de lo que le pasaría a la niña. Vio entonces cómo esta corría ladera abajo, gritando: «¡Vienen, vienen! ¡Y delante el doctor!»

Heidi se lanzó al encuentro de su viejo amigo. Este extendió la mano en señal de saludo. Cuando la niña le alcanzó, le rodeó con ternura el brazo extendido y gritó con toda la alegría de su corazón:

— ¡Buenos días, doctor! ¡Y gracias también mil y mil veces!

— ¡Grüß Gott, Heidi! ¿Y por qué me das las gracias ya? — preguntó el doctor con una sonrisa amable.

— Por poder volver a casa con el abuelo — le explicó la niña.

Al doctor le pasó como un rayo de sol por el rostro. Aquel recibimiento en la montaña no lo había esperado. Sumido en reflexiones melancólicas a causa de su soledad, había subido la ladera y ni siquiera se había fijado en lo hermoso que era todo a su alrededor y en que iba siendo cada vez más hermoso. Había supuesto que la niña Heidi apenas le conocería; la había visto muy poco, y él se sentía como alguien que viene a traer una decepción a la gente, y a quien por eso no quieren mirar, porque no trae a los amigos esperados. En cambio, en los ojos de Heidi brillaba la clara alegría, y llena de gratitud y amor seguía sujetando el brazo de su buen amigo.

Con ternura paternal, el doctor tomó a la niña de la mano. — Ven, Heidi — dijo con la mayor amabilidad —, llévame ahora donde tu abuelo y enseñame dónde vives.

Pero Heidi se quedó de pie y miró la ladera con extrañeza.

— ¿Y dónde están Clara y la abuelita? — preguntó ahora.

— Sí, ahora tengo que decirte algo que te dará pena como a mí también — respondió el doctor —. Mira, Heidi, vengo solo. Clara estaba muy enferma y ya no podía viajar, y por eso la abuelita tampoco vino. Pero en la próxima primavera, cuando los días vuelvan a ser cálidos y largos, vendrán con toda seguridad.

Heidi se quedó muy consternada; no podía comprender que todo lo que había visto tan seguro ante sí de pronto ya no lo fuera a ver. Se quedó inmóvil un rato, como aturdida por lo inesperado. El doctor estaba silencioso delante de ella, y alrededor todo era quietud; solo desde lo alto se oía el viento silbar entre los abetos. Entonces se le ocurrió de pronto a Heidi por qué había bajado corriendo y que el doctor había venido de verdad. Le miró. Había en los ojos que la miraban desde arriba una tristeza tan profun-

da como no había visto nunca. Así no había sido nunca el doctor cuando la miraba en Fráncfort. Aquello le llegó al corazón a Heidi; no podía ver que nadie estuviese triste, y encima el buen doctor. Sin duda estaba así porque Clara y la abuelita no habían podido venir. Buscó rápidamente un consuelo y lo encontró.

—Oh, estoy segura de que no tardará mucho en ser primavera otra vez, y entonces vendrán sin falta —consoló Heidi—. Con nosotros no dura nunca mucho, y entonces pueden quedarse mucho más tiempo; eso seguro que Clara lo prefiere. Y ahora vamos a subir donde el abuelo.

Y tomando de la mano a su buen amigo subió hasta la cabaña. A Heidi le importaba tanto que el doctor volviera a estar alegre que empezó a convencerle otra vez de que era tan poco el tiempo que quedaba en la montaña hasta que volvieran los largos y cálidos días de verano que apenas se notaba, y con esto la misma Heidi se convenció tanto de su propio consuelo que llegó arriba y le gritó al abuelo con toda alegría:

—¡Todavía no están aquí, pero no tardará nada en que vengan también!

Para el abuelo, el doctor no era un desconocido; la niña había hablado tanto de él. El viejo tendió la mano a su huésped y le dio la bienvenida con cordialidad. Luego los hombres se sentaron en el banco junto a la cabaña. A Heidi también se le hizo un sitio, y el doctor le hizo una señal amistosa para que se sentase a su lado. Entonces empezó a contarles cómo el señor Sesemann le había animado a emprender el viaje, y cómo él mismo había considerado que podría hacerle bien, pues hacía mucho tiempo que no se sentía del todo vigoroso y descansado. A Heidi le dijo al oído que pronto subiría por la ladera algo que había viajado desde Fráncfort con él y que le causaría una alegría mucho mayor que la del viejo doctor. Heidi tenía muchas ganas de saber qué podría ser aquello. El abuelo animó mucho al doctor a pasar los hermosos días otoñales en la montaña o al menos a subir cada día de sol, pues quedarse allí arriba no podía invitarle el Tío de los Alpes, ya que no había posibilidad de alojar al caballero. Pero le aconsejó a su huésped que no volviese hasta Ragaz, sino que tomase habitación abajo en la aldea, donde encontraría en la posada del lugar una estancia sencilla pero perfectamente decente. Así podría el doctor subir a la montaña cada mañana, lo cual le sentaría bien, opinaba el Tío, y además se ofrecía con gusto a llevar al caballero a toda clase de parajes más arriba en las mon-

tañas, donde disfrutaría de la vista. Al doctor le agradó mucho toda la propuesta, y se acordó que se llevaría a cabo.

Entre tanto el sol había llegado al mediodía; el viento hacía mucho que había amainado, y los abetos estaban completamente quietos. El aire era para aquella altura todavía suave y apacible y susurraba una frescura refrescante alrededor del banco bañado de sol.

Entonces el Tío de los Alpes se levantó y entró en la cabaña, pero volvió enseguida trayendo una mesa que colocó ante el banco.

—Vamos, Heidi, trae ahora lo que necesitamos para comer —dijo—. El caballero tendrá que conformarse; nuestra cocina es sencilla, pero el comedor no está mal.

—Eso digo yo también —respondió el doctor, mirando el valle bañado de sol—, y acepto la invitación; aquí arriba tiene que saber bien.

Heidi fue de un lado a otro como una comadreja y fue trayendo cuanto encontró en el armario de dentro, pues poder agasajar al doctor era para ella una alegría inmensa. El abuelo preparó mientras tanto la comida y salió luego con el humeante cántaro de leche y el dorado queso asado. Luego cortó hermosas y finas lonchas transparentes de la carne rosada que había curado allí arriba al aire limpio. Al doctor le supo su almuerzo mejor que ninguno en todo el año.

—Sí, sí, aquí tiene que venir nuestra Clara —dijo ahora—. Aquí cobrará unas fuerzas completamente nuevas, y si come una temporada como yo hoy, se pondrá rolliza y fuerte como no lo ha sido en su vida.

Entonces subió por la ladera uno que cargaba un gran fardo a la espalda. Cuando llegó arriba junto a la cabaña, dejó caer su carga al suelo y respiró unos buenos sorbos de fresco aire de montaña.

—¡Ah, aquí llega lo que viajó conmigo desde Fráncfort! —dijo el doctor levantándose, y llevándose consigo a Heidi, se acercó al fardo y empezó a desatarlo. Cuando la primera cubierta pesada quedó retirada, dijo:

—Vamos, niña, sigue tú y saca tú misma tus tesoros.

Heidi lo hizo así, y cuando todo quedó desplegado sobre la mesa, contempló los objetos con los ojos muy abiertos y llenos de asombro. Sólo cuando el doctor se acercó de nuevo y levantó la tapa de la gran caja, di-

ciéndole a Heidi con aire significativo: «Mira lo que recibe la abuela para el café», Heidi lanzó un grito de júbilo: «¡Oh! ¡Oh! ¡Ahora la abuela podrá comer por fin unos bollos riquísimos!»; y se puso a dar vueltas alrededor de la caja, queriendo recogerlo todo en el acto y correr con ello junto a la abuela. Pero el abuelo dijo que hacia el atardecer bajarían todos juntos a acompañar al doctor y llevarían las cosas. Entonces Heidi encontró también la bonita bolsita de tabaco y la trajo enseguida al abuelo. A éste le agradó mucho. Llenó la pipa al momento, y los dos hombres se sentaron en el banco, echando grandes nubes de humo y charlando de mil cosas, mientras Heidi iba y venía de un tesoro a otro. De pronto volvió al banco, se plantó delante del visitante, y en cuanto hubo un momento de silencio en la conversación, dijo con toda claridad:

—No, ningún regalo me ha dado más alegría que el viejo doctor.

Los dos hombres no pudieron contener la risa, y el doctor dijo que jamás lo hubiera imaginado.

Cuando el sol estuvo a punto de ocultarse a medias detrás de las montañas, el visitante se levantó para emprender el camino de vuelta a la aldea, donde pensaba alojarse. El abuelo cogió bajo el brazo la caja de bollos, el gran embutido y el pañuelo; el doctor tomó a Heidi de la mano, y así emprendieron el descenso por la montaña hasta la cabaña de Pedro. Allí Heidi debía despedirse y esperaba dentro junto a la abuela hasta que el abuelo volviese a buscarlo, pues quería acompañar al huésped hasta la aldea. Cuando el doctor tendió la mano a Heidi para despedirse, éste le preguntó:

—¿No querría usted quizás subir mañana con las cabras al pasto?

Pues eso era lo más hermoso que Heidi conocía.

—Trato hecho, Heidi —respondió él—. Iremos juntos.

Los hombres siguieron su camino, y Heidi entró en la cabaña de la abuela. Primero arrastró con gran esfuerzo la caja de bollos; luego tuvo que salir otra vez a buscar el embutido, porque el abuelo lo había dejado todo junto a la puerta. Después volvió a salir a buscar el gran pañuelo. Lo fue acercando todo cuanto pudo a la abuela, para que ella pudiese tocarlo bien y supiera qué era. El pañuelo le puso sobre las rodillas.

—Todo viene de Fráncfort, de Clara y de la abuelita —explicó a la muy asombrada abuela y a la atónita Brígida, a quien la sorpresa había calado

tan hondo en el cuerpo que se había quedado inmóvil, mirando cómo Heidi arrastraba con enorme esfuerzo los pesados objetos hacia dentro y lo extendía todo ante sus ojos.

—¿A que los bollos te alegran una barbaridad, abuela? ¡Mira qué blandos son! —exclamaba Heidi una y otra vez, y la abuela confirmaba:

—Sí, sí, por supuesto, Heidi, ¡qué buena gente!

Luego pasaba la mano sobre el cálido y suave pañuelo y decía:

—Pero esto es algo maravilloso para el frío invierno. Es tan espléndido que jamás habría creído poder llegar a tenerlo en vida.

A Heidi le costaba mucho entender que la abuela pudiera alegrarse más con el pañuelo gris que con los bollos. Brígida no quitaba ojo al embutido que había sobre la mesa, y lo miraba casi con veneración. En toda su vida había visto un embutido tan enorme, y ahora iba a ser suyo e incluso podría cortarlo algún día; aquello le parecía increíble. Sacudió la cabeza y dijo tímidamente:

—Habrá que preguntarle aún al Tío de los Alpes qué intención tiene con esto.

Pero Heidi dijo sin la menor duda:

—Está para comerlo, y no hay más que hablar.

En ese momento entró Pedro dando tumbos:

—El Tío de los Alpes viene detrás de mí y Heidi debe...

No pudo seguir. Sus ojos habían caído sobre la mesa donde estaba el embutido, y la visión le había trastornado tanto que no encontraba ni una palabra más. Pero Heidi ya había entendido lo que iba a decir, y dio enseguida la mano a la abuela. El abuelo, si bien nunca pasaba ya por la cabaña sin asomarse un momento a saludar a la abuela —a quien siempre alegraba oír sus pasos, pues él tenía siempre una palabra animosa para ella—, aquella noche se le había hecho tarde para Heidi, que todas las mañanas estaba fuera desde que salía el sol. El abuelo dijo: «La niña necesita dormir», y en eso se quedó. Así que sólo asomó a la puerta abierta para desear buenas noches a la abuela, tomó de la mano a Heidi, que ya corría hacia él, y los dos caminaron bajo el cielo estrellado hacia su tranquila cabaña.

CAPÍTULO 3. UN DESQUITE

A la mañana siguiente, bien temprano, el doctor subió desde la aldea por la montaña en compañía de Pedro y sus cabras. El amable señor intentó varias veces entablar conversación con el cabrero, pero no lo consiguió; a lo sumo arrancaba de él, como respuesta a sus preguntas, palabras vagas de una sola sílaba. Pedro no se dejaba meter en conversación fácilmente. Así que toda la comitiva caminó en silencio hasta la cabaña del monte, donde Heidi los esperaba ya con sus dos cabras, los tres tan alegres y frescos como el sol de la mañana sobre todas las cumbres.

—¿Vienes? —preguntó Pedro, pues ése era el pensamiento que expresaba cada mañana, ya como pregunta, ya como invitación.

—Claro que sí, si el doctor viene también —respondió Heidi.

Pedro miró al señor de reojo.

En ese momento se acercó el abuelo con la bolsa del almuerzo en la mano. Primero saludó al doctor con toda deferencia; luego se fue hacia Pedro y le colgó la bolsa al hombro.

Pesaba más de lo habitual, porque el Tío de los Alpes había metido dentro un buen trozo de esa carne rojiza tan apetecible. Había pensado que quizás al doctor le gustaría comer ahí arriba en el pasto y que se quedaría a almorzar con los niños. Pedro sonrió casi de oreja a oreja, pues intuía que dentro había algo fuera de lo corriente.

Emprendieron entonces el ascenso. Heidi se vio completamente rodeado de sus cabras; cada una quería estar lo más cerca posible de él y empujaba un poco a las demás. Así estuvo un buen rato arrastrado en medio del rebaño. Pero entonces se detuvo y dijo con tono de advertencia: «Ahora tenéis

que correr bien adelante, pero no volver siempre a empujarme ni a darme topetazos. Tengo que caminar un rato con el doctor.» Luego le dio una palmadita cariñosa en el lomo a la Saltanieve, que era la que siempre se mantenía más cerca de él, y le encargó especialmente que fuera bien obediente. Entonces se abrió paso entre el rebaño y caminó junto al doctor, que en seguida le cogió la mano con firmeza. Ahora no tuvo que esforzarse en buscar conversación como antes, porque Heidi empezó a hablar en seguida y tenía tanto que contarle acerca de las cabras, de sus extrañas ocurrencias, de las flores de arriba y de las rocas y los pájaros, que el tiempo pasó sin sentirlo y llegaron a la pradera casi sin darse cuenta. Pedro, durante el ascenso, había lanzado varias veces miradas de reojo al doctor que habrían podido asustar a cualquiera; por suerte, éste no las vio.

Una vez arriba, Heidi llevó a su buen amigo al lugar más hermoso, donde siempre iba a sentarse y a mirar a su alrededor, pues era el que más le gustaba. Lo hizo como de costumbre, y el doctor se sentó junto a Heidi en la soleada hierba de la pradera. A su alrededor resplandecía el dorado día de otoño sobre las alturas y el vasto valle verde. Desde los pastos de más abajo subían por todas partes los cencerros del ganado, tan dulces y sosegados que parecían tocar a paz en toda la redonda. En el gran campo de nieve de enfrente centelleaban y parpadeaban los rayos dorados del sol, y el gris Falknis alzaba sus torres de roca con la majestad de siempre hacia el cielo azul oscuro. La brisa mañanera soplaba suave y deliciosa sobre la montaña y mecía apenas los últimos campanillazos azules que quedaban de la gran multitud del verano y que todavía balanceaban sus cabecitas al calor del sol. Por encima volaba el gran ave rapaz trazando amplios círculos, pero hoy no graznaba. Con las alas desplegadas, flotaba en calma por el azul y lo pasaba bien. Heidi miraba en todas direcciones. Las alegres flores que se mecían, el cielo azul, el sol risueño, el ave contenta en el aire: todo era tan hermoso, tan hermoso. Los ojos de Heidi brillaban de alegría. Entonces miró a su amigo para ver si él también estaba viendo todo aquello tan bello. El doctor había estado hasta entonces contemplando en silencio y pensativo cuanto le rodeaba. Cuando encontró los ojos radiantes de alegría del niño, dijo:

—Sí, Heidi, aquí podría ser hermoso. Pero ¿qué te parece? Si alguien trajera aquí un corazón triste, ¿qué tendría que hacer para poder gozar de todo lo bello que le rodea?

— ¡Oh, oh! — exclamó Heidi con mucha alegría—. Aquí no se tiene nunca el corazón triste; eso sólo pasa en Fráncfort.

El doctor sonrió un poco, pero aquello pasó deprisa. Luego dijo de nuevo:

— Y si alguien viniera y trajera aquí consigo todo lo triste de Fráncfort, Heidi, ¿sabes tú entonces algo que pudiera ayudarlo?

— Hay que contárselo todo al buen Dios cuando ya no se sabe qué hacer — dijo Heidi con toda confianza.

— Sí, ése es un buen pensamiento, pequeña — observó el doctor—. Pero si el motivo de su tristeza viniera de él mismo, de algo que le hace sentir tan desdichado, ¿qué podría decirle entonces al buen Dios?

Heidi tuvo que pensar en qué podría hacerse en ese caso; pero confiaba plenamente en que para toda tristeza se podía encontrar ayuda en el buen Dios. Buscó la respuesta en sus propias experiencias.

— Entonces hay que esperar — dijo al cabo de un momento, con seguridad—, y pensar siempre: el buen Dios ya sabe algo alegre que luego saldrá de lo otro; sólo hay que estar quieto un poco y no salir huyendo. Y de repente todo se pone de tal manera que uno puede ver claramente que el buen Dios no había tenido otra intención que la de hacer el bien; pero como antes no se podía ver eso, sino sólo lo que era terriblemente triste, uno piensa que va a quedar siempre así.

— Ésa es una hermosa fe; debes conservarla, Heidi — dijo el doctor. Se quedó un buen rato mirando en silencio las imponentes montañas y el verde valle iluminado por el sol, y luego volvió a decir:

— Mira, Heidi: podría haber alguien sentado aquí con una gran sombra sobre los ojos, de modo que no pudiera absorber nada de lo bello que le rodea. Entonces el corazón bien podría ponerse triste aquí, doblemente triste, precisamente donde podría ser tan hermoso. ¿Puedes entender eso?

Entonces algo doloroso penetró en el corazón alegre de Heidi. La gran sombra sobre los ojos le trajo a la memoria a la abuela, que nunca más podría ver el sol brillante ni todo lo hermoso de allá arriba. Era un dolor en el corazón de Heidi que siempre volvía a despertar en cuanto la cosa le venía a

la conciencia. Se quedó en silencio un momento, porque la pena le había alcanzado de lleno en medio de su alegría. Luego dijo con seriedad:

—Sí, eso sí que puedo entenderlo. Pero sé algo: entonces hay que recitar los versos de la abuela, que a uno le aclaran el corazón un poco, y a veces tanto que uno se pone del todo alegre. Eso dijo la abuela.

—¿Qué versos, Heidi? —preguntó el doctor.

—Sólo me sé los de la abuela que le son más queridos, porque siempre me los hace leer tres veces: uno habla del sol y del hermoso jardín, y luego los del poema largo —respondió Heidi.

—Entonces dime esos versos, que yo también quiero escucharlos —y el doctor se acomodó para escuchar con atención.

Heidi juntó las manos y se recogió un momento:

—¿Empiezo por donde dice la abuela que a uno le vuelve la confianza al corazón?

El doctor asintió con la cabeza.

Entonces Heidi comenzó:

«A Él deja gobernar, que es un sabio Señor, y sabrá disponer de modo que has de asombrarte, cuando Él, como le cumple, con consejo admirable, haya llevado a término la obra que te afligió.

Bien que por algún tiempo su consuelo demore y haga de su parte como si en su corazón ya te hubiese olvidado, como si debieras siempre en angustia y pena estar, como si nada le importaras.

Pero cuando llegue el día en que fiel Le hayas guardado, te habrá de levantar cuando menos lo hayas creído. Librará tu corazón de tan pesada carga, que has llevado sin haber causado ningún mal.»

Heidi se detuvo de repente, pues no estaba segura de que el doctor siguiera escuchando. Éste se había llevado la mano a los ojos y permanecía inmóvil. Heidi pensó que quizá se había quedado un poco dormido; si despertaba y quería escuchar más versos, ya lo diría. Ahora todo estaba en silencio. El doctor no decía nada, pero tampoco dormía. Le había transportado a un tiempo muy lejano. Estaba de pie, de pequeño, junto al sillón de su querida madre; ella le había rodeado el cuello con el brazo y le recitaba

aquel poema que acababa de escuchar de labios de Heidi y que hacía tanto tiempo que no oía. Ahora volvía a escuchar la voz de su madre y veía sus buenos ojos posarse en él con tanto amor, y cuando las palabras del poema se fueron apagando, siguió oyendo aquella voz amable que le decía otras palabras más. Tenía que escucharlas de buen grado y seguirlas mucho camino adentro en sus pensamientos, pues aún largo rato estuvo sentado así, con el rostro entre las manos, en silencio e inmóvil. Cuando al fin se incorporó, vio que Heidi le miraba con sorpresa. Tomó la mano del niño entre las suyas.

—Heidi, tu poema era hermoso —dijo, y su voz sonó más alegre de lo que había sonado hasta entonces—. Volveremos a venir aquí, y entonces me lo recitarás de nuevo.

Durante todo ese tiempo, Pedro había tenido bastante que hacer dando rienda suelta a su enfado. Hacía muchos días que Heidi no había subido al pasto, y ahora que por fin había subido, el viejo señor estaba sentado a su lado todo el rato, y Pedro no podía acercarse para nada a Heidi. Eso le molestaba muchísimo. Se colocó a cierta distancia detrás del señor, que no podía verle, y allí hizo primero un gran puño y lo blandió amenazante en el aire; y al cabo de un rato hizo dos puños, y cuanto más tiempo seguía Heidi sentado junto al señor, más espantosamente apretaba Pedro sus puños y más alto y amenazante los alzaba en el aire a espaldas del amenazado.

Mientras tanto, el sol había llegado a la posición en que toca comer al mediodía; eso lo conocía Pedro muy bien. De repente gritó con todas sus fuerzas hacia los dos:

—¡Hay que comer!

Heidi se levantó y quiso ir a buscar la bolsa para que el doctor pudiera almorzar en el sitio donde estaba sentado. Pero éste dijo que no tenía hambre, que sólo quería beber un vaso de leche, y que luego le gustaría pasear un poco por la montaña y subir algo más arriba. Entonces a Heidi le pareció que tampoco tenía hambre y que sólo quería leche también, y que luego llevaría al doctor hasta las grandes piedras cubiertas de musgo, muy arriba, donde el jilguero había estado a punto de caer una vez, y donde crecían todas esas hierbas aromáticas. Corrió hacia Pedro y le explicó todo, y que primero tenía que ordeñar a Copo de Nieve para traerle una escudilla de

leche al doctor, y luego otra que él quería para sí. Pedro miró a Heidi un buen rato con asombro y luego preguntó:

—¿Y quién se queda con lo que hay en la bolsa?

—Eso puedes quedártelo tú, pero primero la leche, y de prisa —fue la respuesta de Heidi.

Jamás en su vida había completado Pedro una tarea tan rápidamente como aquélla, pues tenía la bolsa siempre ante los ojos y aún no sabía qué aspecto tendría lo que había dentro y que era suyo. En cuanto los otros dos estuvieron tranquilamente bebiendo su leche, Pedro abrió la bolsa y echó un vistazo dentro. Al ver aquel maravilloso trozo de carne, le recorrió un escalofrío de alegría por todo el cuerpo, y echó otro vistazo para cerciorarse de que era verdad. Luego metió la mano en la bolsa para sacar el preciado regalo y disfrutarlo. Pero de repente retiró la mano, como si no tuviera derecho a cogerlo. A Pedro le había venido a la mente cómo había estado allí detrás del señor, amenazándole con los puños, y ahora ese mismo señor le regalaba su incomparable almuerzo entero. En ese momento, Pedro se arrepintió de lo que había hecho, pues le parecía que aquello le impedía sacar su bonito regalo y disfrutarlo. De repente se puso en pie de un salto y corrió de vuelta al lugar donde había estado plantado. Allí extendió bien abiertas las dos manos en el aire, en señal de que lo de los puños ya no valía, y así se quedó un buen rato, hasta que sintió que el asunto estaba ya restablecido. Entonces volvió de un brinco a la bolsa, y ahora, con la conciencia tranquila, pudo hincarle el diente a su incomparablemente sabroso almuerzo con toda la satisfacción del mundo.

El doctor y Heidi habían paseado juntos mucho rato y habían tenido una conversación muy agradable. Pero entonces el señor consideró que ya era hora de regresar, y pensó que el niño querría quedarse un poco más con sus cabras. Pero eso no se le pasó por la cabeza a Heidi, porque entonces el doctor tendría que bajar solo por toda la montaña. Quería acompañarle sin falta hasta la cabaña del abuelo, y aun un poco más allá. Fue todo el camino de la mano de su buen amigo y no dejó de contarle cosas y de mostrarle todos los lugares donde más les gustaba pastar a las cabras, y donde en verano había más rosetillas doradas del prado y centaura roja y otras flores más. Ahora las sabía nombrar todas, pues el abuelo le había enseñado sus nombres durante el verano, tal como él las conocía. Pero al final el doctor dijo

que debía volver. Se despidieron, y el señor bajó por la montaña, aunque se volvía de vez en cuando. Entonces veía a Heidi siempre en el mismo sitio, mirándole y despidiéndose con la mano. Así lo había hecho su propia y querida hijita cuando él se iba de casa.

Fue un claro y soleado mes de otoño. Cada mañana subía el doctor a la montaña, y entonces se iba en seguida de excursión a algún lugar hermoso. Con frecuencia salía con el Tío de los Alpes, subiendo bien arriba entre las rocas, donde los viejos pinos curtidos por las tormentas inclinaban sus copas y el gran pájaro debía de tener allí cerca su morada, pues a veces pasaba zumbando y graznando muy cerca de las cabezas de los dos hombres. El doctor encontraba en la conversación de su acompañante un gran placer, y cada vez le sorprendía más cuánto conocía el Tío de los Alpes todas las hierbecillas que crecían por su montaña, para qué servían, y cuántas cosas valiosas y buenas sabía encontrar allá arriba: en los pinos resinosos y en los oscuros abetos de agujas perfumadas, en el musgo rizado que brotaba entre las viejas raíces de los árboles, y en todas las finas planticas y las florecillas insignificantes que todavía brotaban bien arriba del robusto suelo alpino.

Con la misma exactitud conocía el viejo el carácter y las costumbres de todos los animales de allá arriba, grandes y pequeños, y sabía contarle al doctor cosas muy curiosas sobre el modo de vivir de los habitantes de las grietas de las rocas, las madrigueras en la tierra y las copas altas de los pinos.

Al doctor se le pasaba el tiempo en esas excursiones sin saber cómo, y muchas veces, cuando al atardecer estrechaba con afecto la mano del Tío de los Alpes para despedirse, tenía que decirle de nuevo:

—Buen amigo, nunca me voy de su lado sin haber aprendido algo nuevo.

Pero muchos días, y por lo general los más hermosos, el doctor prefería salir con Heidi. Entonces se sentaban a menudo juntos en el hermoso saliente de la montaña donde habían estado el primer día, y Heidi tenía que recitarle sus versos de nuevo y contarle todo lo que sabía. Pedro solía estar sentado detrás de ellos en su puesto, pero ahora estaba completamente manso y jamás volvía a amenazar con los puños.

Así llegó a su fin el hermoso mes de septiembre. Un día llegó el doctor por la mañana y no tenía el semblante alegre de siempre. Dijo que era su úl-

timo día y que debía regresar a Fráncfort; aquello le costaba mucho, pues había llegado a querer la montaña como si fuera su hogar. Al Tío de los Alpes la noticia le apeló mucho, pues también él había disfrutado enormemente de la compañía del doctor, y Heidi estaba tan acostumbrado a ver cada día a su cariñoso amigo que no podía comprender de ningún modo cómo aquello iba a acabar de repente. Le miró con asombro y perplejidad. Pero era verdad. El doctor se despidió del abuelo, y luego preguntó si Heidi le acompañaría un trecho. Heidi fue de su mano montaña abajo, aunque aún no acababa de comprender que se marchara del todo.

Al cabo de un rato, el doctor se detuvo y dijo que Heidi ya había venido bastante lejos y que debía volver. Pasó varias veces con ternura la mano por los rizos del niño y dijo:

— Ahora tengo que irme, Heidi. ¡Si pudiera llevarte conmigo a Fráncfort y tenerte a mi lado!

De repente se presentó ante los ojos de Heidi todo Fráncfort: las casas interminables y las calles de piedra, y también la señorita Rottenmeier y Tinette, y respondió un poco tímidamente:

— Yo preferiría que usted volviese a visitarnos.

— Sí, así será mejor. Adiós, Heidi — dijo el doctor amablemente, y le tendió la mano. El niño puso la suya en ella y miró hacia el que se marchaba. Los buenos ojos que le miraban desde arriba se llenaron de lágrimas. Entonces el doctor se volvió rápidamente y bajó a toda prisa por la montaña.

Heidi se quedó de pie sin moverse. Los ojos bondadosos y las lágrimas que había visto en ellos trabajaban con fuerza en su corazón. De repente rompió a llorar en voz alta, y con todas sus fuerzas echó a correr tras el que se alejaba y llamó, con la voz entrecortada por los sollozos y a pleno pulmón:

— ¡Señor doctor! ¡Señor doctor!

Él se volvió y se detuvo.

El niño le había alcanzado ya. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras sollozaba:

—Quiero irme ahora mismo con usted a Fráncfort y quedarme con usted todo el tiempo que quiera; sólo tengo que decírselo un momento al abuelo.

El doctor acarició con calma al niño, que estaba muy agitado.

—No, mi querida Heidi —dijo con el tono más afectuoso—, no ahora mismo; tienes que quedarte aún bajo los pinos, si no podrías volver a enfermar. Pero ven, quiero preguntarte algo: si alguna vez estoy enfermo y solo, ¿vendrás a mi lado y te quedarás conmigo? ¿Puedo pensar que habrá alguien que se preocupe por mí y quiera tenerme cariño?

—Sí, sí, entonces vendré seguro, ese mismo día, y usted me importa casi tanto como el abuelo —aseguró Heidi entre sollozos continuos.

Entonces el doctor le apretó la mano una vez más, luego reanudó su camino a paso rápido. Pero Heidi se quedó en el mismo sitio y le fue diciendo adiós con la mano una y otra vez, todo el tiempo que pudo distinguir un puntito del señor que se alejaba. Cuando éste se volvió por última vez y miró hacia atrás, hacia Heidi que le saludaba con la mano y hacia la montaña soleada, dijo en voz baja para sí:

—Allí arriba se está bien; allí pueden sanar el cuerpo y el alma, y uno vuelve a ser feliz con su vida.

CAPÍTULO 4. EL INVIERNO EN LA ALDEA

En torno a la cabaña de la montaña, la nieve era tan alta que parecía que las ventanas estuvieran al ras del suelo, pues por debajo no se veía nada en absoluto de toda la cabaña, y la puerta de entrada había desaparecido por completo. Si el Tío de los Alpes hubiera seguido allí arriba, hubiera tenido que hacer lo mismo que Pedro hacía cada día, porque de ordinario había vuelto a nevar durante la noche. Cada mañana, Pedro tenía que saltar por la ventana de la cocina, y si no hacía tanto frío que todo se hubiera helado durante la noche, se hundía tan hondo en la nieve blanda que tenía que golpear y revolver con manos, pies y cabeza a todos lados hasta lograr abrirse paso. Luego su madre le tendía la gran escoba por la ventana, y con ella Pedro apretaba y rascaba la nieve delante de sí hasta llegar a la puerta. Allí le esperaba una gran faena, pues había que despejar toda la nieve, porque si todavía estaba blanda y se abría la puerta, toda la gran masa podía caer dentro de la cocina; o bien helaba, y entonces quedaban todos completamente tapiados dentro, pues a través de ese bloque de hielo no había manera de pasar, y por la pequeña ventana sólo podía colarse Pedro. Cuando llegaba el tiempo de las heladas, ello le traía muchas comodidades. Cuando tenía que bajar a la aldea, sólo abría la ventana, se deslizaba por ella y llegaba al exterior al nivel del firme campo de nieve. Entonces su madre le pasaba el trineo pequeño por la ventana, y Pedro no tenía más que montarse y lanzarse cuesta abajo como quisiera y por donde quisiera; de todas formas llegaría abajo, pues toda la montaña era en ese tiempo un único e interminable camino de trineo.

El Tío de los Alpes no había pasado el invierno en la montaña; había cumplido su palabra. En cuanto cayó la primera nieve, había cerrado con llave la cabaña y el establo, y había bajado con Heidi y las cabras a la aldea.

Allí, cerca de la iglesia y la casa del párroco, había una amplia mansión en ruinas que en tiempos pasados había sido una gran casa señorial, cosa que aún podía apreciarse en muchos lugares, aunque ahora el edificio estaba en todas partes total o parcialmente derruido. En ella había vivido en otro tiempo un valiente soldado que había entrado al servicio de España, donde realizó hazañas valerosas y amasó grandes riquezas. Luego regresó a la aldea y con su botín levantó una espléndida casa en la que quiso vivir. Pero no tardó mucho en que el silencioso pueblo se le hiciera insoportable de aburrimiento, pues había vivido demasiado tiempo en el bullicioso mundo. Volvió a marcharse y no regresó jamás. Cuando, al cabo de muchísimos años, se supo con certeza que había muerto, un pariente lejano del valle se hizo cargo de la casa, pero ya estaba en ruinas, y el nuevo dueño no quiso reconstruirla. Así, gente pobre se instaló en la casa pagando poco, y cuando caía algún trozo del edificio, lo dejaban estar. Desde entonces habían pasado muchos más años. Ya cuando el Tío de los Alpes llegó allí con su joven hijo Tobías, había ocupado la casa en ruinas y vivido en ella. Desde entonces había estado la mayor parte del tiempo vacía, pues quien no sabía anticiparse a la decadencia y tapar los agujeros y grietas a medida que iban apareciendo de alguna manera, no podía quedarse. El invierno allá arriba en la aldea era largo y frío. El viento y las corrientes de aire penetraban por todas partes en las estancias, apagaban las luces y hacían temblar de frío a los pobres habitantes. Pero el Tío de los Alpes sabía arreglárselas. Nada más tomar la decisión de pasar el invierno en la aldea, había vuelto a hacerse cargo de la vieja casa y había bajado varias veces durante el otoño para acondicionarlo todo como a él le gustaba. A mediados del mes de octubre había bajado con Heidi.

Si uno llegaba a la casa por detrás, entraba directamente en un espacio abierto: a un lado se había derrumbado toda la pared, y al otro, la mitad. Por encima de ésta todavía se veía un ventanal en arco, pero hacía tiempo que el cristal había desaparecido, y una gruesa hiedra lo cubría enredándose hasta el techo, que aún se conservaba a medias. Aquél estaba bellamente abovedado, y bien se podía ver que había sido la capilla. Sin puerta alguna se pasaba a una gran sala, donde aquí y allá quedaban todavía hermosas losas de piedra en el suelo, entre las que brotaba el césped espeso. Las paredes estaban también todas a medias derruidas, y grandes pedazos del techo también; y si no hubieran sido unos cuantos pilares gruesos que sostenían aún un trozo sólido de la bóveda, uno habría pensado que ésta podía desplo-

marse en cualquier momento sobre las cabezas de quienes estuvieran debajo. Aquí el Tío de los Alpes había levantado un tabique de tablones por todo alrededor y había cubierto el suelo con un grueso lecho de paja, pues allí, en la vieja sala, habían de alojarse las cabras. Luego se pasaba por toda clase de pasillos, siempre a medio abrir, de modo que unas veces asomaba el cielo y otras el prado y el camino de fuera. Pero al principio del todo, donde la pesada puerta de roble seguía colgando firme de sus goznes, se entraba en una gran estancia espaciosa que aún estaba en buen estado. Tenía sus cuatro paredes sólidas con el oscuro entablado de madera sin ninguna grieta, y en un rincón se alzaba un horno enorme que llegaba casi hasta el techo; sobre las baldosas blancas había pintadas grandes imágenes en azul. Se veían viejas torres con altos árboles a su alrededor, y bajo los árboles caminaba un cazador con sus perros. Luego había un lago tranquilo bajo robles de amplia sombra, y un pescador junto a él tendía su caña lejos hacia el agua. Alrededor de todo el horno corría un banco, de modo que uno podía sentarse allí mismo y estudiar las imágenes. A Heidi le gustó aquello en seguida. En cuanto entró con el abuelo en la estancia, corrió hacia el horno, se sentó en el banco y empezó a contemplar las imágenes. Pero mientras iba deslizándose por el banco hasta llegar detrás del horno, una nueva visión acaparó toda su atención: en el espacio bastante grande entre el horno y la pared había cuatro tablones puestos como para guardar manzanas. Pero dentro no había manzanas; había, inconfundiblemente, la cama de Heidi, exactamente igual a como había sido arriba en la cabaña de la montaña: un alto colchón de heno con la sábana y el saco como manta encima. Heidi lanzó un grito de alegría:

— ¡Oh, abuelo, aquí está mi cuarto! ¡Qué bonito! ¿Y tú dónde dormirás?

— Tu cuarto tiene que estar cerca del horno, para que no pases frío — dijo el abuelo—. El mío también puedes verlo.

Heidi dio un salto por la amplia estancia siguiendo al abuelo, que abrió una puerta al otro lado que daba a un pequeño cuarto donde el abuelo había instalado su cama. Pero había otra puerta más. Heidi la abrió de un tirón y se quedó parado muy asombrado, pues allí se veía una especie de cocina tan enormemente grande como no había visto en su vida ninguna. El abuelo había tenido mucho trabajo allí, y aún quedaba bastante por hacer, pues había agujeros y anchas grietas en las paredes por todos lados por donde silbaba el viento; sin embargo, ya habían sido claveteados con tablas de

madera tantos que parecía como si hubiera pequeños armarios de madera empotrados por todas partes en la pared. También la gran puerta antiquísima había sabido el abuelo sujetarla de nuevo con muchos alambres y clavos para que pudiera cerrarse, lo cual era importante, pues tras ella todo daba a ruinas derruidas donde brotaba espeso matorral y enjambres de escarabajos y lagartijas tenían sus viviendas.

A Heidi le gustó bien la nueva morada, y ya al día siguiente, cuando vino Pedro a ver cómo era aquello, Heidi había explorado con tanta minuciosidad todos los rincones y escondrijos que estaba completamente en su casa y podía llevar a Pedro por todas partes. Y no le dejó en paz hasta que hubo examinado bien a fondo todas las cosas curiosas que contenía el nuevo domicilio.

Heidi dormía de maravilla en su rincón junto al horno, pero por las mañanas siempre le parecía que debería despertar en la montaña y que tenía que abrir en seguida la puerta de la cabaña para ver si los pinos no crujían por la nieve alta y pesada que les cargaba los ramos hacia abajo. Así que cada mañana tardaba mucho en mirar de un lado a otro antes de poder recordar dónde estaba, y cada vez sentía algo que le oprimía y pesaba en el corazón cuando veía que no estaba en casa, en la montaña. Pero cuando oía al abuelo hablar fuera con Copo de Nieve y Osita, y las cabras balaban tan alegres como si le llamaran: «¡Vamos, Heidi, ven ya!», entonces comprendía que sí estaba en casa, y saltaba contento de su cama para salir en seguida al gran establo de las cabras. Pero al cuarto día dijo Heidi con aire de preocupación:

—Hoy tengo que subir sin falta a ver a la abuela; no puede estar tanto tiempo sola.

Pero el abuelo no estuvo de acuerdo.

—Hoy no, y mañana tampoco —dijo—. La nieve en la montaña llega a la altura de una persona, y sigue nevando sin parar; apenas puede abrirse paso el robusto Pedro. Una pequeña como tú, Heidi, quedaría enterrada y cubierta en el acto y no habría quien te encontrara. Espera un poco, hasta que hiele; entonces podrás subir cómodamente por la costra de nieve.

La espera fue al principio un poco dura para Heidi. Pero los días estaban tan llenos de trabajo que uno pasaba sin sentirlo y llegaba el siguiente. Cada

mañana y cada tarde iba Heidi a la escuela de la aldea y aprendía con mucho ahínco todo lo que había que aprender. A Pedro, en cambio, casi nunca lo veía en la escuela, pues la mayoría de las veces no venía. El maestro era un hombre afable que sólo decía de vez en cuando: «Me parece que Pedro vuelve a no estar. La escuela le vendría bien; pero hay mucha nieve allá arriba, seguramente no puede abrirse paso.» Pero hacia el atardecer, cuando salía la escuela, Pedro solía aparecer y hacía su visita a Heidi.

Al cabo de unos días volvió a salir el sol y lanzó sus rayos sobre el blanco suelo, pero muy pronto volvía a ocultarse detrás de las montañas, como si le gustara mucho menos asomarse que en verano, cuando todo estaba verde y en flor. Pero por la noche salía la luna llena, grande y clara, e iluminaba toda la noche los vastos campos de nieve, y a la mañana siguiente centelleaba y relucía toda la montaña de arriba abajo como un cristal. Cuando Pedro quiso saltar como los días anteriores por su ventana hacia la nieve profunda, le sucedió lo que no esperaba. Dio un salto, pero en lugar de caer en algo blando, el suelo inesperadamente duro lo derribó en el acto, y antes de que se diera cuenta había rodado un buen trecho montaña abajo como un trineo sin dueño. Muy asombrado volvió al fin a ponerse en pie, y entonces golpeó con todas sus fuerzas contra el suelo nevado para cerciorarse de que era posible lo que le acababa de ocurrir. Y era verdad: por mucho que golpeará y hundiera los tacones, apenas conseguía sacar un minúsculo fragmento de hielo. Toda la montaña estaba helada como una piedra. Eso le vino muy bien a Pedro: sabía que esa condición de las cosas era necesaria para que Heidi pudiera subir de nuevo allí arriba. Se volvió a toda prisa, tragó la leche que su madre acababa de poner sobre la mesa, metió el trocito de pan en el bolsillo y dijo con premura:

—Me voy a la escuela.

—Sí, ve y aprende bien —dijo la madre, aprobando.

Pedro salió por la ventana —pues ahora estaban encerrados a causa del bloque de hielo ante la puerta—, arrastró consigo el trineo pequeño, se sentó en él y salió disparado montaña abajo.

Bajó como un rayo, y cuando llegó a la aldea, donde el camino seguía hacia Maienfeld, Pedro continuó adelante, pues le parecía que tendría que hacerse violencia a sí mismo y al trineo para frenar de repente. Así siguió hasta que llegó del todo al llano y ya no avanzó por sí solo. Entonces bajó y se

miró alrededor. La fuerza de la bajada le había llevado bastante más allá de Maienfeld. Entonces pensó que en cualquier caso llegaría tarde a la escuela, pues hacía rato que había empezado, y para volver a subir necesitaba casi una hora. Así que se tomó todo el tiempo del mundo para regresar. Eso hizo, y llegó arriba a la aldea justo cuando Heidi había vuelto de la escuela y se sentaba con el abuelo a la mesa del mediodía. Pedro entró, y como esta vez traía un pensamiento especial que comunicar, lo tenía en la punta de la lengua y tuvo que soltarlo en cuanto entró.

— Ya lo tiene —dijo Pedro, plantado en medio de la habitación.

—¿A quién? ¿A quién? ¡General! Eso suena bastante belicoso —dijo el Tío de los Alpes.

— A la nieve —explicó Pedro.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Ahora puedo subir a ver a la abuela! —exclamó Heidi con júbilo, que había entendido en seguida el modo de expresarse de Pedro—. ¿Pero por qué no has ido a la escuela? —añadió de repente con tono de reproche—. Bien podrías haber bajado en trineo.

— Me fui demasiado lejos con el trineo, llegué tarde —respondió Pedro.

— Eso se llama desertar —dijo el Tío de los Alpes—, y a los que hacen eso se les coge por las orejas, ¿me oyes?

Pedro agarró nerviosamente su gorra, pues a nadie en el mundo tenía tanto respeto como al Tío de los Alpes.

— Y además un jefe como tú debe avergonzarse el doble de escurrir el bulto así —continuó el Tío de los Alpes—. ¿Qué te parecería si alguna vez tus cabras se escaparan, una por aquí y otra por allá, y no quisieran hacerte caso ni hacer lo que es bueno para ellas? ¿Qué harías entonces?

— Las azotaría —respondió Pedro con autoridad.

— ¿Y si algún chico se portara como una cabra díscola y le dieran unos azotes, qué dirías?

— Se lo merecería —fue la respuesta.

— Pues bien, ahora lo sabes, comandante de los cabreros: si vuelves a irte en tu trineo más allá de donde debes cuando tendrías que estar en la escuela, ven después a verme y te daré lo que te corresponde.

Ahora Pedro entendió el alcance del discurso y que el chico que huía como una cabra díscola era él. Le había llegado tan adentro la comparación que echó una mirada furtiva por los rincones a ver si había algo de lo que él usaba en tales casos con las cabras.

Pero entonces el Tío de los Alpes dijo animosamente:

—Siéntate ahora a la mesa y come con nosotros; luego Heidi se irá contigo. Por la noche lo traes de vuelta, y aquí encontrarás tu cena.

Este giro tan inesperado de los acontecimientos alegró muchísimo a Pedro. Su cara se distorsionó por todos lados de placer. Obedeció al instante y se sentó junto a Heidi. El niño, en cambio, ya estaba satisfecho y no podía tragar ni un bocado de alegría por lo de ir a ver a la abuela. Así que empujó hacia Pedro la gran patata y el queso asado que le quedaban en el plato, y Pedro, que del otro lado recibía del Tío de los Alpes el plato lleno, tuvo ante sí un verdadero muro de viandas, pero no le faltó valor para el ataque. Heidi corrió al armario y sacó su capita de Clara. Ahora, bien abrigado y con la capucha sobre la cabeza, podía emprender su viaje. Se colocó junto a Pedro, y en cuanto éste se había metido el último trozo, dijo:

—¡Vamos ya!

Y echaron a andar. Heidi tenía mucho que contarle a Pedro sobre Copo de Nieve y Osita, que el primer día en el nuevo establo no habían querido comer nada y habían tenido la cabeza gacha todo el día sin dar señal de vida. Y que le había preguntado al abuelo por qué hacían eso. Y el abuelo había dicho: «Hacen lo mismo que tú en Fráncfort, porque en su vida han bajado de la montaña.» Y Heidi añadió: «¡Si supieras tú lo que es eso, Pedro!»

Los dos habían llegado casi arriba sin que Pedro hubiera dicho una sola palabra, y era como si un pensamiento profundo le absorbiera tanto que ni siquiera podía escuchar como de costumbre. Cuando por fin llegaron a la cabaña, Pedro se paró y dijo un poco tozudamente:

—Entonces prefiero ir a la escuela que ir a buscar lo que ha dicho el Tío de los Alpes.

Heidi era de la misma opinión y animó a Pedro con mucho entusiasmo en su propósito. Dentro de la estancia estaba la madre sola con su costura. Dijo que la abuela tenía que quedarse en cama esos días, que hacía demasiado

frío para ella, y además no se encontraba bien del todo. Eso fue algo nuevo para Heidi; hasta entonces siempre había encontrado a la abuela sentada en su sitio del rincón. Corrió enseguida a verla a su cuarto. Estaba envuelta del todo en el pañuelo gris, acostada en su estrecha cama con la fina manta.

— ¡Bendito sea Dios! — dijo la abuela en cuanto oyó entrar a Heidi de un salto.

Había tenido todo el otoño un miedo secreto en el corazón que no la dejaba en paz, sobre todo cuando Heidi tardaba en venir. Pedro había contado que un señor de Fráncfort había venido y siempre subía al pasto y quería hablar con Heidi, y la abuela no pensaba otra cosa sino que el señor había venido a llevarse a Heidi de nuevo. Aunque luego él se había marchado solo, el temor volvía a surgir una y otra vez: podría venir algún enviado de Fráncfort a buscar al niño y llevárselo. Heidi saltó hasta la cama de la enferma y preguntó con voz llena de cariño:

— ¿Estás muy enferma, abuela?

— No, no, pequeña — tranquilizó la anciana, acariciando a Heidi con ternura—. El frío sólo me ha calado un poco los huesos.

— ¿Te pondrás bien en cuanto vuelva el calor? — siguió preguntando Heidi, insistente.

— Sí, sí, si Dios quiere, antes incluso, para poder volver a mi rueca. Hoy ya pensé en intentarlo; mañana ya irá mejor — dijo la abuela con tono animoso, pues había notado que el niño se había asustado.

Sus palabras tranquilizaron a Heidi, que había tenido mucho miedo, pues nunca había encontrado a la abuela enferma en cama. La miró un poco asombrado, y luego dijo:

— En Fráncfort se ponen un pañuelo para salir a pasear. ¿Es que habrás pensado que hay que ponérselo también para meterse en la cama, abuela?

— ¿Sabes, Heidi? — respondió ella—. Me lo pongo así alrededor en la cama para no pasar frío. Me alegro tanto de tenerlo; la manta es un poco fina.

— Pero abuela — empezó Heidi de nuevo —, por donde va tu cabeza la cama va para abajo, y debería ir para arriba; una cama no puede ser así.

—Lo sé, pequeña, yo también lo noto —y la abuela trató de encontrar una posición mejor en la almohada, que era como una tabla fina bajo su cabeza—. Ya ves, la almohada nunca fue muy gruesa, y ahora llevo tantos años durmiendo en ella que la he aplastado.

—¡Ojalá le hubiera pedido a Clara en Fráncfort si podía llevarme mi cama! —dijo Heidi—. Tenía tres almohadones grandes, uno encima de otro, y yo no podía dormir y me iba resbalando siempre hacia abajo, hacia donde estaba plano, y luego tenía que volver a subir porque allí hay que dormir así. ¿Podrías tú dormir así, abuela?

—Claro que sí, eso da calor, y se respira mucho mejor cuando se puede tener la cabeza tan alta —dijo la abuela, levantando un poco la cabeza con esfuerzo como buscando un sitio más elevado—. Pero no hablemos de eso; tengo que dar gracias al buen Dios por tantas cosas que otros viejos y enfermos no tienen. El buen pan que siempre recibo, y el hermoso pañuelo tan caliente, y que tú vengas así a verme, Heidi. ¿Me leerás también algo hoy?

Heidi salió corriendo y trajo el viejo libro de canciones. Entonces fue buscando un bello poema tras otro, pues ya los conocía bien, y le alegraba también a él oírlos de nuevo; hacía ya muchos días que no había oído ninguno de los versos que le eran queridos.

La abuela estaba recostada con las manos juntas, y en su rostro, que antes había tenido una expresión tan afligida, brillaba ahora una sonrisa tan gozosa como si acabara de sucederle una gran dicha.

Heidi se detuvo de repente.

—¿Ya te has puesto bien, abuela? —preguntó.

—Me ha sentado bien, Heidi, me ha sentado bien. Acábamelo, ¿quieres?

El niño leyó el poema hasta el final, y cuando llegaron las últimas palabras:

«Cuando mis ojos ya se nublen, ilumina tú mi espíritu, para que alegre me encamine como quien viaja hacia su patria»,

la abuela las repitió y luego otra vez y otra más, y en su rostro brillaba ahora una gran y gozosa esperanza. A Heidi le hizo tan bien aquello. Todo el soleado día de su regreso a casa se alzó ante sus ojos, y con el corazón lleno de alegría exclamó: «¡Abuela, ya sé yo cómo es eso de viajar hacia la

patria!» Ella no respondió nada, pero había oído bien las palabras, y aquella expresión que tanto bien le había hecho a Heidi permaneció en su rostro.

Al cabo de un rato dijo el niño de nuevo:

— Ahora ya se está poniendo oscuro, abuela; tengo que ir a casa. Me alegro tanto de que ya estés mejor.

La abuela tomó la mano del niño entre las suyas y la retuvo; luego dijo:

— Sí, yo también estoy mejor; y aunque tenga que quedarme aún en cama, me siento bien. Mira, lo que nadie sabe sin haberlo experimentado es cómo es eso de estar muchos, muchos días así, completamente sola, sin oír una sola palabra de otra persona y sin poder ver nada, ni un solo rayo de sol. Entonces vienen pensamientos tan pesados que a veces uno cree que ya nunca podrá ser de día y que no puede seguir adelante. Pero cuando uno oye entonces las palabras que me has leído tú, es como si se encendiese una luz en el corazón de la que uno puede volver a alegrarse.

Entonces la abuela soltó la mano del niño, y tras decirle buenas noches, éste corrió a la estancia y tiró de Pedro para salir deprisa, pues entre tanto había anochecido. Pero fuera estaba la luna en el cielo y brillaba clara sobre la nieve blanca, de modo que casi parecía que el día quisiera empezar de nuevo. Pedro colocó el trineo, se sentó delante, Heidi detrás, y salieron disparados montaña abajo, no de otra manera que dos pájaros que surcan el aire.

Más tarde, cuando Heidi estaba acostado en su hermoso y alto lecho de heno detrás del horno, la abuela volvió a acudirle al pensamiento, lo mal que estaba con la cabeza, y luego tuvo que pensar en todo lo que ella había dicho, y en la luz que las palabras le encendían en el corazón. Y pensó: «Si la abuela pudiera escuchar las palabras todos los días, cada día le sentarían bien una vez.» Pero sabía que ahora podía pasar una semana entera, o quizá dos, antes de que le dejaran subir de nuevo a verla. Eso le pareció a Heidi tan triste que tuvo que pensar cada vez más en qué podría hacer para que la abuela escuchara las palabras cada día. De repente le vino la solución, y estaba tan contento con ella que pensó que no podría esperar a que llegara la mañana para llevar a cabo su plan. De repente Heidi se incorporó muy derecho en su cama, pues entre tanto pensar no había enviado aún su oración de buenas noches al buen Dios, y eso ya no quería olvidarlo nunca más.

Cuando hubo rezado de todo corazón por sí mismo y por el abuelo y por la abuela, cayó de nuevo en su blando heno y durmió profunda y pacíficamente hasta la mañana clara.

CAPÍTULO 5. EL INVIERNO CONTINÚA

Al día siguiente, Pedro bajó a la escuela justo a tiempo. Se había traído el almuerzo en su bolsa, pues así era la costumbre: cuando al mediodía los niños de la aldea se iban a casa, los alumnos que vivían lejos se subían a las mesas de la clase, apoyaban bien los pies en los bancos y extendían sobre las rodillas la comida que habían traído, para almorzar así. Hasta la una podían entretenerse con ello, y luego empezaba de nuevo la escuela. Cuando Pedro había pasado un día así de colegio, al salir se iba al Tío de los Alpes y hacía su visita a Heidi.

Hoy, al entrar en la gran estancia del Tío de los Alpes al acabar la escuela, Heidi se lanzó hacia él en seguida, pues precisamente a él había estado esperando.

— ¡Pedro, sé algo! — le gritó al encuentro.

— Dilo — respondió él.

— Tienes que aprender a leer — fue la noticia.

— Ya lo hice — fue la respuesta.

— Sí, sí, Pedro, no me refiero a eso — se animó Heidi—. Quiero decir de verdad, que luego lo sepas.

— No puedo — observó Pedro.

— Ya no te lo cree nadie, y yo tampoco — dijo Heidi muy decidido—. La abuelita de Fráncfort ya sabía que no era verdad, y me dijo que no lo creyera.

Pedro se quedó asombrado ante la noticia.

—Te voy a enseñar yo a leer; sé muy bien cómo —siguió Heidi—. Tienes que aprenderlo ahora, y luego tendrás que leerle a la abuela un poema cada día, o dos.

—No quiero —gruñó Pedro.

Aquella resistencia obstinada ante algo que era bueno y justo y que a Heidi tanto le importaba lo sacó de sus casillas. Con los ojos relampagueando se plantó ante el chico y dijo amenazante:

—Entonces te diré lo que pasará si nunca quieres aprender nada: tu madre ya ha dicho dos veces que tendrás que ir a Fráncfort para aprender de todo, y yo ya sé dónde van allí los chicos a la escuela. Cuando íbamos en coche, Clara me enseñó la casa enorme. Pero allí no van sólo cuando son chicos, sino siempre, también cuando ya son señores muy mayores, eso lo vi yo misma. Y no creas que sólo hay un maestro como aquí, y tan bueno. Allí entran en la casa siempre filas enteras, muchos a la vez, y todos van muy de negro, como cuando van a la iglesia, y llevan sombreros de copa muy altos en la cabeza —y Heidi indicó la altura de los sombreros desde el suelo.

A Pedro le recorrió un escalofrío por la espalda.

—¡Y entonces tendrías que entrar allí con todos esos señores! —continuó Heidi con entusiasmo—. Y cuando te llegue el turno, no sabrás leer nada y encima cometerás faltas al deletrear. Entonces ya puedes ver cómo se burlan de ti esos señores, y eso es mucho peor que Tinette; y si supieras lo que es eso cuando ella se mofa de alguien.

—Bueno, quiero —dijo Pedro, entre quejumbroso y molesto.

En ese momento Heidi se apaciguó.

—Pues bien, así está bien; entonces empezamos en seguida —dijo complacido, y diligentemente arrastró a Pedro hasta la mesa y sacó el material necesario.

En el gran paquete de Clara había habido también un librito que le había gustado a Heidi, y ya la noche anterior se le había ocurrido que podría usarlo bien para la enseñanza de Pedro, pues era un abecedario con coplas.

Ahora estaban los dos en la mesa, inclinados sobre el pequeño libro, y podía empezar la lección.

Pedro tuvo que deletrear la primera copla, y luego otra vez, y luego otra vez más, pues Heidi quería que la cosa saliera limpia y fluida.

Al final dijo:

—Todavía no lo sabes; pero ahora te la leeré yo entera de corrido; cuando sepas cómo tiene que sonar, podrás deletrear mejor.

Y Heidi leyó:

«Si el A-B-C hoy no aprendes bien, mañana al tribunal irás también.»

—No voy —dijo Pedro, tozudo.

—¿Adónde? —preguntó Heidi.

—Al tribunal —fue la respuesta.

—Aprende las tres letras y no tendrás que ir —le demostró Heidi.

Entonces Pedro volvió a empezar y repasó con perseverancia las tres letras durante tanto rato que Heidi dijo:

—Ahora te sabes las tres.

Pero como había notado qué efecto había hecho la copla en Pedro, quiso hacer un poco de labor preventiva para las lecciones siguientes.

—Espera, ahora te leeré las demás coplas —siguió—, y así verás todo lo que puede venir todavía.

Y empezó a leer muy clara y comprensiblemente:

«La D-E-F-G ha de fluir; si no, el mal habrá de venir.

Si H-I-J olvidas ya, la desgracia llegará.

Quien en L-M tropezar, multa paga y debe llorar.

Algo hay; si lo supieras, N-O-P-Q aprenderías.

Si en R-S-T te paras aquí, vendrá algo que te dolerá a ti.»

Aquí Heidi se detuvo, pues Pedro estaba tan quieto como un ratón que era preciso ver qué hacía. Todas aquellas amenazas y terrores secretos le habían calado tanto que no movía ya un músculo y miraba a Heidi con los ojos llenos de espanto.

Aquello le llegó enseguida al corazón compasivo de Heidi, y dijo consolándole:

—No tienes que asustarte, Pedro; ven a verme todos los días por las tardes, y si aprendes como hoy, siempre acabarás por aprenderte las letras al final, y entonces lo otro no vendrá. Pero tienes que venir todos los días, no como vas a la escuela; aunque nieve, a ti no te pasa nada.

Pedro prometió hacerlo, pues el aterrador efecto le había dejado completamente dócil y dispuesto. Entonces emprendió el camino a casa.

Pedro siguió puntualmente la indicación de Heidi, y cada tarde se estudiaban con ahínco las letras siguientes y se tomaba muy en serio la copla.

Con frecuencia estaba también el abuelo en la estancia y escuchaba el ejercicio fumando con placer su pipita, mientras que de vez en cuando le temblaban las comisuras de los labios como si una gran alegría quisiera apoderarse de él de vez en cuando.

Tras el gran esfuerzo, a Pedro se le invitaba por lo general a quedarse a cenar, lo que le compensaba con creces del miedo pasado que le había traído la copla del día.

Así fueron pasando los días de invierno. Pedro aparecía con regularidad y hacía verdaderos progresos con sus letras.

Con las coplas, sin embargo, tenía que batallar cada día. Habían llegado ya a la U. Cuando Heidi leyó la copla:

«Quien U con V confunda ya, irá adonde no quiere ir, verá»,

Pedro refunfuñó: «Pues si yo fuera.» Pero aprendió con tesón, como si sintiera que podría venir alguien a cogerle a traición por el cuello y llevarle adonde no querría ir.

La tarde siguiente leyó Heidi:

«Si la W aún no aprendiste ya, mira la vara que en la pared está.»

Pedro miró y dijo con sorna: «No hay ninguna.»

—Sí, ya; pero ¿sabes lo que tiene el abuelo en el cajón? —preguntó Heidi—. Un bastón casi tan grueso como mi brazo, y cuando se saca, sólo cabe decir: «¡Mira el bastón que hay en la pared!»

Pedro conocía el grueso bastón de avellano. Al instante se inclinó sobre su W y se puso a aprenderla.

Al día siguiente rezaba así:

«Si la X quieres olvidar, hoy sin cenar te quedarás.»

Pedro lanzó una mirada escrutadora hacia el armario donde estaban el pan y el queso, y dijo malhumorado: «Pero si yo no he dicho que quiero olvidar la X.»

—Está bien, si no quieres olvidarla, podemos aprender otro más en seguida —propuso Heidi—, y así mañana sólo te faltará una sola letra.

Pedro no estaba de acuerdo. Pero ya leía Heidi:

«Si en la Y aún te paras aquí, irás entre burlas de aquí.»

Ante los ojos de Pedro se alzaron todos los señores de Fráncfort con los sombreros de copa en la cabeza y la burla y el escarnio en los rostros. Al instante se abalanzó sobre la ye y no la soltó hasta que la conocía tan bien que podía cerrar los ojos y aún sabía cómo era.

Al día siguiente, Pedro llegó un poco antes donde Heidi, pues solo quedaba una única letra por resolver, y cuando Heidi le leyó el verso:

«Quien vacila todavía en la Z, / ¡a los hotentotes tendrá que ir!»,

Pedro se burló: —¡Sí, si nadie sabe dónde están!

—Claro que lo sabe el abuelo, Pedro —le aseguró Heidi—. Espera, voy a preguntarle enseguida dónde están; está en casa del señor párroco. Y ya había saltado y se disponía a salir por la puerta.

—¡Espera! —gritó entonces Pedro con toda su angustia, pues ya se imaginaba al Tío de los Alpes y al señor párroco llegando juntos, y cómo los dos se abalanzarían sobre él y lo mandarían con los hotentotes, ya que en verdad no había sabido cómo se llamaba la Z. Sus gritos de pánico hicieron detenerse a Heidi.

—¿Qué te pasa? —preguntó, extrañado.

—¡Nada! ¡Vuelve! ¡Quiero aprender! —soltó Pedro con entrecortes. Pero Heidi también habría querido saber dónde estaban los hotentotes y quería preguntarle al abuelo a toda costa. Sin embargo, Pedro le gritaba tan deses-

peradamente que cedió y volvió. Ahora Pedro tendría que esforzarse a cambio. No solo repitieron la Z tantas veces que la letra tuvo que quedar grabada para siempre en su memoria, sino que Heidi pasó enseguida al silabeo, y aquella tarde Pedro aprendió tanto que avanzó de un golpe considerable. Así fue día a día.

La nieve se había vuelto blanda de nuevo, y encima seguía nevando un día sí y otro también, de manera que Heidi no pudo subir a ver a la abuela durante tres semanas enteras. Tanto más afanoso era en su labor con Pedro, para que él pudiera sustituirla en la lectura de los himnos. Así fue como una tarde Pedro llegó a casa, entró en la habitación y dijo:

— ¡Ya sé!

— ¿Qué sabes, Peterli? —preguntó la madre, expectante.

— Leer —respondió él.

— ¡Será posible! ¿Lo has oído, abuela? —exclamó Brígida.

La abuela lo había oído y no podía sino maravillarse de cómo había ocurrido tal cosa.

— Ahora tengo que leer un himno; lo ha dicho Heidi —explicó Pedro. La madre descolgó el libro a toda prisa, y la abuela se alegró: hacía tanto tiempo que no escuchaba una buena palabra. Pedro se sentó a la mesa y comenzó a leer. Su madre estaba sentada a su lado escuchando con atención; tras cada estrofa no podía sino exclamar con admiración: — ¡Quién lo habría pensado!

La abuela también seguía con atención verso tras verso, pero no decía nada.

Al día siguiente de este acontecimiento ocurrió que en la escuela se hacía un ejercicio de lectura en la clase de Pedro. Cuando llegó el turno de Pedro, el maestro dijo:

— Pedro, ¿tengo que saltarme te de nuevo, como siempre, o quieres intentar una vez más... no digo leer, sino: intentar tartamudear a lo largo de una línea?

Pedro empezó y leyó tres líneas seguidas sin parar.

El maestro dejó el libro. Con mudo asombro miró a Pedro, como si jamás hubiera visto cosa semejante. Por fin habló:

—Pedro, en ti ha obrado un milagro. Mientras trabajé contigo con paciencia indescriptible, eras incapaz incluso de aprender bien el silabeo. Ahora que yo, aunque a disgusto, he abandonado ese trabajo como inútil, sucede que apareces y no solo has aprendido el silabeo, sino una lectura correcta, incluso clara. ¿De dónde pueden venir aún tales milagros hoy en día, Pedro?

—De Heidi —respondió este.

Con el mayor asombro miró el maestro hacia Heidi, que estaba sentado en su banco con toda tranquilidad, sin que hubiera nada especial que ver en él. Continuó:

—He notado en ti un cambio en general, Pedro. Mientras que antes faltabas a clase a menudo toda una semana, incluso varias semanas seguidas, en estos últimos tiempos no has faltado ni un solo día. ¿De dónde puede haber venido en ti tal transformación para bien?

—Del Tío de los Alpes —fue la respuesta.

Con asombro cada vez mayor, el maestro pasó la vista de Pedro a Heidi y de Heidi de nuevo a Pedro.

—Vamos a intentarlo una vez más —dijo con cuidado, y una vez más tuvo Pedro que demostrar sus conocimientos en tres líneas. Era cierto: había aprendido a leer.

En cuanto terminó la escuela, el maestro corrió a casa del señor párroco para comunicarle lo ocurrido y de qué manera tan grata el Tío de los Alpes y Heidi actuaban en la comunidad.

Cada tarde leía ahora Pedro en casa un himno en voz alta. Hasta ese punto obedecía a Heidi, pero no más allá; nunca emprendía un segundo. Pero la abuela tampoco se lo pedía.

La madre Brígida tenía que maravillarse a diario de que Pedro hubiera alcanzado esa meta, y algunas tardes, cuando la lectura había terminado y el lector estaba en su cama, volvía a decirle a la abuela:

—No puede uno alegrarse bastante de que Peterli haya aprendido a leer tan bien. Ahora no se sabe en lo que puede llegar a convertirse.

Y entonces respondió una vez la abuela:

—Sí, es muy bueno para él haber aprendido algo; pero con todo, querré alegrarme de corazón cuando el buen Dios mande pronto la primavera para que Heidi pueda volver a subir. Es como si leyera himnos completamente distintos. A veces falta algo en los versos cuando los lee Pedro, y entonces tengo que buscarlo, y ya no puedo seguir el hilo de los pensamientos, y la impresión no me llega al corazón como cuando Heidi me lee las palabras.

Pero eso venía de que Pedro se las arreglaba al leer para no incomodarse demasiado. Cuando llegaba una palabra demasiado larga o de aspecto complicado, prefería omitirla del todo, pues pensaba que a la abuela le daría igual tres o cuatro palabras en un verso, ya que venían muchas más. Así ocurría que casi no quedaban sustantivos en los himnos que Pedro leía en voz alta.

CAPÍTULO 6. LOS AMIGOS LEJANOS DAN SEÑALES DE VIDA

Había llegado mayo. De todas las cumbres bajaban a raudales los plenos arroyos primaverales hacia el valle. Un cálido y luminoso sol se tendía sobre los pastos de montaña. Todo había vuelto a ponerse verde; la última nieve se había derretido, y despiertas por los tentadores rayos de sol, ya asomaban las primeras florecillas con sus ojos claros desde la hierba fresca. Arriba resonaba el alegre viento primaveral entre los abetos y les sacudía las viejas y oscuras agujas, para que salieran las jóvenes, de un verde claro, y pudieran adornar los árboles espléndidamente. Muy arriba volvía a batir sus alas el viejo pájaro rapaz en el azul del cielo, y en torno a la cabaña de montaña el dorado sol yacía cálido sobre la tierra y secaba los últimos rincones húmedos, para que uno pudiera sentarse donde quisiera.

Heidi estaba de nuevo en la montaña. Corría de aquí para allá y no sabía dónde era más bonito. Ahora tenía que escuchar el viento: cómo bajaba profundo y misterioso desde las rocas de arriba, cada vez más cercano y más poderoso, y luego se precipitaba entre los abetos y los sacudía y agitaba, y era como si lanzara gritos de júbilo de puro placer, y también Heidi tenía que gritar de júbilo y se dejaba mecer de un lado a otro como una hojita. Luego corría de nuevo al rincón soleado ante la cabaña y se sentaba en el suelo y miraba la hierba corta, para descubrir cuántos pequeños cálices de flores querían abrirse o ya estaban abiertos. También saltaban, reptaban y bailaban al sol muchísimos mosquitos y escarabajos alegres, rebosantes de alegría, y Heidi se alegraba con ellos y aspiraba a plenos pulmones el perfume de primavera que ascendía de la tierra recién abierta, y pensaba que nunca había estado tan bonito en la montaña. A todos aquellos miles de pe-

queños animales tenía que sentarles tan bien como a él, pues era como si todos zumbasen y cantasen en clara alegría mezclados unos con otros:

— ¡En la montaña! ¡En la montaña! ¡En la montaña!

De detrás del cobertizo junto a la cabaña llegaba de vez en cuando algo como un afanoso martilleo y serrado, y Heidi prestó atención también hacia allí, pues eran los sonidos viejos y familiares que tan bien conocía, los que desde el principio habían formado parte de la vida en la montaña. Ahora tenía que levantarse de un salto e ir corriendo también allí, pues tenía que saber qué estaba haciendo el abuelo. Ante la puerta del cobertizo había ya lista y terminada una hermosa silla nueva, y en otra segunda trabajaba el abuelo con mano hábil.

— ¡Ay, ya sé lo que va a ser! — exclamó Heidi lleno de alegría—. Hace falta cuando vengan de Fráncfort. Esa es para la abuelita y esa que estás haciendo ahora es para Clara, y luego... luego tiene que haber otra más — continuó Heidi con cierta vacilación—. ¿O no crees, abuelo, que la señorita Rottenmeier también vendrá?

— Eso no puedo decirlo — respondió el abuelo—, pero es más prudente tener una silla lista para poder invitarla a sentarse si viene.

Heidi miró pensativo las sillitas de madera sin respaldo y meditó en silencio sobre cómo encajarían la señorita Rottenmeier y una silla así. Al cabo de un rato dijo, meneando la cabeza con escepticismo:

— Abuelo, no creo que se siente en esa.

— Entonces la invitamos al canapé con el bonito tapizado de hierba verde — respondió el abuelo con calma.

Cuando Heidi reflexionaba todavía sobre dónde estaría ese bonito canapé con tapizado de hierba verde, de repente resonó desde arriba un silbido y unos gritos y el agitar de una vara por el aire, de modo que Heidi supo enseguida de qué se trataba. Salió disparado y al instante quedó rodeado por las cabras que bajaban saltando. A ellas les sentaba bien, igual que a Heidi, volver a estar en la montaña, pues pegaban saltos tan altos y balaban con tanta alegría de vivir como nunca antes, y Heidi era empujado de aquí para allá, porque cada una quería acercársele más y desahogar su alegría con él. Pero Pedro las apartaba a todas, a unas a la derecha y a otras a la izquierda,

pues tenía un recado que darle a Heidi. Cuando logró abrirse paso hasta él, le tendió una carta.

—¡Toma! —dijo, dejando a Heidi que se explicara el asunto él mismo. Heidi estaba muy sorprendido.

—¿Has recibido una carta para mí en el pasto? —preguntó lleno de asombro.

—No —fue la respuesta.

—Pues ¿de dónde la has sacado, Pedro?

—Del zurrón.

Y era así. La tarde anterior el empleado de correos de la aldea le había dado la carta para Heidi. Pedro la había metido en el zurrón vacío. Por la mañana había puesto encima su queso y su trozo de pan y había salido. Había visto bien al Tío de los Alpes y a Heidi cuando fue a recoger sus cabras, pero no fue hasta el mediodía, cuando se terminó el pan y el queso y quiso sacar las migas, cuando la carta volvió a caer en su mano.

Heidi leyó atentamente el destinatario, luego volvió corriendo al cobertizo donde estaba el abuelo y le tendió la carta con gran alegría:

—¡De Fráncfort! ¡De Clara! ¿Quieres escucharla ahora mismo, abuelo?

Así lo quería este, y también Pedro, que había seguido a Heidi, se dispuso a escuchar. Se apuntaló con la espalda contra el marco de la puerta para tener un apoyo firme, pues así era más fácil seguir a Heidi mientras leía su carta en voz alta:

Querida Heidi:

Ya lo hemos empaquetado todo, y en dos o tres días queremos partir, en cuanto papá también se marche, pero no con nosotras; él tiene que ir antes a París. Todos los días viene el señor doctor y ya grita desde la puerta: «¡Adelante! ¡Adelante! ¡A la montaña!». No puede esperar a que nos vayamos. ¡Si supieras con qué gusto estuvo él mismo en la montaña! Todo el invierno ha venido casi todos los días a vernos; entonces decía siempre que venía a verme, que tenía que contarme otra vez. Luego se sentaba a mi lado y me contaba todos los días que había pasado contigo y con el abuelo en la montaña, y los montes y las flores y el silencio tan arriba de todos los pueblos y

los caminos, y el aire fresco y espléndido; y decía a menudo: «Allí arriba tienen que curarse de nuevo todas las personas». Él mismo también ha vuelto a ser distinto de cómo estuvo una temporada; de nuevo parece muy joven y alegre. ¡Oh, qué contenta estoy de ver todo eso y de estar contigo en la montaña, y también de conocer a Pedro y las cabras! Primero tengo que hacer una cura en Ragaz durante unas seis semanas, eso lo ha ordenado el señor doctor, y luego deberemos vivir en la aldea, y en los días buenos me subirán a la montaña en mi silla y pasaré el día contigo. La abuelita viene conmigo y se queda a mi lado; ella también se alegra de subir a verte. Pero fíjate, la señorita Rottenmeier no quiere venir. Casi todos los días dice la abuelita una vez: «¿Cómo está lo del viaje a Suiza, estimada Rottenmeier? No se corte, si tiene ganas de venir». Pero ella siempre da las gracias con una cortesía exagerada y dice que no quiere ser indiscreta. Pero ya sé en qué está pensando: Sebastián hizo una descripción tan horrorosa de la montaña cuando volvió de acompañarte a casa, de los terribles peñascos que se asoman desde arriba y de cómo uno puede caer por todas partes en grietas y precipicios, y de lo empinada que es la subida, que en cada paso hay que temer volver a caer de espaldas, y que las cabras, pero no las personas, pueden trepar allí sin peligro de vida. Ella se estremeció mucho ante esa descripción, y desde entonces ya no siente entusiasmo por los viajes a Suiza como antes. El miedo también se apoderó de Tinette, ella tampoco quiere venir. Así que venimos solas, la abuelita y yo; solo Sebastián debe acompañarnos hasta Ragaz, luego puede volver a casa.

Casi no puedo esperar a poder ir a verte.

Que te cuides, querida Heidi. La abuelita te manda miles de besos.

Tu fiel amiga Clara.

Cuando Pedro escuchó estas palabras, saltó del marco de la puerta y golpeó con su vara a diestro y siniestro con tal desconsideración y furia que las cabras huyeron todas despavoridas y bajaron corriendo por la montaña dando saltos desmesurados como pocas veces habían dado. Detrás de ellas se precipitó Pedro golpeando con su vara en el aire, como si tuviera que descargar una rabia extraordinaria contra un enemigo invisible. Ese enemigo era la perspectiva de la llegada de los huéspedes de Fráncfort, que había llenado a Pedro de tanta amargura.

Heidi estaba tan lleno de felicidad y alegría que al día siguiente tenía que ir sin falta a visitar a la abuela y contarle todo: quiénes vendrían ahora de Fráncfort y, en especial, quién no vendría. Eso tenía que ser de la mayor importancia para la abuela, pues conocía a todas esas personas tan bien y vivía con Heidi todo lo que pertenecía a su vida, siempre con la más honda participación. También salió a buena hora a la tarde siguiente, pues ahora ya podía hacer sus visitas solo: el sol brillaba de nuevo con claridad y se quedaba largo tiempo en el cielo, y por la tierra seca era una carrera montaña abajo espléndida, mientras el alegre viento de mayo le iba siguiendo y lanzaba a Heidi un poco más rápido cuesta abajo. La abuela ya no estaba en cama. Estaba sentada de nuevo en su rincón y hilaba. Pero tenía una expresión en el rostro como si le ocuparan pensamientos pesados. Así era desde la tarde anterior, y durante toda la noche esos pensamientos la habían perseguido y no la habían dejado dormir. Pedro había llegado a casa con su gran cólera, y de sus exclamaciones entrecortadas ella había podido deducir que un grupo de personas de Fráncfort iba a subir a la cabaña de montaña. Qué iba a pasar después, no lo sabía, pero la abuela tenía que seguir pensando, y eran precisamente esos pensamientos los que la angustiaban y le habían quitado el sueño.

Ahora entró Heidi de un salto y fue directamente a la abuela, se sentó en su banquito de siempre, que siempre estaba allí, y le contó todo lo que sabía con tanto entusiasmo que él mismo se iba llenando cada vez más de ello. Pero de repente se interrumpió a mitad de una frase y preguntó con inquietud:

—¿Qué te pasa, abuela? ¿No te alegras nada de nada?

—Sí, sí, Heidi, me alegro por ti, porque puedes tener una alegría tan grande —respondió ella, intentando parecer un poco contenta.

—Pero abuela, puedo ver muy bien que estás angustiada. ¿Crees acaso que la señorita Rottenmeier viene también? —preguntó Heidi, él mismo un poco angustiado.

—¡No, no! ¡No es nada, no es nada! —la tranquilizó la abuela—. Dame un poco tu mano, Heidi, para notar bien que todavía estás aquí. Será para tu bien, aunque yo casi no pueda sobrevivirlo.

— Yo no quiero nada de ese bien si tú casi no puedes sobrevivirlo, abuela — dijo Heidi con tal resolución que en la abuela surgió de pronto un nuevo temor. Tenía que suponer que las personas de Fráncfort venían a llevarse a Heidi de nuevo, pues ahora que estaba sano, no podía ser de otra manera que quisieran tenerlo de vuelta. Ese era el gran miedo de la abuela. Pero ahora sentía que no debía dejárselo notar a Heidi. Era tan compasivo con ella, y podría resistirse y no querer irse, y eso no podía ser. Buscó una ayuda, pero no tardó mucho, pues solo conocía una.

— Sé algo, Heidi — dijo entonces —, que me hace bien y me devuelve los buenos pensamientos. Léeme el himno donde al principio mismo dice: «Dios lo hará».

Heidi sabía ahora tan bien cómo orientarse en el viejo libro de himnos que encontró al instante lo que la abuela pedía, y leyó con voz clara:

«Dios lo hará, / que las cosas / vayan como es provechoso. / ¡Deja que las olas / sigan subiendo, / piensa cuán seguro estás!»

— Sí, sí, eso es exactamente lo que necesitaba escuchar — dijo la abuela aliviada, y la expresión de congoja desapareció de su rostro. Heidi la miró pensativo y luego dijo:

— ¿Verdad, abuela, que «provechoso» quiere decir que todo sana, que a uno le vuelve a ir muy bien?

— Sí, sí, así será — asintió la abuela —, y como el buen Dios quiere hacerlo así, uno puede estar seguro, pase lo que pase. Léelo otra vez, Heidi, para que podamos retenerlo bien y no olvidarlo de nuevo.

Heidi leyó el verso una vez más y luego varias veces más, pues esa seguridad también le gustaba mucho a él.

Y así, cuando llegó la tarde y Heidi volvió a subir por la montaña, por encima de él fue saliendo una estrella tras otra, brillando y centelleando hacia él, y era como si cada una quisiera irradiarle de nuevo una gran alegría al corazón, y a cada momento Heidi tenía que detenerse y mirar hacia arriba, y cuando todas brillaban y miraban desde el cielo con una alegría cada vez más clara, tuvo que gritar muy alto hacia arriba: — ¡Sí, ya lo sé! Como el buen Dios sabe tan bien lo que es provechoso, uno puede tener una alegría así y estar completamente seguro. Y todas las estrellitas brillaban y centelleaban y le guiñaban los ojos a Heidi sin cesar hasta que llegó arriba a

la cabaña, donde el abuelo estaba de pie mirando también hacia las estrellas, pues hacía mucho tiempo que no habían brillado tan hermosamente hacia abajo.

No solo las noches, también los días de ese mes de mayo eran tan claros y despejados como no lo habían sido en muchos años, y a menudo el abuelo miraba por la mañana con asombro cómo el sol subía de nuevo con el mismo esplendor en el cielo sin nubes con que había bajado, y tenía que repetir: —Es un año de sol particular; eso da una fuerza especial a las hierbas. ¡Ten cuidado, jefe, que tus saltarines no se pongan demasiado revoltosos con tan buen pasto!

Entonces Pedro blandía con toda valentía su vara en el aire, y en su rostro se leía claramente la respuesta: «Con ellas me las arreglaré yo».

Así transcurrió el mayo verdecido, y llegó junio con su sol aún más cálido y los largos, largos días luminosos, que sacaron a todas las florecillas de toda la montaña para que brillasen y ardiesen en derredor y llenaran todo el aire a lo lejos con su dulce fragancia. Ya iba también este mes hacia su final cuando Heidi salió saltando de la cabaña una mañana, donde ya había terminado sus tareas matinales. Quería salir un momento bajo los abetos y luego subir un poco más, para ver si todo el gran matorral de centaurea menor estaba abierto, pues las florecillas eran tan encantadoramente bellas bajo el sol que las atravesaba. Pero cuando Heidi quiso correr rodeando la cabaña, de repente gritó con toda su fuerza tan poderoso que el Tío de los Alpes salió del cobertizo, pues aquello era algo insólito.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —llamaba el niño como fuera de sí—. ¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Mira! ¡Mira!

El abuelo apareció al llamado, y su vista siguió el brazo extendido del niño excitado.

Por la montaña subía una extraña comitiva, como nunca se había visto por allí. Primero venían dos hombres con una silla de manos abierta, en la que estaba sentada una joven envuelta en muchos pañuelos. Luego venía un caballo en el que iba sentada una dama de presencia distinguida, que miraba con gran vivacidad a todos lados y conversaba animadamente con el joven guía que caminaba a su lado. Luego venía una silla de ruedas vacía, empujada por otro joven mozo, pues la enferma que le correspondía era trans-

portada más segura montaña arriba empinada en la silla de manos. Por último venía un mozo de cuerda que tenía apiladas en su portaequipajes tantas mantas, pañuelos y pieles superpuestas que sobresalían por encima de su cabeza.

— ¡Son ellos! ¡Son ellos! — gritó Heidi y saltó de alegría. Y eran ellos en verdad. Ahora venían más y más cerca, y ya estaban allí. Los portadores dejaron su silla en el suelo, Heidi se precipitó, y los dos niños se saludaron con inmensa alegría. Ahora estaba también la abuelita arriba y se apeó de su caballo. Heidi corrió hacia ella y fue recibido con gran ternura. Luego se volvió la abuelita hacia el Tío de los Alpes, que se había acercado para darle la bienvenida. No había ninguna rigidez en el saludo, pues ella le conocía a él y él a ella como si hubieran tratado juntos desde hacía mucho tiempo.

Enseguida, tras las primeras palabras de bienvenida, dijo también la abuelita con gran vivacidad:

— Mi querido Tío de los Alpes, ¡qué señorial residencia tiene usted! ¿Quién lo habría pensado? Cualquier rey podría envidiarle. ¡Y cómo está mi Heidi! ¡Como una rosita de mes! — continuó, estrechando al niño contra sí y acariciándole las mejillas frescas —. ¡Qué maravilla en todas partes! ¿Qué dices tú, Clarita, hija mía, qué dices?

Clara miraba a su alrededor con un deleite total. Nada semejante había conocido ni imaginado en toda su vida.

— ¡Oh, qué bonito es aquí! ¡Oh, qué bonito es aquí! — exclamaba una y otra vez —. Así no me lo había imaginado. ¡Oh, abuelita, me gustaría quedarme aquí!

El Tío de los Alpes mientras tanto había acercado la silla de ruedas y había sacado algunas de las mantas del portaequipajes y las había puesto dentro. Ahora se acercó a la silla de manos.

— Si ahora sentáramos a la señorita en su silla habitual, estaría más cómoda; la silla de viaje es un poco dura — dijo, pero no esperó a que alguien pusiera manos a la obra, sino que enseguida levantó a la enferma Clara con sus brazos fuertes, suavemente, de la silla de paja y la puso con el mayor cuidado en el asiento blando. Luego acomodó las mantas sobre las rodillas y le acomodó los pies tan cómodamente sobre los almohadones, como si el Tío de los Alpes no hubiera hecho en su vida otra cosa que cuidar personas

con miembros enfermos. La abuelita lo había observado con el mayor asombro.

—Mi querido Tío de los Alpes —exclamó entonces—, si supiera dónde ha aprendido usted los cuidados de enfermería, hoy mismo mandaría allí a todas las enfermeras que conozco para que hicieran lo mismo. ¿Cómo es posible tal cosa?

El Tío de los Alpes sonrió un poco. —Viene más del ensayo que del estudio —respondió, pero en su rostro, a pesar de la sonrisa, había un rasgo de tristeza. Ante sus ojos había surgido de tiempos muy lejanos el rostro sufriente de un hombre que estaba sentado así en una silla y tan mutilado que apenas podía usar un miembro. Era su capitán, al que había encontrado en Sicilia tirado en tierra así, tras el ardiente combate, y lo había recogido, y que después no admitió a nadie más que a él como enfermero y no le dejó marcharse hasta que sus graves padecimientos llegaron a su fin. El Tío de los Alpes veía de nuevo ante él a su enfermo; era como si fuera ahora su deber cuidar a la enferma Clara y prodigarle todos aquellos servicios aliviadores que tan bien conocía.

El cielo estaba de un azul oscuro y sin nubes sobre la cabaña y sobre los abetos y lejos por encima de las altas rocas, que se asomaban con su brillo grisáceo. Clara no podía contemplarlo bastante; estaba completamente encantada con todo lo que veía.

—¡Oh, Heidi, si pudiera caminar contigo por aquí, alrededor de la cabaña y bajo los abetos! —exclamó con añoranza—. ¡Si pudiera ver todo contigo, lo que ya conozco desde hace tanto tiempo y sin embargo nunca he visto!

Ahora Heidi hizo un gran esfuerzo, y en efecto lo consiguió: la silla rodó muy bien por la hierba seca hasta debajo de los abetos. Aquí se detuvieron. Nada semejante había visto Clara en su vida, como eran los altos y viejos abetos, cuyas ramas largas y anchas crecían hasta el suelo y allí se volvían cada vez más grandes y gruesas. También la abuelita, que había seguido a los niños, se quedó de pie en plena admiración. No sabía qué era lo más hermoso de aquellos antiquísimos árboles, si las copas plenas y susurrantes arriba en el azul, o los rectos y firmes troncos columnares, que con sus imponentes ramas hablaban de tantos, tantos años que ya habían estado allí arriba contemplando el valle, donde las personas venían e iban y todo cambiaba siempre, y ellos habían permanecido siempre los mismos.

Mientras tanto Heidi había empujado la silla de ruedas ante el establo de las cabras y había abierto de par en par la pequeña puerta para que Clara pudiera verlo todo bien. No había ciertamente mucho que ver por el momento, pues los moradores no estaban en casa. Clara llamó hacia atrás con pena:

— ¡Oh, abuelita, si pudiera esperar todavía a Copo de Nieve y Osita y a todas las demás cabras y a Pedro! A todas ellas no puedo verlas si siempre tenemos que irnos tan temprano como has dicho; ¡qué pena!

— Hijita, ahora disfrutemos de todo lo bello que hay y no pensemos en lo que aún podría faltar — corrigió la abuelita, siguiendo a la silla, que ahora se volvía a empujar hacia delante.

— ¡Oh, las flores! — exclamó de nuevo Clara—. ¡Arbustos enteros de finitas florecillas rojas y todas las campanillas azules asintiendo! ¡Oh, si pudiera salir y cogerlas!

Heidi corrió al instante y trajo un gran ramo de vuelta.

— Pero esto no es nada todavía, Clara — dijo, dejando las flores en su regazo—. Cuando vengas una vez con nosotros a los pastos de arriba, verás algo de verdad. En un solo sitio tantos y tantos arbustos de la roja centaura menor y mucho, mucho más campanillas azules que aquí y tantos miles de los dorados botones de oro, que es como si fuera puro oro brillando en el suelo. Y luego están también las de hojas grandes; el abuelo dice que se llaman ojos de sol, y luego están también las pardas, ¿sabes?, las de cabecitas redondas, que huelen tan bien, ¡y allí es tan bonito! Cuando te sientas allí no puedes levantarte, de tan bonito que es.

Los ojos de Heidi centelleaban de ansia por volver a ver lo que describía, y Clara se encendió con ello, y de sus apacibles ojos azules irradiaba un reflejo pleno del ardiente anhelo de Heidi.

— ¡Oh, abuelita, ¿podré ir allá? ¿Crees que puedo subir tan alto? — preguntó con añoranza—. ¡Oh, si pudiera caminar, Heidi, y recorrer así contigo la montaña, a todos lados!

— Yo te empujaré — la tranquilizó Heidi, y tomó carrerilla rodeando la esquina como prueba de lo fácil que era, de tal modo que la silla casi salió volando montaña abajo. Pero el abuelo estaba cerca y la detuvo justo a tiempo en su carrera.

Mientras se desarrollaba la visita bajo los abetos, el abuelo no había estado ocioso. Junto al banco ante la cabaña había ahora la mesa y las sillas necesarias, y todo estaba ya listo para poder tomar allí el espléndido almuerzo que todavía humeaba en el puchero dentro de la cabaña y se doraba en el gran asador sobre las brasas. No tardó nada en que el abuelo lo hubiera puesto todo en la mesa, y alegre se sentó toda la compañía a comer.

La abuelita estaba encantada con aquel comedor desde el que se podía ver muy, muy lejos hacia el valle y por encima de todos los montes hasta el azul del cielo. Un suave viento abanicaba a los comensales con una deliciosa frescura y susurraba al otro lado entre los abetos con tanta gracia, como si fuera una música de mesa encargada expresamente para la fiesta.

—¡Nunca me había pasado algo así! ¡Es una maravilla verdadera! —exclamaba la abuelita una y otra vez. Pero luego añadió con el mayor asombro: —¿Qué veo? Creo que ya estás por el segundo trozo de queso tostado, ¿verdad, Clarita?

En efecto, el segundo trozo dorado y brillante estaba sobre la rebanada de pan de Clara.

—¡Oh, está tan bueno, abuelita, mejor que toda la mesa de Ragaz! —aseguró Clara y mordió con gran apetito en el sabroso manjar.

—¡Adelante, adelante! —dijo el Tío de los Alpes con satisfacción—. Es nuestro viento de montaña, que suple donde la cocina se queda corta.

Así transcurrió el alegre almuerzo. La abuelita y el Tío de los Alpes se entendían extraordinariamente bien, y su conversación se fue animando más y más. Coincidían en tantas opiniones sobre personas y cosas y el curso del mundo que era como si los dos hubieran mantenido un trato amistoso desde hacía años. Así pasó un buen rato, y de repente la abuelita miró hacia el atardecer y dijo:

—Tenemos que prepararnos pronto, Clarita; el sol ya ha avanzado mucho; los hombres tienen que volver enseguida con el caballo y la silla.

Pero en el rostro de Clara, tan alegre todavía un momento antes, apareció una expresión muy triste, y rogó con insistencia:

—¡Oh, solo una hora más, abuelita, o dos! Aún no hemos visto la cabaña ni la cama de Heidi ni todo el interior. ¡Oh, ojalá el día tuviera diez horas

más!

—Eso no es posible sin más —dijo la abuelita, pero también ella quería ver la cabaña. Así que se levantaron enseguida de la mesa, y el Tío de los Alpes dirigió la silla con mano firme hacia la puerta. Pero aquí no se podía continuar: la silla era demasiado ancha para pasar por la abertura. El Tío de los Alpes no se lo pensó mucho. Sacó a Clara en brazos y la llevó dentro de la cabaña en su brazo seguro.

Aquí la abuelita fue de un lado a otro y examinó con detenimiento todo el interior, y le hizo mucha gracia toda aquella vida doméstica, tan bonita, ordenada y bien arreglada.

—Esa de arriba es tu cama, Heidi, ¿verdad? —preguntó, y subió enseguida sin vacilar la pequeña escalera hasta el henil—. ¡Oh, qué buen olor tiene; debe de ser un dormitorio muy sano! Y la abuelita fue hasta el agujero y miró a través, y ya subía también el abuelo con Clara en brazos, y detrás subió saltando Heidi.

Ahora estaban todos alrededor de la hermosa cama de heno de Heidi, bien preparada, y la abuelita la contemplaba muy pensativa y de vez en cuando aspiraba con placer en largas bocanadas el aroma especiado del heno fresco. Clara estaba completamente embelesada con la cama de Heidi.

—¡Oh, Heidi, qué divertido lo tienes! Desde la cama miras justo al cielo y tienes un olor tan bonito a tu alrededor y escuchas el susurro de los abetos de fuera. ¡Oh, nunca he visto un dormitorio tan divertido y agradable!

El Tío de los Alpes miró entonces a la abuelita.

—Tengo mis ideas —dijo—, si la señora abuelita quisiera creerme y no se le resistiese la cosa. Pienso que si dejásemos aquí a la señorita un poco, podría recuperar fuerzas nuevas. Han venido aquí tantos pañuelos y mantas con los que podríamos preparar aquí una cama muy especialmente blanda, y de los cuidados de la señorita no tendría que preocuparse la señora abuelita; los asumo yo.

Clara y Heidi lanzaron un grito de júbilo como dos pájaros liberados, y en el rostro de la abuelita se extendió todo un resplandor de sol.

—¡Mi querido Tío de los Alpes, es usted un hombre excelente! —exclamó—. ¿Sabe lo que estaba pensando yo ahora mismo? Me decía en si-

lencio: ¿No debería una estancia aquí arriba fortalecer especialmente a la niña? Pero ¡los cuidados! ¡La preocupación! ¡Las incomodidades para el anfitrión! ¡Y usted viene y lo dice, como si no hubiera nada en ello! Debo darle las gracias, mi querido Tío de los Alpes, debo darle las gracias de todo corazón. Y la abuelita le estrechó la mano al Tío de los Alpes una y otra vez, y el Tío de los Alpes le estrechó también la suya con un semblante muy alegre.

Enseguida el Tío de los Alpes pasó a la acción. Llevó a Clara en su silla ante la cabaña, seguido de Heidi, que no sabía hasta dónde quería saltar de alegría. Luego cargó en sus brazos todos los pañuelos y mantas de piel y dijo con una sonrisa satisfecha: —Menos mal que la señora abuelita se había pertrechado como para una campaña de invierno; esto nos viene de perlas.

—Mi querido Tío de los Alpes —respondió la recién llegada con vivacidad—, la prudencia es una gran virtud y protege de muchas incomodidades. Si en los viajes por sus montañas uno sale sin tormenta ni viento ni aguaceros, solo puede dar gracias, y eso queremos hacer, y mis pequeños remedios de protección también son así de utilidad; en eso estamos de acuerdo.

Durante esta breve conversación, los dos habían subido al henil y comenzaron a extender los pañuelos sobre la cama, uno tras otro. Eran tantos que al final la cama parecía una pequeña fortaleza.

—Que ahora me pinche aún un solo tallo de heno, si puede —dijo la abuelita, apretando todavía una vez con la mano por todos lados; pero la blanda muralla era tan impenetrable que en verdad ya no pasaba ninguno. Luego bajó satisfecha la escalera y salió a donde estaban los niños, que con rostros radiantes estaban sentados juntos muy cerca y decidían qué iban a hacer de la mañana a la noche mientras Clara pudiera quedarse en la montaña. ¿Pero cuánto tiempo sería? Esa era ahora la gran pregunta, que se planteó al instante a la abuelita. Esta dijo que el abuelo lo sabía mejor; tenían que preguntarle, y cuando este se acercó y se le hizo la pregunta, opinó que cuatro semanas eran justo lo necesario para poder juzgar si el aire de montaña cumplía su deber con la señorita o no. Entonces los niños se alegraron todavía más, pues la perspectiva de estar juntos tanto tiempo superaba todas sus esperanzas.

Ahora se veía desde abajo acercarse de nuevo a los portadores de la silla y al guía con su caballo. Los primeros podían darse la vuelta enseguida.

Cuando la abuelita se disponía a montar su caballo, Clara exclamó alegremente:

— ¡Oh, abuelita, esto no es una despedida si ya te marchas a caballo, porque ahora vendrás de vez en cuando de visita a la montaña para ver qué hacemos, y eso será tan divertido, ¿verdad, Heidi?

Heidi, que hoy caía de un placer en otro, solo podía expresar su respuesta afirmativa con un alto salto de alegría.

Entonces la abuelita montó el sólido animal de carga, y el Tío de los Alpes tomó las riendas y llevó el caballo con mano segura montaña abajo por la empinada ladera. Aunque la abuelita insistía en que no fuera tan lejos, no sirvió de nada: el Tío de los Alpes declaró que la acompañaría hasta la aldea, pues la montaña era tan empinada y el descenso a caballo no carecía de peligro.

En la solitaria aldea la abuelita no pensaba quedarse ahora que estaba sola. Quería volver a Ragaz y desde allí repetir de vez en cuando su excursión a los Alpes.

Antes de que el Tío de los Alpes hubiera vuelto, llegó corriendo Pedro con su rebaño. Cuando las cabras se dieron cuenta de dónde estaba Heidi, se precipitaron todas hacia allí. En un instante Clara estaba en su silla, con Heidi, en medio del rebaño, y empujándose y atropellándose se asomaban unas por encima de otras, y Heidi fue nombrando y presentando a Clara una por una.

Así ocurrió que en brevísimo tiempo esta hizo el tan deseado conocimiento con la pequeña Copo de Nieve, con el animado Jilguero, con las limpias cabras del abuelo, con todas, todas, hasta el gran Turco. Pero Pedro estaba entretanto a un lado y lanzaba miradas extrañamente amenazantes hacia la alegre Clara.

Cuando los dos niños le llamaron amablemente: — ¡Buenas noches, Pedro!, no respondió en absoluto, sino que golpeó con su vara tan furiosamente el aire como si quisiera partirlo del todo. Luego echó a correr y su séquito detrás de él.

A todo lo bello que Clara había visto hoy en la montaña vino a añadirse ahora el final.

Cuando estaba tumbada arriba en el henil en la gran cama blanda, a la que también subió Heidi trepando, miraba a través del agujero redondo abierto justo hacia las estrellas centelleantes, y llena de deleite exclamó:

— ¡Oh, Heidi, mira! Es como si fuéramos en un carro alto adentrándonos en el cielo.

— Sí, ¿y sabes por qué las estrellas están tan llenas de alegría y nos guiñan los ojos así? —preguntó Heidi.

— No, no lo sé; ¿qué crees tú? —preguntó Clara a su vez.

— Porque allá arriba en el cielo ven cómo el buen Dios lo arregla todo tan bien para las personas, que no tienen que tener ningún miedo y pueden estar completamente seguras, porque todo viene como es provechoso. Eso las alegra tanto; mira cómo nos guiñan los ojos para que también nosotras seamos tan alegres. Pero ¿sabes, Clara? No debemos olvidar rezar; tenemos que pedirle bien al buen Dios que se acuerde también de nosotras cuando lo arregla todo tan bien, para que también nosotras podamos estar siempre seguras y no tengamos que temer nada.

Entonces los niños se incorporaron una vez más y cada cual dijo su oración nocturna. Luego Heidi se tendió sobre su brazo redondo y se quedó dormido al instante. Pero Clara se quedó despierta todavía mucho tiempo, pues algo tan maravilloso como esa cama a la luz de las estrellas no lo había visto en su vida.

Es que, en general, apenas había visto nunca las estrellas, pues fuera de casa no había estado nunca de noche, y dentro se corrían las tupidas cortinas mucho antes de que llegaran las estrellas. Ahora, cuando quería cerrar los ojos, tenía que abrirlos otra vez enseguida para ver si las dos grandes y brillantes estrellas seguían centelleando allí dentro y guiñando los ojos tan misteriosamente como había dicho Heidi. Y siempre era así, y Clara no podía saciarse de contemplar el titileo y el resplandor, hasta que por fin sus ojos se cerraron solos y solo en sueños vio las dos grandes y relucientes estrellas.

CAPÍTULO 7. CÓMO SIGUE LA VIDA EN LA MONTAÑA

Justo había salido el sol por encima de las rocas y lanzaba sus rayos dorados sobre la cabaña y hacia el valle. El Tío de los Alpes había contemplado, como hacía cada mañana, serena y devotamente cómo en torno a las cumbres y en el valle se iban aclarando las ligeras nieblas y la tierra salía de la sombra crepuscular y despertaba al nuevo día.

Más y más claras se fueron poniendo las luminosas nubes matinales de arriba, hasta que el sol salió del todo y bañó de luz dorada rocas, bosques y colinas.

Entonces el Tío de los Alpes entró de nuevo en su cabaña y subió sigilosamente la pequeña escalera. Clara acababa de abrir los ojos y contemplaba con el mayor asombro los brillantes rayos de sol que entraban por el agujero redondo y bailaban y centelleaban sobre su cama. No sabía qué veía ni dónde estaba. Pero entonces vio a Heidi dormido a su lado, y sonó también la voz afable del abuelo: —¿Has dormido bien? ¿No estás cansada? Clara aseguró que no estaba cansada y que, una vez dormida, no había vuelto a despertarse en toda la noche. Eso le gustó al abuelo, y enseguida empezó a ocuparse de Clara con tanta atención y comprensión, como si cuidar niños enfermos y hacerles sentir cómodos fuera precisamente su oficio.

Heidi también había abierto ahora los ojos y de repente vio con asombro cómo el abuelo llevaba ya a Clara en brazos, lista y arreglada. Tenía que estar presente. Su preparación fue hecha en un abrir y cerrar de ojos. Luego bajó la escalera, y ya estaba Heidi fuera por la puerta, observando con gran curiosidad lo que ahora hacía el abuelo. La tarde anterior, cuando los niños ya habían llegado a su lecho, había reflexionado sobre dónde podría

guardarse bajo techo la ancha silla de ruedas. La puerta de la cabaña era demasiado estrecha; nunca podría entrar por allí. Entonces se le ocurrió una idea. En la parte trasera del cobertizo soltó dos grandes tablones, de modo que se formó una abertura ancha. La silla se empujó hacia dentro y los altos tablones se volvieron a colocar en su sitio, aunque no fijados. Heidi llegó justo cuando el abuelo había sentado a Clara dentro en su silla, luego había retirado los tablones y ahora salía con ella del cobertizo hacia el sol de la mañana. Dejó la silla en medio del patio y fue hacia el establo de las cabras. Heidi saltó al lado de Clara.

El fresco viento de la mañana soplaba en los rostros de los niños, y con cada nueva ráfaga llegaba un aroma especiado de abeto que impregnaba el luminoso aire matinal. Clara respiró hondo y se recostó en su silla con una sensación de bienestar que nunca había sentido.

Nunca en su vida había respirado en efecto aire fresco de la mañana al aire libre, y ahora el puro aire de montaña soplaba a su alrededor tan fresco y refrescante que cada respiración era un placer. Y además el luminoso y dulce sol, que aquí arriba no era nada caliente y que yacía tan agradablemente tibio sobre sus manos y sobre la tierra seca a sus pies. Que la montaña pudiera ser así era algo que Clara no había podido ni imaginar.

— ¡Oh, Heidi, si pudiera quedarme aquí arriba contigo siempre, siempre! — dijo, moviéndose deliciosamente de un lado a otro en su silla para absorber bien el aire y el sol por todos lados.

— Ahora ves que es como te decía — respondió Heidi con alegría —, que en el mundo entero no hay nada tan bonito como la montaña del abuelo. Justo entonces este salió del establo hacia los niños. Traía dos escudillas llenas de leche espumosa y blanquísima y dio una a Clara y la otra a Heidi.

— Esto le sentará bien a la señorita — dijo, asintiendo a Clara —. Es de Copo de Nieve, que da fuerza. ¡A vuestra salud! ¡Adelante! Clara nunca había bebido leche de cabra; primero había tenido que olerla un poco para asegurarse. Pero cuando vio con qué avidez bebía Heidi su leche de un tirón, sin parar ni una sola vez — tan increíblemente buena le sabía —, Clara también se llevó la escudilla a los labios y bebió y bebió, y en verdad era tan dulce y fuerte como si tuviera azúcar y canela, y Clara bebió hasta que no quedó nada en la escudilla.

—Mañana tomamos dos —dijo el abuelo, que había visto con satisfacción cómo Clara había seguido el ejemplo de Heidi.

Ahora apareció Pedro con su rebaño, y mientras Heidi era empujado enseguida hacia el centro del hato por los saludos matinales de todos lados, el Tío de los Alpes llevó a Pedro un poco aparte para que pudiera entender lo que tenía que decirle, pues las cabras no dejaban de balar, una más fuerte que la otra, de pura alegría y muestras de afecto en cuanto tenían a Heidi en medio de ellas.

—Ahora escucha y presta atención —dijo el Tío de los Alpes—. A partir de hoy dejas a Copo de Nieve hacer su voluntad. Ella tiene el instinto de dónde están las hierbas más nutritivas; así que si quiere subir, tú la sigues; a las demás también les sienta bien, y si quiere ir más arriba de donde sueles ir con ellas, vuelves a ir y no la retienes, ¿me oyes? Aunque tengas que trepar un poco, no importa; vas donde ella quiera, pues en esto es más lista que tú, y solo tiene que tomar de lo mejor para dar una leche espléndida. ¿A qué miras hacia allá como si quisieras tragarte a alguien? Nadie va a estorbarte. Bueno, ahora en marcha, ¡y acuérdate!

Pedro estaba acostumbrado a obedecer al Tío de los Alpes al pie de la letra. Se puso enseguida en marcha; pero se podía ver que aún guardaba algo en reserva, pues se volvía continuamente y ponía los ojos en blanco. Las cabras le siguieron y empujaron a Heidi un buen trecho hacia delante. Eso le venía de perlas a Pedro. —Tienes que venir —gritó ahora amenazante hacia el hato de cabras—, tienes que venir, si hay que seguir a Copo de Nieve.

—No, no puedo —respondió Heidi a voces—, y ahora no puedo venir en mucho, mucho tiempo, mientras Clara esté conmigo. Pero algún día subiremos juntos; el abuelo nos lo ha prometido.

Mientras decía esto, Heidi se había desembarazado de las cabras y corrió de vuelta a Clara. Entonces Pedro hizo con los dos puños un gesto tan amenazante hacia la silla de ruedas que las cabras se apartaron de un salto. Pero él salió al instante y sin pausa un buen trecho hacia arriba, hasta quedar fuera de vista, pues pensó que quizás el Tío de los Alpes le había visto, y prefería no saber qué impresión le habría hecho ese amenazar con los puños.

Clara y Heidi tenían hoy en la cabeza tantas cosas que no sabían por dónde empezar. Heidi propuso escribir primero la carta a la abuelita; lo habían prometido formalmente, un nuevo día a día. La abuelita no estaba del todo segura de cómo le iría a Clara a la larga allá arriba y qué pasaría con su salud, y por eso les había hecho prometer a los niños que le escribirían cada día y le contarían todo lo que vivieran. Así podría la abuelita saber enseguida cuando fuera necesaria allí arriba, y hasta entonces quedarse tranquilamente abajo.

—¿Tenemos que entrar en la cabaña a escribir? —preguntó Clara, que bien quería dar cuentas a la abuelita; pero allí fuera estaba tan a gusto que no quería marcharse de ninguna manera.

Pero Heidi sabía arreglárselas. Al instante corrió a la cabaña y volvió cargado con todos sus útiles escolares y el taburete de tres patas bajo. Entonces puso su libro de lectura y su cuaderno de escritura en el regazo de Clara para que pudiera escribir sobre ellos, y él mismo se sentó en el banco en su taburete, y ahora los dos empezaron a contarle cosas a la abuelita. Pero después de cada frase que Clara había escrito volvía a dejar el lápiz y miraba a su alrededor. Era demasiado bonito. El viento ya no era tan fresco; solo soplabo deliciosamente acariciando su rostro, y al otro lado entre los abetos susurraba suavemente. En el aire claro bailaban y zumbaban los pequeños y alegres mosquitos, y a lo lejos una gran quietud yacía sobre todo el soleado paraje. Grandes y silenciosas miraban las altas montañas rocosas, y por todo el ancho valle todo era como en paz tranquila. Solo de vez en cuando resonaba por el aire el alegre grito de un pastorcillo, y suavemente el eco devolvía los sonidos en las rocas.

La mañana había pasado sin que los niños lo notaran, y ya venía el abuelo con la fuente humeante, pues decía que con la señorita uno se quedaba ahora fuera mientras hubiera un rayo de luz en el cielo. Así se puso el almuerzo como el día anterior ante la cabaña y se tomó con gusto. Luego Heidi empujó la silla con Clara hacia los abetos, pues los niños habían acordado pasar la tarde sentados allí, a la hermosa sombra, y contarse todo lo que había pasado desde que Heidi dejó Fráncfort. Aunque todo había seguido el mismo curso de siempre, Clara tenía toda clase de cosas especiales que contar sobre las personas que vivían en la casa Sesemann y que Heidi conocía tan bien.

Así estaban los niños sentados uno al lado del otro bajo los viejos abetos, y cuanto más animados se ponían al contar, más fuerte silbaban los pájaros arriba en las ramas, pues el parloteo de abajo les alegraba y querían también tomar parte. Así se fue el tiempo volando, y sin darse cuenta había llegado la tarde, y ya se precipitaba el rebaño de cabras montaña abajo, con el jefe detrás con el ceño fruncido y gesto hosco.

— ¡Buenas noches, Pedro! —le llamó Heidi al verle, pues estaba claro que no tenía intención de detenerse.

— ¡Buenas noches, Pedro! —llamó también Clara amablemente.

Él no devolvió el saludo y siguió arreando a las cabras resoplando.

Cuando Clara vio ahora cómo el abuelo llevaba a la limpia Copo de Nieve al establo para ordeñarla, de repente la invadió un antojo tan grande de la leche especiada que casi no podía esperar a que el abuelo llegara con ella. Ella misma tuvo que asombrarse de ello.

— Qué cosa tan curiosa, Heidi —dijo—. Mientras tengo memoria, he comido solo porque tenía que hacerlo, y todo lo que me daban sabía a aceite de bacalao, y mil veces he pensado: ¡Si nunca hubiera que comer! Y ahora casi no puedo esperar a que el abuelo venga con la leche.

— Sí, ya sé lo que es eso —respondió Heidi con toda comprensión, pues recordaba los días en Fráncfort en que todo se le quedaba atascado en la garganta y no quería bajar. Pero Clara no entendía bien la cosa. Es que no había pasado ni un solo día en su vida sentada al aire libre como hoy, y además en este alto y estimulante aire de montaña.

Cuando el abuelo se acercó con sus escudillas, Clara tomó enseguida la suya dando las gracias, y bebió a grandes tragos de un tirón, terminando esta vez antes incluso que Heidi.

— ¿Puedo tomar un poco más? —preguntó, tendiendo la escudilla al abuelo.

Él asintió satisfecho, recogió también el recipiente de Heidi y volvió a la cabaña. Cuando regresó, traía en cada escudilla una tapa alta, pero de otra materia de lo que suelen ser las tapas.

El abuelo había hecho por la tarde una excursión hasta la verde majada de mayo, hasta la cabaña de pastores donde se hace la mantequilla dulce y

amarillo clara. De allí había traído un bonito bloque redondo. Ahora había tomado dos rebanadas firmes de pan y había untado la mantequilla dulce bien espesa por encima. Esas iban a ser la cena de los niños. Y enseguida los dos mordieron tan profundo en las apetitosas rebanadas que el abuelo se quedó parado a mirar cómo seguía aquello, pues le parecía bien.

Cuando Clara quiso por la noche mirar de nuevo desde su cama las estrellas centelleantes, le pasó lo mismo que a Heidi a su lado: los ojos se le cerraron al instante, y le entró un sueño tan profundo y sano como nunca había conocido.

De esta manera grata transcurrió también el día siguiente, y luego otro, y luego llegó una gran sorpresa para los niños. Subieron por la montaña dos robustos mozos de cuerda; cada uno llevaba en su portaequipajes una cama alta, lista y preparada en su armazón, las dos cubiertas por igual con una colcha blanca, limpias y flamantes. Los hombres traían también una carta de la abuelita. En ella decía que esas camas eran para Clara y Heidi, que el lecho de heno y mantas debía quedar suprimido y que desde entonces Heidi tendría que dormir siempre en una cama de verdad, pues en invierno una de las dos bajaría a la aldea, pero la otra quedaría arriba, para que Clara la encontrara siempre al volver. Luego la abuelita alababa a los niños por sus largas cartas y los animaba a seguir así cada día, para poder vivir todo con ellos como si estuviera a su lado.

El abuelo había entrado, había echado el contenido del lecho de Heidi sobre el gran montón de heno y guardado las mantas. Ahora salió de nuevo para transportar con ayuda de los hombres las dos camas allí arriba. Luego las colocó muy juntas, para que desde ambas almohadas la vista por el agujero fuera la misma, pues conocía la alegría de los niños con el resplandor de la mañana y la tarde que entraba por allí.

Mientras tanto la abuelita estaba abajo en el balneario de Ragaz y se alegraba mucho de las excelentes noticias que cada día le llegaban desde la montaña.

El entusiasmo de Clara por su nueva vida aumentaba de día en día, y no hallaba bastantes palabras para hablar de la bondad y los cuidados atentos del abuelo, y de lo divertida y entretenida que era Heidi, mucho más que en Fráncfort, y de cómo cada mañana al despertar pensaba siempre primero: ¡Gracias a Dios, todavía estoy en la montaña!

Esas noticias extraordinariamente gratificantes alegraban a la abuelita cada día de nuevo. También encontraba que, estando las cosas así, bien podía aplazar aún un poco su visita a la montaña, lo que no le disgustaba, pues el camino a caballo montaña arriba y montaña abajo le había resultado bastante penoso.

El abuelo debía de haber tomado un afecto muy especial a su pupila, pues no pasaba un día sin que pensara algo nuevo para fortalecerla. Hacía ahora cada tarde excursiones más largas por las rocas, cada vez más arriba, y cada vez traía de vuelta un manojo que ya de lejos perfumaba el aire como clavos especiados y tomillo, y cuando las cabras volvían a casa por la tarde, todas empezaban a balar y a saltar y querían entrar todas juntas al establo donde estaba el manojo, pues conocían el olor. Pero el Tío de los Alpes había cerrado bien la puerta, pues él no escalaba esas raras hierbas muy arriba hasta las rocas para que el rebaño de cabras llegara sin esfuerzo a un buen pasto. Las hierbecillas eran todas para Copo de Nieve, para que diese una leche cada vez más nutritiva. También se podía ver bien cómo el cuidado extraordinario le hacía efecto, pues levantaba la cabeza cada vez más animosa y ponía unos ojos ardientes.

Así había llegado ya la tercera semana desde que Clara estaba en la montaña. Desde hacía unos días, el abuelo, cuando la bajaba por la mañana para sentarla en su silla, le decía cada vez: —¿No querría probar la señorita a estar un poco de pie en el suelo? Clara entonces bien intentaba darle ese gusto, pero siempre decía enseguida: —¡Oh, duele demasiado! Y se aferraba a él; pero él la dejaba probar cada día un poco más.

Un verano tan hermoso no había habido en la montaña desde hacía años. Cada día cruzaba el sol radiante por el cielo sin nubes, y todas las pequeñas flores abrían bien sus cálices y ardían y perfumaban hacia él, y al atardecer lanzaba su luz de púrpura y rosa sobre las cimas rocosas y el campo de nieve y luego se hundía en un mar de llamas doradas. De eso le contaba Heidi a su amiga Clara una y otra vez, pues solo arriba en el pasto se podía ver todo bien, y del lugar de allá arriba en el declive contaba con especial ardor cómo allí estaban ahora los grandes grupos de botones de oro relucientes y dorados y tantas campanillas azules que uno podía creer que la hierba se había vuelto azul, y a su lado arbustos enteros de las pardas flores de maza que huelen tan bien que uno tiene que sentarse en el suelo junto a ellas y ya no quiere marcharse.

Justo entonces, sentado bajo los abetos, Heidi había vuelto a contar las flores de allá arriba y el sol del atardecer y las rocas luminosas, y un ansia tan grande había surgido en él de volver allí otra vez que de repente se levantó de un salto y salió corriendo hacia el abuelo, que estaba sentado en su silla de tallar en el cobertizo.

— ¡Oh, abuelo! —le llamó ya de lejos—. ¿Vendrás mañana con nosotros al pasto? ¡Oh, ahora está tan bonito allá arriba!

— Está bien —dijo el abuelo asintiendo—, pero entonces la señorita tiene que hacerme también un favor: esta tarde tiene que intentar de verdad estar de pie otra vez.

Heidi volvió corriendo con su noticia a Clara, y esta prometió enseguida intentar tantas veces ponerse de pie como el abuelo quisiera, pues le hacía una ilusión enorme hacer esa excursión al hermoso pasto de las cabras. Heidi estaba tan lleno de júbilo que en cuanto vio a Pedro por la tarde al bajar le gritó enseguida:

— ¡Pedro! ¡Pedro! Mañana venimos también nosotros y nos quedamos todo el día allá arriba.

Como respuesta Pedro gruñó como un oso irritado y golpeó con rabia al inocente Jilguero, que trotaba a su lado. Pero el ágil Jilguero había percibido el movimiento a tiempo. Dio un alto salto por encima de Copo de Nieve, y el golpe se fue al aire.

Clara y Heidi se acostaron aquella noche llenos de magníficas esperanzas en sus dos hermosas camas, y tan llenos estaban de sus planes para el día siguiente que decidieron quedarse despiertos toda la noche y hablar de ello sin parar hasta que pudieran levantarse de nuevo. Pero apenas se tendieron en sus buenas almohadas, las conversaciones se cortaron de repente, y Clara vio en sueños ante ella un campo grandísimo, grandísimo, que era completamente azul cielo, tan densamente sembrado estaba de campanillas; y Heidi oía al pájaro rapaz arriba en las alturas, cómo gritaba hacia abajo: «¡Venid! ¡Venid! ¡Venid!»

CAPÍTULO 8. SUCEDE LO QUE NADIE ESPERABA

Muy de madrugada salió el Tío de los Alpes a la mañana siguiente de la cabaña y miró a su alrededor para ver cómo se presentaría el día. Sobre las altas cimas de los montes yacía un resplandor rojo dorado; un viento fresco empezaba a mecer de un lado a otro las ramas de los abetos; el sol quería salir.

CAPÍTULO 9. CLARA APRENDE A ANDAR

El abuelo permaneció un momento más de pie, contemplando con recogimiento cómo las colinas verdes comenzaban a brillar doradas tras las altas cimas de la montaña, cómo las sombras oscuras se retiraban luego suavemente del valle y una luz rosada lo inundaba todo, y cómo resplandecían al fin las alturas y los fondos en el oro de la mañana; había llegado el sol.

Entonces el Tío de los Alpes sacó la silla de ruedas del cobertizo, la dejó preparada para el viaje ante la cabaña y entró a decirles a los niños lo hermoso que había amanecido y a sacarlos afuera.

En ese momento ascendía Pedro por la ladera. Sus cabras no venían, como de costumbre, confiadas a su lado, cerca, delante y detrás de él; saltaban asustadas de aquí para allá, pues Pedro arremetía sin motivo alguno a cada instante como un poseso, y donde alcanzaba el golpe no era cosa agradable. Pedro había llegado al límite de la cólera y el rencor. Desde hacía semanas no había tenido a Heidi para él como antes. Si llegaba por la mañana desde el pueblo, ya sacaban a la niña forastera en su silla, y Heidi se ocupaba de ella. Si bajaba por la tarde desde lo alto, la silla con su ocupante seguía bajo los abetos, y Heidi la atendía. En todo el verano no había subido ni una sola vez al pasto con él, y ahora, cuando iba a venir, era con la silla y la forastera dentro, y todo el tiempo quería pasarlo solo con ella. Eso lo veía Pedro de antemano, y eso había llevado su rabia interior al punto más alto. En ese momento divisó la silla, que se erguía tan orgullosa sobre sus ruedas, y la miró como a un enemigo que le había causado todo el daño y que ese día quería hacerle todavía mucho más. Pedro miró a su alrededor: todo estaba quieto, no había nadie a la vista. Como un salvaje se abalanzó sobre la silla, la agarró y la empujó con tan furiosa violencia

ladera abajo que la silla salió disparada literalmente y desapareció al instante.

Entonces Pedro subió corriendo la montaña como si le hubieran brotado alas, sin detenerse ni una sola vez hasta llegar arriba, junto a un gran zarzal tras el que pudo ocultarse, pues no quería que el Tío de los Alpes lo viese. Pero tenía ganas de ver qué hacía la silla, y el matorral en el saliente de la ladera estaba bien situado. Pedro podía mirar la montaña hacia abajo, medio escondido, y si aparecía el Tío, ocultarse del todo a toda prisa. Así lo hizo, y ¡qué fue lo que vieron sus ojos! Muy abajo ya se precipitaba su enemigo, impulsado por una fuerza cada vez mayor. Ahora volcaba, una y otra vez; luego daba un salto enorme, después volvía a golpear contra el suelo y, dando tumbos, rodaba hacia su perdición.

Ya volaban por aquí y por allá los pedazos: patas, respaldo, jirones de tapizado, todo lanzado al aire. Pedro sentía un júbilo tan desenfrenado ante el espectáculo que tuvo que saltar con ambos pies a la vez. Se echó a reír a carcajadas, pateó de gozo, saltó en círculos, volvió al mismo sitio y se asomó montaña abajo. Nuevas carcajadas, nuevos saltos al aire; Pedro estaba completamente fuera de sí de alegría ante aquella ruina de su enemigo, pues veía ante sí puras cosas buenas que iban a llegar. Ahora la forastera tendría que marcharse, pues ya no tenía modo de moverse. Heidi estaría otra vez sola y subiría con él al pasto, y por la mañana y por la tarde estaría allí cuando él llegase, y todo volvería al orden de siempre. Pero Pedro no pensó en lo que pasa cuando uno ha cometido una mala acción, y en lo que viene después.

En ese momento Heidi salió de un salto de la cabaña y corrió hacia el cobertizo. Detrás venía el abuelo con Clara en brazos. La puerta del cobertizo estaba abierta de par en par, las dos tablas de al lado estaban apartadas, hasta el último rincón había plena luz de día. Heidi miró de un lado para otro, dio la vuelta a la esquina, volvió; en su cara se pintaba el mayor asombro. Entonces se acercó el abuelo.

—¿Qué ocurre? ¿Has quitado tú la silla rodando, Heidi? —preguntó.

—Si la estoy buscando por todas partes, abuelo, y tú dijiste que estaba junto a la puerta del cobertizo —dijo la niña, mirando aún con los ojos en todas direcciones.

Entre tanto el viento había arreciado; en ese momento hacía repiquetear la puerta del cobertizo y de pronto la arrojó con estrépito contra la pared.

—Abuelo, ha sido el viento —exclamó Heidi, y sus ojos brillaron con el descubrimiento—. ¡Oh, si la hubiera arrastrado hasta la aldea, tardaríamos mucho en recuperarla y no podríamos ir!

—Si ha rodado hasta allá abajo, no vuelve más; estará hecha añicos —dijo el abuelo, asomándose a la esquina y mirando ladera abajo—. Aunque sí que ha resultado curioso el asunto —añadió, volviendo la vista hacia el tramo que la silla habría tenido que recorrer antes de doblar la esquina de la cabaña.

—¡Oh, qué lástima! Ahora no podemos ir y quizá nunca más —se lamentó Clara—. Tendré que volver a casa si ya no tengo silla. ¡Oh, qué lástima! ¡Qué lástima!

Pero Heidi miró a su abuelo con entera confianza y dijo:

—Abuelo, ¿verdad que puedes encontrar algo para que no pase lo que piensa Clara y no tenga que marcharse de golpe?

—Por ahora vamos al pasto, como teníamos planeado; luego ya veremos qué pasa —dijo el abuelo. Los niños vitorearon de alegría.

El abuelo volvió a entrar en la cabaña, sacó una buena cantidad de mantas, las extendió en el lugar más soleado junto a la cabaña y sentó a Clara encima. Luego trajo la leche del desayuno para los niños y sacó a Copo de Nieve y Osita del establo ante la puerta.

—Qué tardará en subir desde allá abajo —murmuró el Tío de los Alpes para sus adentros, pues el silbido matutino de Pedro no había sonado todavía.

Entonces el abuelo tomó a Clara en un brazo y las mantas en el otro.

—¡Vamos! —dijo, echando a andar—. Las cabras vienen con nosotros.

A Heidi le pareció perfecto. Con un brazo al cuello de Copo de Nieve y otro al de Osita, Heidi caminó detrás del abuelo, y las cabras estaban tan contentas de salir otra vez con Heidi que casi la aplastaban entre las dos de puro cariño.

Al llegar arriba al pasto, los recién llegados vieron de pronto, aquí y allá en las laderas, los grupos de cabras que pastaban plácidamente, y en medio a Pedro, tendido largo a largo en el suelo.

—Otro día ya te quitaré esa costumbre de dejar pasar el momento, ¡qué es esto, dormilón! —le gritó el Tío de los Alpes.

Pedro se había incorporado de un salto al oír aquella voz conocida.

—No había nadie levantado —contestó.

—¿Has visto algo de la silla? —preguntó de nuevo el Tío de los Alpes.

—¿De cuál? —replicó Pedro con aspereza.

El Tío de los Alpes no dijo nada más. Extendió sus mantas sobre la ladera soleada, sentó a Clara encima y quiso saber si estaba cómoda.

—Tan cómoda como en la silla —dijo ella agradecida—, y en el sitio más bonito. ¡Qué hermoso es aquí, Heidi, qué hermoso! —exclamó, mirando en torno a sí.

El abuelo se dispuso a regresar. Les dijo que disfrutasen bien juntas, y cuando llegase la hora, Heidi debía ir a buscar el almuerzo que él había dejado en la sombra, al otro lado, metido en una bolsa. El Pedro les daría leche además, cuanta quisieran beber, pero Heidi debía cuidar de que la sacase de Copo de Nieve. Hacia el atardecer volvería el abuelo; pero antes quería ir en busca de la silla y ver qué había sido de ella.

El cielo era de un azul intenso, y en todo el rededor no se veía una sola nubecilla. En el gran campo de nieve del otro lado destellaba como si fueran miles y miles de estrellas de oro y plata. Los grises peñascos se erguían altos y firmes en su sitio, como desde tiempos remotos, y miraban serenamente al valle. El gran pájaro se mecía arriba en el azul, y por las alturas corría el viento de la montaña, que soplaba fresco en torno a la soleada pradera. Los niños se sentían indeciblemente bien. De vez en cuando se acercaba una cabrilla y se echaba un rato junto a ellos; la que más venía era la cariñosa Nievécita, que posaba su cabecita junto a Heidi y de allí no se habría marchado si otra de la manada no la hubiese espantado. Así fue como Clara fue conociendo una por una a las cabras tan de cerca que ya nunca más las confundía entre sí, pues cada una tenía su propia cara y su propio carácter.

Y se fueron poniendo tan confiadas con Clara que se llegaban a ella y le frotaban las cabezas en los hombros; esa era siempre la señal de su intimidad y afecto.

Habían pasado ya varias horas cuando a Heidi le entró el deseo de ir a aquel lugar donde abundaban las flores, para ver si todas estaban abiertas y eran tan hermosas como el año anterior. Por la tarde, cuando volviese el abuelo, se podría ir también con Clara, pero para entonces las flores quizá ya volvían a cerrar los ojos. El deseo crecía en Heidi sin cesar; ya no podía resistirlo.

Con algo de timidez preguntó:

—¿No te enfadarás, Clara, si me alejo un momento de ti y te quedas sola? Me gustaría tanto ver cómo están las flores. Pero espera...

A Heidi se le había ocurrido una idea. Saltó a un lado y arrancó unos hermosos manojos de hierbas verdes. Luego tomó por el cuello a Nievecita, que había acudido corriendo, y la llevó hasta Clara.

—Así no estarás sola —dijo Heidi, empujando suavemente a la cabrilla hacia su sitio junto a Clara, lo que el animal entendió en seguida y se echó al suelo. Luego Heidi arrojó las hierbas al regazo de Clara, y ella, complacida, le dijo que se fuera tranquila a ver las flores; que se quedaría con gusto sola con la cabrilla; que eso no lo había vivido nunca. Heidi echó a correr, y Clara empezó a ofrecerle las hojitas una a una a Nievecita, que se fue poniendo tan confiada que se arrimó del todo a su nueva amiga y le comía las hojas despacio de entre los dedos. Se notaba claramente cuánto le agradaba poder descansar allí, quieta y tranquila, en buena compañía, pues fuera, entre el rebaño, siempre la perseguían las cabras grandes y fuertes. A Clara le parecía algo exquisito estar sentada sola en una montaña, solo con una cabrilla confiada que la miraba con ojos necesitados de amparo. Un gran deseo se alzó en su corazón: ser también alguna vez dueña de sí misma y poder ayudar a otros, y no tener que dejarse ayudar siempre por todos. Y a Clara le vinieron entonces tantos pensamientos que nunca había tenido, y un anhelo desconocido de seguir viviendo en aquel hermoso sol y hacer algo con lo que alegrar a alguien, como ella alegraba ahora a Nievecita. Una alegría completamente nueva le entró en el corazón, como si todo lo que conocía y sabía pudiese ser de repente mucho más hermoso y diferente de

como hasta entonces lo había visto; y se sintió tan contenta y bien que tuvo que abrazar a la cabrilla por el cuello y exclamar:

— ¡Oh, Nievécita, qué hermoso es aquí arriba! ¡Si pudiese quedarme siempre con vosotras!

Heidi había llegado entre tanto al prado de flores. Lanzó un grito de alegría. Toda la ladera estaba cubierta de un dorado luminoso. Eran las brillantes jaras. Densos matorralillos de campanillas de un azul oscuro se mecían sobre ellas, y una fragancia tan intensa y especiada flotaba en la soleada ladera como si hubieran derramado allá arriba las más preciosas ánforas de bálsamo. Aquel delicioso aroma procedía de las pequeñas flores pardas de maza que asomaban sus cabecitas redondas, aquí y allá, con humildad, entre los cálices dorados. Heidi se quedó mirando y aspiró el dulce perfume en largas bocanadas. De repente dio media vuelta y regresó junto a Clara sin aliento de la emoción.

— ¡Oh, tienes que venir! — le gritó desde lejos —. Son tan hermosas, todo es tan hermoso, y por la tarde quizá ya no lo sea tanto. Quizá pueda llevarte, ¿no crees?

Clara miró a la animada Heidi con asombro, pero sacudió la cabeza.

— No, no, ¿qué se te ocurre, Heidi? Eres mucho más pequeña que yo. ¡Oh, si yo pudiese andar!

Entonces Heidi miró en torno a sí buscando algo; debía de tener una nueva idea. Allá arriba, donde Pedro había estado tendido en el suelo antes, estaba ahora sentado mirando fijamente hacia los niños. Así llevaba horas sentado, mirando sin cesar hacia abajo, como si no pudiese comprender lo que tenía ante sí. Había destruido la silla enemiga para que todo terminase y la forastera no pudiese moverse más; y un momento después ella apareció allá arriba y estaba sentada en el suelo junto a Heidi. Eso no podía ser, y sin embargo seguía siendo así, mirara cuando mirase.

Entonces Heidi levantó los ojos hacia él.

— ¡Baja, Pedro! — le llamó con mucha firmeza.

— No bajo — respondió él.

— Que sí, tienes que bajar; ven, no puedo hacerlo sola, tienes que ayudarme; ¡ven rápido! — insistió Heidi.

—No bajo —sonó de nuevo.

Entonces Heidi corrió un trecho montaña arriba, hacia donde estaba el interpelado.

Allí se plantó con los ojos encendidos y gritó hacia arriba:

—Pedro, si no bajas ahora mismo, voy a hacerte algo que seguro que no te va a gustar nada. ¡Puedes creérmelo!

Esas palabras le dieron a Pedro un vuelco en el pecho, y una gran angustia se apoderó de él. Había cometido algo malo que nadie debía saber. Hasta ese momento le había alegrado, pero ahora Heidi hablaba como si lo supiese todo, y lo que ella sabía se lo contaba todo a su abuelo, y al abuelo Pedro le temía más que a nadie. Si este llegaba a enterarse de lo que había pasado con la silla... El miedo estrangulaba a Pedro cada vez más. Se puso en pie y se acercó a Heidi, que le esperaba.

—Voy, pero entonces no harás eso —dijo, tan manso de miedo que Heidi sintió compasión.

—No, no, ya no lo haré —le aseguró—. Ven conmigo, lo que tienes que hacer no da ningún miedo.

Al llegar junto a Clara, Heidi ordenó: Pedro debía cogerla bien por debajo del brazo en un lado, y ella misma haría lo mismo en el otro, y así la levantarían entre los dos. Eso fue bastante bien, pero ahora venía lo más difícil. Clara no podía tenerse en pie; ¿cómo iban a sostenerla y llevarla hacia adelante? Heidi era demasiado pequeña para servirle de apoyo con su brazo.

—Tienes que rodearme el cuello, bien fuerte, así. Y a Pedro tienes que cogerle el brazo y apretarlo muy fuerte, entonces podremos llevarte.

Pero Pedro nunca le había dado el brazo a nadie. Clara lo rodeó bien, pero Pedro lo mantenía completamente rígido pegado al cuerpo, como un palo largo.

—Así no se hace, Pedro —dijo Heidi con mucha firmeza—. Tienes que hacer un aro con el brazo, y entonces Clara mete el suyo por dentro, y entonces tiene que apretar con fuerza, y tú no debes ceder bajo ningún concepto; así avanzaremos.

Se hizo como se dijo. Pero no avanzaban bien. Clara no era tan ligera, y los dos apoyos eran muy desiguales en altura. Por un lado iba hacia abajo y por el otro hacia arriba, lo que producía bastante inseguridad en los soportes.

Clara lo probaba de vez en cuando un poco con sus propios pies, pero siempre los retiraba pronto, uno tras otro.

— Apoya bien el pie en el suelo de un pisotón — sugirió Heidi —; seguro que luego te duele menos.

— ¿Tú crees? — dijo Clara con timidez.

Pero obedeció y se atrevió a dar un paso firme en el suelo y luego con el segundo pie; dio un pequeño grito. Luego levantó el primero y lo apoyó con más suavidad.

— ¡Oh, ese ha dolido mucho menos! — dijo llena de alegría.

— Hazlo otra vez — animó Heidi con ardor. Clara lo hizo, y luego otra vez, y otra vez más, y de pronto exclamó:

— ¡Puedo, Heidi! ¡Oh, puedo! ¡Mira! ¡Mira! ¡Puedo dar pasos, uno tras otro!

Entonces Heidi dio un grito de júbilo mucho mayor.

— ¡Oh! ¡Oh! ¿De verdad puedes dar pasos tú sola? ¿Puedes andar ya? ¿Puedes andar de verdad tú sola? ¡Oh, si pudiese venir el abuelo! ¡Ahora puedes andar tú sola, Clara, ahora puedes andar! — exclamó una y otra vez con alegría desbordante.

Clara se sostenía bien de ambos lados, pero con cada paso se iba poniendo un poco más segura, y los tres podían sentirlo. Heidi estaba completamente fuera de sí de alegría.

— ¡Oh, ahora podemos ir juntas al pasto todos los días y por la montaña donde queramos! — exclamó de nuevo—. ¡Y podrás andar toda tu vida como yo, y nunca más tendrán que empujarte en la silla, y te pondrás sana! ¡Oh, esta es la mayor alegría que podíamos tener!

Clara se sumó a ello con todo el corazón. Con toda certeza no conocía en el mundo una felicidad mayor que ser también alguna vez sana y poder ir de

aquí para allá como los demás y no estar desdichada todo el día encadenada a la silla de enferma.

No era mucho camino hasta el prado de flores. Allí se veía ya el brillar de las jaras doradas al sol. Ahora habían llegado a los matorralillos de campanillas azules, donde el suelo soleado en los claros parecía tan acogedor.

—¿No podemos sentarnos aquí? —preguntó Clara.

Era exactamente lo que Heidi deseaba, y en medio de las flores se sentaron los niños; Clara, por primera vez, sobre el seco y cálido suelo alpino: le agradó de modo indescriptible. Y a su alrededor las campanillas azules que se mecían, las jaras doradas que brillaban, el milenrama rojo, y por todas partes el dulce aroma de las pequeñas flores pardas de maza y las aromáticas prunelas. ¡Todo era tan hermoso! ¡Tan hermoso!

También Heidi, a su lado, pensó que nunca había sido tan hermoso allá arriba, y no sabía por qué sentía tanta alegría en el corazón que habría querido ponerse a dar gritos de júbilo sin parar. Pero de pronto le vino a la mente que Clara se había puesto sana; esa era, por encima de toda la belleza de alrededor, la alegría más grande de todas. Clara guardó completo silencio de arrobamiento y deleite ante todo lo que veía y ante todas las perspectivas que se le habían abierto por lo que acababa de vivir. La gran felicidad casi no cabía en su corazón, y el resplandor del sol y la fragancia de las flores la abrumaron con un sentimiento de dicha que la dejó completamente en silencio.

También Pedro yacía quieto e inmóvil en medio del campo de flores, pues se había dormido profundamente.

Suave y dulcemente soplaba el viento desde detrás de los peñascos que protegían el lugar, y susurraba arriba en los matorrales. De vez en cuando Heidi tenía que levantarse y correr hacia aquí y hacia allá, pues siempre había algún sitio donde era aún más hermoso, las flores más densas, la fragancia más intensa porque el viento la llevaba de acá para allá; a todas partes tenía que ir y sentarse.

Así pasaron las horas.

El sol hacía ya mucho rato que había pasado del mediodía cuando un pequeño grupo de cabras se encaminó muy seriamente hacia el prado de flores. No era su zona de pasto; nunca las llevaban allí, pues no les gustaba

pacer entre las flores. Parecían una embajada, con el Jilguero a la cabeza. Las cabras habían salido visiblemente a buscar a sus compañeros, que las habían dejado solas tanto tiempo y habían permanecido fuera más allá de toda regla, pues las cabras conocían bien su hora. Cuando el Jilguero descubrió a los tres desaparecidos en el campo de flores, lanzó un balido atronador, y al instante el coro entero se sumó a él, y berreando llegaron todos al trote. Entonces despertó Pedro. Tuvo que frotarse mucho los ojos, pues había soñado que la silla de ruedas estaba de nuevo tapizada en rojo, magnífica e intacta, ante la cabaña; y al despertar todavía había visto brillar al sol los clavos dorados en torno al tapizado, pero ahora descubrió que solo eran las florecillas amarillas brillantes del suelo. Entonces volvió a Pedro el miedo que había perdido por completo al ver la silla ilesa en su sueño. Aunque Heidi había prometido no hacer nada, el temor seguía vivo en Pedro de que el asunto pudiese salir a la luz de otro modo. Se dejó guiar ahora muy dócil y dispuesto, y lo hizo todo perfectamente tal como Heidi quería.

Cuando los tres llegaron de nuevo al pasto, Heidi sacó rápidamente su bolsa de provisiones llena y se dispuso a cumplir su promesa, pues su amenaza había sido sobre el contenido de la bolsa. Había notado bien por la mañana cuántas cosas buenas metía el abuelo en ella, y con alegría había previsto de antemano que a Pedro le correspondería una buena parte. Pero cuando él se puso tan terco, quiso darle a entender que no recibiría nada, lo que Pedro había interpretado de otro modo. Ahora Heidi fue sacando trozo a trozo de la bolsa y haciendo tres montones con todo; quedaron tan grandes que dijo con satisfacción para sus adentros: «Así aún le quedará todo lo que nos sobre».

Luego llevó a cada uno su montón, y con el suyo se sentó junto a Clara, y los niños comieron de buena gana después del gran esfuerzo.

Y ocurrió como Heidi había previsto: cuando las dos estaban completamente saciadas, quedaba tanto que a Pedro pudo deslizársele otro montón tan grande como el primero. Se lo comió todo callado y metódicamente, y también las migas, pero no realizó su tarea con la satisfacción de siempre. A Pedro le pesaba algo en el estómago que le roía y le atormentaba y le apretaba cada bocado.

Los niños habían llegado tan tarde a su almuerzo que casi enseguida ya se veía al abuelo ascendiendo la montaña para buscarlos. Heidi salió corriendo a su encuentro; tenía que contarle antes que nadie lo que había ocurrido. Estaba tan emocionada con su dichosa noticia que casi no encontraba las palabras para transmitírsela al abuelo. Pero él comprendió al instante lo que la niña le contaba, y una viva alegría asomó a su rostro. Apresuró el paso, y al llegar junto a Clara, dijo con alegre sonrisa:

—¿Así que nos hemos atrevido? ¡Pues también lo hemos conseguido!

Entonces levantó a Clara del suelo, la rodeó con el brazo izquierdo y le tendió la derecha como firme apoyo para su mano, y Clara avanzó, con aquella pared sólida a su espalda, aún mucho más segura y sin miedo de lo que antes lo había hecho.

Heidi daba saltitos y lanzaba gritos de alegría a su lado, y el abuelo tenía el aspecto de quien ha recibido una gran ventura. Pero de repente tomó a Clara en brazos y dijo: «No vamos a exagerar; además ya es hora de volver», y echó a andar enseguida, pues sabía que las fatigas del día eran ya suficientes y que Clara necesitaba descanso.

Cuando Pedro bajó al atardecer con sus cabras hacia la aldea, había un tropel de gente agolpada en corro, cada uno empujando al de al lado para poder ver mejor lo que había en el suelo en medio. Eso también tenía que verlo Pedro; se fue abriendo paso a derecha e izquierda y se coló hasta el centro.

Allí, ahora sí lo veía.

En la hierba yacía el trozo central de la silla de ruedas, con parte del respaldo aún enganchado. El tapizado rojo y los clavos relucientes daban aún testimonio de lo magnífica que había sido la silla en toda su integridad.

—Yo estaba cuando la subieron —dijo el panadero, que estaba junto a Pedro—; valía por lo menos quinientos francos, me apuesto lo que sea con cualquiera. Solo me extraña cómo ha podido ocurrir.

—El viento puede haberla arrastrado cuesta abajo; eso dijo el propio Tío de los Alpes —observó Bárbara, que no acababa de admirar el hermoso tejido rojo.

—Menos mal que no ha sido otro el que lo hizo —volvió a decir el panadero—; ¡menuda se hubiera llevado! Cuando el señor de Fráncfort se entere, mandará investigar cómo ocurrió. Yo, por mi parte, me alegro de no haber subido a la montaña en dos años; la sospecha puede caer sobre cualquiera que fuera visto por allí a esa hora.

Aún se expresaron muchas opiniones, pero Pedro había oído bastante. Se fue escurriendo muy callado y despacio fuera del carro y echó a correr a toda velocidad montaña arriba, como si alguien fuese detrás de él queriendo agarrarlo. Las palabras del panadero le habían infundido un miedo espantoso. Sabía ahora que en cualquier momento podía llegar un policía desde Fráncfort que tenía que investigar el asunto, y entonces podría descubrirse que había sido él, y entonces le atraparían y le llevarían a Fráncfort a la cárcel. Eso veía Pedro ante sí, y se le pusieron los pelos de punta de espanto.

Llegó a casa completamente trastornado. No respondía a nada, a nada; no quería comer sus patatas; se metió a toda prisa en la cama y gemía.

—El Pedrito ha comido acederas otra vez, las tiene en el estómago, por eso tiene que quejarse así —opinó la madre Brígida.

—Tienes que darle un poco más de pan, dale mañana también un trocito del mío —dijo la abuela con compasión.

Cuando aquella tarde los niños miraban desde sus camas hacia el cielo estrellado, dijo Heidi:

—¿No has pensado hoy todo el día en lo bueno que es que el buen Dios no ceda aunque recemos con toda nuestra fuerza por algo, cuando sabe que hay algo mucho mejor?

—¿Por qué dices eso de repente, Heidi? —preguntó Clara.

—¿Sabes?, porque en Fráncfort recé con mucha fuerza para poder volver a casa enseguida, y como nunca podía, pensé que el buen Dios no me había escuchado. Pero mira, si me hubiese marchado tan pronto, tú no habrías venido nunca, y no te habrías puesto sana en la montaña.

Clara se quedó muy pensativa.

—Pero, Heidi —empezó de nuevo—, entonces no deberíamos rezar por nada, porque el buen Dios siempre tiene algo mucho mejor pensado de lo que nosotros sabemos y le pedimos.

—Sí, sí, Clara, ¿crees que es así sin más? —se animó Heidi—. Hay que rezarle al buen Dios todos los días y por todo, por todo; él tiene que saber que no olvidamos que todo lo recibimos de él. Y si queremos olvidarnos del buen Dios, él también se olvidará de nosotros; eso lo dijo la abuelita. Pero mira, si entonces no recibimos lo que querríamos, no debemos pensar que el buen Dios no ha escuchado y dejar de rezar del todo, sino que entonces debemos rezar así: «Ahora sé, buen Dios, que tienes algo mejor pensado, y ahora quiero alegrarme de que vayas a hacerlo tan bien».

—¿Cómo te has dado cuenta de todo eso, Heidi? —preguntó Clara.

—La abuelita me lo explicó primero, y luego también fue ocurriendo así, y entonces lo supe. Pero yo creo también, Clara —continuó Heidi, incorporándose—, que hoy debemos dar gracias al buen Dios de verdad, porque ha enviado la gran alegría de que ahora puedas andar.

—Sí, claro, Heidi, tienes razón, y me alegra que me lo recuerdes; con tanta alegría casi lo había olvidado.

Entonces los niños rezaron y dieron gracias al buen Dios cada uno a su manera por el bien magnífico que había regalado a Clara, enferma durante tanto tiempo.

A la mañana siguiente, el abuelo pensó que ya podían escribirle a la señora abuelita para preguntarle si no quería venir a la montaña; había algo nuevo que ver. Pero los niños habían hecho otro plan. Querían darle a la abuelita una gran sorpresa. Primero Clara debía aprender a andar mejor, de modo que, apoyada solo en Heidi, pudiese dar un paseo corto; pero de todo eso la abuelita no debía tener ni idea. Consultaron entonces al abuelo cuánto tiempo podría tardar esto, y como él opinó que apenas ocho días, en la carta siguiente se invitó a la abuelita con insistencia a venir a la montaña a esa hora; pero de ninguna novedad se le dijo ni una palabra.

Los días que siguieron fueron los más hermosos de todos los que Clara había vivido en la montaña. Cada mañana despertaba con una voz de alegría sonora en el corazón: «¡Estoy sana! ¡Estoy sana! ¡Ya no tengo que sentarme en la silla de ruedas, puedo ir por ahí yo sola como los demás!».

CAPÍTULO 10. LA DESPEDIDA, PERO HASTA LA VISTA

Siguieron los paseos, y cada día salían con más facilidad y durante más tiempo. El ejercicio les abría de tal forma el apetito que el abuelo hacía a diario las rebanadas de pan con mantequilla un poco más gruesas y las veía desaparecer con satisfacción. Ahora traía también siempre un gran cazo lleno de leche espumosa y rellenaba los cuencos una y otra vez. Así llegó el final de la semana y con él el día que había de traer a la abuelita.

La abuelita había escrito a la montaña un día antes de su llegada para que supiesen con certeza que venía. Pedro trajo esa carta a primera hora de la mañana siguiente, cuando subía al pasto. El abuelo había salido ya de la cabaña con los niños, y también Copo de Nieve y Osita estaban fuera y sacudían alegremente la cabeza en el fresco aire de la mañana mientras los niños las acariciaban y les deseaban buen viaje a su excursión montañera. El Tío de los Alpes estaba a su lado, sosegado, mirando ora los frescos rostros de los niños, ora sus relucientes y limpias cabras. Todo debía de gustarle, pues sonreía con placer.

Entonces se acercó Pedro. Al ver el grupo, se aproximó despacio, tendió la carta al Tío de los Alpes, y en cuanto este la cogió, Pedro saltó hacia atrás con timidez, como si algo le hubiese asustado, y luego miró rápidamente detrás de sí, como si algo también quisiera asustarlo por la espalda; luego dio un salto y echó a correr montaña arriba.

— Abuelo — dijo Heidi, que había observado la escena con extrañeza —, ¿por qué hace Pedro ahora siempre como el gran turco cuando nota una vara detrás; se espanta, mueve la cabeza a todos lados y de repente pega saltos al aire?

—Quizá Pedro también nota una vara detrás, que bien se la ha ganado — respondió el abuelo.

Solo hasta la primera ladera subió Pedro corriendo de un tirón; en cuanto ya no podían verle desde abajo, cambió el paso. Se detuvo y volvió la cabeza con recelo a todos lados. De pronto dio un salto y miró detrás de sí, tan espantado como si alguien acabara de agarrarle de la nuca. De detrás de cada matorral, de cada seto le parecía ahora que el policía de Fráncfort iba a abalanzarse sobre él. Pero cuanto más se prolongaba aquella espera en tensión, más miedo sentía Pedro; ya no tenía un momento de tranquilidad.

Mientras tanto Heidi tenía que ordenar la cabaña, pues la abuelita debía encontrarlo todo en buen orden cuando llegase. A Clara le parecía siempre tan entretenido ver a Heidi trajinando por todos los rincones de la cabaña que con gusto se quedaba mirando esa actividad.

Así pasaron sin sentirlo las primeras horas de la mañana, y ya se podía esperar la llegada de la abuelita.

Entonces los niños salieron de nuevo, preparados para recibirla, y se sentaron juntos en el banco ante la cabaña, llenos de expectación por lo que estaba por venir.

El abuelo salió también en ese momento. Había dado un paseo y traía un gran ramo de gencianas de un azul intenso que brillaban tan hermosas al sol de la mañana que los niños lanzaron un grito de alegría al verlas. El abuelo las llevó dentro de la cabaña. De vez en cuando Heidi saltaba del banco para escrutar si ya se divisaba la comitiva de la abuelita.

Pero de pronto: allí venía subiendo desde abajo, exactamente como Heidi lo había esperado. Primero ascendía el guía, luego el caballo blanco con la abuelita encima, y por último el porteador con el alto armazón de carga, pues la abuelita no salía nunca a la montaña sin abundantes medios de protección.

La comitiva se fue acercando. Ya se había alcanzado la altura; la abuelita divisó a los niños desde su caballo.

—¿Qué es esto? ¿Qué veo, Klarita? ¡No estás en tu silla! ¿Cómo es posible? —exclamó asustada, y bajó del caballo a toda prisa. Pero antes de llegar junto a los niños, juntó las manos y exclamó con la mayor agitación:

— ¡Klarita, eres tú, o no eres tú? ¡Tienes las mejillas coloradas, redondas como manzanas! ¡Criatura! ¡Ya no te reconozco! — Y entonces la abuelita quiso abalanzarse sobre Clara. Pero de repente Heidi se había deslizado del banco, Clara se había apoyado rápidamente en sus hombros, y los niños echaron a andar tranquilamente dando un pequeño paseo. La abuelita se había parado de golpe, primero del susto, pues creyó que Heidi estaba haciendo algo extraordinario.

¡Pero qué fue lo que vio ante sí!

Clara caminaba erguida y segura junto a Heidi; ahora volvían, las dos con el rostro radiante, las dos con las mejillas de color de rosa.

Entonces la abuelita se lanzó hacia ellas. Riendo y llorando, abrazó a su Klarita, luego a Heidi, luego de nuevo a Clara. De tanta alegría, la abuelita no encontraba palabras.

De repente su mirada cayó sobre el Tío de los Alpes, que estaba junto al banco y miraba a las tres con una sonrisa de satisfacción. Entonces la abuelita tomó el brazo de Clara en el suyo y caminó con ella hacia el banco, exclamando sin cesar de deleite ante el hecho de que fuera verdad de verdad, que podía caminar con la niña del brazo. Allí soltó a Clara, tomó al anciano de ambas manos y dijo:

— ¡Mi querido Tío! ¡Mi querido Tío! ¡Cuánto le debemos! ¡Es obra suya! ¡Son sus cuidados y su desvelo...!

— Y la luz del sol de nuestro Señor y el aire de la montaña — interrumpió el Tío de los Alpes, sonriendo.

— Sí, y la buena y rica leche de Copo de Nieve, desde luego también — añadió Clara por su parte — . Abuelita, si supieras cómo bebo la leche de cabra y qué buena está.

— Sí, eso se te ve en las mejillas, Klarita — dijo la abuelita riendo — . Pero si no te reconozco; redonda, rolliza te has puesto, como nunca imaginé que pudieras llegar a estar, ¡y cómo has crecido, Klarita! ¡No, si es de verdad? No puedo mirarte bastante. Pero ahora mismo hay que telegrafiar a mi hijo a París; tiene que venir enseguida. No le digo por qué, eso será la mayor alegría de su vida. Mi querido Tío, ¿cómo lo hacemos? ¿Ha despedido ya a los mozos?

— Ya se han ido — contestó él —, pero si a la señora abuelita le urge, se puede hacer bajar al cabrero, que tiene tiempo.

La abuelita insistió en mandar al instante un telegrama a su hijo, pues este bien no debía retrasársele ni un día.

Entonces el Tío de los Alpes se apartó un poco y lanzó un silbido tan penetrante por entre los dedos que resonó alto arriba desde las rocas, tan lejos había despertado el eco. No tardó mucho en bajar Pedro corriendo; conocía bien aquel silbido. Pedro venía blanco como la cal, pues creyó que el Tío de los Alpes le llamaba a juicio. Pero solo se le entregó un papel que la abuelita había escrito entretanto, y el Tío de los Alpes le explicó que tenía que bajar inmediatamente el papel a la aldea y entregarlo en la oficina de correos; el pago ya lo arreglaría él mismo más tarde, pues no se le podían encomendar a Pedro tantas cosas a la vez.

Pedro se marchó con su papel en la mano, esta vez aliviado de nuevo, pues el Tío de los Alpes no había silbado para llamarle a juicio; no había llegado ningún policia.

Por fin pudieron sentarse todos juntos con calma ante la mesa frente a la cabaña, y hubo que contarle a la abuelita cómo había ocurrido todo desde el principio. Cómo al principio el abuelo había probado cada día un poco con Clara a que se tuviese en pie y luego a dar un pasito; cómo luego habían ido al pasto y el viento había arrastrado la silla cuesta abajo. Cómo Clara, ansiando ver las flores, había dado los primeros pasos, y cómo de una cosa había venido la otra. Pero tardó mucho en que los niños acabasen de contarle, pues la abuelita tenía que interrumpirlos a cada momento con exclamaciones de asombro, de alabanza y de gratitud, y una y otra vez exclamaba: «¡Pero si es posible! ¿Es que no es todo un sueño? ¿Estamos todos despiertos y sentados aquí ante la cabaña de la montaña, y la muchacha que tengo delante con ese rostro redondo y fresco es mi vieja Klarita pálida y sin fuerzas?»

Y Clara y Heidi encontraban siempre nueva alegría en que su sorpresa, tan bien planeada, hubiera salido tan bien con la abuelita y siguiera surtiendo efecto.

El señor Sesemann había concluido entre tanto sus negocios en París, y también él tenía intención de dar una sorpresa. Sin escribir ni una palabra a

su madre, se subió una de aquellas soleadas mañanas de verano en el tren y viajó sin parar hasta Basilea, desde donde partió de madrugada al día siguiente, pues le había entrado un gran deseo de ver a su hijita, de la que había estado separado todo el verano. Llegó al balneario de Ragaz unas horas después de que su madre había partido.

La noticia de que ella había emprendido precisamente ese día el viaje a la montaña le vino de perlas. Al instante subió a un coche y se fue a Maienfeld. Al enterarse allí de que podía subir también hasta la aldea en coche, lo hizo, pues pensaba que la caminata montaña arriba ya le resultaría bastante larga.

El señor Sesemann no se había equivocado; la subida constante por la montaña se le hizo muy larga y trabajosa. Todavía no se veía ninguna cabaña, y él sabía perfectamente que a mitad de camino debería topar con la vivienda de Pedro el cabrero, pues muchas veces había oído la descripción de ese camino.

Por todas partes se veían huellas de caminantes; a veces los senderos estrechos se bifurcaban en todas direcciones. El señor Sesemann empezó a dudar de si iba por el camino correcto o si quizá la cabaña estaba al otro lado de la montaña. Miró en torno a sí por si había algún ser humano a quien preguntar el camino. Pero todo estaba en silencio; por los alrededores no había nada que ver ni que oír. Solo el viento de la montaña silbaba de vez en cuando, y en el azul soleado zumbaban los mosquitos pequeños, y un alegre pajarillo silbaba aquí y allá en un solitario alerce. El señor Sesemann se detuvo un momento y dejó que el viento alpino le refrescara la frente acalorada.

En ese momento alguien bajó corriendo desde arriba: era Pedro con su telegrama en la mano. Bajaba en línea recta, cuesta abajo, no por el sendero donde estaba el señor Sesemann. Pero en cuanto el corredor estuvo bastante cerca, el señor Sesemann le hizo señas de que se acercase. Pedro se acercó vacilante y con timidez, de lado, no de frente, como si solo pudiese avanzar bien con un pie y tuviese que arrastrar el otro.

— ¡Vamos, muchacho, ánimo! — le animó el señor Sesemann —. Dime: ¿llego por este camino hasta la cabaña donde vive el anciano con la niña Heidi, donde están los de Fráncfort?

Un sonido sordo de terror espantoso fue la respuesta, y de modo tan desmesurado salió Pedro disparado que se precipitó de cabeza ladera abajo y rodó dando volteretas involuntarias, cada vez más lejos, de modo muy parecido a la silla de ruedas, solo que afortunadamente Pedro no se hizo pedazos, como había ocurrido con la silla.

Solo el telegrama quedó muy maltrecho y voló hecho jirones.

—Qué montañés tan extraordinariamente tímido — se dijo el señor Sesemann para sus adentros, pues no pensó otra cosa sino que la aparición de un desconocido había producido esa fuerte impresión en aquel sencillo hijo de los Alpes.

Tras observar todavía un momento el impetuoso descenso al valle de Pedro, el señor Sesemann continuó su camino.

Pedro no conseguía, pese a todos sus esfuerzos, encontrar un punto firme; seguía rodando sin parar, y de vez en cuando daba una vuelta de campana de lo más particular.

Pero esa no era la peor parte de su suerte en ese momento; mucho más espantoso era el miedo y el terror que le llenaban, ahora que sabía que el policía de Fráncfort había llegado de verdad. Pues no podía dudar de que el desconocido fuera ese policía, que había preguntado por los de Fráncfort donde el Tío de los Alpes. Finalmente, en el último gran declive encima de la aldea, Pedro dio contra un matorral; allí pudo aferrarse al fin. Se quedó tumbado un momento; necesitaba recuperar un poco el sentido de lo que le había pasado.

—¡Bien, otro más! —dijo una voz muy cerca de Pedro—. ¿Y quién recibirá mañana el empujón de allá arriba para bajar como un saco de patatas mal cosido?

Era el panadero, que se burlaba así. Como quería tomar el aire un rato, alejado de su calurosa faena del día, había contemplado tranquilamente cómo Pedro, no del todo a diferencia de la silla al rodar, había bajado desde arriba.

Pedro se puso de un salto en pie. Un nuevo susto le había dado. Ahora el panadero ya sabía también que la silla había recibido un empujón. Sin mirar atrás ni una sola vez, Pedro echó a correr de nuevo montaña arriba. De buena gana se habría ido a casa y metido en la cama para que nadie pudiera en-

contrarle, pues allí se sentía más seguro. Pero las cabras las tenía todavía arriba, y el Tío de los Alpes le había encargado que volviera pronto para que el rebaño no estuviese demasiado tiempo solo. Y al Tío le temía más que a nadie y le tenía tal respeto que nunca se habría atrevido a desobedecerle. Pedro gemía en voz alta y seguía cojeando; no había más remedio, tenía que subir. Pero correr ya no podía; el miedo y los múltiples golpes que acababa de sufrir no podían quedar sin consecuencias. Así que la subida por la montaña continuó entre cojeos y quejidos.

El señor Sesemann había llegado a la primera cabaña poco después del encuentro con Pedro y supo entonces que iba por el camino correcto. Subió con ánimos renovados, y por fin, tras una larga y penosa caminata, vio su meta ante sí. Allí arriba estaba la cabaña de la montaña, y sobre ella se mecían las oscuras copas de los viejos abetos.

El señor Sesemann se acercó con alegría a la última pendiente; un momento más y podría sorprender a su hija. Pero la compañía que había ante la cabaña ya le había visto y reconocido, y para el padre se preparaba lo que él no imaginaba.

Cuando dio el último paso hasta lo alto, dos figuras vinieron a su encuentro desde la cabaña. Era una muchacha alta de cabellos rubios claros y mejillas de color rosa que se apoyaba en la pequeña Heidi, de cuyos ojos oscuros brotaban destellos de alegría. El señor Sesemann se quedó parado, se detuvo y miró fijamente a las que se acercaban. De repente le brotaron las lágrimas en abundancia. ¡Qué recuerdos se despertaban en su corazón! Exactamente así había sido la madre de Clara: aquella muchacha rubia con las mejillas encendidas de rosa. El señor Sesemann no sabía si estaba despierto o soñando.

—Papá, ¿ya no me reconoces? —le gritó entonces Clara con el rostro radiante de alegría—. ¿Tanto he cambiado?

Entonces el señor Sesemann se lanzó hacia su hijita y la estrechó en sus brazos.

—¡Sí, has cambiado! ¿Es posible? ¿Es real?

Y el dichosísimo padre retrocedió un paso para volver a mirar, por si aquella imagen desaparecía ante sus ojos.

—¿Eres tú, Klarita, eres tú de verdad? —tuvo que exclamar una y otra vez. Luego volvió a abrazar a su hija, y acto seguido tuvo que mirar de nuevo si era de verdad su Klarita la que estaba de pie ante él.

Entonces se acercó también la abuelita; no podía esperar más para ver el rostro feliz de su hijo.

—¿Y bien, hijo mío, qué dices ahora? —le llamó—. La sorpresa que tú nos das es muy bonita, pero la que te han preparado a ti es mucho más bonita, ¿verdad? —Y la complacida madre saludó a su querido hijo con gran cordialidad. —Pero ahora, querido —dijo entonces—, ven conmigo a saludar al Tío de los Alpes; ese es nuestro mayor benefactor.

—Desde luego, y también a nuestra compañera de casa, a la pequeña Heidi, tengo que saludarla —dijo el señor Sesemann, estrechando la mano de Heidi—. ¿Qué tal? ¿Siempre fresca y sana en la montaña? Aunque no hace falta preguntarlo; ninguna rosa alpina puede tener un aspecto más floreciente. Eso me alegra, niña, ¡eso me alegra muchísimo!

También Heidi miró al bondadoso señor Sesemann con alegría resplandeciente. ¡Qué bueno había sido siempre con ella! Y que ahora hubiera de encontrar en la montaña tanta felicidad hacía latir el corazón de Heidi a toda fuerza de alegría.

Entonces la abuelita llevó a su hijo hasta el Tío de los Alpes, y mientras los dos hombres se estrechaban la mano con gran cordialidad y el señor Sesemann comenzaba a expresar su profundo agradecimiento y su inmenso asombro de cómo aquel milagro había podido ocurrir, la abuelita se volvió y se fue un poco hacia el otro lado; ese tema ya lo había hablado bastante. Quería ver los viejos abetos.

Allí le esperaba ya algo inesperado. En medio de los árboles, donde las largas ramas habían dejado un claro, había un gran matorral de las más maravillosas gencianas de un azul intenso, frescas y relucientes como si acabaran de brotar allí mismo. La abuelita juntó las manos de deleite.

—¡Qué hermosura! ¡Qué esplendor! ¡Qué espectáculo! —exclamó una y otra vez—. ¡Heidi, querida, ven aquí! ¿Has preparado tú esto para alegrarme? Es absolutamente maravilloso.

Los niños ya estaban allí.

—No, no, yo desde luego que no —dijo Heidi—, pero ya sé quién lo ha hecho.

—Así es arriba en el pasto, abuelita, y todavía mucho más hermoso —intervino Clara—. ¡Pero adivina quién bajó ya esta mañana las flores del pasto para ti! —Y Clara sonrió con tal satisfacción al decirlo que a la abuelita se le pasó un instante por la cabeza que quizá la propia niña había estado ya allá arriba esa mañana. Eso era casi imposible, sin embargo.

Entonces se oyó un ligero ruido detrás de los abetos; era Pedro, que había llegado entre tanto. Pero al ver quién estaba ante la cabaña junto al Tío de los Alpes, había dado un gran rodeo y ahora quería escabullirse en silencio detrás de los abetos. Pero la abuelita le había reconocido, y de repente se le ocurrió un nuevo pensamiento: ¿habría sido Pedro el que había bajado las flores y ahora quería pasar así de sigilosamente por pura timidez y modestia? No, eso no podía ser; tenía que recibir una pequeña recompensa.

—¡Ven, muchacho, sal aquí fuera, venga, sin miedo! —llamó la abuelita en voz alta, asomando un poco la cabeza entre los árboles.

Pedro se quedó paralizado de espanto. Ya no le quedaban fuerzas de resistencia después de todo lo vivido. Solo sentía una cosa: ¡Ahora sí que se ha acabado! Se le pusieron todos los pelos de punta, y descolorido y desfigurado por el mayor terror, Pedro salió de detrás de los abetos.

—Adelante, sin rodeos —animó la abuelita—. Así, ahora dime, muchacho, ¿has hecho tú esto?

Pedro no levantó los ojos y no vio adónde señalaba el dedo de la abuelita. Había visto que el Tío de los Alpes estaba en la esquina de la cabaña y que sus ojos grises le miraban penetrantemente, y junto al Tío de los Alpes estaba lo más temible que Pedro conocía: el policía de Fráncfort. Temblando y estremeciéndose de todos sus miembros, Pedro emitió un sonido; fue un «sí».

—Vaya —dijo la abuelita—, ¿y qué tiene eso de tan terrible?

—Que está... que está... que está hecho pedazos y ya no se puede arreglar —pudo decir Pedro con esfuerzo, y entonces sus rodillas flameaban tanto que casi no podía tenerse en pie. La abuelita fue hacia la esquina de la cabaña.

—Mi querido Tío, ¿está el pobre muchacho realmente algo perturbado?
—preguntó con compasión.

—En absoluto, en absoluto —aseguró el Tío de los Alpes—. El muchacho es sencillamente el viento que arrastró la silla cuesta abajo, y ahora espera el castigo que bien se merece.

Eso la abuelita no podía creerlo en modo alguno, pues le parecía que Pedro no tenía en absoluto aspecto de ser malicioso; y de no ser así, no habría tenido ningún motivo para destruir una silla de ruedas tan necesaria.

Pero para el Tío de los Alpes la confesión no era más que la confirmación de una sospecha que había surgido en él nada más ocurrir el hecho. Las miradas ceñudas que Pedro había lanzado desde el principio a Clara, y otros indicios de su amargura ante las novedades en la montaña, no habían pasado desapercibidos al Tío. Había ido encadenando un pensamiento con otro, y así había descifrado exactamente todo el curso de los hechos y ahora lo expuso a la abuelita con toda claridad. Cuando terminó, la dama prorrumpió con gran viveza:

—No, mi querido Tío, no, no; al pobre muchacho no queremos castigarlo más. Hay que ser justos. Aquí llega esta gente forastera de Fráncfort y le arrebató semanas enteras a Heidi, su único bien y bien verdaderamente grande, y él se queda solo día tras día sin poder hacer nada. No, no, hay que ser justos; la ira le venció y le llevó a esa venganza que fue un tanto necia, pero en la ira todos nos volvemos necios.

Con eso la abuelita volvió junto a Pedro, que seguía temblando y estremeciéndose.

Se sentó en el banco bajo el abeto y dijo amablemente: —Vamos, muchacho, ven aquí delante de mí; tengo que decirte algo. Deja de temblar y de estremecerte y escúchame; eso es lo que quiero. Has arrastrado la silla montaña abajo para que se hiciese pedazos. Eso fue algo malo, y lo sabías perfectamente, y que merecías un castigo también lo sabías, y para no recibirlo te esforzaste mucho en que nadie se enterara de lo que habías hecho. Pero mira: quien hace algo malo y cree que nadie lo sabe, siempre se equivoca. El buen Dios lo ve y lo oye todo, y en cuanto advierte que alguien quiere ocultar su mala acción, despierta enseguida en esa persona al centinela que puso en ella al nacer y que puede dormir dentro mientras la persona no

comete ninguna injusticia. Y el centinela tiene en la mano un pequeño aguijón, con el que no deja de pinchar a la persona, de modo que ya no tiene ni un momento de paz. Y también con su voz atemoriza al atormentado, pues siempre le grita con angustia: "¡Ahora se descubre todo! ¡Ahora vienen a castigarte!" Así que tiene que vivir siempre con miedo y espanto y ya no tiene alegría, ninguna. ¿No has experimentado tú también algo así, Pedro, ahora mismo?

Pedro asintió muy arrepentido, pero como quien sabe de lo que hablan, pues exactamente así le había ido a él.

—Y de otro modo también te has equivocado —continuó la abuelita—. Mira cómo el mal que hiciste resultó para bien de aquella a quien querías perjudicar. Como Clara ya no tenía silla en la que pudieran llevarla, pero aun así quería ver las flores tan hermosas, se esforzó especialmente por andar, y así lo aprendió y cada vez anda mejor; y si se queda aquí, al final puede subir al pasto todos los días, mucho más a menudo de lo que habría llegado en su silla. ¿Lo ves, Pedro? Así el buen Dios puede tomar rápidamente lo que uno quiso hacer mal y convertirlo en algo bueno para el otro a quien se quería perjudicar, y el malhechor se queda sin nada y con el daño. ¿Lo has entendido todo bien, Pedro? Pues piensa en ello, y cada vez que te vuelva a entrar el deseo de hacer algo malo, acuérdate del centinela de dentro con su aguijón y su voz desagradable. ¿Quieres hacer eso?

—Sí, eso sí lo haré —respondió Pedro, todavía muy abatido, pues aún no sabía cómo iba a terminar todo aquello, ya que el policía seguía allí de pie junto al Tío de los Alpes.

—Bien, ya está, el asunto está zanjado —concluyó la abuelita—. Pero ahora también debes tener un recuerdo de la gente de Fráncfort que te alegre. Así que dime, muchacho, ¿has deseado alguna vez tener algo? ¿Qué fue? ¿Qué es lo que más te gustaría tener?

Entonces Pedro levantó la cabeza y miró a la abuelita con los ojos muy abiertos y redondos de asombro. Todavía había esperado algo terrible, y ahora resulta que de repente iba a recibir lo que quisiera. A Pedro todo se le mezclaba en los pensamientos.

—Sí, sí, hablo en serio —dijo la abuelita—. Debes recibir algo que te alegre, como recuerdo de la gente de Fráncfort y como señal de que ellos ya

no piensan más en que has hecho algo malo. ¿Lo entiendes ahora, muchacho?

En Pedro fue amaneciendo la comprensión de que ya no tenía que temer ningún castigo y de que la buena señora que estaba sentada ante él le había rescatado del poder del policía. Entonces sintió un alivio como si se le cayera una montaña de encima que casi le había aplastado. Pero además había comprendido que va mejor cuando se confiesa enseguida lo que se ha hecho mal, y de repente dijo:

— Y el papel también lo he perdido.

La abuelita tuvo que reflexionar un instante, pero la relación le vino pronto a la mente, y dijo amablemente: — Bien, bien; está bien que lo digas. Siempre hay que confesar enseguida lo que no está bien; así se arregla todo. Y ahora, ¿qué te gustaría tener?

Ahora Pedro podía desear lo que quisiera en el mundo. Se le fue la cabeza casi. La feria entera de Maienfeld centelleó ante sus ojos con todas las cosas bonitas que había contemplado durante horas y que había considerado para siempre inalcanzables, pues las posesiones de Pedro nunca habían superado un céntimo, y todos aquellos objetos tentadores costaban siempre el doble. Estaban los silbatos rojos tan bonitos que tan bien le vendrían para sus cabras. Estaban los tentadores cuchillos con empuñadura redonda, llamados mataranas, con los que se podían hacer los mejores negocios en todos los setos de avellanos.

Pedro estaba allí muy meditabundo, considerando cuál de las dos cosas sería la más deseable, y no encontraba la decisión. Pero entonces le vino un pensamiento luminoso: así tenía hasta la próxima feria para pensarlo.

— Un real — contestó Pedro ahora, decidido.

La abuelita se rió un poco.

— Eso no es pedir demasiado. ¡Ven aquí! — Sacó entonces su bolsa y sacó un gran tálero redondo; encima puso dos monedas de un real.

— Vamos a hacer cuentas justas — continuó —; te lo voy a explicar. Aquí tienes exactamente tantos reales como semanas tiene el año. Así puedes sacar un real cada domingo y gastarlo, durante todo el año.

— ¿Toda mi vida? — preguntó Pedro con total inocencia.

Entonces la abuelita tuvo que reírse de tal manera que los señores al otro lado tuvieron que interrumpir su conversación para oír qué ocurría.

La abuelita seguía riendo.

— ¡Eso lo tendrás, muchacho! Esto entra en mi testamento, ¿oyes, hijo mío? Y después pasa al tuyo, es decir: a Pedro el cabrero, un real a la semana mientras viva.

El señor Sesemann asintió sonriendo y se rió también desde donde estaba.

Pedro miró todavía una vez el regalo en su mano, por si era de verdad verdad. Luego dijo: «¡Gracias a Dios!». Y salió disparado en unos saltos muy fuera de lo habitual, pero esta vez se mantuvo en pie, pues ahora no le impulsaba el espanto sino una alegría como Pedro no había conocido en su vida. Todos el miedo y el terror habían pasado, y cada semana tenía un real que esperar durante toda su vida.

Cuando más tarde la compañía hubo terminado el alegre almuerzo ante la cabaña de la montaña y seguían sentados conversando de todo, Clara tomó a su padre, que resplandecía de alegría y cada vez que volvía a mirarla parecía un poco más feliz, de la mano y dijo con una vivacidad que nunca se había conocido en la apagada Clara:

— ¡Oh, papá, si supieras todo lo que ha hecho el abuelo por mí! Tanto, todos los días, que no se puede ni contar, pero no lo olvidaré en toda mi vida. Y siempre pienso que si yo pudiese hacer algo por el querido abuelo, o regalarle algo que le diera una gran alegría, aunque solo fuera la mitad de la alegría que él me ha dado a mí.

— Ese es también mi mayor deseo, querida — dijo el padre —. No dejo de pensar en cómo podríamos mostrar aunque sea en parte nuestra gratitud a nuestro bienhechor.

El señor Sesemann se levantó entonces y fue hacia el Tío de los Alpes, que estaba sentado junto a la abuelita y había tenido con ella una conversación extraordinariamente agradable. Pero él también se levantó. El señor Sesemann le tomó de la mano y le dijo de la manera más amistosa: — Mi querido amigo, permítame que le diga unas palabras. Comprenderá usted cuando le digo que desde hace muchos años no conocía una alegría verdadera. ¿De qué me servía todo mi dinero y mis bienes cuando miraba a mi

pobre hija, a la que no podía hacer feliz ni sanar con ninguna riqueza? Después de nuestro Señor en el cielo, usted me ha devuelto sana a la niña y con ello me ha dado a mí, igual que a ella, una vida nueva. Dígame, ¿con qué puedo mostrarle mi gratitud? Lo que usted ha hecho por nosotros nunca podrá pagarse, pero lo que está en mi mano lo pongo a su disposición. Hable, amigo mío, ¿qué puedo hacer?

El Tío de los Alpes había escuchado en silencio, mirando al feliz padre con una sonrisa complacida.

—Seguramente el señor Sesemann no dudará de que yo también tengo mi parte en la gran alegría por la curación de la niña aquí en la montaña; mis esfuerzos quedan sobradamente recompensados —dijo entonces el Tío de los Alpes con su habitual firmeza—. Por los generosos ofrecimientos del señor Sesemann le doy las gracias; no necesito nada. Mientras viva, tengo de sobra para la niña y para mí. Pero tengo un deseo; si pudiera vérmelo cumplido, ya no tendría ninguna preocupación para el resto de mi vida.

—¡Hable, hable, querido amigo! —instó el señor Sesemann.

—Soy viejo —prosiguió el Tío de los Alpes—, y no podré quedarme aquí mucho tiempo más. Cuando me vaya, no podré dejarle nada a la niña, y ya no le queda ningún pariente; solo una persona que querría aprovecharse de ella. Si el señor Sesemann me quisiera dar la seguridad de que Heidi nunca tendrá que salir en busca de su pan entre extraños, me habría devuelto con creces todo lo que yo pude hacer por él y por su hija.

—Pero, querido amigo, ¿de eso no puede haber ni hablar! —exclamó entonces el señor Sesemann—. La niña es de los nuestros. Pregúntele a mi madre, a mi hija; ¡jamás en su vida cederán a Heidi a otras personas! Pero si le sirve de consuelo, amigo mío, aquí tiene mi mano en ello. Le prometo que nunca en su vida tendrá que salir a ganarse el pan entre gente extraña; de eso me encargo yo, incluso más allá de mis días. Pero quiero decir algo más. Esta niña no está hecha para una vida lejos de aquí, cualesquiera que sean las circunstancias; eso lo hemos comprobado. Pero se ha ganado amigos. Uno de ellos lo conozco yo: aún está en Fráncfort, ultimando sus últimos asuntos, para luego ir adonde le plazca y establecerse a descansar allí. Es mi amigo, el doctor, que llegará aquí este otoño y, contando con el consejo de usted, quiere instalarse en esta comarca, pues en compañía de usted y de la niña se ha encontrado mejor que en ningún otro lugar. Así que ya ve:

la niña Heidi tendrá en lo sucesivo dos protectores cerca. ¡Ojalá les sea dado a los dos permanecer mucho tiempo junto a ella!

— ¡Así lo quiera Dios! — intervino la abuelita, y confirmando el deseo de su hijo, estrechó la mano del Tío de los Alpes durante un buen rato con gran cordialidad. Luego, de repente, rodeó el cuello de Heidi con el brazo — la niña estaba junto a ella — y la atrajo hacia sí.

— Y tú, querida Heidi, también hay que preguntarte a ti. Ven, dime: ¿no tienes tú también algún deseo que te gustaría ver cumplido?

— Claro que sí, ya lo tengo — respondió Heidi, mirando a la abuelita con gran alegría.

— Pues venga, dímelo — la animó ella —. ¿Qué querías, niña?

— Me gustaría que me mandaran mi cama de Fráncfort con las tres almohadas altas y el edredón grueso; así la abuela ya no tendrá que dormir con la cabeza cuesta abajo y sin poder casi respirar, y tendrá calor de sobra con el edredón y no tendrá que acostarse con el chal encima porque si no pasa un frío espantoso.

Heidi lo había dicho todo de un tirón, tan ansiosa estaba de llegar a su objetivo.

— ¡Ay, querida Heidi, qué me estás diciendo! — exclamó la abuelita emocionada —. Bien has hecho en recordármelo. Con la alegría, uno se olvida fácilmente de lo que debería haber pensado ante todo. Cuando el buen Dios nos envía algo bueno, tendríamos que pensar enseguida en aquellos que tanto carecen. Ahora mismo se telegrafía a Fráncfort. ¡Que la señorita Rottenmeier prepare la cama hoy mismo; en dos días puede estar aquí. Si Dios quiere, que la abuela duerma bien en ella!

Heidi saltaba alborozada alrededor de la abuelita. Pero de repente se quedó quieta y dijo a toda prisa:

— Ahora sí que tengo que bajar corriendo a ver a la abuela; se pondrá muy nerviosa si tardo tanto en ir.

Pues ya no podía Heidi esperar más para llevarle a la abuela la feliz noticia, y además le había vuelto a la memoria cuánto se había angustiado la abuela la última vez que había estado con ella.

—No, no, Heidi, ¿qué estás pensando? —la amonestó el abuelo—. Cuando se tiene visita, no se sale corriendo de repente.

Pero la abuelita tomó partido por Heidi.

—Mi querido Tío de los Alpes, la niña no lleva tan mal razón —dijo—. La pobre abuela también lleva demasiado tiempo sin recibir atención por mi culpa. Vamos todos juntos a verla ahora mismo, y creo que allí esperaré a que traigan mi caballo, y luego continuaremos nuestro camino, y abajo en la aldea se mandará el telegrama a Fráncfort. ¿Qué le parece, hijo mío?

El señor Sesemann todavía no había tenido ocasión de hablar de sus planes de viaje. Tuvo, pues, que pedirle a su madre que no pusiera en marcha su proyecto de inmediato, sino que esperase un momento a que él expusiera su intención.

El señor Sesemann había pensado hacer con su madre un pequeño viaje por Suiza, y quería ver primero si su Clarita era capaz de viajar aunque fuera un trecho corto. Ahora se encontraba ante la perspectiva del viaje más delicioso en compañía de su hija, y quería aprovechar esos hermosos días del final del verano. Su intención era pasar la noche en la aldea y al día siguiente recoger a Clara en la montaña para bajar con ella adonde estaba la abuelita, en el balneario de Ragaz, y desde allí continuar viaje.

Clara se quedó un poco consternada al enterarse de que la partida de la montaña era tan repentina, pero había tanta alegría por lo demás que no quedaba tiempo para el pesar.

La abuelita ya se había levantado y había tomado a Heidi de la mano para encabezar la marcha. De pronto se volvió.

—Pero, ¿y qué hacemos con Clarita? —exclamó alarmada, pues se le había ocurrido que el camino sería demasiado largo para ella.

Pero el Tío de los Alpes, como tenía por costumbre, ya había tomado en brazos a su pequeña pupila y seguía con paso firme a la abuelita, quien asintió con una sonrisa de gran satisfacción. A continuación venía el señor Sesemann, y así el grupo descendió por la ladera de la montaña.

Heidi no paraba de dar saltitos de alegría junto a la abuelita, y esta quería saberlo todo sobre la abuela: cómo vivía y cómo le iba, especialmente en invierno con el gran frío que hacía allá arriba.

Heidi lo contaba todo con todo detalle, pues bien sabía ella cómo era aquello y cómo la abuela se acurrucaba entonces en su rincón temblando de frío. Sabía también perfectamente qué tenía para comer, y también qué no tenía.

Hasta llegar a la cabaña, la abuelita escuchó los relatos de Heidi con el más vivo interés.

Brígida estaba justo tendiendo al sol la segunda camisa de Pedro, para que, cuando la una estuviera demasiado usada, pudiera ponerse la otra. Vio al grupo acercarse y se precipitó al interior de la habitación.

— Ahora se marchan todos, madre — le anunció—. Viene un grupo entero; el Tío de los Alpes les acompaña y lleva a la enferma en brazos.

— ¿De verdad tiene que ser así? — suspiró la abuela—. Entonces se llevan a Heidi; eso lo has visto. ¡Ay, si al menos pudiera darme la mano todavía! ¡Si pudiera oírla una vez más!

En ese momento se abrió la puerta de par en par con gran estrépito, y Heidi estaba en pocos saltos en el rincón junto a la abuela, abrazándola.

— ¡Abuela, abuela! ¡Mi cama viene de Fráncfort, con las tres almohadas y el edredón grueso; en dos días estará aquí, eso lo ha dicho la abuelita!

Heidi no podía soltar la noticia con la suficiente rapidez, pues casi no podía esperar a ver la enorme alegría de la abuela. Esta sonrió, pero con cierta tristeza dijo:

— ¡Ay, qué buena persona debe de ser! Debería alegrarme de que te lleven, Heidi, pero no podré vivir mucho tiempo para verlo.

— ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién le dice esas cosas a la buena y vieja abuela? — preguntó aquí una voz amable, y al mismo tiempo tomó la mano de la anciana y se la apretó con cariño, pues la abuelita se había acercado y lo había oído todo—. No, no, ¡de eso ni hablar! Heidi se queda con la abuela y es su alegría. A la niña también queremos volver a verla, pero vendremos nosotros a verla. Cada año subiremos a la montaña, pues tenemos motivo para dar en este lugar las gracias especiales a Dios cada año, aquí donde obró un milagro tan grande en nuestra niña.

Ahora sí se iluminó de verdad el rostro de la abuela, y con muda gratitud fue apretando sin cesar la mano de la buena señora Sesemann, mientras de

pura alegría le rodaban un par de gruesas lágrimas por las viejas mejillas. Heidi había visto enseguida la luz de alegría en el rostro de la abuela y estaba ahora completamente feliz.

—¿Verdad, abuela —dijo, arrimándose a ella—, que ha pasado tal como yo te leí la última vez? ¿Verdad que la cama de Fráncfort seguro que te hará bien?

—Sí, Heidi, y también tantas otras cosas, tanto bien que el buen Dios hace conmigo —dijo la abuela con profunda emoción—. ¿Cómo es posible que haya personas tan buenas que se preocupen por una pobre anciana y hagan tanto por ella? No hay nada que pueda fortalecer tanto la fe en un buen Padre en el Cielo, que no quiere olvidar ni al más humilde, como experimentar algo así: que existen personas llenas de bondad y misericordia para una pobre y desvalida viejecita como yo.

—Mi buena abuela —intervino aquí la señora Sesemann—, ante nuestro Señor en el Cielo somos todos igualmente pobres, y todos necesitamos por igual que Él no nos olvide. Y ahora nos despedimos, pero hasta pronto, pues en cuanto volvamos el año que viene a la montaña, iremos a ver también a la abuela; ¡a ella no se la olvidará nunca más! —Y con eso la señora Sesemann tomó una vez más la mano de la anciana y se la estrechó.

Pero no se fue tan pronto como pensaba, pues la abuela no podía dejar de dar las gracias, y todo el bien que el buen Dios tiene en su mano deseaba que cayera sobre su bienhechora y sobre toda su casa.

Ahora el señor Sesemann emprendió el descenso al valle con su madre, mientras el Tío de los Alpes llevaba a Clara de vuelta a casa una vez más, y Heidi, sin que la bajaran al suelo, saltaba muy alto junto a ellos, tan contenta estaba con las perspectivas de la abuela que con cada paso tenía que dar un brinco.

Pero a la mañana siguiente hubo lágrimas ardientes cuando Clara tuvo que marcharse de la hermosa montaña, donde había estado mejor que nunca en su vida. Pero Heidi la consoló y le dijo:

—En un instante vuelve a ser verano, y entonces vendrás de nuevo, y entonces será mucho más bonito. Podrás andar desde el principio, y podremos ir todos los días con las cabras al prado y subir a ver las flores, y todo lo divertido empezará otra vez desde el comienzo.

El señor Sesemann había llegado según lo convenido a buscar a su hija. Estaba ahora con el abuelo; los dos hombres tenían todavía muchas cosas de qué hablar. Clara se secó las lágrimas; las palabras de Heidi la habían consolado un poco.

— Dale también recuerdos a Pedro — dijo de nuevo —, y a todas las cabras, especialmente a Copo de Nieve. ¡Ay, si pudiera hacerle un regalo a Copo de Nieve; tanto ha contribuido a que yo me pusiera bien!

— Eso puedes hacerlo perfectamente — le aseguró Heidi —. Mándale solo un poco de sal; ya sabes lo mucho que le gusta lamer la sal de la mano del abuelo por las tardes.

El consejo le gustó mucho a Clara.

— ¡Ah, pues entonces le mandaré cien libras de sal desde Fráncfort! — exclamó contenta —. Tiene que tener también un recuerdo mío.

Entonces el señor Sesemann hizo señas a las niñas, pues quería partir. Esta vez el caballo blanco de la abuelita había venido para Clara, y ahora podía bajar a caballo; ya no necesitaba la silla de manos.

Heidi se puso en el borde mismo del talud y agitó la mano hacia Clara hasta que el último vestigio de caballo y amazona desapareció de su vista.

La cama llegó, y la abuela duerme ahora tan bien cada noche que seguramente eso le da fuerzas del todo nuevas. El duro invierno en la montaña tampoco lo olvidó la buena abuelita. Mandó un gran fardo de mercancías a la cabaña del cabrero Pedro. Dentro había tanto abrigo que la abuela puede envolverse de pies a cabeza y seguramente nunca más tendrá que sentarse en su rincón tiritando de frío.

En la aldea hay una gran obra en marcha. El señor doctor ha llegado y de momento ocupa su antiguo alojamiento. Siguiendo el consejo de su amigo, el señor doctor ha comprado el viejo edificio que el Tío de los Alpes habitaba en invierno con Heidi, y que en otro tiempo había sido una gran casa señorial, como podía verse todavía en la sala alta con la hermosa estufa y las artísticas panelerías. Esta parte de la casa la hace renovar el señor doctor como su propia vivienda. El otro lado se acondiciona como cuartel de invierno para el Tío de los Alpes y Heidi, pues el señor doctor conoce al anciano como un hombre independiente que necesita su propia morada. Al

fondo se instala un establo sólido y cálido para las cabras; allí Copo de Nieve y Osita pasarán sus días de invierno muy a gusto.

El señor doctor y el Tío de los Alpes se hacen cada día mejores amigos, y cuando recorren juntos la obra para ver cómo van los trabajos, sus pensamientos recaen casi siempre en Heidi, pues para ambos la mayor alegría de la casa es que entrarán a vivir en ella con su alegre niña.

—Mi querido amigo —dijo el señor doctor hace poco, de pie con el Tío de los Alpes sobre el muro de la obra—, tiene usted que ver la cosa como yo. Comparto con usted toda la alegría por la niña, como si yo fuera el que le sigue en derecho a ella después de usted; pero quiero también compartir todas las obligaciones y velar por la niña con el mejor criterio. Por eso tengo también mis derechos sobre nuestra Heidi, y puedo esperar que me cuide en mi vejez y permanezca a mi lado, que es mi mayor deseo. Heidi entrará en todos los derechos de una hija conmigo; así podemos dejarla sin preocupación cuando llegue el momento de partir de su lado, usted y yo.

El Tío de los Alpes estrechó la mano del señor doctor durante un buen rato. No dijo nada, pero su buen amigo pudo leer en los ojos del anciano la emoción y el profundo gozo que habían despertado sus palabras.

Mientras tanto, Heidi y Pedro estaban sentados con la abuela, y la primera tenía tanto de qué contar y el segundo tanto de qué escuchar que apenas podían tomar aliento, y de tan afanosos como estaban iban acercándose cada vez más hacia la feliz abuela.

¡Cuánto había que contarle también de todo lo que había sucedido durante todo el verano, pues bien pocas veces se habían podido reunir durante aquel tiempo!

Y de los tres, siempre parecía el uno más feliz que el otro por el nuevo reencuentro y por todos aquellos maravillosos sucesos. Pero era el rostro de la madre Brígida el que casi se veía más feliz de todos, pues con la ayuda de Heidi salió a la luz por fin, clara y comprensible, la historia del incesante décimo. Y al final dijo la abuela:

—Heidi, léeme un cántico de alabanza y acción de gracias. Me parece que solo puedo alabar y glorificar y dar gracias a nuestro Dios en el Cielo por todo lo que ha hecho con nosotros.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB